

LENA VALENTI

LA TUMBA EN LLAMAS

(HASTA LOS HUESOS IV)

EL FUEGO ES ASÍ, AMA A QUIENES NO LE TIENEN MIEDO.
ESTE ES EL MUNDO BONES.



EDITORIAL VANIR



**LA TUMBA EN
LLAMAS
HASTA LOS HUESOS IV**



Tabla de contenidos

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Créditos

«No hagas de tu cuerpo la tumba de tu alma».
Pitágoras de Samos.

«El amor es fuerte como la muerte; los celos son crueles como la tumba».
Salomón



Uno

Anteriormente

Harvard

Se iban a quedar todos de piedra. Todos. Hicimos el viaje a Harvard solo para despistar, aunque en realidad, no hicimos nada allí, excepto tomarnos un café con Bruce, un buen amigo hacker de Taka que estudiaba en la prestigiosa universidad.

Llegamos por la mañana.

Ambos habían hecho muchísimas fechorías juntos, y guardaban un buen recuerdo el uno del otro. Además, Taka le hizo un enorme favor que Bruce le iba a devolver ayudándonos a conseguir la Biblia de Harvard.

Era un friki de rasgos indios, mente superdotada, virgen y poco dado a hablar con la gente que no le interesaba. Pero cuando nos vio disfrazadas de muerte, y siendo Halloween como era, se volvió loco y pidió hacerse fotos con nosotras.

Nos reunimos en una cafetería de los alrededores. Todos allí ya estaban caracterizados y decididos a pasar un buen día y una buena noche de el día de los muertos. Bruce iba de Frankenstein.

Bruce y Taka empezaron a hablar de su artimaña, mientras Amy, Thaïs y yo nos hinchábamos a café, muffins, tartas y todo lo que hubiera en el mostrador. La Misión nos tenía exhaustas, muertas de hambre y con mucho sueño. Pero aguantaríamos hasta las doce de la noche. Hora en la que los supervivientes de la Misión nos reuniríamos para ver quién la tenía más grande.

—El sistema de la seguridad es fácil de hackear si conoces bien los algoritmos que utilizan. Como me pediste, la he cogido, y hoy mismo he programado el dron para que a las doce de la noche hora exacta, llegue a la localización que me dijiste. Sobre el obelisco de Groove Cemetery de Yale.

Taka sabía que si, por un casual, cargábamos con la Biblia desde Harvard a Yale, probablemente los demás nos perseguirían para robárnosla. Por tanto, si llegaba al punto exacto con uno de esos drones avanzados que solo los tipos como ellos sabían dónde conseguir y cómo manipular, nadie saldría herido y la Biblia continuaría a salvo.

Listo. Muy listo mi amigo Taka-Taka.

—Ya estamos en paz, tío —le dijo Bruce facilitándole el controlador del dron y la clave de acceso por si hubiera algún un problema.

—¿Pero nadie se ha dado cuenta de que la Biblia que hay es una falsificación? —preguntó Amy.

—Nadie tiene ni idea, preciosa —le contestó guiñándole el ojo a lo que Amy elevó una de sus cejas rubias —. Taka me habló con dos semanas de antelación y lo teníamos todo más que preparado. Una buena copistería y listos. Las hojas de su interior están en blanco, pero la portada da el pego.

Amy sonrió abiertamente y entrelazó los dedos de sus manos para decirle coqueta:

—Oye, ¿y a ti te gustan las magdalenas?

Increíble. Si los Huesos lograban robar la Biblia, no sería la original.

Y se iba a liar muy gorda.

Ansiaba que llegara ese momento.

Groove Street Cemetery

Doce menos cinco de la noche.

Obelisco

Nos colamos por el mismo sitio que usamos la última vez en la noche de las Hermandades. Todavía nos quedaban fuerzas para escalar y dar unos cuantos pasos hasta nuestro final de prueba.

Thaïs y Taka avanzaban delante de nosotros cogidos de la mano. Él llevaba una bolsita colgada al hombro con las tres brújulas, una sonrisa de oreja a oreja, y el conocimiento de que habíamos hecho bien las cosas.

A pesar de las heridas, de las trabas, de las peleas, de los momentos de asfixia, seguíamos ahí, y éramos un equipazo.

Amy y yo nos cogimos como dos buenas hermanas, ella pasándome el brazo por encima de los hombros y yo rodeándole la cintura con el mío. Me reía.

No podía hacer otra cosa que reírme.

Reírme de todos, porque esta vez, habíamos ganado a la Élite.

En una intersección de caminos se unieron a nosotros Kilian, Fred y Aaron. Los únicos Huesos que estaban en pie. ¿Y Thomas? ¿Thomas no estaba?

Nos quedamos parados sin saber muy bien qué hacer, pero entonces, sin mediar palabra, continuamos andando juntos, compartiendo nuestro espacio. En silencio.

Nos miraron con mucha seriedad y también respeto. ¿Era respeto? ¿En serio?

Kilian llevaba un libro envuelto en un paño en una mano y tenía la mandíbula tensa, dura y prieta. Se le iban a romper los dientes.

Quise decirle algo, pero entendí que no era el momento. No ahora.

Ese día, la universidad celebraba el The Game, el partido más importante del año contra Harvard. Y el equipo había tenido bajas importantes como la falta de Fred, el capitán del equipo. No sé cuál había sido el resultado. Lo que sí sabía era cuál había sido el de nuestro partido.

En el Obelisco, apoyados en la piedra como si ellos la sujetaran, estaba el Escriba y los cuatro Observadores que nos habían acompañado en la aventura de la Selva.

Cuando llegamos, nos detuvimos frente a ellos.

Kilian le entregó la Biblia al Escriba y después se retiró, manteniendo las distancias. Los tres Huesos se clavaron en el suelo como si fueran militares mientras que el Escriba, desenvolvía el libro y sonreía al tocar las tapas. Estaban ante algo, al parecer, divino para ellos.

—Al parecer, sois los vencedores, Huesos. Otra vez —recordó con énfasis. Pero cuando abrió el libro, su lenguaje corporal fue tal que hasta pudimos ver a través de la máscara cómo se le helaba la sonrisa de los labios.

—¿Qué es esto? Esta Biblia está en blanco —se la mostró a los Huesos.

Kilian se encogió de hombros sin demostrar mucha sorpresa, como si ya lo hubiese revisado antes.

—Es la Biblia que había en las vitrinas de la biblioteca, Maese. No había otra —concedió sereno y calmado. Él no podía hacerle nada al hecho de que hubieran cambiado la Biblia por una falsa.

—Entonces —dijo uno de los observadores—, debemos dejar la prueba como nula. Después de tantas bajas y tanta batalla la que nos habéis brindado, vuestra proeza no vale. No nos sirve. Queremos la Biblia original. Declaramos esta prueba —añadió a disgusto—, como nula.

—¿Y nosotros? —intervine yo sin soltar a Amy—, no estamos aquí solo para ver cómo otros vienen a entregar una Biblia. Sería muy estúpido por nuestra parte.

—¿Qué insinúa?

—Que nos pregunte al menos si tenemos la original —le increpé con educación.

Por lo visto a esos señores nadie les hablaba así, por eso se enervaron.

—Nadie lleva nada encima —dijo otro de los observadores que parecían cuatrillizos.

—Eso es porque no lo llevamos encima —contestó Taka mirando al cielo.

Amy a mi lado se miró el reloj y susurró:

—Tres, dos, uno... Ya está.

El zumbido del Dron sobre el obelisco provocó que todos alzáramos la mirada al cielo. El aparato tenía un foco potente que nos iluminaba al tiempo que descendía lentamente, hasta los pies de los enmascarados, entre nosotros y los Huesos.

—Uy, ¿qué es eso? —preguntó Amy entre dientes y mirando hacia otro lado.

El Escriba se agachó incrédulo, cogió la caja de cartón del dron y cuando la abrió pude escuchar cómo se le cortaba la respiración.

Se levantó para mostrarle la Biblia a los demás y cuando la ojearon, todos estuvieron conformes y asintieron con la cabeza como robots.

Nosotros nos miramos y nos sonreímos felices y orgullosos de ser quienes éramos y de haber conseguido superar el desafío juntos. Habíamos dado el gran golpe.

—Muy bien, señores —dijo el Escriba mirándome fijamente—. Declaro a los NM List, justos vencedores de la Misión.

Uno de los observadores nos dio un maletín de piel negra con los ciento sesenta mil dólares de botín en su interior.

Nosotros lo cogimos y gritamos extenuados, abrazándonos y haciendo una piña.

Miré a Kilian de reojo y este sonreía agachando la cabeza, como si él también disfrutara de nuestro éxito.

Tenía que hablar con él inmediatamente. Kilian nos salvó la vida cuando nos dijo qué debíamos entrenar y cómo debíamos hacerlo. Y ahora ni siquiera me miraba.

Me deshice del abrazo de Amy cuando noté la presencia del Escriba tras de mí. Me aparté ligeramente de mis amigos y me lo quedé mirando.

—Es usted una caja de sorpresas, señorita Lara.

—Gracias.

—La hemos estado observando. Parece una joven excepcional —me dijo en voz baja y con tono interesado.

—¿Qué quiere? —le pregunté.

Esta vez sí noté cómo Kilian se ponía a la defensiva al verme hablar con el Escriba.

Era como si quisiera intervenir.

—No se pregunte lo que queremos de usted. Pregúntese qué le podemos ofrecer. Usted está tocada por algo especial.

—No soy nada especial —repliqué.

—Oh, sí lo es. Y el solo hecho de que quiera negarlo la hace más interesante.

—No sé de lo que me habla.

—No hace falta que lo sepa —aseguró dando media vuelta para alejarse con los observadores. Y entonces, se giró de nuevo, caminando hacia atrás elegantemente, como si levitara, me señaló con uno de su largos dedos

enguantados de negro y me dijo: «tapped, querida.» Ya la hemos tocado, la pregunta es: ¿se atreverá a acompañarnos?

Aquella palabra ni siquiera me asustó. No me hizo palidecer.

Acababa de ser propuesta para tapped por la Cúpula, por el Escriba. Y lo habían hecho públicamente, ante la atención de los huesos, de Kilian sobre todo que negaba con la cabeza como si todo hubiera salido mal. Y mis amigos también lo habían oído.

Yo intenté ignorar a Kilian porque verle me hacía daño, no por él y sus mentiras, si no por mí y mis meteduras de pata. Quería recuperarle. Quería saber dónde estaba Thomas.

Los Huesos y Cenizas me abrían una puerta. Pero que la aceptara o no solo dependía de mí.

Necesitaba un protector a mi lado si al final mi respuesta era afirmativa. Eso lo tenía muy claro.

Y no quería otro que no fuera mi Assassin.

La pregunta era si, después de todo, Kilian todavía quería ser mi protector.



Dos

Los pronósticos de Kilian y Thomas se habían cumplido. La Cúpula, la todopoderosa membresía de maeses Bones, acababa de proponerme para tapped, delante de mis amigos, y ante los tres únicos Huesos que quedaban en pie y que no salían de su asombro, mirándome como si fuera un dragón con cuatro cabezas.

A las doce en punto de la noche de Halloween, los encapuchados me señalaron y ocultando su sonrisa de satisfacción tras aquellas máscaras de muecas desapacibles, pronunciaron una palabra en público que sonó con una reverencia inusual, como si yo fuera sagrada.

Me estremecí de arriba abajo y me abracé. Kilian no lo haría y yo le eché de menos al instante. Me había equivocado. Me había equivocado, ¿verdad?

Lo miré de soslayo. Al menos, la sudadera que llevaba cubría aquellas horribles cicatrices que los dos Alden lucían en la espalda. Haber contemplado aquella horrenda carnicería fue como un bofetón, porque entendí al instante muchas cosas, entre ellas: que ya sabía por qué Kilian y yo no nos habíamos vuelto a acostar y a desnudarnos el uno al otro. Porque me estaba ocultando sus heridas.

¿Qué tipo de hermandad era esa, por el amor de Dios? ¿Cómo usaban métodos tan rudimentarios y salvajes para poner a sus miembros en vereda? Y ¿por qué razón, yo, aun sabiéndolo, estaba decidida a entrar? ¿Qué tipo de interruptor suicida tenía en mi interior que era incapaz de apagar? ¿Qué voz masoquista no era capaz de silenciar?

Inspiré profundamente por la nariz, con mi atención fija en el vacío que había dejado la Cúpula al desvanecerse a través de la neblina del cementerio.

Vini. Vidi. Vinci.

Tal y como vinieron, decretaron y se fueron.

Noté una mano amiga en el hombro, y advertí que era Amy, que mirando enigmáticamente hacia donde yo lo hacía, susurró:

—Lara. Vámonos. Es Halloween y tenemos que celebrar que hemos ganado —me ordenó.

Thaïs y Taka me rodearon. Sentía las piernas inmóviles y el alma como si me pesara más que mi propio cuerpo y como si hubiese dejado de ser etérea.

Fred y Aaron se cruzaron de brazos sin perderme de vista. Ellos lo habían oído tan bien como yo. La Cúpula quería que yo entrara a formar parte de los Huesos. Sin pedigrí, sin sangre ni títulos, solo porque habían visto algo en mí que les gustaba. Y nadie había sabido encajar aquella decisión. Ni Kilian ni ellos ni mis amigos. Ni siquiera yo.

—Vámonos —me repitió esta vez Thaïs tirando de mí—. Vas a obviar lo que te han dicho y nos vamos a correr una buena juerga los cuatro.

—Pero...

—No. Lara. Ahora no —me prohibió ella flagrantemente. Capté cómo desvió sus ojos hacia los Huesos—. Ahora no —repitió—. Ya hablaremos de esto en otro momento.

—Sí —asentí con la boca pequeña.

Desvié mi mirada hacia Kilian. Sus ojos dorados estaban clavados en mi persona, y el rictus tenso de su poderosa mandíbula vaticinaba que no pensaba nada bueno sobre mí. Y yo volvía a estar perdida, necesitando de una luz que me guiase. Él siempre había sido esa luz. Desde Lucca hasta Yale, me había guiado como un faro que sobresalía entre el mar bravo e inclemente. Un mar que me ahogaba con sus descomunales olas y su corriente interior.

—Habéis completado una misión muy buena —Kilian estaba felicitando a Taka, de frente, sin subterfugios de ningún tipo—. Competisteis bien. Luchasteis bien —asintió con la cabeza—. Y nos engañasteis bien a todos.

Taka, cuyo rostro de calavera seguía dignamente entero, excepto esas zonas de la barbilla que Thaïs había cubierto de besos, sonrió con su típica indiferencia, aunque sus ojos plata brillaban agradecidos, reconociéndose en el cumplido. Kilian nos había ayudado y eso no lo íbamos a olvidar jamás. Nadie. Sin su ayuda nunca hubiésemos llegado hasta ese lugar.

—Gracias, Kilian —dijo Taka—. Vosotros también habéis competido bien. Aunque veo que no estáis enteros —les miró uno a uno—. ¿Y Thomas?

Yo tragué saliva al recordar cómo Thomas maltrataba salvajemente el cuerpo inconsciente de Dorian. No sabía qué había sido de ellos. Desconocía su paradero y si los organizadores camuflados de la Misión lograron poner a salvo al Llave. De haber podido, Thomas le hubiera matado. No podía quitarme de la cabeza sus ojos fríos e idos, como si esa realidad no fuera suficiente para él. Y esa fuerza... esos talentos... no eran humanos.

¿Por qué? ¿Por qué él era así?

—Las normas en la Misión son claras —contestó Kilian sin inmutarse—. Si se violan, no importa de qué fraternidad seas, pero debes ser penalizado con la eliminación. Thomas lo olvidó.

—Un dron... —musitó Fred incrédulo, negando con la cabeza, recordando el objeto volador portando la Biblia—. Ni siquiera tuvisteis las narices de arriesgaros a ir a por la Biblia vosotros mismos.

—Nadie dijo cómo debíamos conseguirla —contestó Amy henchida de orgullo—. El mundo no es solo de los más guapos ni de los más fuertes —remarcó tirándole una pulla—. El mundo es de los astutos y de los inteligentes. Y me temo que nosotros estamos en ese grupo.

Fred sonrió sin ganas y murmuró un improperio entre los dientes.

—Larguémonos —dijo mirando a Aaron y a Kilian—. Aquí ya no hacemos nada. Además —sorbió por la nariz—. Hemos ganado el *The Game* y la fiesta de esta noche puede ser antológica. Pirémonos.

Aaron se pasó la mano por el pelo negro y se encogió de hombros.

—¿Y ella? —dijo señalándome.

—¿Ella qué? —Thaïs se puso delante de mí para protegerme.

—El Escriba la ha señalado... —admitió con curiosidad.

—Olvídalo —mi amiga rubia y esbelta usó su tono más cortante para marcarle—. Vuestra fraternidad macabra no le interesa lo más mínimo.

—Alguien tendría que meterte una pastilla de jabón hasta la tráquea —contestó Aaron ofendido.

—A ver si al final al que le van a meter algo va a ser a ti —insinuó Taka. Su rostro entre sombras se tornó peligroso. Nadie le hablaba así a Thaïs—. Y no por la tráquea —apuntilló.

—¿Y quién se va a atrever? —dijo el gallo—. ¿Tú? —dio un paso al frente. Fred a su espalda se crujió los nudillos.

—Aaron —lo cortó Kilian alzando la voz—. No nos incumbe lo que decida la Cúpula hasta que recibamos la confirmación en la siguiente reunión —le puso la mano en el hombro y tiró de él animándole a seguirle—. Y recuerda —le dijo como el líder que era—: a un león no le importa lo que piense una oveja. No vale la pena enfrentarse a un goyin.

Yo contemplé toda aquella escena en silencio, sin pronunciar una sola palabra. Aquel Kilian indiferente, sin alma ni corazón en la voz, me dejó muda y sin argumentos.

Una goyin. Una bárbara. Eso era yo, sí. Pero que él me lo recordara me dolió.

Me miró, despreciándome, repasándome como si cada pulgada de mi cuerpo que él había abrazado tantas veces no valiese nada. ¿Estaba decepcionado? Yo aún necesitaba respuestas, tampoco era que creyese totalmente en él, pero no hacía falta que me fustigase por haberme acercado a una persona como Thomas. Eso ya lo hacía yo. «Estúpida, estúpida...».

Thomas no era alguien equilibrado y su oscuridad era abrumadora. Había metido mierda. Lo había enturbiado todo. Y yo le creí. Pero Kilian también tenía culpa de eso con sus secretos y sus medias verdades. De haber sido completamente sincero conmigo yo habría actuado de otra manera. Aunque para ser totalmente honesta, mi capacidad para discernir se había visto afectada por los celos, por mis miedos, por sentir ese amor hacia él como lo sentía.

Y ahora, mi *kelpie* se alejaba con sus amigos, bromeando entre ellos, como si perder la Misión fuera el menor de sus problemas y en cambio, pasarlo bien y tirarse a una nueva nena, fuera el objetivo que tuvieran entre ceja y ceja, el verdadero trofeo. Su auténtica victoria.

Se me removió el estómago y mi estado anímico se agrió por completo.

—Eh —Amy me levantó la barbilla con los dedos—. La tienen atravesada —me aseguró—. Se van a emborrachar para superar su fracaso —intentó subirme el ánimo—. ¿Qué ha pasado con Kilian?—me preguntó de frente.

Yo negué con la cabeza y me sentí desbordada por mis sentimientos borrascosos.

—Es... es complicado, Amy.

Ella asintió. Amy me respetaba. Sabía cuándo debía dejar de presionar, y en ese momento lo hizo.

—Mira, ¿sabes qué vamos a hacer?

—¿Qué? —dije hundida, cubriéndome mis ojos claros con una mano.

—Vamos a disfrutar de nuestro trofeo —alzó el maletín con el dinero y me apartó la mano de los ojos—. Y vamos a bailar y a pasarles por la cara que hay una nueva hermandad en la Élite. Y somos nosotros —me guiñó un ojo—. Un atajo de locos animalistas y reposteros ecológicos...

—¿Reposteros ecológicos? —Thaïs alzó una ceja rubia muerta de la risa—. ¿Ahora se llama así?

—¿Trabajamos con plantas o no?

Se me escapó una risita sin querer. No le iba a quitar la razón.

—Venga —me animó tirando de mí—. Vamos a arreglarnos nuestro maquillaje de calaveras y a celebrar que somos los mejores.

Los cuatro nos alejamos del obelisco y salimos del Groove Street Cemetery. Mis tres amigos recordaban anécdotas de la Misión y vitoreaban como locos. Yo hacía que les acompañaba, pero en el fondo, mi felicidad no era completa.

No sabía cómo iba a afrontar el futuro ni qué decisiones debía tomar.

Ni siquiera sabía si era buena idea continuar con aquella aventura de los Huesos.

De lo que sí estaba segura era de que me dolía el pecho porque mi corazón ya no encontraba el ritmo correcto. Porque ya no escuchaba la canción de Kilian. Ya no podía seguir sus latidos.

Mientras Taka y Thaïs se besuqueaban en el pasillo que daba a nuestra habitación, y se repetían por doquier los gritos y las risas de los alumnos que golpeaban las puertas asustando al personal, Amy me retocaba el maquillaje de la cara.

Era una artista en todos los sentidos. Me marcaba el negro de los ojos haciéndolos más cóncavos y profundos y marcaba mis dientes a lo largo de las mejillas, con blanco, gris y negro, dibujando la sonrisa sempiterna de la muerte que todos ocultábamos bajo nuestra apariencia.

Repasó mis labios con el pincel blanco y al matizar mi labio inferior me dijo:

—¿Qué ha pasado con Kilian, Lara? ¿No os habláis?

Yo la miré a los ojos y parpadeé algo sorprendida, porque su tono me dio a leer entre líneas, y percibí una puerta abierta. Para hablar, para creer, para confiar en ella como confiaba en Thaïs y Taka. Para contárselo todo.

—Amy, ¿conoces un baile anual que hacen los Huesos en...?

—¿En su isla? —finalizó ella ocultando una sonrisa—. Por supuesto que lo conozco. Mi padre me habló de ello.

Yo me aclaré la garganta y desvié la mirada hacia otro lado.

—Kilian fue ahí con Sherry.

Ella tensó la espalda y contemplé cómo las aletas de su nariz se dilataban.

—Entiendo. ¿Cómo lo sabes? ¿Quién te ha hablado de ello?

—Thomas. Cené con él porque me prometió que tenía pruebas de ello y...

—Joder, Lara... —murmuró—. ¿Cenaste con Thomas a solas?

—Sí. Él... me enseñó un video en directo del baile... Y les vi a los dos juntos. Kilian me dijo que se iba con algunos alumnos a unas conferencias a otro estado... Pero me mintió.

Ella no dijo nada. Continuó mirándome esperando a que acabara mi relato.

—La cuestión es que en la cena, vi cosas de Thomas que no me gustaron nada. Que me dieron miedo. Él... —sacudí la cabeza de nuevo—. Dios, pensarás que estoy loca.

—No. No lo pensaré. Dímelo —me animó—. ¿Él qué?

—Él... tiene capacidades extrañas, Amy.

—¿Qué tipo de capacidades?

—Capacidades que no son normales. Saltó conmigo en brazos desde un tercer piso y cayó de pie como los gatos. Y es fuerte... Fuerte como un jodido Vengador. Pero su actitud, su comportamiento errante no es bueno.

—¿Por qué? ¿Te hizo algo? —me preguntó preocupada.

—No. A mí no. Pero él es... violento. Mucho —incidí alzando mi mirada para enfrentar la suya—. En la Misión vi cómo apalizaba a Dorian incluso cuando él ya estaba inconsciente en el suelo. Creo —musité con la mirada perdida—, que de haber podido lo habría matado, Amy. Sin remordimientos —decirlo en voz alta hizo que mi conciencia se reactivara. Thomas era un sociópata en potencia. ¿Y si fue él? ¿Y si fue él quien lanzó a Luce desde la Torre de Lucca?

—Joder —Amy guardó el maquillaje en su estuche y después lo dejó dentro del cajón de las pinturas. Acto seguido se arrodilló entre mis piernas y posó sus manos sobre mis rodillas—. Vale. ¿Sabes dónde está Dorian?

Negué con la cabeza.

—No. Vi a miembros de la organización de la Misión recogerlo y ocultar su cuerpo entre la maleza. Supongo que se lo llevarían para salvarle la vida. Necesitaba un hospital. Te lo aseguro.

—¿Y cómo pudiste verlo? ¿Por qué se detuvo? ¿Qué hacías tú ahí...?

—Vino Kilian y me advirtió sobre Thomas para echarme en cara que mi decisión de creer a su hermano en vez de a él había sido errada. Amy, los dos tenían las espaldas marcadas por profundas líneas rojas... Les

habían azotado. Pero Thomas las tenía totalmente curadas. Y Kilian todavía no. Incluso Thomas se rió de su hermano insinuando que él podía curarse antes...

La mirada oscura de Amy no presagiaba nada bueno.

—Mi padre me habló de ellos. De los castigos de los Bones. Pero nunca creí que fueran ciertos. Es más, me aseguró que eso se había dejado de hacer... —admitió oscilando las pestañas.

—Te aseguro que se hacen.

—Hay una vertiente de los Huesos que son llamados «La vieja guardia» y que implantan las normas y rituales originales. Si la Cúpula está formada por maeses con esos ideales, es posible que la fraternidad de Huesos y Cenizas no difiera mucho de Calavera y Huesos. Y si es así, estamos ante una hermandad muy radical en todos sus sentidos.

—Estoy asustada. No sé qué ha sido de Dorian ni de Thomas. Y ahora, Kilian ya no quiere hablar conmigo por haberme aliado con su enemigo. Y tengo la sensación de que he cometido un terrible error —me cubrí la cara con las manos.

—No hagas eso. El maquillaje —me reprendió Amy apartándolas de mi rostro.

—Sí, perdona —sorbí por la nariz.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Todos hemos oído que te han propuesto para *tapped*, Lara. No vas a dar ni un paso sin hablar antes con mi padre.

—¿Con tu padre?

—Sí. Quiero que hables con él. El Lunes llega a Connecticut. Tú y yo nos vamos a coger el coche y vamos a ir a verle. Quiero que le conozcas y que le escuches. Que le cuentes todo lo que sabes. Mi padre fue expulsado de los Huesos por resistirse a seguir sus protocolos. En realidad, él decidió irse, pero a los Huesos les gusta decir que lo pusieron de patitas en la calle —se encogió de hombros—. Creo que necesitas oír lo que él sabe antes de tomar ninguna decisión. Cuando dejó de pertenecer a la hermandad, nunca jamás volvió a hablar de ellos conmigo, pero mi padre vale mucho más por lo que calla que por lo que dice.

—¿Y por qué va a querer hablar conmigo?

—Lara —posó sus manos sobre mis hombros—, porque eres una *tapped*. Toda la Cúpula te señaló. Todos te quieren. Vamos a averiguar por qué.

Pero yo sabía que el año anterior otra chica había sido propuesta para *tapped*, aunque solo uno de los maeses la señalara. En mi caso, al parecer, todos estaban de acuerdo.

No obstante, Luce estaba en coma.

Y yo, aunque seguía viva, ya estaba marcada. ¿Con qué marca? ¿Con la de la muerte?

Quería hablar con Kilian de todo lo que sabía, de todo lo que había descubierto. La única manera de recuperarle era siendo sincera con él, quitándome las máscaras. ¿Estaría bien que él supiera lo que pasaba? ¿Qué comportaría la verdad?

Fuera como fuese, dudaba de que él quisiera ver mi verdadera identidad.

—Lara. Todo va a salir bien —Amy me abrazó y me levantó de la sillita del baño—. No te va a pasar nada mientras yo esté a tu lado.

Me sonrió de arriba abajo y a mí se me aguaron los ojos, porque tener a una persona como Amy conmigo, era un regalo, un tesoro que preservar.

No sabía qué hubiera sido de mí en Yale sin ella. Era como un ángel protector que estaba segura que mi madre me había enviado para que cuidara de mí.

Después de asearnos un poco y guardar el maletín en la caja fuerte que Amy poseía detrás de uno de sus cuadros con litografías de Gaudí, en el cabecero de su cama, nos fuimos a celebrar Halloween y la victoria sobre Harvard, a pesar de que yo no tenía ganas de fiesta.

Pero Amy me obligó a salir con ella porque Taka y Thaïs se fueron a su casa, pegados como lapas, compartiendo miradas entregadas y arrumacos.

Eran tan monos... Me alegré por ellos. Se merecían estar juntos, y me sentía feliz porque al menos, en ellos, sí había triunfado el amor. Yo, en cambio, metí la pata hasta el fondo con Kilian. O eso sentía.

Halloween se vivía en todo el Campus como el día del juicio final. Había muy poca gente que no fuera disfrazada. Y los que no iban sufrían las bromas pesadas de los que sí.

Se celebraban fiestas privadas en las hermandades y también fiestas públicas en cada plaza central de la facultad.

Amy me dijo que la mejor fiesta se daba en nuestra facultad, en Trumbull, con lo que no tuvimos que desplazarnos demasiado para pasarlo bien, y yo lo agradecí.

La Misión me había dejado exhausta. Amy, en cambio, tenía energía para dar y regalar.

En la plaza central custodiada por los góticos y adamados edificios, ahora customizados por esqueletos colgados de las ventanas y siniestra decoración se hallaba la marabunta de estudiantes caracterizados como sus personajes favoritos de películas de terror. Freddie, Frankenstein, Drácula, el hombre lobo y otros bebían y bailaban con momias, zombies y extraterrestres... Ahí estaban todos, no faltaba ni uno.

—Amy —le pregunté mientras nos acercábamos a una de las paradas de bebidas, haciéndome hueco con los codos—. ¿Hans y los gemelos van a traer muffins de las nuestras?

Amy sonrió y me miró de soslayo.

—¿Lo dudabas? Mira —señaló a mi derecha por encima de las cabezas tuneadas, y vi cómo llegaba una furgoneta negra que abría sus puertas laterales de par en par y de cuyo interior salían dos pelirrojos cargando cajas blancas a montones para llevarlas a la parada de venta. Aunque, hambrienta como estaba la jauría, no les dejaron dar dos pasos y tuvieron que empezar a venderlas desde ahí.

—¿Vamos a ayudarles? —le pregunté.

—No —negó Amy—. Ellos se lo hacen solos. Nosotros nos hemos vaciado en la Misión y la hemos ganado. ¿Te das cuenta? Hemos vencido a la Élite. NM List va a entrar a formar parte de la Élite de las fraternidades de Yale —dijo como si viera un cartel luminoso frente a ella—. Nuestro nombre estampado en la leyenda.

—Sí —era consciente, aunque la satisfacción fuese agridulce.

—Bien, novata. Vamos a disfrutar de lo nuestro —tomó dos vasos de plástico transparente y los cargó de ponche hasta arriba. Los trozos de fruta flotaban en la superficie y a mí me entró hambre, y también sed—. Repongamos fuerzas —me animó ofreciéndome un vaso y chocando el suyo con el mío—. ¿Quieres una magdalena?

—Quiero una que no tenga harina mágica —contesté.

Ella volteó los ojos y negó con la cabeza.

—Me decepcionas. Pero está bien. Marcamos los envoltorios de las muffins que no van cargadas —me contó a modo de confidencia—. Te traeré un par.

—¿En serio hacemos eso?

—Claro. Los gemelos se encargan de repartirlas a los que ven más perjudicados. Así nos ahorramos tragedias.

—Ah —me asombró saberlo. Pensaba que las repartían y las vendían sin filtro. Acababa de darme cuenta de que no era así—. Entonces sí. Tráeme dos —le pedí.

Y Amy me obedeció satisfecha con mi elección. Mientras tanto tuve que soportar a un zombie con una camisa de fuerza ensangrentada que me decía que se comió su lengua por diversión, y a otro que le faltaban un par de dientes. Pero ese era un mellado de verdad. Mira, había gente a los que Halloween les hacía un favor.

—Aquí tienes —Amy me dio dos, y cogió un par también para ella.

Les quitamos el envoltorio, las mordimos y ambas cerramos los ojos invadidas por la dulce posesión del azúcar. Fue un subidón.

La esponjosidad, el delicioso sabor que la abuela Malory lograba al combinar los ingredientes, los cachitos de chocolate negro y blanco... Eran una delicia.

—Me podría correr de solo comerlas —murmuró Amy con la boca llena.

—Están buenísimas... —aseguré.

Y así, en un santi amén, acompañando cada trago con ponche, me encontré mucho mejor y mi estado anímico subió varios peldaños. El azúcar fue como una inyección de adrenalina.

—Quiero comerme una caja entera —le aseguré a Amy.

—Pues vamos —me sujetó de la mano y avanzamos hasta la furgoneta. Nos colocamos al otro lado de las puertas y ahí nos hicimos con otra caja.

Mientras comíamos al son de *Backstreet's Back*, bromeamos al mancharnos las paletas de chocolate negro, con lo que parecía que nos faltaba un diente.

—Te quiero, novata —me dijo Amy abriendo la boca sonriente para que se viera bien la mancha de chocolate.

A mí me dio un ataque de risa y le hice lo mismo, con cara de payasa.

—Yo te quiero más —repetí sin poder vocalizar por culpa de las carcajadas.

—Y así, sin diente estás tan guapa que no entiendo por qué Kilian no viene a buscarte...

—Oh, gracias —contesté sonriente—. Tú también eres una calavera muy guapa.

—Sí. Tú también. Aunque estés en los huesos.

Eso me hizo reír de nuevo, doblándome sobre mi propio estómago, sujetándome el abdomen con los brazos.

Y así, de esa guisa, me encontré a Kilian, frente a nosotras.

¿Tenía sed? Pues toma dos jarras.

Guapo hasta decir basta, de pie, altísimo en ese instante, ya que estábamos sentadas en el suelo con la espalda apoyada en la furgoneta.

Nos miraba seriamente. Se había maquillado la mitad de la cara como una calavera, y la otra en cambio, lucía limpia y atractiva como él era.

Dr. Jekyll y Mr. Hyde.

La muerte y la vida.

La maldad y el bien.

La Locura y la cordura.

—Amy —Kilian clavó sus ojos en mi amiga—. Necesito hablar a solas con Lara. ¿Me permites?

Amy nos miró a uno y otro, dubitativa.

—¿Lara? —me preguntó pidiéndome permiso para irse.

Me levanté deslizando mi espalda por la furgoneta, y ayudando a Amy a hacer lo mismo.

—Sí, tranquila —le contesté. Me limpié la manos contra las piernas pues las notaba sucias del contacto del suelo—. Estoy bien.

—¿Seguro? —insistió con la paleta negra de chocolate y el pelo despeinado. La imagen estuvo a punto de arrancarme otra carcajada, pero me resistí. Kilian no parecía estar de buen humor.

—Sí, de verdad —la abracé y le dije al oído—: tengo una conversación pendiente con él. Estoy bien. Ve tranquila.

—Cualquier cosa me das un toque al móvil.

—Sí.

Amy no parecía estar muy de acuerdo en irse, pero al final dio un paso atrás y se alejó, no sin antes lanzarle una mirada perdona vidas a mi Assassin.

Cuando nos quedamos solos detrás de esa furgoneta, pareció que no había nadie más en el mundo. Nos aislamos del ruido, del jaleo y de la música.

Los dos solos. Solo yo frente a él.

Nada más.

Kilian dio un paso hacia mí con un ademán muy severo. Yo me aplasté contra la furgoneta, impresionada por la energía que exudaba.

—Kilian, yo...

—Tienes chocolate en la paleta.

—¿Eh?

—Chocolate —se señaló la boca.

Mierda.

Me lo limpié rápidamente con la punta de la lengua y me azoté mentalmente por aquel desliz. Debí pensar que era lerda.

—Mira, sé que tenemos que hablar. Yo tengo ganas de hablar contigo y de explicarte. Yo, bueno... Tú sabes que me has ocultado muchas cosas y que en nuestra relación hay muchos secretos. Que seas un Bones tampoco facilita la situación —maldita fuera. Hablaba tan rápido y atropelladamente porque estaba nerviosa, y él no dejaba de acercarse a mí—. La cuestión es que tu hermano me aseguró que me ibas a engañar con Sherry, que me mentirías... Y me dijo que si cenaba con él, él me mostraría las pruebas de tus mentiras y de paso, retiraría el duelo contra ti. Y yo... bueno yo accedí —dije rendida, encogiéndome de hombros—. Accedí porque no soportaba la idea de verte pelear de nuevo. Me daba miedo que te hicieran daño y... —me acongojé, no pude evitar emocionarme. Me sucedía siempre que hablaba con él y abría mi corazón— y también me dio miedo creer que él dijera la verdad. Por eso fui. Para que me lo demostrara y para, sin tener en cuenta si mentías o no, salvarte de vuestro enfrentamiento —¿por qué me sentía tan desvalida e insegura?

Kilian apoyó las manos a cada lado de mi cara, en la furgoneta y acercó su rostro al mío, tanto que parecía que me iba a comer y que nuestras narices se tocaban.

—¿Y ahora qué?

—¿Ahora qué? —susurré sin comprender.

—¿Cuáles son tus conclusiones? Ahora que has llevado tu juego hasta el final y que has visto cosas que nadie más ha visto, ¿qué crees? ¿En quién crees?

—Creo que me mentiste y que te vi bailar con Sherry —contesté creciéndome ante la adversidad—. Que fuiste con ella a la Isla de Deer y que no sé por qué lo hiciste. Que tu hermano no es normal, que hace cosas que ningún humano puede hacer y que... que es malo. Que no está bien. Tiene mucha maldad. Y me alegra que haya retirado el duelo contra ti, porque te habría matado. Sé que estuviste dos semanas sin querer acercarte mucho a mí, porque no querías que yo te tocara, por tus heridas... Y quiero decirte que lo siento, Kilian —reconocí abatida—. Siento haber pensado mal de ti. Siento haber actuado así. Solo pensé que estaba haciendo lo mejor. Me sentí engañada —bajé la cabeza con vergüenza—, y por eso quedé con Thomas.

—¿Y por eso te besaste con él? —disparó sin más. Sus ojos oro brillaban con disgusto y rabia.

—Yo no le besé —no necesité alzar la voz. Lo miré fijamente, sin miedo—. Fue él. No sé lo que te dijo Thomas, pero te engañó.

—Lo que sé es que todo el mundo sabe por qué ya no nos enfrentamos Thomas y yo, y me avergüenza saber que es porque mi novia —pronunció con inquina—, pendoneó con él una noche para hacerle cambiar de opinión.

—No seas injusto. Eso no fue así —le advertí.

—¿Injusto? ¿Has visto cómo tengo la espalda? Tuve que acatar una sesión de azotes por defender el honor de una *goyin* ante Dorian y ante Thomas. ¿Y esa es la lealtad que recibo? ¡¿Eh?! —golpeó la furgoneta con el puño, por encima de mi cabeza.

Las lágrimas de mis ojos descendieron por mis mejillas. Negué con la cabeza.

—No. No es así. Sé que he hecho las cosas mal, pero tú también.

—Te dije que yo te protegería. Te dije que me hicieras caso. ¡¿Te lo dije o no?! —

—S-sí —contesté abatida. Menudo panorama. Yo disfrazada de muerte llorando como una nenaza.

—¡¿Entonces por qué coño haces lo que te da la gana?! ¡¿Por qué no has confiado en mí?! Tuve que ir a la Isla Deer a enfrentarme a la Cúpula de frente y decir que rompía la alianza con la familia de Sherry. Solo así podía liberarme de ese enlace. Y mientras yo aguanté los días en la Isla, con un dolor atroz en la espalda y con heridas que me han provocado fiebre durante muchas noches, la niña bonita coge y se va a calentar a mi hermano. ¡¿Así me agradeces todo lo que he hecho por ti?! Estoy cuidando de ti, protegiéndote —enumeró fervientemente—, desde que te conozco. ¡¿Así me lo pagas?! ¡¿Convirtiéndome en el hazme reír de la fraternidad?! —

Sabía que el maquillaje se me correría si no paraba de llorar, pero era incapaz, porque todo lo que me decía Kilian era incontestable, irrefutable. Tenía razón.

—Lo... lo siento.

Kilian se apartó de la furgoneta y de mí. Me miró de arriba abajo, sin calor ni cariño, y parpadeó una sola vez, como haría un asesino. Me sentí más pequeña que nunca.

—Lo siento mucho —repetí rota y arrepentida—. No sé qué más puedo decirte o qué más puedo hacer para que me creas... Kilian, siento muchas cosas hacia ti. Muchas y... sé que me he equivocado y he hecho las cosas mal. Que he confiado en quien no debía.

—Siempre te pasa lo mismo. Dorian, Thomas... Confías en todos menos en mí. Y al final siempre acabo salvándote de ellos.

—Kilian... —mi melena ocultó mi rostro—. Lo siento de verdad.

Él no cambió la expresión en ningún momento. Parecía tan duro, tan inalcanzable para mí en ese instante.

—¿De verdad quieres hacer algo para arreglar esto? —su mandíbula estaba tensa, como él.

—Sí —vi una pequeña luz entre la oscuridad de su mirada—. Claro que sí.

—Bien. Vamos —me agarró de la mano, bordeamos la furgoneta y me metió entre la multitud que no dejaba de bailar, para cruzar la plaza y meternos dentro de la residencia.

No entendía nada. No comprendía aquel arrebato. Mis lágrimas se desvanecían en el aire, impulsadas por la virulencia de sus movimientos.

Por un momento pensé que quería que subiéramos a mi habitación. Y me gustó la idea. Nunca había subido a nadie a mi habitación. A ninguna de ellas. Que él fuera el primero me llenó de alegría.

Pero en vez de eso, me metió en los baños públicos, cerró la puerta de uno de los compartimentos, me aplastó contra la pared de ladrillo blanco y arrinconándome me dijo:

—Si quieres que te crea, vas a tener que esforzarte.



Tres

No nació ayer. No era una mojiata. Sabía a lo que se refería. Pero aquella energía peligrosa y desafiante no era la adecuada. No me hacía sentir bien. Intenté tranquilizarme y calmar el latido desbocado de mi corazón, pero todo fue en vano cuando Kilian se cernió sobre mí, me atrapó los labios con su boca y me besó violentamente.

Todo se desdibujó, incluso mi sensación de estabilidad. Fue como si me despersonalizara. Ni pies ni manos sentía, excepto la lengua de Kilian indagando en mi boca.

Le respondí al beso y me abracé a él. Le rodeé el cuello con los brazos, me colgué a sus hombros y sentí como él me izaba y me colocaba las piernas alrededor de su cintura.

Mi mono negro llevaba una cremallera por delante que empezaba en el cuello y acababa por debajo del ombligo. Percibí sus manos ardientes manoseándome por todos lados, y después noté que sus ágiles dedos tomaban la cremallera y la bajaban con rapidez. La yema de sus dedos me quemó la piel de la clavícula y cuando me cubrió uno de mis pechos con toda su palma, corté el beso y le miré a los ojos esperando conectar con él y verle el alma.

Pero me lo prohibió. Volvió a besarme de nuevo, haciéndome daño en los labios, y yo le respondí.

Y entonces, su mano se deslizó hasta mi vientre, y desde ahí, al Sur, donde llevó los dedos a la parte más íntima de mi cuerpo.

Mi entrepierna ardía y cuando empezó a jugar ahí, me estremecí.

Kilian me tocaba de un modo que me volvía la cabeza del revés, pero sabía cuándo ponía el corazón en ello. Y allí estaba ausente.

Corté mi beso, y apoyé la cabeza en el panel lateral del baño. Él aprovechó para deslizar la boca y la lengua por mi cuello, y a continuación apresó mi oreja entre sus dientes. Gemí, porque me era imposible no hacerlo, y porque él ya había introducido un dedo en mi interior, pero me estaba quedando fría.

Yo me quedaba fría, porque él solo quería calentarme, y darme cuenta de ello me decepcionó.

—Me pones cachondo perdido. No sé qué es —susurró incrédulo—. Que incluso disfrazada de muerte me pones caliente. Incluso cuando te odio como ahora solo tengo ganas de follarte.

Aquello me sentó muy mal. Como un azote en toda la espalda. No me gustó que me hablara así. Y él lo notó.

—No hagas esto —le rogué.

—¿Qué pasa, Lara? —me preguntó—. ¿Demasiado sucio para ti? ¿Demasiado... duro? —me apretó contra la pared lateral.

—Solo quieres castigarme —le miré entre mis largas pestañas, decidida a ser fuerte, pero la barbilla me tembló, la muy traidora.

—Estoy cansado de que me hagas creer que eres una persona que en realidad no eres.

—No soy yo la que ha mentido.

—¿Qué más quieres de mí? —dijo frustrado hundiendo sus dedos en mi recogido—. ¡Dime!

—Solo quiero... —le tomé del rostro y le acaricié las mejillas. Esa media cara de calavera me asustaba. Y su parte no maquillada me desorientaba de lo hermosa que era—. Solo quiero que me creas cuando te digo que lo siento. Quiero que me quieras.

—¿Para qué? No ha sido suficiente nada de lo que he hecho por ti hasta ahora.

—¡No es verdad! —le sujeté la muñeca porque no paraba de tocarme entre las piernas.

—¡Sí lo es! Siempre dudando, siempre desconfiando, siempre con miedos... Miedo de que no fueras especial para mí, de que te engañase y que en realidad fueras un entretenimiento más, como cualquier otra chica que haya podido tener.

—Para, Kilian —le apresé la muñeca con los dedos y tiré de él hasta que retiró la mano, pero aun así no me bajó al suelo.

—¿Qué?! ¿Este era tu miedo? Siempre has querido saber qué hacía con las demás, ¿verdad? Siempre has tenido miedo de ser una de ellas... Siempre desconfiando de mí, poniendo todo en tela de juicio. Estoy convencido de que en tu retorcida cabeza sospechas que sé lo que le pasó a Luce. Que estoy al tanto de todo encubriendo a un agresor que no existe. Siempre con conspiraciones... —me echó en cara. En sus ojos de sol había un eclipse de despecho y frustración que seguramente se asemejaba al que yo irradiaba en los míos—. ¿Me equivoco?! —gritó a un palmo de mi cara—. Incluso crees que tengo algo que ver.

Yo apreté los dientes y lo negué rotundamente.

—Tú no fuiste. Me quedo con eso —contesté muy seria.

—¿Y si lo fuera? —me provocó. Quería ponerme más nerviosa de lo que ya estaba.

—No. Tú no has sido. ¿O quieres que crea que sí? —le desafié herida.

—¿Acaso importa lo que yo quiera? No —se contestó a sí mismo. Kilian se estaba rindiendo en mis narices—. Nunca ha importado. Siempre has creído en lo que te dijera el resto, antes de en lo que te decía yo. A pesar de que lo oyeras de boca de tíos que nunca me han llegado moralmente ni a la suela de los zapatos.

—Basta. Bájame —pedí acongojada.

—¿Por qué? ¿La niña bonita de Yale, la que toda la Élite quiere, ahora me da órdenes? ¿Estás asustada? —se apartó para ver mi desnudez y sonrió maliciosamente—. ¿Crees que soy como ellos? Porque, créeme —su voz se tiñó de oscuridad y se impregnó de las esquinas más sucias del Infierno—, puedo serlo. Si te gustan los malos, puede que yo sea el peor de todos. No me conoces.

—No. Kilian —negué intentando cubrirme—. No sigas. Tú no eres así.

—¿Estás segura? —su ceja derecha se alzó y su mirada se tornó diabólica y vidriosa. No dudaba que Kilian podía comportarse como un cretino si le decepcionaban. Y yo le había decepcionado. Aquella era su

vendetta por haber ido a cenar con Thomas—. Podría hacerte miles de cosas depravadas aquí sin que nadie nos oiga. Podría drogarte y forzarte, como intentaron hacer Thomas y Dorian. ¿Te gusta eso?

Yo moví la cabeza negativamente y él me obligó a echarla hacia atrás. Le encaré entrecerrando los ojos. Sentía las lágrimas llegando a la comisura de mis labios.

—¿Seguro que no te gusta? —me aseguró—. ¿Sabes? Dentro de la hermandad me conocen por un nombre. Un nombre que tiene que ver con lo que soy, con lo que puedo llegar a hacer. Con mi reputación. Y contigo he querido ser diferente. Porque pensaba que eras distinta —me remarcó.

—No te llamarán el Gilipollas, ¿no? —Dios, cómo le odiaba en ese momento. Cuánto daño me hacía todo.

Él sonrió condescendiente.

—Ya te enterarás. Ahora que eres una tapped, ya no habrá secretos para ti.

—¿Eso crees? Tu logia es todo ocultismo. No me vengas con esas.

—Piensa lo que quieras. Me llaman Magog —se delató sin más—. ¿Sabes qué significa?

—Pues no. Nada bueno, supongo.

—Es un demonio que se encarga de arrebatar la virtud de las vírgenes y entregarles su alma al diablo —a mí el corazón se me aceleró. Kilian tenía reputación de golfo follador, y ahora ya sabía por qué. ¿A cuántas no habría desflorado?

—Y yo he sido una más, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—Tú has querido que sea así. Me he contenido para no asustarte, para tratarte como una princesita, para mimarte y cuidarte —cada palabra era un dardo al centro de mi pecho—. Para protegerte. Y de nada me ha servido tratarte así, porque siempre has hecho justo lo contrario de lo que yo esperaba. Apagaste el móvil mientras yo intentaba hablar contigo desde Deer —me increpó— y decidiste salir con Thomas.

—No soy una princesita —le repliqué—. Pero tampoco soy una persona sumisa. Tengo mis principios y si esperas que haga lo que tú me digas a ojos cerrados mientras tú me ocultas lo que quieres, como que te fuiste a la isla Deer con Sherry, entonces es que tampoco me conoces. ¿Qué esperabas que hiciera? ¡Me mentiste, Kilian! Thomas me enseñó un video en directo de vuestro pomposo Baile de la Rosa. Te imaginaba en una conferencia, no en la presentación formal de tu novia.

Él hizo un gesto despectivo.

—Has sido muy tonta. Eres muy débil e influenciable... Viste lo que él quería que vieras. No sé qué demonios vi en ti.

—Tú no sabes nada sobre mí. Nada —mi voz se rompió.

Él me miró de arriba abajo. Valoró la mercancía y le puso nota, a pesar de mi disgusto.

—Mírate. No eres especial, Lara. Dejas que te vea las tetas, que te toque y me meta dentro de ti... Haces lo que todas. Tienes lo que todas. Eres como todas.

Le empujé, me removí como una serpiente y él acabó bajándose, con algo de sorpresa, pero consciente de que el juego llegaba a su final. Y entonces le di una bofetada tan fuerte que me dolió la muñeca, y reverberó la punzada hasta el codo.

Con dedos temblorosos me subí la cremallera y me cubrí, porque nunca me había dado tanta vergüenza estar así con alguien.

Kilian pareció no sorprenderse mucho por el bofetón. Puede que lo esperase y todo. En cambio, yo no me sentí mejor.

Nunca había levantado la mano a nadie y me sentí miserable al hacerlo, precisamente, con la persona que más quería.

—Ahora ya te puedes ir —le dije en voz baja.

Kilian inspiró profundamente, armándose de paciencia. Yo ya la había perdido, igual que otras cosas por el camino.

—Tu problema, Kilian, es que no lo puedes controlar todo. No puedes controlar a tu hermano, no me puedes controlar a mí ni tampoco puedes controlar tu futuro. No eres libre ni rebelde. Eres esclavo de la orden de la que formas parte y dependes de ella para todo. Ellos te dicen con qué chica casarte y también cómo debes comportarte para ser el corderito perfecto y asegurarte un buen salario vitalicio. En realidad, es muy triste, ¿no te das cuenta? —carraspeé y miré hacia otro lado—. Eres incapaz de ver más allá y de abrir los ojos, aunque hayas querido venderme una imagen de ti mismo irreal.

—Me la he jugado por ti al renunciar a Sherry y romper un compromiso. Por ti. Me he encarado a la Cúpula para decirles que no quería ninguna pareja. Que ya había encontrado una, con lo que eso comportaba.

—¿Una goyin?

—¡Sí! Porque eso eres para ellos.

—¿Y para ti?

Sus ojos destilaban desdén.

—Ya no importa. Vuelvo a estar libre —abrió los brazos de par en par—. Fíjate en la ironía del destino: ahora eres una tapped. Si quisiera, ahora podríamos estar juntos sin problemas.

—¿Y quieres? —pregunté sin esperanzas.

—No —me miró fijamente—. No puedo estar con alguien que me ha decepcionado y en quien no confío. No quiero volver a sentirme así nunca más.

Asentí aterrada por aquel sentimiento de pérdida y desorientación. El dolor del *kelpie*. Mi dolor. Qué horrible era.

—Perfecto. Pues no hay más que hablar.

—Seguro que tienes muchos protectores. Te saldrán de debajo de las piedras. No te preocupes.

Igual se pensó que aquello me preocupaba. No. Lo que me preocupaba era que me rompieran el corazón. Reí por lo depresivo que era todo para mí en ese baño.

—No estoy preocupada —contesté con algo de histrionismo—. No quiero protectores de ningún tipo. Me valgo yo sola, gracias. No me va a pasar nada. Ahora, por favor, como ya hemos acabado lo que fuera que fuese esta relación que teníamos, ¿me vas a dejar en paz?

Él valoró su respuesta, y dio un paso atrás.

—Sí. Ya está. Se acabó.

—Bien —abrí la puerta del baño y sin despegar la espalda de la pared lateral le dije—: déjame sola.

Kilian me echó un último vistazo, como si me quisiera memorizar el cretino. Pero finalmente se fue. Entonces, cerré la puerta del baño y me senté en la taza del retrete que estaba bajada.

Dejé caer mi cabeza y la apoyé en mis manos.

Y cedí a la humillación por todo lo que me había dicho Kilian, a la angustia de no haber podido arreglarlo y a la pena de haberle perdido. Porque había sido yo la responsable. Le había perdido por mi impulsividad y mi cabeza loca. Yo, que era una chica muy sensata, había hecho locuras.

Tuve la sensación de que iba a llorar toda la noche, y quise ser un clínex para que, al tirar de la cadena, me tragase el agua.

Desaparecer. Eso deseé.

Más tarde, al ver que mi don de la invisibilidad no funcionaba, y después de intentar tranquilizarme sin éxito, decidí levantarme de aquel rincón de llanto desolado, y salí del baño en busca de Amy, porque era la única que me podía comprender.

El ruido del exterior, las risas y los gritos contrastaban mucho con mi humor interno. La verdad era que me sentía como un fantasma a caballo entre el mundo de color y el de blanco negro. Estaba en el gris. Sí, ahí estaba.

Avancé por el pasillo con el objetivo de llegar a la salida y buscar a mi amiga, pero a pocos metros de las puertas algo me impidió continuar.

Alguien me sujetó por la espalda, me rodeó el cuello y con la otra mano cubrió mi nariz con un pañuelo blanco.

Intenté respirar y patalear para liberarme de la sujeción, pero entonces, el cloroformo empapó mi faringe, mis bronquios e inundó mis pulmones.

Y perdí el mundo de vista.

En algún lugar de Connecticut

La Cúpula totalmente desenmascarada aunque todavía con sus túnicas negras puestas y sus anillos de la logia relucientemente orgullosos en sus dedos índices, se habían reunido para valorar la situación de los acontecimientos.

Una nueva hermandad había entrado por la puerta grande en la Élite. Se habían reído de todos. Y una chica se erigió como líder en aquella victoria que les había dejado descolocados.

Odín miraba con atención las grabaciones debajo del agua que las GoPro ubicadas estratégicamente alrededor de la Selva habían tomado de las pruebas de la Misión. A su lado, el Sabio se frotaba el rostro sin perder un detalle. Y los otros tres restantes hacían lo mismo, hipnotizados por las imágenes de la pantalla del televisor.

En aquel salón-biblioteca, los cinco miembros de la Élite valoraban la actuación de los NM List y de Lara muy especialmente. También visualizaron la manera en la que ella guiaba a sus compañeros, con los ojos cubiertos, corriendo a través del bosque como si en realidad pudiera verlo todo con nitidez.

Odín pausó el vídeo en una imagen congelada de Lara, esquivando un árbol con aquel vendaje negro en los ojos. Todos permanecieron en silencio y lo miraron, expectantes por oír lo que tuviera que decir.

—Después de tantos años, por fin encontramos a una chica digna de ser una Bones, y de convertirse en el Recipiente que buscamos —sonrió a la pantalla—. Es especial. Posee un don. Es ella. Ella —repitió como si hablase del mismísimo Dios—. Debemos atraerla como sea. Debe acceder a nuestra petición.

—Lo hará —dijo el Escriba—. Tiene una razón de peso para formar parte de los Bones —sonrió—. El Magog. Él será su entrada. Por ese motivo él rompió el compromiso con la señorita Sherry. Ellos dos se gustan.

—¿Y debe de ser el amor su motivo para entrar en la Logia? —preguntó el Sabio dubitativo—. No es ese el móvil de una mujer Bones. En el pasado, las mujeres que formaron parte de nuestra hermandad, creían en lo que hacíamos, y compartían nuestros credos. Esa chica no...

—No digas tonterías, Maese Sabio —lo cortó el Comandante—. Incluso en el pasado hubo intereses de faldas de por medio en la elección de las chicas Bones.

—Basta —Odín zanjó el asunto de repente—. En el pasado cometimos errores que esta vez no volveremos a cometer. Y ninguno de nosotros se va a enamorar de esa chica. Podríamos ser sus padres, por favor.

—Te recuerdo, Maese Odín, que la edad no es impedimento para quedar cautivado por el Recipiente —sugirió el Ejecutor.

Odín aceptó el ataque con elegancia.

—Lo mismo digo —contestó con el mismo tono—. La cuestión es que la joven ya está marcada —miró de reojo al Sabio—. Maese, ¿tal vez podríamos conocer mejor a esa chica? ¿Podrías hacer algo para ello?

El Sabio, que no estaba muy conforme, se cuidó de mostrar su opinión y asintió solemnemente. Era lo que siempre había hecho. Y no nadaría contracorriente. A los Bones era mejor tenerlos a favor que en contra.

Sí. Podía allanar el camino para que Lara aceptase ser, no una chica Bones, sino, la única chica Bones que necesitaba la Logia. Por rocambolesco que fuera y por muy en contra de esos procedimientos que un purista como él estuviera.

La Orden era la Vida.

Y la palabra de Odín era Ley.

Además, él también sentía mucha curiosidad por las habilidades de Lara.



Cuatro

—COLÓCALA BIEN. MUY BIEN, CARIÑO. ESO ES. AHORA, ¿TE ACUERDAS DE DÓNDE VISTE LA PIEZA QUE FALTA? —ME preguntaba mi madre abriendo sus ojazos verdes para sonreírme incondicionalmente.

Yo entonces tenía cuatro años, y estábamos en el salón de mi casa de Barcelona. Sobre la mesa baja que había entre los sofás, mi mamá y yo montábamos un puzzle. Un puzzle que acabaríamos montando cientos de veces más, hasta que supiera montarlo con los ojos cerrados.

Me encantaba jugar a eso con ella. Se encargaba de dejar algunas piezas sueltas por toda la casa, y después, me pedía que revisara en mi memoria a ver si la encontraba. Porque me decía: «si tus ojos lo han visto, tu cabeza lo ha grabado». Entonces, yo aún no sabía que lo mío era un don.

Aquel día por la tarde, después del cole, nos arrodillamos sobre la alfombra de pelo blanco y la una frente a la otra nos dispusimos a montar aquel rompecabezas de detalles diminutos. Esa fue la primera vez que mi madre me habló sobre mi capacidad. Recuerdo la luz del atardecer colándose por los cristales de la ventana y la manera en que nos bañaba a ambas. Nuestros ojos parecían luceros con el reflejo del sol.

—Sí —contesté yo a su pregunta—. En tu habitación, al lado del jarrón grande que hay en la ventana. Está en el suelo —dije viéndola perfectamente en mi cabeza.

Ella asintió y me dirigió una mirada de asombro y de admiración.

—Sí, mi vida —me cogió la nariz cariñosamente—. Eres increíble.

—¿Por qué? —le pregunté distraída buscando nuevas piezas que encajaran.

—Porque lo que puedes hacer con tu cabeza no lo hace nadie. Muy pocas personas en el mundo pueden, Lara. Es una responsabilidad —me advirtió—. ¿Te acuerdas de lo que es una responsabilidad?

—Sí, como darle de comer a Piquito Morado —entonces teníamos una cacatúa. Y mi madre me había adjudicado la tarea de alimentarlo todos los días y asegurarme de que tuviera agua en la jaula.

—Sí, eso es. De vez en cuando, en las generaciones de mujeres O'Shea, aparecen mujeres con cualidades especiales. Y debemos cuidarlo. Debes de tener cuidado con tu don, cariño. Debes mimarlo. Porque puede servirte de mucho en un futuro —me advirtió.

—¿Qué es el futuro? —pregunté con esa curiosidad que tenía fritos a mis padres.

—El futuro es lo que aún no ha pasado, lo que está por pasar.

—¿Mañana?

—Por ejemplo. Mañana es el futuro, sí.

—Ah.

—Habrá mucha gente que querrá saber cómo haces lo que haces, Lara.

Yo la miré atentamente. Le quedaba de maravilla la ropa tejana. Y aquel día llevaba camisa y pantalón del mismo estilo, y su largo pelo rizado recogido en un moño alto.

—Pues yo cierro los ojos... —le dije como si necesitara que se lo explicase.

—Yo ya sé cómo lo haces, nena. Pero habrá otras personas que no lo sabrán y en cuanto vean que eres especial, querrán averiguar por qué. Así que tienes que mantener tu secreto guardado solo para ti y para las personas que realmente te quieren.

—¿Como Supergirl?

—Sí. Como ella. Recuerda, solo para los que te quieren de verdad —alzó el dedo incidiendo en aquel detalle—. ¿Lo recordarás?

—Claro, mamá —afirmé.

—Debes ser una niña fuerte, y usar tu magia —me retiró el flequillo negro y liso de la frente— para ayudar a las personas buenas y para descubrir a las malas.

—¿Mi don es mágico?

—Sí, es como un gran poder.

—¿Y por qué?

—Porque —suspiró oscilando sus largas pestañas— cuando Dios ofrece un regalo como el que tú tienes, es para usarlo en el bien. Es magia. Úsalo, cariño. No debes detenerte nunca. No será fácil, nada lo es —me acarició la mejilla—. Pero hazme caso. Mírame —me alzó la barbilla.

—Te miro, mamá.

—Escucha a tu corazón. Él habla siempre, incluso cuando crees que ha dejado de latir. Solo hay que oírlo.

—Sí. Como Supergirl —repetí encajando con mis manitas más piezas de puzzle.

—Exacto. Te quedan tres piezas y podrás ver lo que esconde el cuadro. Ve a buscar la que falta —dijo dando por finalizada la conversación.

Tenía la boca seca. Eso fue lo primero que noté cuando intenté abrir los ojos. Y a continuación, me di cuenta de que los párpados me pesaban como losas. Pero en cuanto recordé lo que había pasado, el corazón bombeó frenético y la adrenalina se me disparó para recorrer y activar cada terminal nerviosa de mi cuerpo.

Al intentar moverme me vi sentada en una silla, con las manos maniatadas a la espalda con algo duro, de plástico, que me estaba cortando la circulación y me laceraba la piel.

Abrí los ojos finalmente y contemplé a Thomas que estaba de espaldas a mí, concentrado en algo que tenía entre las manos. Silencioso. Peligrosamente callado.

Él me había secuestrado. Y yo no podía reconocer el lugar en el que estaba. No oía nada en absoluto. Estaba en sus manos. A solas con aquel psicópata violento y desequilibrado.

No era la Tumba. Aquel lugar estaba forrado en láminas de madera. Los muebles eran oscuros. Había dos ventanas abatibles pero las persianas estaban bajadas por completo y solo la lámpara de pie ubicada en una esquina daba alumbre a la estancia. Ni sofás. Ni camas. Solo un armario y una mesa metálica en la que habían varios frasquitos de cristal vacíos, y una pizarra en la que se mostraba la misma fórmula escrita repetidas veces y una secuencia de números que yo no comprendía ni reconocía y a los que no sabía relacionar entre sí.

La iluminación era tan siniestra como la situación en la que me encontraba.

Intenté tragar para humedecerme la garganta, y enfoqué mejor la vista.

Thomas se dio la vuelta. Sostenía uno de esos botecitos en la mano, pero este se hallaba lleno de pastillas rojas. Tomó una con el dedo índice y el pulgar y se la colocó frente al ojo derecho, como si fuera la mirilla de una pistola, y yo el objetivo al que apuntar.

—¿Cómo estás, Larita? —me preguntó como si no me hubiera raptado.

—No me puedo creer que me hayas vuelto a hacer esto —espeté temblorosa—. ¿No tuviste suficiente en Lucca?

—No te he hecho daño. Ni siquiera te he tocado —tenía el valor de poner cara de inocente—. Ni he hecho esto con la intención de ganar una llama de los Huesos —me dijo sin más. Era como si no fuera consciente de la información que me estaba dando. Como esos “picos de euforia” de los que hablaba Luce sobre su Alfil que le hacían soltar todo tipo de secretos impronunciables—. La virginidad te la arrebató mi hermano. Yo quiero ofrecerte la felicidad —se acercó hasta mí y sonrió abiertamente. Dios, era una expresión sin alma.

—¿Qué pretendes?

—Quiero dártelo todo. Quiero... iluminarte —susurró colocándose de pie entre mis piernas abiertas—. Quiero que experimentes lo que es ser como yo. Y que te unas a mí.

—No quiero ser como tú.

—Necesito a una compañera, y tú eres la única que quiero. Me gusta tu atrezzo —murmuró de manera erótica—. Creo que disfrazada de muerte estás tan buena que me... matas.

—¿Te estás oyendo? ¿Qué te has creído? ¿Qué eres un vampiro y yo soy tu pareja eterna? —me castañeteaban los dientes, aunque intenté controlarlo todo lo que pude—. Eres muy patético —me arriesgaba a que se le girase la cabeza y me golpease como le hizo a Dorian. Pero me daba igual—. Suéltame y deja este juego. ¿Dónde estamos?

—En una triste realidad con límites —me contestó haciendo una mueca de desagrado—. Pero eso se acabó para ti y para mí, créeme. En cuanto pruebes esto no podrás dejar de pensar en ello —me mostró la pastilla—. Es un nuevo mundo. Y me comprenderás —me acarició la mejilla, y le noté los dedos ardiendo—. Hace efecto muy rápido —apretó mis mejillas entre sus dedos, con tanta fuerza que se me saltaron las lágrimas.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Te la vas a tragar.

—No.

—Ya lo creo que sí —dijo entre dientes.

Me trató violentamente.

—¡Detente, Thomas! ¡Por favor! ¡Para!

Introdujo la pastilla en mi boca y la colocó hasta el fondo de la garganta. Me obligó a cerrar la mandíbula y me tapó la nariz para que no pudiera respirar y me tragase esa píldora a la fuerza.

Maldita sea. Iba a perder la batalla a pesar de mostrar resistencia, pero al no estar preparada para privar a mis pulmones sin aire, mis músculos de deglución actuaron por reflejo.

Palidecí al sentir que esa pastilla iba directa a mi estómago. En nada, su composición actuaría en mi sangre.

Y ya no sabía lo que iba a pasar.

—Nótalo —me dijo Thomas agarrando mi barbilla—. Es casi instantáneo. Nota cómo la píldora se deshace y se llena de luz tu oscuridad. Siente cómo se abre la realidad y tus ojos y tu mente dejan de ver y de pensar como hace el resto. Yo ya no puedo dejar de vivir en la luz —alzó el rostro al techo y cerró los ojos sintiendo cada palabra, como si esa luz se pudiera tocar—. Esta es mi casa. Y quiero que sea también la tuya.

Pero yo no vi luz. Solo un fuerte fogonazo detrás de mis párpados, y cómo todo a mi alrededor parecía cambiar de materia y composición.

Fue súbito. Espeluznante. E increíble.

Dejé de estar en aquel sitio. Las paredes dejaron de ser sólidas y pude ver a través de ellas. Veía a través. ¿Cómo era posible?

Vi bosque. ¿Estaba en una montaña? Olí hierba fresca y escuché todo tipo de ruidos que no supe reconocer hasta que entendí que lo que percibía era el sonido de los roedores moverse entre la maleza, el masticar de una ardilla en su árbol, e incluso los aleteos de los insectos.

El corazón se me aceleró frenéticamente y pensé que me iba a desmayar. Entonces, en aquel paisaje inverosímil volví a distinguir a Thomas. Y ya no lo vi como antes.

Tenía algo oscuro a su alrededor, como un halo diabólico y nebuloso que se movía siguiendo sus movimientos. Su mirada era roja y demoníaca y tenía un par de cuernos afilados en la frente. Cuernos cortos y pequeños.

—Tienes que respirar, Lara. O vas a perder la conciencia —me dijo poniéndome las manos sobre los hombros.

Cuando hizo aquello, noté su epidermis sobre la mía, y como las cargas eléctricas de nuestros cuerpos se reconocían y las mías lo rechazaban.

Tomé aire por la nariz para intentar serenarme y entender lo que me estaba pasando.

Aquella droga, esa pastilla acababa de hacer explotar mi cabeza, estaba alterando mi estado mental y me hacía ver cosas que no eran posibles. Y dudaba de que fueran reales. Tal vez sí. Tal vez no... Señor, mis capacidades cognitivas y de síntesis se habían vuelto locas.

—La luz te da el poder. Podrás hacer cosas que nunca has imaginado... —sonrió y pude atisbar un par de largos colmillos blancos entre sus dientes—. Deja que te posea. Entrégate a ella. No te resistas, no intentes comprenderla.

De repente escuché otros sonidos, rítmicos, rápidos. Y algo que no logré distinguir hasta que me di cuenta de que ese mismo rumor bombeante lo tenía en mis propios oídos. Era un corazón. Un corazón acelerado, y no era el mío... seguido de una respiración alterada por el esfuerzo.

El demonio de Thomas seguía hablándome pero yo, aunque le miraba, no le oía, porque ese latido se aproximaba peligrosamente a donde estaba.

Y entonces. ¡Plas!

La puerta de la habitación se abrió de par en par, y las bisagras salieron disparadas por los aires, aunque yo lo veía todo en cámara lenta. Kilian emergió en aquella sala y su figura estaba recortada por la oscuridad del exterior.

Aunque yo le veía lleno de luz a su alrededor. Unas increíbles alas negras se habían desplegado a su espalda. Hermosas, brillantes, cuyos reflejos se teñían de colores como los de las alas azabaches de un cuervo.

Y sus ojos... sus ojos habían capturado el brillo del sol. Eran ladrones del poder del astro Rey.

Continuaba con medio rostro pintado de calavera. Su belleza me dejaba sin palabras. Cuando me miró, sentí que todo él se hacía más grande, que crecía ante mis ojos. Y entonces encaró a Thomas, gritó con todas sus fuerzas y se abalanzó sobre él como un salvaje.

Los dos hermanos impactaron en el aire como dos obuses. Sabía que Thomas era mucho más fuerte que Kilian, y grité para que ambos se detuvieran.

Grité con todas mis fuerzas, hasta quedarme sin aire.

Kilian ganó la posición como un bravo guerrero y pronto estuvo sometiendo a Thomas.

La rapidez y la fuerza de Thomas se vio menguada por la agilidad y efectividad de los movimientos del ángel.

Le hizo algo. Vi cómo alzaba su mano, y la hacía caer sobre su pecho, en el diafragma, dura y velozmente. Como un golpe de karate perfecto y seco.

Hizo el movimiento dos veces. Dos.

Y Thomas se quedó con los ojos abiertos, preso de unos espasmos que no le dejaban respirar.

Acto seguido, ante la sorpresa del demonio, aquel hermoso ángel dejó caer su mano como una espada vengadora en el lateral del cuello de su víctima. Y el demonio cerró los ojos al instante. Su cabeza cayó hacia el lado opuesto al que yo estaba, y no osó a moverse más.

El ángel cogió aire por la boca, y dejó caer la cabeza hacia atrás, lamentándose porque un ser sacro como él tuviera que usar la violencia.

Sus alas se agitaron, y le ayudaron a levantarse. Después le dio la vuelta a Thomas y le maniató las manos a la espalda con unas bridas negras y largas. Hizo lo mismo con los pies, rodeándolos por los tobillos.

Cuando acabó de reducirlo bien, me miró. Su rostro estaba vuelto por completo hacia mí. Pasó por encima del cuerpo inconsciente del hijo de los infiernos y caminó hasta donde yo me encontraba.

Sacó el móvil sin dejar de revisar mi cuerpo, e hizo una llamada.

—Padre —contestó al cabo de un par de segundos—. Ven inmediatamente a la cabaña del guardia forestal del bosque de entrenamiento de los Bones. Tu hijo Thomas está aquí.

Yo podía escuchar la voz al otro lado del teléfono. La del padre de Kilian, por irreal que pareciese.

—Menos mal —dijo claramente aliviado—. Bien, ¿has avisado a alguien más?

—No. Por supuesto que no he avisado a nadie más.

—Estoy allí en diez minutos. Espera a que llegue.

—No —contestó rotundo.

—Kilian, tienes que echarme una mano con...

—Te he dicho que no. Esto también es culpa tuya. No has hecho caso de mis advertencias. Te dije que Thomas se había enganchado y que podía ser peligroso para él, y tú no has querido creerme. Ahora, hazte cargo de las adicciones de tu hijo y desintoxícalo —dijo inflexivo—. Está inconsciente en el suelo de la cabaña. Tiene manos y pies atados.

Escuché el exabrupto al otro lado.

—¿Está bien?

—Sí.

—Y... ¿Y tú?

Kilian sonrió con ironía.

—Cómo si te importara.

—Kilian...

—No voy a discutir contigo y menos por teléfono. Como siempre, soy yo quien limpia y recoge su mierda. Así que ven a recoger tú a Thomas. Yo voy a sacar a Lara de aquí.

—¿A Lara? —preguntó asombrado—. ¿Qué hacía él con Lara?

—Si te lo tengo que explicar es que no conoces a Thomas en absoluto. He salvado a Lara antes de que hiciera algo mucho peor. Esto se ha acabado, padre. No voy a tolerar nada más. Ya no voy a continuar con su juego ni con tu encubrimiento. ¿Queda claro?

El silencio inundó la línea.

—Sí. Queda claro. ¿Ella está bien?

Kilian le colgó el teléfono antes de contestarle. Se lo guardó en el bolsillo delantero del pantalón y se arrodilló delante de mí, entre mis piernas. Tomó mi rostro entre sus manos y con los pulgares tiró de mis párpados inferiores hacia abajo.

—¿Estás bien, nena? Tienes las pupilas muy dilatadas. ¿Te ha dado de esas pastillas? —me preguntó señalando el frasco que había encima de la mesa.

—Sí —contesté.

—Joder, te ha dado Luz —murmuró afectado—. Está bien, está bien —hablaba para sí mismo—. Te voy a sacar de aquí.

Se colocó detrás de mí, me cortó las bridas con algo afilado, y después, mi ángel me confinó entre sus brazos, alzándome en el aire.

Sentí cómo sus alas negras se replegaban a mi alrededor para envolverme y cubrirme como un manto protector. Era tan bello que me vi alzando las manos para acariciarle la barbilla con la punta de los dedos.

Él me devolvió la mirada y creo que sentí cómo me besaba ligeramente la punta de mi dedo corazón.

—Estás a salvo. Tranquila.

Y así salimos de la cabaña. Yo abrazándome a su cuerpo, ida por las emociones y por un montón de estímulos que captaba mi mente y a los que yo no estaba acostumbrada.

Él, mi salvador, me sacó físicamente de allí, pero ya hacía mucho rato que, sensorialmente o espiritualmente, todavía estaba por determinar a qué nivel captaba las cosas que captaba, yo estaba afuera.

Y el bosque era tal y como lo vi a través de las paredes de aquella choza en la que Thomas me había metido.

Por increíble que fuera.



Cinco

Kilian me llevó en brazos a través de la montaña. Y cuando salimos a la carretera, vi su Porsche negro aparcado. Que a mí me parecía el Batmóvil. Me sentó en el asiento del copiloto y me puso el cinturón.

—¿Puedes respirar bien? —me tomó de la barbilla—. Estás hiperventilando.

—No sé por qué respiro así. Me siento... me siento tan rara... Tengo taquicardia.

Él apretó los dientes con rabia y salió del coche, para rodearlo y montarse por el otro lado.

—Es la maldita pastilla —gruñó.

—Veo cosas... —le miré. Apoyé el rostro en el respaldo del sillín y sonreí—. Por cierto, tus alas son preciosas. Eres tan bonito de ver.

—¿Mis alas? —arrancó el motor y condujo a través de la carretera—. La droga te está jugando una mala pasada.

—Eres un ángel.

—No. Los ángeles no dicen las cosas que te he dicho. Es la droga.

No sabía decir si iba rápido o iba lento, porque yo percibía el ritmo, el tiempo y el espacio de otro modo. Era tan extraño... Pero no sentía miedo. Curioso, ¿verdad? Pues no estaba nada asustada. Al contrario.

—No —negué con la cabeza—. Puedo oír hasta tu corazón. La Luz es poderosa, ¿eh? —Musité.

Vi cómo estrujaba el volante de piel con sus dedos. Parecía enfadado.

De repente, tuve que taparme los oídos porque el sonido del viento azotando los árboles y de los frenos hacer contacto con las pastillas de los neumáticos me hacía daño a los oídos. Estaba enloqueciendo con tantos estímulos.

—Tienes que hacer que pare... —le pedí. Me estaba mareando y me dolía la cabeza.

—¿El qué?

—El ruido.

—¿Tienes migraña?

—Sí —lloriqueé.

—Joder... Ese hijo de puta... —alargó el brazo y su ala negra me rozó la mejilla. Olía a bosque. Abrió la guantera y cogió una botella de agua de un cuarto de litro—. Toma. Empieza a beber —me pidió. Yo abrí la botella y obedecí al tiempo que él sujetaba un neceser negro y me lo ofrecía—. Busca dentro del neceser. Hay

una pastilla roja y blanca. Tómatela ya. Te provocará náuseas. Tienes que sacar lo que te quede de esa pastilla en el estómago. Venga.

Busqué dentro del estuche, intentando olvidar las punzadas en las sienes. Era como si se me abriese la cabeza para permitir que todo, bueno o malo, irreal o no, entrara en ella.

—Thomas es un puto sádico. Él lleva mucho tiempo tomándola. Se ha acostumbrado. Pero no puede darle a una persona algo así de golpe —golpeó el volante con fuerza—. Es como una granada en el cerebro. Altamente peligrosa y potente, con imprevisibles efectos secundarios.

—Deja de hacer ruido —le supliqué tragándome la pastilla de golpe, acompañándola con agua—. Me va a estallar la cabeza... ¿Cómo me has encontrado? ¿Cómo sabías dónde estaba? —aparté de mi cara la parte superior de su ala. Y la sentí en mis dedos. Suave. Fuerte. Espléndida—. ¿Y por qué? ¿Qué te importa a ti lo que me pase?

Sus labios tensos hicieron una mueca.

—Sea lo que sea lo que ves —me dijo mirándome de reojo—, no es real. Os encontré porque no me fio de mi hermano y le puse un localizador en el coche. Sabía que estaba obsesionado contigo y no me fiaba de lo que pudiera hacer. Había desaparecido de la Misión.

—¿No lo habían eliminado? Le dio una paliza de muerte a Dorian.

—Lo hicieron. Pero no lo pudieron reducir. Se escapó.

—Increíble...

—Lo estaban buscando y yo temía que pudiera hacerte algo.

—¿Por qué? Te doy igual. Soy una más —esperaba provocarle y oír que todo fue un arrebató.

—Porque eres una tapped elegida por toda la Cúpula —contestó desapasionadamente—. Si uno de nosotros te hace daño, lo ponen de patitas en la calle.

—¿Tan importante soy? —susurré asombrada.

—Eso parece. Sí.

—¿Luce era igual de importante?

—Luce no está aquí para que hables de ella —dijo sin añadir nada más—. Hoy era Halloween, una noche idónea para Thomas, para hacer maldades y acecharte sin que nadie le reconociera. Así que esperé a que apareciese. Le seguí con el localizador y vine hasta aquí. Conozco a Thomas. Este es el bosque en el que entrenamos a Parkour con los chicos. Él se ha escapado siempre de los entrenos para venir a esta cabaña y meterse lo que se mete. La pastilla le ayuda a ser más habilidoso y bueno. A soportar los ejercicios —se calló al ver que hablaba más de la cuenta—. Sé que viene aquí. Está muy enganchado —lamentó chasqueando con la lengua—. Y ahora se ha puesto en peligro. Su salud a largo plazo está en serios problemas. Pueden quedarle secuelas irreversibles.

—Pero sí es real las habilidades físicas que otorga la Luz —indagué—. Tu hermano es una especie de Hulk, pero sin ser verde. Hace cosas increíbles... Aunque tú le has vencido —señalé.

—Solo hay que sorprenderle. Tiene tantos estímulos que no sabe contra qué tiene que estar en guardia. Puede ser fuerte, incluso desafiar las leyes de la gravedad; puede no sentir dolor, y curarse antes... Pero la pastilla no le hace más inteligente ni más hábil. Solo pronuncia más sus facultades, sean buenas o malas.

—Es un demonio —dije yo.

Él se encogió de hombros.

—Si es malo de por sí, egoísta y egocéntrico, la luz le hace diabólico. Si por lo que sea, tiene rabia, la Luz lo convierte en un rabioso. Pero puedo con él. Le he golpeado el diafragma para dejarle sin respiración, con los músculos contraídos para que los pulmones no se le expandiesen bien. Y después, le he dejado inconsciente con un golpe en el cuello.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Es un súper poder? —miré sus manos. Parecían mágicas. Un resplandor divino las rodeaba.

—Yo no tomo Luz, pero tengo calma y frialdad para actuar —aclaró—. Te dije que él no me podía vencer. Nunca. Pero como siempre, has ignorado mis palabras. Para mí, vencerle es tan fácil como escuchar el latido de mi corazón.

Aquello me puso en guardia. Se parecía muchísimo a lo que me dijo mi madre.

—Eso te convierte en alguien calmo y frío.

—No es frialdad. Es serenidad. Me hace mejor ante cualquiera que tenga las pulsaciones por las nubes.

—Entiendo. Parte de realidad tiene que haber en lo que veo ahora —murmuré observando la luz que irradiaba Kilian—. Lo que está claro es que puede que no a todos le afecte igual, ¿verdad? —me tenía que morder la lengua para no decirle todo lo que sabía. Kilian no me contestó—. Las píldoras son altamente peligrosas. No son buenas. Esto puede enloquecer a cualquiera. Dejar secuelas de por vida —Le advertí.

—¿Crees que no lo sé? Pero Thomas se enganchó a la sensación de superioridad, a la euforia, a los cambios en su capacidad para hacer... para hacer todo y de...

—¿Las has tomado alguna vez? —le corté de golpe.

—Una vez —contestó muy serio—. Me bastó para no hacerlo nunca más. Estoy en contra de todo eso.

Me quedé muy callada. Recordé de repente todas las conversaciones con Thomas y también las que había tenido con Kilian. Y entonces vi la Luz. No la de las pastillas. Si no la de la verdad. Lo leí en sus ojos de oro, y la husmeé en el coche. La paladeé.

—Es por eso, ¿verdad? Ya lo entiendo.

—¿Qué?

—Es por esa razón por la que no te llevas bien con tu padre y tu hermano. No has querido formar parte de ello. No has querido iluminarte. Tu hermano quería que te iniciaras con él en esta droga, pero le dejaste solo y le dijiste que no. Y tu padre cree que has sido cobarde por dejarle solo. Porque él quiere a sus dos hijos Alden con las mismas capacidades que el resto. Porque en Huesos y Cenizas todos la toman. Todos los

Huesos tienen su Luz. Todos quieren ser superiores al resto. Menos tú. Porque los ángeles... los ángeles tienen principios —susurré—. Tú los tienes.

—Pero... —frunció el ceño—. ¿Cómo sabes tú todo eso, Lara? ¿Qué...?

—Sé más de lo que crees —le eché en cara con rabia—. Sé cosas que te harían palidecer, Alden. Cosas que tú no me has querido contar nunca y que desenmascararían a todos los de tu logia. Que desconoces. Ni te imaginas —le dije a un palmo de su nariz como una pandillera.

—Estás bajo los efectos de la droga —negó incrédulo.

—Sí. Lo estoy. Pero lo que digo no tiene nada que ver con esa pastilla. Tiene que ver con lo que sé.

—Entonces, lo que sabes no te hace ningún bien. No digas nada de lo que luego te puedas arrepentir —advirtió—. A nadie. Y menos a un Bones. Te metes en terrenos pantanosos.

—Porque tú sabes mucho de eso, ¿no? De arrepentirte digo —le miré fijamente y él hizo lo mismo.

Ambos recordamos la escena en el baño.

—La Luz es un equivocación —añadió para cortar la tensión—. Solo fue una mala idea. Por suerte, esa pastilla ya la han dejado de hacer. Los Huesos han anulado el proyecto. Se inició como una pastilla natural para mejorar el rendimiento académico —me explicó—. Los Huesos éramos los conejillos de India. A los chicos les gustó la experiencia. A mí no. Pero al ver los efectos secundarios que provocaba, el proyecto se retiró. Las que tiene Thomas las quitó sin permiso, las robó. Pero ya no hacen más. Por eso estoy preocupado por él. Cuando se le acaben, no podrá seguir consumiéndolas. Y su mono será terrible. Si ahora es inaguantable, cuando enferme por la falta de droga, será peor. Hay que empezar a desintoxicarle.

—¿Que las van a dejar de hacer? —lo miré descreída—. ¿El qué? ¿Las pastillas? —prácticamente me reí de él en su cara—. ¿Crees que nadie más las toma? ¿Que ya no las hacen? Que tú hayas dicho que no, no quiere decir que los demás hayan seguido tu ejemplo. Deja de protegerles cuando hables conmigo. No soy estúpida.

—Tú no tienes por qué verter esas acusaciones. Si te digo que es así, es porque así es. La Cúpula no va a seguir adelante con la Luz.

—Pero, ¿te lo crees de verdad? No sé si te haces el tonto o es que de verdad eres tan ingenuo y confiado.

—Entonces, dime, Lara: ¿qué sabes tú de los Huesos? ¿Crees saber más de mi fraternidad que yo mismo? —me opugné—. Me acusas de que te he ocultado cosas. ¿Cuántas me has ocultado tú a mí?

Le miré sin poder creer que fuera tan iluso. ¿Tanto confiaba en la palabra de la Cúpula? Pero en parte tenía razón. Yo no había sido totalmente sincera con él.

—¿En qué mundo vives? ¿Crees que no van a seguir haciéndolo? Esa gente es...

No pude continuar hablando. La arcada me tomó por sorpresa.

Kilian me acercó la bolsa de cartón, y yo empecé a regurgitar y a echar las tripas por la boca. Él me cogió el pelo para que no se me hundiera con el vómito.

Y, aunque pareciese mentira, me pareció lo más tierno y dulce de la noche. Todo un detalle. No podía dejar de pensar en su mano acariciándome la nuca, animándome para que lo sacara todo.

Me vacié. Después de veinte minutos echando la bilis, ya no quedaba nada en mi interior.

Ni dignidad. Ni tampoco vergüenza.

Solo *vaccum*.

Al amanecer, cuando todavía habían estudiantes haciendo sus últimas bromas de Halloween, a Kilian no le importó llevarme en brazos ante los ojos borrachos de los curiosos, hasta mi habitación.

—Puedo andar —le dije algo avergonzada. Aunque la verdad era que no tenía fuerzas ni para respirar.

Sabía que se me estaba pasando el efecto de la droga porque las alas de mi ángel salvador aparecían y desaparecían ante mis ojos, jugando al «ahora me ves, ahora no me ves».

Sus ojos dorados brillaban intermitentemente, y el halo de magia se desvanecía con el paso de los minutos.

Pero había algo que nunca desaparecía del todo. Y era la sensación de seguridad que me invadía cuando estaba con él. A pesar de nuestras dudas y nuestras reticencias, cada célula de mi cuerpo respondía ante su presencia, y bajaba los escudos protectores, confiadas de que si había que alzar la espada, él lo haría por mí.

Kilian y yo lo habíamos dejado. Ya no estábamos juntos. Pero ahí se encontraba. Llevándome a mi dormitorio. Salvándome una vez más.

Me abracé a él, hundí mi nariz en su cuello y decidí permanecer en silencio durante el corto trayecto hasta mi cuarto. No quería acabar así. Yo le quería. Le amaba.

Todo era una locura. Y en medio de ese caos, necesitaba a alguien íntegro como él que me ayudara a levantarme cuando me cayera. Pero él ya no quería estar conmigo.

Me echaba una mano porque formaba parte de él, del sanador que quería ser, de la necesidad de hacer el bien que tenía en su interior.

No me hizo falta indicarle donde debía ir. Él ya sabía donde dormía, aunque nunca había tenido el atrevimiento de venir a buscarme a medianoche.

Golpeó la puerta con los nudillos.

Amy la abrió de golpe, se acababa de desmaquillar y parecía asustada. Cuando la vi, parecía un ángel. Dos enormes alas blancas salían de su espalda y las gualdrapeaba con energía.

—¡Joder! —exclamó dejándonos entrar—. ¿Qué demonios le has hecho?! —le gritó al cerrar la puerta tras ella—. Llevo buscándola toda la santa noche. La he llamado muchas veces, pero su teléfono no tenía cobertura.

Kilian me dejó en la cama, y se volvió contra Amy.

—¡Yo no le he hecho nada! —exclamó—. Ha sido el enfermo de mi hermano. Pero va a estar bien —intentó tranquilizarla—. Solo necesita dormir.

—Eeeh —quise incorporarme, pero me sentía tan débil... Era como si un camión me hubiera pasado por encima, rematándome una y otra vez.

—Tú y tu hermano me ponéis los nervios de punta —le increpó Amy—. Siempre acabáis metiéndola en líos.

—Ella se mete en ellos solita, guapa —aseguró Kilian forzando una sonrisa.

—Estoy bien —murmuré cubriéndome los ojos con el antebrazo. Era extraño ver enfrentados a dos ángeles, a pesar de que uno tuviera las alas negras y el otro blancas.

Kilian me miró por encima del hombro.

—Me voy —me dijo—. Te quedas con el Pit Bull —señaló a Amy con el pulgar.

—Qué pena, yo que te iba a invitar a unas pastitas —canturreó toda cínica.

—Desnúdala, desmaquíllala, métela en la cama y después le das un par de paracetamoles. ¿Tienes?

—¿Hola? —les interrumpí alzando la mano—. Yo puedo hacer todo eso sola. Gracias.

—Claro que tengo. Paracetamol y Speed. Si quieres también le doy una después —contestó Amy.

Kilian no se la creyó. No del todo. Aunque su expresión era para echarle una foto.

—Te está tomando el pelo —le aclaré.

Amy negó con la cabeza.

—No es verdad. Tengo Speed —repitió poniéndolo nervioso.

Me costó un mundo decirle lo que le dije. Pero era lo justo.

Me costó porque era lo contrario de lo que quería. Lo que deseaba era tener a Kilian conmigo, que se tumbara a mi lado y me abrazara para que yo me pudiera dormir.

Era duro. Rechazar algo que quieres, alejarlo de tu vida justo cuando más lo necesitas, es una de esas pruebas que una debe superar para curtirse. Y fue justo lo que hice. Porque necesitaba mi orgullo y no mi debilidad para hacer frente a esa ruptura. Necesitaba tirar de él para continuar en mi andadura en Yale y ante la nueva aventura que suponía aceptar ser tapped de los Bones.

—Está bien —le dije sin descubrirme los ojos—. Vete, Kilian.

Los dos se dieron la vuelta y dejaron de hablar. Sabía que me estaban mirando con atención. Me imaginaba a Amy sonriendo triunfal y a Kilian indiferente ante aquella invitación.

—Amy se hará cargo —le dije—. De todas formas espero estar bien en un par de horas y...

—Vas a estar con dolor de cabeza todo el día —señaló Kilian.

—¿Qué has hecho? ¿Le has dado con un bate?

—Amy —la cortó sin más—, si ves que actúa de manera extraña, por favor, llámame. Hoy debería reposar y beber mucha agua. A media tarde dale azúcar. Lo que ha tomado es depresor si luego no continúa con la toma. Dale azúcar y todo lo que te pida para comer. Su cerebro le dirá lo que necesita.

—Está bien —Por el tono que empleó Amy, supe que no estaba muy convencida. Pero le iba a hacer caso.

—Me voy.

—Gracias por todo —le dije tragándome el sabor amargo de la despedida y del rechazo—. No voy a darte más problemas —le aseguré.

Sentí que dejaba caer su mirada sobre mí.

—Adiós.

Kilian se despidió de nosotras.

Yo ni me moví. Le escuché alejarse de la habitación.

Y solo cuando Amy se sentó a mi lado, en la cama, y puso su mano sobre mi estómago, yo arranqué a llorar desolada.

Salió todo el miedo y toda la angustia como un fuerte de agua descontrolado. Y entre mis hipidos pude oír la voz calmante y preocupada de mi amiga decirme:

—¿Vas a contarme lo que ha pasado? ¿O vas a evitar otra vez decirme la verdad?

Y eso me hizo sentir peor de lo que me sentía, porque me dejó claro que sabía que le había mentido muchas veces al omitir toda la verdad. Amy era un ser de luz, sus alas así me lo decían.

Ella no se merecía más secretos.

—Tengo todo el día, Lara —me aseguró—. No me pienso mover de aquí mientras te cuide. Te voy a dar los paracetamoles como me ha dicho el doctor House, y te voy a dejar dormir. Pero cuando te despiertes, estaré aquí sentada —me mostró la silla vacía de su escritorio—. Y entonces, seré implacable contigo. Así que, aprovecha y sé sincera conmigo de una vez por todas. Puedes confiar en mí. Porque voy a llevarte a conocer a mi padre, y a él no podrás mentirle como a mí. Es imposible mentirle —sentenció nerviosa—. Y me gustaría saber de antemano todo lo que le vayas a explicar, porque no quiero poner cara de lerda mientras te oiga. Y de paso, podría echarte una mano si te ves en un aprieto con su interrogatorio. ¿Me estás oyendo, novata?

Sorbí por la nariz y asentí con las mejillas húmedas de mis lágrimas y la pintura de mi máscara totalmente corrida.

—Alto y claro, Amy. Alto y claro.

Y así fue. Al despertarme, después de dormir hasta las siete de la tarde como un bebé y despertarme con una sed de caballo, se lo conté todo. Con pelos y señales, sin perder ningún detalle de mi narración, mientras ella me iba dando todo lo que le pedía: agua, zumos, coca-cola, más agua... Todo líquidos.

En la habitación teníamos una pequeña nevera SMEG que estaba siempre llena de guarradas que a chicas como a nosotras nos encantaba comer a horas intempestivas. Pero yo solo quería beber.

Me hubiera encantado grabar la cara de Amy y sus expresiones al oír todo lo de Lucca, lo de Luce, lo de Kilian y Thomas, el Turing, la nube, lo que descubrí, los duelos de Mensur, y las pastillas de la Luz, además de algo que los Huesos llamaban la Ascensión.

Cuando acabé mi relato, Amy que se había tumbado en la cama conmigo, parecía haber quedado en shock.

—Amy, di algo —le pedí insegura.

—¿De verdad crees que aquí hay cámaras? ¿En nuestra habitación? Aquí he hecho auténticas barbaridades —resopló.

Increíble. ¿Solo le preocupaba eso? Me incorporé sobre un codo y la miré estupefacta.

—¿Amy?

—Autéeeenticas barbaridades, ¿comprendes? —arqueó sus cejas rubias.

Yo cogí la tira de su sujetador por encima de la sudadera y le dejé ir para que le escociera la piel.

—¡Ouch!

—Llevo dos horas explicándote todo y ¿solo piensas en que si hay o no hay cámaras en la habitación? ¿Me tomas el pelo? Además, de haberlas, Taka las ha desconectado con uno de sus súper poderes. Pero, ¿y de lo demás? ¿Me has escuchado o no?

—Claro que sí, novata. Lo que me has contado me pone la piel de gallina... Pero me imaginaba algo así. No tan sórdido, pero sí oscuro. Sin embargo, me ha dejado loca que conocieras a Luce y que ella hubiera ido como tapped de los Huesos a Lucca —asumió muy seria—. Y pensar en que subisteis pruebas de que lo suyo no fue un accidente... Y toda tu investigación —resopló todavía sorprendida por todo—. Lara, ¿sabes lo que eso supone? ¿Qué piensas hacer con todo lo que sabes?

—Lo estoy decidiendo sobre la marcha —le dije—. Cuando Thomas me secuestró anoche, en aquella cabaña había escrito varias veces una fórmula química. No tengo nociones al respecto, y el único que puede ayudarme a averiguar qué ponía es Hans. Si sé de qué se trata puedo...

—Lara, no es eso lo que te he preguntado.

Su tono me hizo callar.

—Lo que te estoy preguntando es: ¿qué demonios vas a hacer con todo lo que ya sabes? —clavó la mirada en el techo—. Desde que te conozco, además de revolucionar este campus, te has parecido más a una cervatilla asustada que a la lince que sé que eres. Los Huesos te han hecho daño muchas veces, y tú sigues ahí, a su merced. ¿No te das cuenta? Eres tú quien les tienes en tus manos, no al revés. Deja de temer ser quien eres y saca la cabeza de una vez —se revolvió y me miró—. Los Bones han hecho durante años lo que

les ha dado la gana. Han sido años de secretismo y de oscurantismo. Se han creído dueños y señores de las vidas de los miembros de esta Universidad. Hasta que te cruzaste en su camino. Mira —posó su mano sobre mi brazo—. No conozco a los Alden personalmente. No son mis amigos. Pero Thomas es un cretino, como Fred, Aaron y los demás miembros de esa fraternidad. Como los Lobos, y los Llaves. Creen estar un peldaño por encima de la humanidad. Ahora nosotros estamos dentro. Y creo que va siendo hora de que les pongas en su sitio. Pero tienes que manejar la información correctamente y ver cómo y por dónde les puedes hacer más daño. ¿Cuál es tu objetivo real?

—Quiero averiguar quién es el Alfil, quién empujó a Luce desde la torre e impedir que la Luz se comercialice y salga al mercado.

—Bueno, tú eres la que más capacidades de análisis tiene de las dos para priorizar objetivos. Así que tendrás que ir paso a paso. Y apoyarte en los que reconoces como tus amigos de verdad. Tienes que pedir ayuda, Lara —su mirada era más seria de lo que jamás había estado—. Tanto desde dentro, como desde fuera. El Lunes mi padre viene expresamente para vernos. Él fue un Huesos. Te ayudará. Nos ayudará —tomó mi mano y la apretó con fuerza para transmitirme su energía y su arrojo—. Eres una tapped y hay que saber qué supone para ti que la Cúpula te haya elegido. El único que nos lo puede explicar bien es mi padre.

Asentí, de acuerdo con sus convicciones. Ahora mismo lo más sencillo era, con las pruebas que tenía, denunciar la producción de esas pastillas y organizarlo todo bien. Pero no podían saber quién había sido el chivato. Lo principal para mí era mi seguridad.

Y lo siguiente que debía hacer era confiar. Confiar en elegir a las personas adecuadas para revelar lo que ya sabía y que me ayudaran a desenmascarar a los Huesos y a salir de ese embrollo.

Tenía que dar un paso adelante y dejar de esconderme.



Al día siguiente

Pasé la noche con Amy, en nuestra habitación, viendo películas que a las dos nos gustaban y pidiendo comida a domicilio. Lo cierto fue que después de hablar con ella me sentí mejor, porque ya no tenía que ocultarle nada más y porque, al menos, la persona que convivía conmigo sabía todos mis secretos y ya no tenía que fingir ni que decir medias verdades que me hacían sentir como una farsante. A los amigos de verdad había que hacerles partícipes de todo. Como a Taka, como a Thaïs. Y ahora a Amy.

Pero había algo que no me dejaba tranquila y que rondaba mi mente desde que Kilian se fue. La charla con Amy también me mostró el camino que debía tomar al respecto.

Así que, Taka y Thaïs vinieron a verme el domingo por la mañana. La pareja cañera, por fin, se había arreglado y las dos estábamos seguras, tal y como cotorreamos durante la noche, de que habían pasado una noche muy loca.

Ambos se veían radiantes, felices y cómplices. Descansados. Desahogados. Demasiada tensión no resuelta durante demasiados años.

De hecho, ellos nunca perdieron su complicidad, incluso en los momentos en los que estaban enfadados siempre mostraron una connivencia deferente el uno con el otro, señal de que a pesar de los pesares, siempre se tenían en cuenta.

—Esto ha llegado muy lejos —dijo Thaïs—. Hay que empezar a tomar el control de la situación, Lara. No vamos a dejar que entres como tapped ahí. Es demasiado arriesgado.

—A mí tampoco me gusta la idea —les reconocí—, pero estoy cerca. Si abrimos la caja de Pandora ya, se asustarán y se atrincherarán. Eliminarán todas las pruebas y para colmo no permitirán que nadie indague sobre nada más. Hay que ir con cuidado. Soy la primera chica Bones elegida por toda la Cúpula en muchos años —expliqué sabiendo lo inaudito que era aquello—. Quiero saber por qué no se había elegido a nadie en todo este tiempo. Y quiero desenmascarar al Alfil y al agresor de Luce.

—Que, posiblemente, sean la misma persona —sugirió Taka con los brazos cruzados apoyado en la pared.

—No —negó Thaïs—. Lo primero que hay que hacer es detener la producción de esa droga. ¿Qué pretenden hacer con ella? Los Huesos están locos si creen que eso va a seguir adelante. Es completamente ilegal. Es diabólico y maquiavélico poseer una fórmula así.

—Todavía no sabemos qué quieren hacer con ello —señalé.

—Ya te lo dijo Luce —Amy abrió una botella de agua de la nevera—. Si ese hombre, el señor Josh Klue, está metido en el ajo, nada bueno harán. Lo quieren vender. Lo que hay que hacer es detenerles. Tenemos la

composición de esas pastillas, ya sabemos lo que le han hecho a Thomas y, a falta del último compuesto, también ha quedado demostrado que tiene efectos secundarios muy malos.

—El último compuesto puede que sea lo que Thomas tenía escrito en la cabaña de manera obsesiva —intervine colocándome a su lado.

—Se lo pasaremos a Hans para que nos diga qué es —anunció Amy.

—Tenemos que volver a poner en marcha el dron —Taka miró a Thaïs y esta asintió, al tiempo que le traía un café recién hecho de nuestra Nespresso—. Tenemos los vídeos de la sala laboratorio que hay en la Tumba, pero necesitamos uno más en el que se vea a Joss Klue entrando en esa sala y negociando con la Cúpula. O hacerlo de otra manera, pero hay que cazarles con las manos en la masa. Tengo que conseguir entrar en el programa informático de las empresas farmacéuticas de Klue, en su ordenador, en su móvil —a medida que iba enumerando posibilidades, sus ojos plateados se iluminaban con anticipación—. Si hay pagos o no a los Huesos, qué tipo de relación tienen... Necesitamos todas las pruebas concluyentes que le incriminen en la producción de la Luz.

—Sí —musité con la mirada perdida.

—¿Y qué vas a decidir respecto a entrar en los Huesos? ¿Lo vas a hacer? —Thaïs sabía que no podía decir que no a una oportunidad como aquella. Solo yo podría llegar hasta el fondo del tema de Luce. Y lo peor de todo es que lo había hecho mío, como algo personal—. Chica... esa mirada no me gusta nada.

—Voy a entrar —contesté recogíendome el pelo—. No voy a dejar NM List, pero voy a permitir que me tanteen mientras me lo pienso. Quiero ver por qué me quieren. Y qué otros secretos esconden.

—No puedes entrar sola —Taka me lo prohibió vehementemente—. Necesitas un apoyo. Alguien en quien puedas confiar desde dentro. Mis drones no son compañía suficiente —aclaró—. Ellos no te pueden sacar de ahí en caso de que necesites ayuda. Así que tienes que dar un paso al frente, Lara. O todo o nada. ¿Sabes a lo que me refiero? —sorbió del café y sonrió—. Sí. Sí lo sabes.

Sabía muy bien a lo que se refería. En el mundo de los Huesos, solo me podía fiar de una persona a la que había decepcionado. Ahora, debía recuperar su confianza, y si para ello tenía que hacerlo cómplice de todo lo que sabía, lo haría sin pensármelo.

Necesitaba a un protector. Y no a uno cualquiera. Quería a Kilian.

Solo con él podría sentirme lo suficientemente segura como para entrar en una tumba llena de huesos.

—Larita ya tiene claro lo que va a hacer —Amy sonrió y se dejó caer en la cama—. No se lo vamos a quitar de la cabeza. ¿Abrimos las apuestas a ver si lo consigue? —les preguntó a Taka y a Thaïs.

No le hizo falta decirlo dos veces. Les encantaban los envites.

Los tres apostaron a que no conseguiría mi propósito, los muy traidores. Lo hicieron para provocarme, porque ese era el mejor modo que había para que despertara el animal competitivo que había en mí.

Y yo no quería perder más.

Sentía que era yo la que iba extraviando cosas por el camino, y ya estaba harta.

Necesitaba recuperar el control de mi vida y de mi situación en Yale. Y eso iba a hacer.

Después de comer con los chicos, encendí el móvil que Kilian me regaló y lo dejé cargando. No lo cogía desde que descubrí que me había engañado yendo a la Isla de Deer. Pero aquel seguía siendo nuestro medio de comunicación a distancia y mi único recurso para contactar con él. De perdidos al río.

De Lara:

Kilian, ¿vas a estar en tu casa? Necesito hablar contigo. ¿Puedo acercarme sobre las siete?

De Kilian:

Pensaba que habías tirado este teléfono.

Puf. Primer zasca.

De Lara: Ya ves que no. ¿Puedo ir a verte?

De Kilian: No sé si es buena idea. Llevo de fiesta con los chicos desde que te dejé en tu cuarto.

De Lara: ¿Todo el fin de semana?

De Kilian: Sí. Pero pásate, si quieres. Me alegra que ya estés bien.

¿De fiesta con los chicos? ¿Después de todo? Se me encogió el estómago, pero intenté no pensar en las consecuencias de esa fiesta. No me estaba cerrando las puertas. Y si había una abierta, por diminuta que fuera la obertura, haría lo posible por entrar.

Porque no llevaba bien el saber que me había equivocado con él.

De Lara:

Sí. Me encuentro mucho mejor, gracias a ti. Entonces, ¿a las siete te va bien?

De Kilian:

Ven cuando quieras. No me voy a mover de aquí. Cuando llegues, has llegado.

De Lara:

Qué profundo. De acuerdo. Te veo en un rato.

Seguramente el humor de Kilian no fuera el idóneo. Estaba cansado de salvar a una chica que siempre acababa confiando en quien no debía y creyendo la palabra de otro más maquiavélico. Le comprendía.

Pero mi situación tampoco era sencilla y él tenía que saberla para ponerse en mi lugar y darme otra oportunidad que, después de tantas cagadas, no merecía. Cerré el móvil y lo apoyé sobre mis labios, ocultando una sonrisa llena de ilusión y de nerviosismo. Tal vez, no todo estaba perdido con Kilian. A lo mejor, él estaba receptivo.

O a lo mejor no. Pero daba igual, no iba a dejar de intentarlo porque estuviera enfadado conmigo.

Era un miura. Bien, lo asumía, pero iba a coger al miura por los cuernos.

Llegó el momento de tomar decisiones, de ser contundente y de dejar de temer.

Siete de la tarde Casa de Kilian

Amy me dejó su ranchera. Era la primera vez que conducía sola desde que me dieron el carné. Y la verdad fue que no lo hice nada mal. La aparqué delante de la acera de la casa del Assassin, y tomé un par de respiraciones para tranquilizarme. Sentía las manos frías y el corazón en la boca. No estaba acostumbrada a sobrellevar esos lances.

Ya había oscurecido. Las luces de la casa estaban encendidas, y la música sonaba tan fuerte que se oía en toda la manzana. Xena salió de su casita de madera a saludarme. Se sentó al otro lado de la verja, y cuando me bajé del coche ladró moviendo el rabo con alegría, y la lengua afuera.

Era preciosa. Y parecía tan feliz en su nueva casa. Y yo me sentí feliz por el gesto que tuvo Kilian con ella.

Adentro había fiesta, y yo no iba vestida para ninguna. Solo llevaba una chaqueta de lana de manga larga y tres cuartos, que cubría mis manos, de color negra y trenzada. Unos tejanos desgastados y ajustados, una camiseta negra debajo también de manga larga y mis adidas Rita Ora. Me había dejado el pelo suelto y también me había maquillado.

Pero no quería ir demasiado arreglada, ni quería que pareciera que tenía pretensiones de nada. Solo quería ser yo misma sincerándome con Kilian. Solo yo: Lara. Con mis aciertos y mis errores.

Abrí la verja y dejé que Xena me hiciera la fiesta. La abracé y le di todo tipo de mimos, porque esa perra me encantaba. Fue ella la que me guió hasta la casa en la que sonaba el *Rockabye* de Clean Bandit.

La puerta estaba abierta. Entré. Nadie vino a darme la bienvenida.

—¿Hola? —pregunté.

Cuando hablé con Kilian por whatsapp no me imaginaba que estuviera todavía acompañado ni que la fiesta se hubiera celebrado en su casa, pero las botellas de alcohol por el suelo y algunos restos de comida por el parqué así me lo afirmaban. ¿Qué tipo de fiesta había dado? ¿Una para cerdos?

Se oían risas y carcajadas en el salón. Risas de chicos y de chicas.

De chicas. Toma ya, la primera en la frente.

Cuando aparecí en la sala del comedor, la estampa que encontré me dejó aletargada. En el sofá, sentado como el Rey Midas, estaba Kilian, con una chica a cada lado. Una de ellas era Sherry, que bebía de un cubata y brindaba con la otra, ante la mirada divertida de él.

Sherry estaba en todos lados. Si Kilian la había rechazado ante la Cúpula, ¿en calidad de qué estaba ahí?

Fred bailaba con su novia, y Aaron tenía a una mulata entre los brazos. Iban todos bebidos. Y parecía que se lo pasaban muy bien.

Cuando el moreno Aaron me vio entrar, con Xena tras mis pasos, no dudó en advertir a Kilian:

—Eh, Kil —lo llamó moviendo la barbilla hacia mi dirección.

¿Y Kilian se inmutó? No. Hizo como si viera llover, como si yo fuera transparente. Pasó los brazos por encima de las chicas que estaban con él y dijo:

—Eh, animalista —sonrió. El puente de su nariz estaba enrojecido y sus ojos parecían febriles, pero sé que estaba más consciente de lo que hacía creer, y mucho menos borracho de lo que se hacía pasar. Solo fingía. Fingía estar al mismo nivel que sus amigos. Pero no era verdad.

Miré a Sherry y esta me reconoció de la fiesta de la facultad de las artes.

—¡Eh! —me señaló—. Tú eres... —entrecerró los ojos para hacer memoria de mi nombre.

—Es Lara —contestó Fred con seriedad—. ¿Qué haces aquí? ¿Quién te ha invitado?

—Ha sido él —le contesté mirando a Kilian.

Fred se dio la vuelta para asegurarse de que yo decía la verdad.

—¿Es eso cierto? ¿La has llamado tú?

Kilian se encogió de hombros y no le dio importancia.

—Ya sabes —musitó mirándome fijamente—. Donde caben tres. Caben cuatro —la chica de al lado, que no era Sherry y tenía el pelo rojo como el vino y el cutis blanco como la nieve, le dio un beso en la mejilla, y él ni siquiera se apartó—. Te hago un sitio, ¿Lara? —me preguntó disfrutando de los besos de esa desconocida.

—Kilian está falto de amor —bromeó Aaron como si hablara al cielo.

—¿Qué pasa, Lara? —me preguntó Fred—. ¿No te gustan los jueguecitos? A Kilian sí —asintió sin más.

Me negué a mostrarme vulnerable, aunque era justo como me sentía. Kilian quería castigarme. Sentía mucho rencor hacia mí. Y yo podía lidiar con muchas cosas, pero no en inferioridad de condiciones.

—¿Sabe tu novia que estas navidades va a ser uno de los renos de Santa Claus? —le pregunté a Fred sin perder detalle de que la chica que estaba entre sus brazos y que tenía un escote que le llegaba al ombligo, no era su novia oficial, aunque al principio pensé que sí, porque eran parecidas—. Lo digo por los cuernos —me señalé la cabeza.

Aaron arrancó a reír, pero a Fred en cambio no le hizo ninguna gracia mi observación. Sus ojos azules me fulminaron.

—¿Tengo que asegurarme de que mantengas la boca cerrada, Lara?

—¿O sino qué? —ya no me daban ningún miedo. La Cúpula me había elegido como tapped. Nadie de los que estaban allí iban a hacerme nada. O se la cargarían—. ¿Qué me harás?

—Nada —espetó Aaron divertido—. Eres intocable ahora mismo.

—¿Por qué? —quiso saber Sherry desde el sofá—. ¿Qué pasa con ella? —le preguntó a Kilian.

—No lo sé —replicó él haciéndose el ingenuo. Por ahora solo ellos sabían que yo estaba marcada y así debía de ser por lo visto—. ¿Te gustaría que nos montáramos una fiestecita ella, tú y yo en mi cama? —le dijo seductor.

Sherry me miró de arriba abajo. Como tomando en consideración su propuesta. Yo arqueé una ceja negra y le dirigí una mirada de: «ni loca».

—Pero tú y yo nunca...

—Calla —le pidió—. Dame un beso.

—No seas tonto, Kil.

Uf. Habían cosas que no estaba preparada para tolerar. La provocación descarnada era una de ellas. Y las llamas de los celos era la otra. Si me había invitado para hacérmelo pasar mal, entonces, se le iba a girar la tortilla. Era un capullo.

Me di la vuelta y me fui a la cocina.

Me dejé poseer por un monstruo. Un monstruo abominable y celoso, muy arpía, que hizo que llenara una palangana de agua helada y me dirigiera al comedor ante la sorpresa de todos.

Me planté frente a Kilian antes de que ella y él se besaran sin sentirlo, solo por fastidiarme, y entonces, le tiré por encima todo el agua.

Todos se quedaron en shock. Las dos chicas se levantaron del sofá de golpe, alejándose de mí como si estuviera loca. Sherry señaló a Kilian a punto de partirse de risa, pero en cuanto vio su expresión, tuvo la decencia de callarse.

Kilian se miraba la ropa, sentado como estaba, respirando agitadamente, y contando mentalmente antes de estallar.

—¿Qué coño has hecho, Lara? —me preguntó con voz mortífera.

Yo, lejos de sentirme insegura, estaba tan temblorosa de la ira, que todavía tenía ganas de más.

—Me parecía que estabas muy caliente —le tiré la palangana al pecho, vacía, y miré a todos a la cara—. Pero te he hecho poco en comparación con lo que ahora mismo te mereces.

Kilian se levantó del sofá, y lo vi tan grande delante de mí, que tuve que armarme de valor para no retroceder.

—Largaos —les ordenó a todos con el agua goteando por su rostro—. Se ha acabado la fiesta —las gotas cristalinas resbalaban por sus cejas, su nariz y su barbilla.

Al parecer, los mandatos de Kilian eran divinos. En menos de lo que cantaba un gallo la casa se quedó vacía. Todos se fueron. Solo Xena se sentó en su cojín, recogida en una esquina, mirándonos con curiosidad.

—¿A qué juegas con Sherry? ¿La quieres volver loca? ¿La rechazas ante la Cúpula y ahora la traes a tu casa para montarte un trío con ella y su amiga La Sirenita? ¿Qué pretendes? ¿Me quieres volver loca a mí? —le pregunté. No iba a tener miedo ni de mis instintos ni de mi sexualidad ni de la suya.

Su camiseta de manga corta se había pegado a su cuerpo, musculoso y tan viril que podría partirme en dos de un solo abrazo. Pero no lo hacía. Kilian siempre había tenido mucho cuidado conmigo.

Estaba enfadado. Se sentía mal. Impotente. Pero yo no me sentía mejor.

—¿Qué quieres ahora, niñata? —me preguntó él cerniéndose sobre mí.

—¿Niñata?

—¡Sí! ¡Eres una cría que no tiene ni idea de tomar decisiones! ¡Como un perro cachorro que no tiene noción de dónde está el peligro!

Y tenía razón. Sobre todo en aquel momento. Solos en su casa, con aquel mosqueo monumental que tenía, Kilian era el más peligroso de todos.

—¿Sigues enfadado conmigo? —le pregunté—. ¿Por eso te comportas así?

—Claro que estoy muy cabreado contigo. No se me va a pasar, Lara.

Alcé la barbilla y tragué saliva. Entendido. Pero bueno, ya sabía que eso podía pasar. Era una parte de Kilian que intuía, pero aún no conocía. No toleraba que la gente le fallara. Pero si su rencor y su exigencia formaba parte de él, también quería saber cómo era su oscuridad.

—¿Y quieres que me vaya? —si me decía que no, me quedaría y asumiría las consecuencias. Iba a recuperarle.

—Sería mucho mejor para ti que te fueras. Créeme. Así que lárgate ahora que puedes. Te estoy haciendo un favor... —pero yo no me movía—. Lara, te estoy dando una oportunidad.

—Pues como ves, no la estoy aprovechando —contesté igual de gallita.

—¿Eres tonta o qué te pasa? ¡Qué te vayas! —me gritó señalándome la puerta.

Yo negué con la cabeza. La barbilla me temblaba, igual que las piernas y el corazón.

—¿Y si me quedo? —eché el cuello hacia atrás para poder verle los ojos oro, terriblemente enfurecidos.

—Tú no quieres quedarte.

—¿Y si me quedo? —repetí dispuesta a asumir mis actos.

—¿Para qué? ¿Vas a calentarme la cama, Lara? —su tono era pervertido y maligno, pero ya entendía a Kilian, ya sabía por dónde iba. Quería hacerme daño y asustarme porque yo le había hecho daño y también le había asustado. Esa era su manera de darme una lección—. Porque solo quiero eso. Nada más. Además, has ahuyentado a mis amigas... tendrás mucho trabajo para suplirlas a las dos. Me has jodido los planes.

—Es verdad. Lo olvidaba —dije controlando mi voz afectada—. Que eres el Magog. Un demonio follador —señalé con tono teatrero y venenoso—. Que puedes ser depravado tanto como quieras. Pero hasta ahora nunca lo has sido conmigo. ¿Por qué?

—Porque tú eras diferente.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al oír aquello. Pero encajé el golpe como mejor pude. Todas las decisiones se habían tomado bajo mi responsabilidad. Y sería responsable en las victorias y en las derrotas.

—¿Y ya no?

—¿Tú qué crees? —me preguntó con sorna.

—Pues venga, Magog —le insté sin retirarme ni alejarme de su radio de energía destructiva—. A ver qué tan poderoso eres. Quiero probar de primera mano las habilidades del mayor ligón de los Huesos. Ese eres tú, ¿no?

—No quiero a monjas en mi cama —lo dijo para molestarme, y lo consiguió—. Si te quedas, Lara, no vale echarse atrás. No tengo por qué tener cuidado contigo. Solo eres una chica que ha accedido a pasar esta noche conmigo. Nada más. No somos novios. No eres mi chica. Somos dos adultos en busca de placer. Ya está.

—Que yo sepa, no te he pedido nada —aseguré sin más pretextos que estar con él para volver a conectar, aunque solo fuera un poco. Para que estuviéramos de nuevo en sintonía. Y por la mirada que tenía, me iba a costar recuperarle.

—Bien. Como quieras.

—Bien —repetí en voz baja.

Se dejó caer de nuevo en el sofá. Estaba mojado por el agua que le había echado. Abrió los brazos y se acomodó. Y entonces sus pestañas oscilaron y sus gruesos labios se abrieron para pronunciar una orden, y se le entreviera el piercing de la lengua.

—¿Te quedas?

—Sí.

—Pues desnúdate.

No iba a hablar con Kilian de nada. Fui a su casa con ese objetivo, pero aquella no era la mejor ocasión para tratar temas tan delicados como los que iba a tratar. Había momentos en los que una tenía que arriesgarse, y yo aún tenía esperanza en que él viera que no había hecho nada con maldad. Creía que podía recuperarle.

No iba a amilanarme. Él pensó que me iba a intimidar o a echarme atrás. Quería que me rindiera. Que me fuera con el rabo entre las piernas para que le diera la razón. Pero no.

Mi decisión era firme. Estaba dispuesta a jugar como él quería.

La música seguía sonando, y habían temas muy variados, desde canciones rápidas a lentas de todo tipo.

En aquel momento, cuando empecé a quitarme la chaqueta delante de él, sonaba *Eye of the Needle* de Sia.

Kilian me miraba fijamente, sin perder detalle de mis movimientos. Yo le devolví la mirada a pesar de que por dentro su frialdad me estremecía.

«Por el Kelpie, por el verdadero Kelpie, Lara, una puede hacer cosas que nunca creyó que haría. Es más, debes hacerlas. Porque lo más importante de la vida, lo más grande, solo se mide por los sacrificios que tuviste que hacer para conseguirlo. Lo que vale la pena de verdad, nunca es fácil. El amor, cariño, no entiende de orgullo». Eso me lo dijo mi madre una vez, y sus palabras se habían activado justo en ese instante.

Cuánta razón tenía.

Me quité las zapatillas con los pies, y los calcetines finos y lo dejé todo desperdigado por el suelo. Mis dedos se desplazaron hasta la parte baja de mi camiseta. Me la quité por la cabeza y se la tiré a la cara con rabia.

Kilian no se sorprendió. De hecho, estaba tan hipnotizado en lo que hacía, que la «fresca» que esperaba oír al hacer lo que hice, no llegó. Le dio igual. Se quitó la camiseta de la cara y continuó observándome hambriento, como si no hubiera nada más en el mundo.

Se reacomodó la pretina del pantalón, señal de que se había excitado incluso antes de quitarme toda la ropa.

Me desprendí del sujetador blanco y lo dejé caer al suelo. Después hice lo mismo con los pantalones. Me quedé con las braguitas blancas ante él y me eché el pelo hacia atrás, para que me viera bien. Extrañamente me sentí poderosa al sentir sus ojos recorrer cada centímetro de mi cuerpo, con aquella impudencia. Llevaba las uñas de los pies pintadas de negro, igual que las de mis manos. Usé aquella laca por el disfraz de Halloween, y después olvidé quitármelas. Pero no me desagradaba.

Y justo cuando me iba a quitar las braguitas, él alargó el brazo y tiró de mí para colocarme entre sus piernas abiertas y me dijo:

—Tú le quitas el papel de envolver al regalo. Pero yo le quito el papel al caramelo.



Siete

Fue él quien me desnudó por completo y me colocó a horcajadas sobre su pelvis. Desde luego, ya estaba preparado para cualquier cosa. Y parecía que tenía prisa. Sus manos vagaron por mi espalda desnuda y después sus dedos se aventuraron hasta mi entrepierna. Allí me tocaron, me pusieron de los nervios y me prepararon para lo que Kilian tenía ganas de hacerme y yo que me hiciera. Quise pasarle las manos por las marcas de la espalda que no podía ver, pero él se apartó y me dijo:

—No.

Me clavé las uñas en las palmas por la necesidad que sentía de curarle, pero acepté aquel nuevo rechazo. Entonces no sé cómo sucedió, que le fui a besar, porque necesitaba hacerlo con toda mi alma, y él no sólo negó mi beso, además, le dio tiempo para darme la vuelta y cambiarme de posición.

De repente ya no estaba a horcajadas mirándole de frente. Súbitamente, mi perspectiva cambió y me encontré boca abajo en el sofá, con la mejilla pegada a un cojín y otro más colocado debajo de mi vientre. Mi trasero estaba ligeramente en pompa.

Intenté darme la vuelta pero él no me dejó. Entonces lo comprendí.

Quería un polvo. Solo eso. No quería mirarme, ni intercambio de palabras ni de caricias ni nada que no fuera solo sexo.

Escuché cómo se desabrochaba el botón del pantalón y se bajaba la cremallera, pero en ningún caso se quedó desnudo. Liberó lo que le interesaba y punto.

Lo miré por encima del hombro.

—¿Estás asustada? —me preguntó abriendo un condón para acto seguido colocárselo.

—Si todas las demás han sobrevivido, supongo que yo también podré, oh poderoso Magog —contesté dejándole claro que sabía que me quería tratar como a una más. Y que no me amilanaba. Es más, no le tenía respeto.

—¿Y cómo sabes que las demás han sobrevivido? A lo mejor soy un coleccionista de cadáveres y...

No me iba a engañar ni a intimidar.

—No tienes una arma nuclear entre las piernas, Kilian. Relájate.

—Puede que contigo no la usara como con las demás —me susurró pegando su duro pectoral a mi espalda. Retiró mi melena negra de los hombros y me mordisqueó el cuello mientras me abría las piernas con su poderoso muslo.

—Me estoy cansando de esto —murmuré desapasionada—. Hazlo ya.

Kilian se apoyó en las manos y quedó suspendido sobre mí. Me imaginé la mirada que me estaría echando. Incredulidad, rabia, deseo...

Pero se me olvidó todo cuando sentí el modo tan invasivo y duro con el que entró en mí. Nunca me había sentido así con él. Tan llena y ocupada.

Hundí el rostro en el cojín y me aguanté el quejido. Era necesario que eso sucediera entre nosotros. Porque yo me sentiría mal, pero él se sentiría mucho peor.

Le conocía. Sabía que se preocupaba más por mí que de sí mismo, y lo que estaba haciendo era simplemente fingir que yo no le importaba ya.

Así que dejé que él hiciera ese papel y que creyera que podía tratarme como a cualquier otra cuando ambos sabíamos que eso no era verdad. O eso esperaba.

Se suponía que él era el Magog, como me había dicho. Entre los Huesos tenía el papel de macho dominador, de ladrón de virtudes y Amo y señor del placer. Pensar en todas esas chicas con las que Kilian había yacido me ponía nerviosa y me demolía. Pero quería sentir en mis propias carnes cómo era ese chico si se dejaba llevar por sus instintos, si adoptaba su papel de la logia.

Me imaginé rituales oscuros y sexo, con peligrosas semejanzas a lo que había experimentado en la mansión de los Llaves. Me entró frío, que contrastaba con el calor que sentía entre las piernas.

Cuando empezó a moverse tuve que coger aire. Kilian me aplastó contra el sofá y simplemente se centró en lo que hacía y en lo que quería conseguir.

Y yo se lo permití. Nada de mimos, nada de palabras calmantes, solo sexo.

Y era tan poderoso. Tan fuerte. Me olvidé de la parte romántica y me centré solo en la salvaje.

—Esto es follar, Lara —me dijo al oído sin dejar de moverse—. Esto es lo que les hago a todas —murmuró comiéndome el lóbulo de la oreja entre los dientes—. Y esto es lo que haré contigo a partir de ahora.

Gemí y negué con la cabeza. Se me saltaban las lágrimas. Era estúpido.

Estaba destruyendo la confianza que yo tenía en él y todo lo hermoso que habíamos compartido. Pero en ocasiones, las demoliciones siempre provocaban la creación de algo mejor. Ese era mi aliciente.

—Disfruta de esto, Magog. Porque conmigo es la primera y la última vez.

—Perfecto —musitó—. Como con todas —dijo hiriente—. Entonces, vamos a hacerlo bien.

Deslizó un mano hacia delante y mientras me poseía, me acariciaba entre las piernas, buscando que me corriera.

Ni siquiera sé cuánto tiempo estuvo así. No era capaz de calcular nada.

Él aceleró el ritmo sin dejar de acariciarme. Me molestaba el ruido que hacía su carne contra la mía, porque me hacía sentir muy sola. Pero no le iba a dar lo que quería. Él tenía que saber que yo era distinta y se lo iba a demostrar en cuanto se corriera.

Su orgasmo llegó al cabo de interminables minutos. Se puso a temblar encima de mí, aprisionándome con su musculoso y muy vestido cuerpo. Intentó que me corriera con él, pero sin ser demasiado experta en

controlar mi placer, pude lograrlo concentrándome en desviar la energía. Simplemente no iba a darle ese gusto. Así nunca podría decirme que yo era como las demás.

Cuando él se detuvo y se desplomó encima de mí, yo, que estaba dolorida, aproveché para removerme debajo de él y escaparme de aquella prisión.

Caí al suelo, y corrí a cubrir parte de mi desnudez. No me apetecía estar desnuda. Me daba avergonzaba.

A Kilian, que parecía un gigante en ese sofá, se le había ido la fuerza con el orgasmo, pero aun así hizo por cogerme de la muñeca para que no me escapara.

—No te has corrido —me dijo mirándome acusador, con el rostro perlado en sudor.

—No. ¿Por qué? ¿Las demás sí? —le pregunté librándome de su sujeción de un tirón. Me sequé las lágrimas que involuntariamente se me habían caído y me puse el tejanos con celeridad.

—No me jodas —gruñó medio incorporándose.

—No. Eso me lo has hecho tú a mí, Magog —le increpé. Me puse el sujetador y la camiseta, y me calcé las bambas sin los calcetines.

—¿Te vas?

—Por supuesto. Ya no hay nada más que hacer aquí.

—Espera —se levantó rápidamente y se dirigió hacia mí con expresión de susto y de asombro—. No te puedes ir así.

—Pues mira. Así es como me voy, Kilian. Sin orgasmo. No sé las demás —me encogí de hombros y le miré decepcionada—, pero a mí, que me lo hagan como si fuera una yegua y que no me miren a los ojos, no hace que quiera correrme por muy bien que te muevas o muy grande que la tengas. Puede que las demás se conformen con tan poco. Yo no soy como las demás —me puse la chaqueta y miré alrededor a ver si me dejaba algo, además de un mal trago y un poco de pundonor por el camino—. Eres un fraude —aseveré con los ojos húmedos. Sentía que una lágrima independiente se me escapaba por la comisura de mi ojo.

Kilian la miró como si nunca hubiera visto una, y entonces puso una expresión muy extraña. Parecía que alguien le hubiera dado una patada en los huevos.

Por suerte me retiré a tiempo de que me tocara, porque de hacerlo, me habría derrumbado. Pero quería llevar aquello hasta el final y hacerlo lo mejor que sabía. Era una lección para él y también un aprendizaje para mí.

—¿También coleccionas bragas? —le increpé.

—¿Qué? —dijo sin salir aún de lo que fuera que le había provocado aquella expresión de shock.

—Que ahí tienes las mías —le señalé el suelo—. Quédatelas, Magog. Otro trofeo más para el demonio desvirgador. Al fin y al cabo, fui una de tus presas, ¿no? Soy tu llama roja —le recordé—. Solo te queda una

más para ser un Reich —le guiñé un ojo desolado.

Kilian las miró y vislumbré que apretaba los dientes y que se quedaba muy tenso.

—Me voy. Gracias por... —no encontraba las palabras—. En fin, por lo que sea que haya sido esto.

—E-espera —intentó detenerme corriendo detrás de mí. Se abrochó el pantalón y se precipitó en mi búsqueda.

Xena nos seguía, pensando que estábamos jugando. Ladraba de vez en cuando, y le traía una pelota negra de goma que Kilian le solía lanzar. Pero allí solo se lanzaban puyas y recriminaciones.

Iba a llegar a la ranchera de Amy cuando, Kilian impidió que abriese la puerta.

—Entra en la casa otra vez —me pidió.

Yo me reí por no echarme a llorar como quería.

—¿Eres imbécil? ¿Qué te pasa? —me sentía ganadora de esa batalla entre los dos, pero en el fondo, sabía que estaba hecha mierda. Que ganar no me satisfacía—. ¿Tu hombría no acepta que no me hayas complacido? Tranquilo —no le iba a dejar hablar—. Ahora ya puedes llamar a Sherry y a la pelirroja y hacer el trío que querías hacer. Puede que a ellas les parezca la bomba que el Magog de los Huesos se las tire en el sofá con la cara hundida en un cojín. Debe de ser maravilloso para ellas —arqueé mis cejas y me di la vuelta—. Lo que siempre habían soñado. Se tienen que correr como locas, ¿eh, Kilian? O a lo mejor con ellas eres incluso un poco más considerado, más tierno —abrí la puerta y aunque él no me daba espacio para moverme, le empujé y conseguí entrar— y solo a mí me acabas de tratar como a una cualquiera —esta vez la voz se me cortó y tuve que ocultar mi rostro para que no me viera llorar.

—Si te vas así —me dijo cogiéndose a la ventana— no...

—No me importa, Kilian —le dije con la ventanilla bajada—. No me importa nada. Acuérdate de quitarte el preservativo —señalé—. Tú sí que te has corrido como un campeón.

Arranqué el coche, lo hice apretando el acelerador de manera descontrolada, con lo que las ruedas derraparon.

Pero me dio igual. Necesitaba una salida así de dramática.

Solo en la intimidad de la cabina del Chevrolet, dejé que la tensión emergiera y que los nervios y la pena me arrasaran como realmente merecía hacerlo.

Me lo había ganado.

Cuando algo había sido tan incómodo y tan intenso, es imposible que esa noche se pueda dormir o conciliar el sueño.

Yo no podía. No pude. Así que en la madrugada escribí un email a mi padre porque tenía muchas ganas de leerles o de verles por Skype. Anhelaba el abrigo de mi familia, y requería parte del calor que estaba al otro

lado del charco.

Por la mañana, acordé con Amy no ir a clase. Ese día, ambas debíamos desplazarnos al centro de Connecticut, donde nos esperaba su padre para comer juntos. Era la primera vez que hacía campana de aquella manera. Pero lo necesitaba. No me sentía capaz de prestar atención a nada que no fuera a mis heridas.

Ni Amy ni yo fuimos a clase. Adujimos que estábamos convalecientes con gripe.

Me vestí con mis huarache rojas, unos tejanos negros de pitillo, un jersey grueso y largo del mismo color, y una chaqueta de piel y cuello alto. Me coloqué mi gorro rojo de lana y me dejé el pelo suelto. Ambas nos maquillamos juntas en el baño.

Amy llevaba una chándal de chica de Philippe Plein. Con gatos estampados. Yo no comprendía nada. ¿Íbamos a comer con su padre y se vestía así? A mí me daba respeto tener una reunión con alguien tan versado en el mundo del arte y de los negocios como él, y su hija iba a asistir a la cita con ropa de boxeador.

Amy se pintó los labios de fucsia, y después sonrió de oreja a oreja a su reflejo.

—Cómo molo —se dijo a sí misma—. Soy como la versión blanca y chungu de Rihanna. No me mires así, novata —me espetó—. Los Steakhouse somos artistas. Podemos ir como nos dé la gana.

—Ya veo —musité dándome la vuelta para ir en busca de mi bolso.

Ya en el coche, de camino a una restaurante llamado Home, en Branford, Amy quiso indagar sobre lo que pasó con Kilian.

—Intuyo que todos hemos perdido la apuesta —murmuró bajando la música del coche.

—¿Lo intuyes por mis ojeras? —le pregunté recogiendo mis piernas sobre el asiento.

—Sí. Por eso y porque te has pasado toda la noche dando vueltas en la cama y mirando el móvil. ¿Le has contado algo?

Dios. ¿Cómo iba a explicarle a Amy lo que pasó? Si ni siquiera se acercó a lo que yo tenía pensado. Se rompieron mis esquemas, sin más. Y ahora la pelota estaba en el tejado de Kilian. Después de lo sucedido, solo él podía cambiar las cosas.

—Lo que pasó fue que no pude decirle nada porque había montado una fiesta de los derrotados y el despecho y quería montarse un trío con Sherry y otra más.

Amy giró la cabeza como la niña del exorcista y abrió los ojos tanto que parecía que se le iban a salir de la cara.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

—¿Qué hiciste?

Me encogí de hombros y me mordí una piel diminuta que tenía en el pulgar.

—Básicamente, le eché una tina de agua fría por encima.

—¡Joder!

—Sí —me reí—. Él echó a todos sus amigos de su casa. Y...

—Vale. No me lo digas. Y echasteis un polvo castigador, de esos de usar y tirar, solo por resentimiento. Para ver quién era más fuerte de los dos —cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Mira a la carretera, Amy, por favor —le pedí.

—Me encantan los dramas. ¿Le dijiste por qué fuiste a verle?

—No. No era el momento. Y no iba a disculparme por nada más. Ya lo hice en la noche de Halloween y él no aceptó mis disculpas. Si Kilian quiere escucharme tiene que hacerlo sin sentir esa animosidad hacia mí. ¿Quiere tratarme mal? ¿Quiere castigarme? De acuerdo. Que lo haga. Lo puedo comprender, aunque todo haya sido doloroso.

En el rostro de Amy empezó a dibujarse una sonrisa.

—Ya comprendo. Tú lo que querías era que él se desahogara y que después se sintiera como una mierda —me señaló con el dedo—. Porque un tío que se ha preocupado tanto por ti como él lo ha hecho, por narices debía tener sentimientos muy fuertes hacia ti. Y si eso ha sido así, y del odio al amor hay un paso, esos sentimientos siguen estando ahí. Tienes una mente muy retorcida. Sabes comprender a los demás. Por eso creo que contigo en la calle los malos tienen razones por las que temblar.

—Tampoco lo había calculado así. Todo se precipitó de ese modo y yo no quería luchar.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, no sé —asumí con honestidad—. No sé cómo va a continuar lo nuestro. Tengo que hablar con Kilian de todo, quiero que comprenda por qué he sido así y por qué he actuado de este modo. Que él me cuente por qué él ha actuado como lo ha hecho. Pero puede que no le interese nada. Y yo solo le quiero a él como protector. Tal vez ni siquiera quiera serlo, aunque ya no seamos pareja.

—Eso es imposible, Lara. No voy a defenderlo, porque ya sabes que siento rechazo a todo lo que huela a hueso. Pero se ha jugado el tipo por ti en numerosas ocasiones. Y la manera que tiene de mirarte...

—Pues si hubieras visto cómo me miraba ayer... O antes de ayer por la noche...

—¿Te ha dicho algo de Thomas?

—No. No sé nada. Nada de su hermano, nada de dónde está ni dónde lo tienen... No hablamos apenas, Amy. Solo fue... —exhalé con gesto abatido—. Fue muy feo. Desagradable.

—Cuando hay cosas sin resolver entre un hombre y una mujer y ha habido ofensas por parte de un lado y del otro, lo que pasa no suele ser amable. Les pasa a todos, y más si tienen caracteres apasionados y viscerales. ¿Y lo mejor de esas broncas sabes qué es? —elevó sus cejas rubias y sus ojos se estiraron en una sonrisa.

—No —contesté.

Amy alzó la música de nuevo porque sonaba en la radio la canción de Shape of You, y a las dos nos gustaba mucho.

—Las reconciliaciones —me aseguró para después canturrear—. *I'm in love with your body...*

Branford Calle Main Restaurante Home

En el centro de Branford se hallaba el Home. Un restaurante pequeño y acogedor, a pie de calle en el que preparaban comida típicamente americana. Los dos ambientes que tenían estaban decorados con cuadros del barrio y de sus alrededores, y de los productos naturales que usaban para hacer sus deliciosos platos.

Amy le dijo al recepcionista que teníamos una reserva, y este nos acompañó hasta el ancho y largo ventanal que daba a la calle, donde una mesa con mantelería blanca y unas magnolias rojas en el centro esperaba por nosotros. Los asientos tenían tapizado de piel oscura, y eran señores sillones de comedor. No sentamos la una al lado de la otra y esperamos a que llegara el padre de Amy.

—Mi padre es una persona que habla muchísimo, por los codos. Pero le encanta hacer interrogatorios de todo tipo, sobre todo si la persona que tiene en frente le parece interesante —me dijo Amy sacando su móvil de la mochila y dejándolo encima de la mesa—, y tú lo tienes todo para que te haga un tercer grado.

—Qué bien.

—Lara —me miró fijamente—. ¿Tú confías en mí?

—Sí —confirmé sin ninguna duda.

—Bien. Pues él es como yo, pero con bigote y más gordo. Sé franca. No temas. Es un rebelde, considerado un desertor por los Bones, y aunque sé que no va a querer formar parte de nada relacionado con ellos, te guiará y te ayudará en lo que pueda. Hazme caso. Confía en él.

—De acuerdo.

—¿Estás nerviosa?

—Sí.

Amy dejó ir una carcajada.

—Haces bien —me dio dos palmaditas que pretendían ser calmantes, pero que me pusieron peor de lo que ya estaba—. Pero no hay nada por lo que debas preocuparte. Si alguien puede hacer callar a mi padre, soy yo. Te protegeré, pequeña —me guiñó un ojo.

Entonces supe que, si Amy estuviera en los Bones, la elegiría a ella como protectora. No tendría dudas al respecto. Porque había personas a las que se les veía fuertes desde el principio. Y otras, que se escondían bajo unas corazas de amabilidad y resistencia, y que después te iban sorprendiendo por el camino, demostrándote que aunque no tuvieran habilidades de guerrero, ponían la voluntad y echaban el resto para cuidar de ti. Esa era Amy.

Taka y Thaïs eran capaces de hacer cualquier cosa por mí, yo les adoraba. Pero la vida además, les dio un cerebro y un talento portentoso. A Amy la dotó de creatividad, de un don de gentes brutal, y de un corazón enorme. Y esa era su mejor arma.

—Gordita.

No hizo falta darme la vuelta para saber que ese saludo, que provenía de una voz masculina llena de cariño, venía del padre de Amy.

Amy se levantó con la sonrisa de una niña feliz al ver al hombre que tenía en un pedestal. Abrió los brazos de par en par y se fundió en un abrazo con un señor que era altísimo y corpulento como John Goodman. De hecho, se parecía a él. No sé por qué, me imaginé que la madre de Amy sería un estilo Roseanne. Y entonces me di cuenta que la reposición de esa serie me había marcado para siempre.

Después de abrazarse sinceramente como dos osos, eché de menos a mi padre. Ojalá le pudiera abrazar así. Estaba deseando leer la contestación a mi correo. Al menos, a través de las letras, podía sentir más cerca a las personas que tenía lejos.

—Estás preciosa —le dijo.

Ese señor iba muy bien vestido. Con una gabardina oscura, unos pantalones de pinza negros, una camisa de color crema, y una bufanda Burberry's en tonos azules y grises enrollada al cuello. Además, llevaba una boina también a conjunto con la bufanda.

—¿Te has puesto el conjunto que te regalé? —celebró Amy señalándole la cabeza—. Así me gusta, que te pongas guapo para mis amigas. Lara —me dijo Amy—, este es mi padre Christopher.

—Encantada, señor Steakhouse.

Sonrió abiertamente, aprobándome con la mirada y me dio la mano.

—Para las amigas de mi hija soy Christopher.

Cuando me tomó la mano, me la apretó fuertemente, con contundencia, e inmediatamente supe que estaba ante un hombre de convicciones y de palabra.

Si Amy era leal y fantástica, además de indoblegable, era porque lo había aprendido de su padre.

Nos sentamos a comer los tres. Yo me pedí una ensalada de aguacate y de segundo tiras de pollo empanado con semillas y salsa de mango. Y un agua para beber.

Ellos se pidieron pasta con albóndigas, granizados de coco y patatas horneadas con salsa de barbacoa. Me quedé impresionada al ver los enormes platos que se iban a comer, pero ellos, aparentemente, no tenían ningún problema con el tamaño.

Después de que Amy le hablara sobre la universidad y de que su padre nos preguntase sobre nuestra vida más cotidiana en Yale, fue Amy quien decidió encauzar la conversación.

—Papá, estamos aquí porque Lara tiene un problema. Bueno —puso los ojos en blanco—, en realidad tiene muchos...

A mí se me escapó una risa nerviosa y le di un punterazo en el gemelo por debajo de la mesa.

Amy rió y continuó:

—Lara tiene algo que contarte y necesita ayuda.

—Oh —Christopher entrelazó los dedos de sus manos y se inclinó hacia delante con interés—. Pues dime de qué se trata y te ayudaré en lo que sea posible.

—Tiene que ver con los Bones —anuncié sin más.

Su cambio de actitud fue notable. Pasó de un rictus comprensivo a otro cauto.

—¿De los Bones? ¿Qué tienes tú que ver con ellos?

—Pues a simple vista nada —contesté encogiéndome de hombros—. Pero a raíz de un suceso de desafortunadas coincidencias y acciones, al parecer toda la Cúpula me ha elegido como tapped.

Ahí estaba. El miedo y la sorpresa en los ojos de ese hombre enorme. Por el momento, parecía llevar el control de la situación, hasta que los Huesos intervinieron.

—¿Toda la Cúpula? —indagó—. ¿Cuántos habían cuando te señalaron? ¿Dónde fue?

—Cinco. En el gran Obelisco de Groove Street. Hace tres noches en la noche de la Misión...

Christopher se cubrió la boca con la mano y se la frotó sumido en sus pensamientos. Unos que lo llevaban a las profundidades.

—¿Cómo demonios sabías tú de la Misión, Lara? Eso solo lo saben...—dijo totalmente perdido.

Miré a Amy y esta miró hacia otro lado.

—Bueeeeno, es que verás —canturreó fingiendo inocencia—...

—Amy, ¿qué habéis hecho? —la entonación que usó, unida a su poderosa expresión, ya no daba lugar a comprensión ni compasión alguna.

—Papá —mi amiga lo miró de frente—. Los NM List formamos parte desde hace tres días de la Élite de las fraternidades de Yale —se cuadró de hombros y anunció—. Ganamos la Misión. Vencimos a los Huesos.

Christopher detuvo al camarero que pasó por su lado y le dijo:

—Tráeme, por favor, un whisky. El más viejo que tengas.

El camarero asintió y se fue en busca del pedido.

—Sí, más vale que te cargues bien el vaso —le recomendó Amy haciendo una mueca.

En ese momento comprendí que al padre de Amy no le gustaba nada lo que escuchaba, pero menos le iba a gustar lo que le quedaba por oír.



Ocho

Una hora después

Los platos estaban vacíos. Igual que la copa de Christopher y su tolerancia. Después de haber oído pacientemente y sin interrupciones lo que teníamos que explicarle, el hombre se había quedado mudo. El tono de su piel había aumentado un par de niveles y sus ojos se habían ofuscado.

—Papá, di algo —le pidió Amy.

—Esta chica y sus amigos ganaron el Turing a los Huesos.

—Sí —dijimos a la vez.

—Tiene pruebas de que el accidente de esa tal Luce en Lucca, no fue un accidente. Y además has conseguido datos de la investigación de esa chica que involucra a los Huesos y a Josh Klue en la producción de la Luz. Y no solo eso. Les habéis ganado la Misión y ahora la Cúpula quiere a Lara. ¿He entendido mal?

—No.

—Entonces, ¿es eso lo que me habéis contado?

—Correcto —asintió Amy.

—Dios... —bufó extenuado—. Me parece increíble que la fraternidad haya vuelto por sus fueros —se apoyó en el respaldo de la silla y nos miró a una y a otra sin saber muy bien qué cara poner.

—¿A qué se refiere?

—La logia de los Huesos tiene referencias claramente ocultistas. Su afán siempre fue el de conseguir la iluminación, y dar un paso evolutivo por encima del resto. Durante décadas, se hizo lo imposible para lograr sus objetivos. Desde rituales en los que se pretendía llegar al éxtasis a fórmulas químicas que estimularan al cerebro para desarrollar el potencial dormido. Los Huesos buscan superioridad sobre los demás, no sólo económica, además también metafísica.

—No entiendo muy bien... ¿Quieren ser dioses? —pregunté yo con sorna.

Christopher me dirigió una mirada franca y transparente.

—Más o menos, jovencita. Las inquietudes de los Huesos son muchas —me dijo misteriosamente—. El más allá, los poderes sobrenaturales, la conexión divina...

—El control del mundo —murmuró Amy sorbiendo de la caña de su granizado de coco.

—Son muchas las vertientes en las que quieren extender sus poderosos tentáculos. ¿Tienes idea de quién eligió a Luce como tapped, Lara? —preguntó de repente.

—Según su informe, su amante llamado Alfil, le dijo que la eligió un solo Maese —contesté.

—¿Alfil? —puso cara de horror—. Pero eso es imposible. A no ser que a Luce le gusten muy maduritos.

—¿Por qué? ¿Acaso usted conoce la identidad del Alfil? Luce asegura que es un nombre inventado.

—Puede que lo sea para los caballeros actuales. Pero no para los del pasado, pues sí existió un alfil. Uno de los miembros Bones de cuando yo estudiaba allí se llamaba así. Pero hoy en día debe tener mi misma edad. Cuando el caballero pasa a Reich se cambia el Nick. Y cuando asciende a Maese, entonces, puede volver a cambiárselo.

—¿Puede darme la identidad de ese tal Alfil de cuando usted estudiaba en Yale?

—No. No puedo, Lara. Los juramentos hipocráticos dentro de la logia deben respetarse. Lo siento mucho. Aun así, sea quien fuera la pareja de Luce, adoptó ese nombre como falso.

—Entonces, ¿usted cree que no se lo puso ella?

—Por lo visto, Luce te ha ido dejando pruebas para que halles la verdad. Tal vez llama a su Bones así para que encuentres la relación. Ese nombre perteneció a otro Huesos con anterioridad. No dudo que —me señaló con el índice y entrecerró los ojos— si descubres a quién pertenecía ese apodo, averigües quién es el Bones de Luce.

Bueno, al menos, tenía otro dato a tener en cuenta. Me servía. Tenía sentido lo que me dijo.

—Señor Christopher —mis preguntas no iban a acabar ahí—. Dicen que la última vez que se aceptaron mujeres en la logia, fue hace veinte años, pero no hay rastro de ellas en el Rumpus. Y Amy me ha dicho que usted fue expulsado de la fraternidad hace diez. ¿Me puede hablar de ello?

El padre de Amy agachó la cabeza con incomodidad y movió los dedos de las manos, nervioso.

Obviamente, hablar de ello le suponía un mal trago.

—En mi época de caballero Bones coincidí con la elección de dos mujeres tapped. La hermandad las adoraba —aseguró con una sonrisa—. Eran brillantes. Inteligentes, hermosas, y aptas para ser líderes de la logia.

—¿Aptas para ser líderes? —analicé.

—Sí. Los Bones veneraban a la mujer con la capacidad de discernir y de liderar los pensamientos de sus caballeros. Su intención es que esa mujer les guíe en su ascensión.

—La Ascensión... —susurré—. Luce habló de ello. Y Thomas también.

—Es lo que anhelan. Su... piedra filosofal. Te sonará raro, pero en su cultura más profunda, creen que el líder natural de la logia es femenino. Es como un guía espiritual —se echó a reír como si se avergonzara de lo que decía— y es mujer. De ahí que solo puedan entrar las que posean ese algo especial que no tienen las demás. Dios, escuchándome hablar ahora me parece increíble que hubiese un tiempo en que creyera en todo

esto a pies juntillas —se pasó la mano por el pelo—. Cuando abrí los ojos y me negué a seguir sus normas y sus credos fue cuando me expulsaron de la logia, aunque yo ya había tomado la decisión de abandonarla por no estar de acuerdo con sus procedimientos.

—Entiendo. Y no piensa contarme nada sobre esos procedimientos, ¿verdad?

Christopher dibujó una tensa línea con los labios.

—No. Primero porque nunca los he presenciado. Solo los Maeses de la Vieja Guardia que conformen la Cúpula actual saben de ellos.

—¿Sabe quiénes son?

—No. Ya hace años que no estoy en ese círculo. Desconozco sus identidades. Cada lustro se hacen votaciones para formar parte de la Cúpula, y en teoría van cambiando, a nos ser que hayan cambiado los estatutos de la logia y ahora la Cúpula sea fija. Todos los demás debemos creer y obedecer. Nada más.

—Comprendo.

—Y segundo, de saberlo, no te lo diría, porque tengo una familia que proteger.

Entonces pensé en Kilian. Él era como Christopher. Se reveló contra su sino a pesar de enfrentarse a la Cúpula para ello.

En fin, no hacía falta que el señor Steakhouse me dijera nada más. Me estaba diciendo que se ponía en peligro. Todo era peligroso con los Huesos, pero eso ya lo sabía.

—¿Qué debo hacer, señor? —le pregunté—. ¿Qué haría usted en mi lugar?

—Sin duda, tienes una patata caliente en las manos. Pero todo depende de lo lejos que quieras llegar —se limpió la comisura de la boca con la punta de la servilleta—. Tienes un horizonte lleno de interrogantes que pueden poner en jaque a la sociedad secreta más importante y manipuladora de todos los tiempos. Si quieres todo el paquete, tendrás que ir hasta las entrañas. Pero si vas a asestar el primer golpe, no puedes utilizar ni a tus amigos ni mostrar el hocico. Los Bones no perdonan. ¿Comprendes?

—Sí.

—Sé cauta. Necesitas colaboradores externos. Nada de usar a Thaïs para que ella suba nada a su web. No es prudente. Y de hacerlo, le pondrías una diana en el trasero. Utiliza siempre a ayudantes externos. Tengo un contacto que estoy seguro que estará encantado de ayudarte —sacó una libreta del bolsillo de su gabardina, arrancó un papel y después tomó un bolígrafo del compartimento del interior—. Acude a él cuando tengas la confirmación de todo lo que me has contado. Necesitas datos, fotografías, vídeos, cuentas bancarias... Y cuando las tengas, entonces ponte en contacto con este número —lo enmarcó en un círculo—. Y di que es sobre los Huesos. Será todo oídos. Llama desde un teléfono o una línea que no tenga tus datos.

—Sí, señor.

Tomé la hoja para guardármela pero él no la soltó. Al contrario. Continuó con sus recomendaciones.

—Escúchame bien. Que te hayan elegido, Lara, es muy inquietante. La Cúpula querrá reunirse contigo. Te enviarán un sobre sellado o una notificación de alguna manera para que te encuentres con ellos. Es su

procedimiento. Pero a mí no me corresponde ayudarte en tu decisión de seguir adelante. Sin embargo, aunque me gustaría echarte una mano al respecto, hay una persona que sí puede hacerlo. Cuando te llegue esa notificación, cuando ese momento llegue, antes de decidir nada, habla con esta persona y le dices que necesitas hablar sobre el Recipiente —añadió otro teléfono—. Es muy importante. Recuérdalo.

—¿El Recipiente?

—Sí, Lara. No lo olvides. No puedo ayudarte más —me entregó la nota con los contactos y después cubrió mi mano con la suya—. Te he ayudado en todo lo que he podido y en todo lo que puedo decirte sin jugarme la seguridad de mi familia con ello.

—Lo comprendo señor Steakhouse. Le estoy muy agradecida.

—Ahora, con estas herramientas, confío en que harás lo mejor para todos. Lo mejor para tus amigos, para mi hija y para ti. Te han señalado por algo, ¿no? Cualquier paso en falso te puede exponer demasiado. Juega tus cartas lo mejor que sepas.

—Sí, lo haré —guardé el papel en mi chaqueta y cerré la cremallera—. Mil gracias.

—Puede que tengamos que darte las gracias a ti en un futuro —me guiñó un ojo.

A partir de ese momento, después de ese encuentro y de aquella conversación con Amy y su padre, tuve la sensación de que todo lo que sabía pesaba demasiado.

Tal vez hubiera sido mejor no ser tan curiosa, pero ya era demasiado tarde para retroceder. Los pasos ya nos lo podía desandar.

Seguiría adelante. No miraría hacia otra dirección.

Leía el mail de mi padre y de Gema en la cama. Y lo leía una y mil veces y aún estaba en shock.

Gema, mi pijastra adorada y mi padre, iban a tener un bebé. Gema estaba embarazada.

A pesar de todas las noticias y de todo lo que tenía lugar en mi vida, también había lugar para la alegría y para emocionarme ante la posibilidad de tener un hermanito o hermanita. Íbamos a aumentar la familia, pero yo estaría lejos para realizar mi papel de hermana mayor, aunque aún quedaran siete meses para ello.

No me pude aguantar las ganas de hablar con ellos y verlos, y los llamé por Skype desde el móvil, a la una de la madrugada de Estados Unidos. Allí era todavía domingo en Barcelona y me lo cogerían.

Miré a Amy de reojo. Estaba dormida como un Cristo, con la boca abierta. Y cuando dormía, moría. Con lo cual, no se iba a enterar de nada y no la iba a molestar. Encendí la luz de encima de mi cabecero y llamé.

La imagen del teléfono me devolvió la sonrisa. Eran mi padre y Gema, en el sofá del salón, saludándome con alegría. Irradiaban felicidad y parte de ella traspasó la pantalla del teléfono y me tocó el corazón.

—¡Lara! —dijo mi padre.

Tenía barba de unos días, y llevaba puesta las gafas de ver la televisión.

A su lado, Gema con sus enormes ojos risueños, me sonreía con la cabeza apoyada en el hombro de mi padre.

—Hola, papá y pijastra favorita —los saludé feliz. Echaba de menos mi casa, el olor de mi habitación, el olor de ellos. Les echaba de menos.

—Hola, cariño —contestó Gema.

—Me voy ¿y os ponéis a hacer niños como locos? —bromeé recogiendo mis rodillas—. Seguro que os pusisteis al lío la misma noche que me fui.

Gema abrió los ojos de par en par y se echó a reír.

—Anda con mi hijastra... ¡Mira cómo ha espabilado al estar fuera de casa!

—Fue Gema. Soy irresistible. Me acorraló —confesó mi padre.

—No, de verdad —me tapé la cara con la colcha—. Ya no quiero saber más.

Los dos se rieron.

—¿Te hace feliz la idea? —me preguntó Gema esperando una respuesta sincera.

—Me encanta —dije asomando los ojos entre la colcha—. Nunca había pensado en tener un hermanito o hermanita. Pero me gusta la idea —asentí—. Estoy muy feliz. Tengamos ese bebé.

—Ay qué bien —rió Gema—. Aún quedan unos meses... Para verano estará por aquí.

—¿Habéis pensado en cómo se llamará?

—Será o Pau o Eugene —se quedó callada. Sabía lo que eso iba a provocar en mí—. ¿Te parece bien, Lara?

A mi padre se le aguaron los ojos. Bueno, a los tres en realidad. Si era una niña, iban a ponerle a mi hermanita el nombre de mi madre. Tragué saliva y me mordí el labio inferior.

—Me parece que si es niña, será una persona maravillosa —reconocí—, porque la educará

una mujer increíble —admití, mostrando todo el cariño y la admiración que sentía hacia Gema y que nunca había ocultado—, y tendrá el nombre de mi madre.

—La nena tendrá personalidad —afirmó emocionada.

—Seguro —asumí.

—Bueno. Pues decidido. Tengo las hormonas por las nubes —aseguró ella—, y no quiero perder los papeles por teléfono, así que vamos a lo importante: ¿esta criatura va a tener cuñado o no? Porque esa cara que me traes de tener problemas amorosos nunca antes te la has puesto —me señaló entrecerrando los ojos—. Cuéntanos. ¿Quién es él y en qué lugar se enamoró de ti?

—Y a qué dedica el tiempo libre —añadió mi padre, no muy contento.

Yo bizqueé y respondí.

—Es un ladrón, que me ha robado todo —en el fondo, no era mentira—. Nada, no os emocionéis. Solo nos estamos conociendo.

—¿Qué implica el “conociendo”? —preguntó mi padre con ojos de Sherlock Holmes.

—Sí, que mira tu padre —intervino Gema con una sonrisa—, conociéndome me ha hecho un bombo.

Yo me eché a reír y me cubrí la boca con la mano para no despertar a Amy.

—Eres muy bruta, cariño —le dijo él besándole en la cabeza.

—Lara, ten cuidado —me advirtió Gema sonriente.

“Créeme, lo tengo”, pensé.

—Entonces, ¿nos lo vas a presentar algún día? —continuaba ella.

—No hay nada serio —tenía que quitarles la idea de la cabeza como fuese. Serían unos pesados.

Mi padre acercó su rostro a la pantalla del móvil.

—Solo espero que no cace Pokémons en su día libre, y que no hable en plan “voy al baño a “metamorfosearme” y esas cosas...

—Se te está yendo la cabeza, papá —le aseguré—. No salgo con ese tipo de chicos.

—Eso espero. Para mi niña necesito a un chico que no crea que el Ojo de Saurum está en la verdulería de la esquina, y que todos son orcos por derribar...

—Bueno, yo sí que creo que hay orcos —aclaré—. Pero los tengo terminantemente prohibidos.

—Bien dicho, cielo —me apoyó Gema—. No tienes por qué buscar tan en el interior para ver belleza. También hay que pedir que sea un poco bonito por fuera.

—Pero ¿qué tipo de monstruos sois? —murmuró mi padre—. En fin... ¿Te va bien todo ahí, cariño? —esta vez su voz era más sincera y transmitía más preocupación.

—Sí, papá. Va todo muy bien.

Odiaba mentirles y no decirles en qué andaba metida. Pero tampoco les podía preocupar así, y menos en ese momento, cuando Gema estaba esperando un bebé. Mis problemas me los tenía que comer sola, y solo mis mejores amigos podían saber de ellos. En realidad, sin ellos no tendría ninguna posibilidad de escapar del embrollo en el que estaba envuelta.

—Bueno, os tengo que dejar —miré a Amy de reojo que seguía en la misma posición—. Aquí es muy tarde, debería estar durmiendo y mi compañera de habitación puede llamarme la atención cuando reviva.

—Cariño, el día uno fue tu cumpleaños. Te hemos preparado un regalo. Te lo enviará Amazon cuando lo tenga disponible.

Yo no quería pensar demasiado en ello. Había pasado mi cumple fuera de casa, diecinueve años y estaba viviendo con una intensidad inusitada mi vida universitaria, de una forma que provocó que me olvidara de que cumplía años y de que no había celebrado nada.

Y entonces, pensé en la palabras de Kilian. “No hables de tu familia, no des detalles”. Así que decidí que no quería recibir nada que pusiera ninguna dirección ni datos personales de mi padre ni de Gema. Estaba asustada. Ya no podía jugar con fuego, y más si mi decisión era la de destapar lo de la Luz lo antes posible.

Había que dismantelar a los Bones y dejarles sin efectivos. Lo que no sabía era si debí hacerlo antes de que me dieran esa “invitación” de la que me habló Christopher. Tenía la oportunidad de entrar en la Tumba y poder ver con mis propios ojos la verdad de lo que ahí se gestaba. No la de ellos. Sino la mía. Y a ser posible, quería que Kilian también abriera los ojos.

Decirle toda la verdad, que se quedara helado. Tal vez así se acabarían nuestros recelos y nuestras diferencias.

—No quiero nada, de verdad.

—Pero...

—No, papá. De verdad lo digo. Además, iré a veros en diciembre. ya me lo daréis entonces.

—Pero nos encanta darte regalos —protestó Gema.

—Pero tengo e todo lo que puedo tener. Además, el mejor regalo ya me lo habéis dado. La familia crece —sonreí para ocultar los verdaderos pensamientos.

—Sí —asintieron los dos orgullosos por la buena nueva.

—Bueno, os llamo durante esta semana, ¿vale?

—Está bien, cariño. Cuídate mucho. Te queremos —se despidió mi padre.

—Y yo a vosotros.

Cuando finalicé la llamada, me estiré en la cama y fijé mi vista al techo. Ya tenía diecinueve años y no había soplado ni un pastel.

Me cubrí con la colcha y poco a poco me adormecí imaginando cómo sería mi hermanita y cómo la querría.

De hecho, ya la quería, y aún no había nacido.

Al día siguiente

—Un supuesto práctico —decía el señor Donovan mirando a toda la clase—. Imaginad.

Marilyn y Greta se ponen de acuerdo para matar a golpes a Audrey. Según el plan, la primera sujetará a la víctima mientras que la segunda le golpeará la cabeza con un fierro hasta matarla —alzó el dedo para darle más énfasis—. El motivo: Audrey fue vista con el esposo de Marilyn en una discoteca. Cuando estaban las dos primeras en la casa de la víctima, Marilyn piensa en la pena que le impondrán si la condenan por lo que se retira del lugar; sin embargo, Greta realiza los golpes y mata a Audrey. Las preguntas que voy a realizar van a ser las siguientes: la primera. ¿Que tipo de delincuentes femeninas son Marilyn y Greta? La segunda: ¿Cuál es su móvil y cual es su motivación? La tercera: ¿Cómo evaluaríais el psiquismo de ambas delincuentes? Y la última, que en realidad comprende dos preguntas en una: ¿Qué trastorno de la personalidad les calificaría? ¿Audrey qué tipo de víctima es según los autores expuestos en clase? Para el próximo día quiero que me deis las respuestas.

Cuando sonó el timbre, me apresuré a salir del aula pues yo ya no tenía más clases y había quedado con los chicos en el Koffee para comer.

De camino al restaurante, miré el móvil de Kilian, para ver si tenía alguna notificación de su parte. Pero no. Nada.

Lo cierto era que si pensaba en el modo en que me trató, me dolía. No en el orgullo, pues a una no le roban el orgullo si no quiere. Para eso se necesita mucho poder. Y en mi caso esa no era la cuestión.

Me dolía porque comprendía a Kilian. Sabía cuál era su perfil, lo había analizado, y un tipo tan leal y al mismo tiempo tan introvertido, no iba a perdonar tan fácilmente que la única persona a la que había dejado asomarse a su mundo, le hubiese traicionado y vendido de ese modo cuando él había arriesgado tanto. Así que le di el poder para castigarme, porque era la única manera de que me dejara acercarme y de que después, si se arrepentía, me permitiera explicarle la verdad.

Él no me humilló. Yo dejé que jugara sus cartas, por muy marcadas que la tuviera. Y otra cosa que aprendí de mi encuentro sexual con Kilian fue que el sexo, como tal, había dejado de intimidarme y de asustarme. Podía ser una buena herramienta bien usada, podía ser vinculante y también un arma arrojadiza, como él la usó contra mí.

Pero había madurado. De la niña Lara ya no quedaba nada. Ahora me sentía más mujer, mayor, más experimentada, aunque en realidad no supiera casi nada. Pero todo lo aprendido me había calado y estaba dispuesta a enfrentarme de nuevo a Kilian, en cuerpo y alma.

Sus ojos defraudados me hicieron ver lo mucho que le importaba y lo doloroso que era para él que yo, la única por la que se había arriesgado, le hubiera jugado una mala pasada. Lo sentía. Lo sentía tanto que me dolía el corazón. Yo misma me flagelaba por no haber confiado en él. Pero era tan difícil para mí confiar a ciegas y más sabiendo todo lo que sabía... Por eso esperaba que tarde o temprano me escuchara. Con la verdad por delante, él decidiría.

Aunque mi deseo más profundo era que fuera mi protector cuándo entrara en la Tumba, en caso de que todo se desmantelara mucho antes.

Plegué la bici, la entré y la dejé en la esquina, como siempre hacía, y me dirigí a nuestra mesa. Allí, Taka y Thaïs se reían de alguna estupidez, y Amy hablaba con Hans, haciendo cuentas en una libreta. O eso creía, hasta que me di cuenta de que el coreano escribía unas fórmulas.

Cuando Amy me vio, me saludó y me urgió a que me sentara a su lado.

—Hola, chicos —dejé mi bolso detrás de la banqueta.

—Hola —me saludaron todos.

—Eh, novata, vas a flipar —dijo Amy.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Le he pasado a Hans la fórmula que no sabías qué era —agrandó los ojos para que yo no metiera la pata—. Del supuesto práctico ese que estáis haciendo...

—Ah, sí —murmuré—. Esa...

—Sí.

Hans nos miraba ignorante de todo.

—Es una fórmula muy sencilla —contestó él—. Pero es normal que no lo sepas. No eres química, como yo —admitió petulante—. Y no te va experimentar.

Fruncí el ceño y puse cara de póker.

—Sí —dije con la boca pequeña—. Debe ser por eso y porque no te guste nada a ti jugar con drogas...

Amy se echó a reír.

—Bueno, Hans —intervino Amy—. Dile qué es eso.

El moreno de gafas de pasta me miró y me dijo:

—Es modafinilo.

—¿Qué es eso?

—Un potentísimo neuroestimulante. Pero esta fórmula además está alterada. Es muy potente. Promueve el estado de alerta en el cerebro y tiene propiedades neuroprotectoras, aunque aún no se ha estudiado con exactitud cómo interactúan sobre los sistemas neurotransmisores.

—¿Qué quiere decir? —pregunté interesada.

—Que a unos les afecta de una manera y a otros de otra.

—Hans —me incliné hacia adelante para que me prestara toda su atención. Recordé el salto de Thomas y su fuerza inusual—. Puede el modafinilo cambiar el físico de una persona.

Hans hizo una mueca. Su cerebritito encontraba una respuesta a mi pregunta.

—Puede alterar partes del cerebro. Puede modificarlas físicamente, ¿por qué no? El cerebro tiene sinergia, es un músculo que también se puede ejercitar y darle forma. Ahora, todo tiene consecuencias —alegó—. Puede desarrollar muchas otras cosas. Si tu cerebro está acostumbrado a trabajar de una manera, puedes

ayudarlo a que alcance su potencial. Y poseerías un cerebro con vigorexia, con las atrofas que eso conllevaría.

—¿Es bueno o malo? —quise que concretara.

—Depende de las cantidades y de los compuestos químicos con los que los mezcles. Puede no ser bueno en absoluto en un cerebro sano y activo, porque lo modificaría y nunca sabrías si para bien o para mal. O puede ayudar a la gente con narcolepsia, como de hecho, ayuda. Siempre dependerá del prisma con el que lo mires. Pero esta composición en particular, sí es mala. Tanta cantidad no es buena. Joder, me acabáis de dar una idea —se levantó de golpe, con la cara de científico que solo él sabía poner, y se dispuso a irse—. Me voy a casa de la abuela Malory.

—Ni se te ocurra —le advirtió Amy— tocar los cogollos, Hans. Déjalos tal cual están.

—No pienso hacer nada de eso. Los híbridos son muy sencillos para mí —contestó. Se cargó la mochila a la espalda y sonrió—. Pero voy a pensar en mi doctorado y quiero elaborar una buena tesis. Podría hacerlo sobre neuroestimulantes.

—Buena suerte —le dijo Taka riéndose—. Pero no pruebes nada contigo mismo, no vayas a echar a perder tu preciada cabeza.

Hans ignoró el comentario, y se fue de allí ensimismado en sus nuevas ideas y ajeno a todo lo que le rodeaba.

Amy y yo nos miramos la una a la otra.

—Modafinilo —susurramos.

—Ya tenemos la fórmula completa —dijo Taka—. Ahora solo hace falta entrar en el correo personal del señor Klue y en las cuentas de sus laboratorios farmacéuticos. Miraré los compuestos de productividad y los pedidos que tengan pendientes. Vamos a cazarles —aseguró.

—Lara —Thaïs me tomó de la mano—. Si esto se confirma, me gustaría poder dar la noticia en Friki News.

Yo negué con la cabeza y le dirigí una sonrisa de disculpa.

—No —hablé en voz baja—. Cuando Taka consiga lo que queremos, ninguno de nosotros puede salir a la palestra. Debemos seguir como estamos. No vamos a exponernos para que nos echen la soga al cuello. Ni te vas a poner en peligro como hizo Luce. Estamos hablando de una logia poderosísima. No les costaría nada borrarlos del mapa. Así que sigamos investigando de puntillas, sin que nos oigan. ¿Entendido? —les miré uno a uno—. Debemos cuidar los unos de los otros.

—De acuerdo, Hobbit —Thaïs no se enfadó. En otro momento le hubiera entrado una buena pataleta, pero ahora tenía a Taka, y era como si ya no necesitase nada más.

—Ya no es una competición —continué—. Es la vida real. Y nuestras vidas están en juego —aclaré. Necesitaba dejarles claro que no podíamos resbalar, porque podríamos caer mal y las consecuencias serían mortales—. Sois mis mejores amigos. No voy a arriesgar más de la cuenta.

—El señor Klue tiene un buen sistema de seguridad en sus instalaciones informáticas —me explicó Taka—. Pero déjame unas setenta y dos horas, y entraré en su disco duro y en todo lo que lleve su firma. Les vamos a pillar, Lara.

—¿Qué sabes de Thomas, de Dorian y de Kilian? —preguntó Thaïs echando mano a su ensalada.

—No sé nada de Dorian. Pero tiene que estar ingresado, porque la paliza que le dio Thomas era para romperle unos cuantos huesos y casi matarlo —expliqué—. De Thomas solo sé que su padre fue a buscarlo a la cabaña del forestal después de que Kilian lo dejara atado e inconsciente. Y de Kilian sé que no quiere saber nada de mí —me encogí de hombros—. Eso es todo. No sé nada de nadie más. No tengo noticias de la Cúpula tampoco. Estoy esperando a los acontecimientos.

—Pues los acontecimientos parece ser que vienen a por ti —dijo Amy mordiendo una patata ondulada sabor chili—. Mira quién acaba de entrar por la puerta.

Alcé la mirada y la dirigí hacia la entrada. Y allí vi a Sherry. Guapísima como siempre, vestida con un tejano, unas botas de amazona y una camisa Ralph Lauren a finas rayas fucsias y blancas. Iba como una niña bien, con su pelo rubio suelto y perfectamente peinado, un maquillaje discreto y una chaqueta por encima de los hombros. Tenía mi misma edad, pero se vestía como si fuera más mayor. O eso me parecía.

Estaba buscando a alguien, hasta que sus ojos se detuvieron en mí. Actué recelosa. Al parecer, ella ya contaba con eso, así que me llamó con la mano para que me acercara hasta donde estaba.

No sabía muy bien a qué atenerme. Pero sentada en esa mesa jamás lo descubriría.

Me levanté y acudí a su llamado.

Sherry no me inspiraba estar a la defensiva ni tampoco a que sacara el hacha de guerra. Mi intuición no me fallaba casi nunca, por eso la obedecí.

La supuesta novia elegida para Kilian, mi competencia y mi enemiga, vino a buscarme ese día para hablar directamente conmigo. Yo sabía que ya no era competencia. Y nunca la sentí mi enemiga.

No rechazaría la invitación.



Nueve

Salimos afuera, y dimos una vuelta por los alrededores. Ella llevaba un té con leche XL en una taza termo de las que tanto le gustaban a los americanos. El saludo no fue del todo incómodo, y como fue ella quién me vino a buscar esperé a que fuera la primera en hablar.

—Te parecerá extraño que venga a verte —me dijo—. Me han dicho que sueles venir aquí a comer con tus amigos...

—¿Quién te lo ha dicho? —le pregunté, a pesar de saberlo.

—Kilian —contestó con las mejillas saludablemente sonrosadas.

—Ah, y entre los tríos que os montáis —me subí la cremallera de la chaqueta, porque hacía frío—, ¿ya os da tiempo a hablar de mí?

Sherry tuvo la decencia de avergonzarse y se detuvo en la mitad de la acera.

—Mira, lo que viste el otro día no era verdad. Kilian y yo...

—¿Hay un Kilian y tú? —necesitaba oírlo también de su boca.

—No. Nunca lo ha habido. Nuestras familias se conocen desde hace tiempo. Nuestros padres tienen negocios juntos y... Bueno, creyeron que formábamos buena pareja —se encogió de hombros—. La cuestión es que Kilian es para mí como un hermano mayor. Siempre ha cuidado de mí, pero nunca ha tenido en mí más que un interés fraternal.

La miré sin pestañear.

—¿Te puedo hacer una pregunta sin que te ofenda?

—Prueba a ver.

—¿Era suficiente para ti?

—¿A qué te refieres?

—Tú no estás enamorada de Kilian, ¿verdad?

—No —dijo rotundamente.

Saberlo me tranquilizó.

—Entonces, a pesar de no estar enamorada y, sabiendo que él tampoco lo estaba de ti, ibas a aceptar ese enlace solo porque así lo indicaran los Bones.

Sherry miró al frente y sorbió de su taza térmica con parsimonia, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—¿Qué serías capaz de hacer por estar al lado de la persona que quieres? —espetó con ojos desconsolados.

Me descolocó por completo. Me hizo un quiebro de cintura y me quedé en el suelo, rota. No entendía nada.

—¿No acabas de decir que no te gusta Kilian? ¿Me quieres volver loca?

—Él no es el Alden que quiero.

Parpadeé. Y de repente... ¡Zas! Mi cerebro se iluminó. Esa chica tenía el corazón ocupado pero no por quien todos sospechaban. ¿Acaso nadie tuvo el acierto de preguntarle antes a quién elegiría? ¿Cómo eran capaces de señalar a dedo quiénes debían permanecer juntos y quiénes no?

—Es Thomas —sentenció—. Tú quieres a Thomas, ¿verdad? —me quedé con la boca abierta.

—Sí —asintió rendida. Parecía decepcionada—. Pero él te quiere a ti —se encogió de hombros, consciente de su mala suerte.

—No —negué rotundamente—. Él no me quiere a mí. No sé qué o a quién quiere —reconocí—. Pero no es a mí. De hecho, dudo que ese chico tenga un corazón que entregar a alguien, Sherry.

Me miró de reojo y sonrió como si solo ella supiera todos sus secretos.

—No le conoces. No es malo. Está estigmatizado. Es el hijo pequeño.

—¿Qué quieres decir?

—En la cultura Bones, el hijo mayor tiene privilegios sobre el pequeño. El mayor es el heredero. El primero, ¿entiendes? El pequeño se queda las sobras. ¿Sabes que hacen una carta astral para ver las compatibilidades del Bones con su posible pareja?

—¿Qué dices? ¿Están locos o qué?

—No. Son sus costumbres —dijo sin más, como si no le pareciera mal del todo—. Kilian y yo teníamos una buena unión, compatible al parecer, así que desde pequeños nos fueron preparando para nuestra edad adulta.

—¿Y nunca dijiste nada? ¿Nunca dijiste que no?

—No. No podía decir que no —me contestó ella—. Si decía que no, me habrían buscado otro Bones, y eso hubiera supuesto...

—Dejar de ver a Thomas, ¿verdad? —comprendí.

—Sí —suspiró y se dio la vuelta para mirarme de frente—. No me importaba que creyeran que Kilian y yo teníamos algo que ver, si con ello me permitían ir a casa de los Alden, veranear juntos, y estar con Thomas.

—Pero, Sherry... ¿Thomas sabe algo de esto?

—No. Thomas siempre fue muy bueno conmigo y muy protector. Yo siempre me quedaba con él cuando Kilian tenía que irse, o cuando tenía otros planes. Era Thomas quien me acompañaba. Era mi mejor amigo.

Pero a él nunca lo vi como a un hermano. En cambio a Kilian sí.

—Te enamoraste de Thomas.

—Sí. Pero nunca se lo he dicho. Nunca le dije nada. Sin embargo, mi relación con Thomas cambió desde este verano pasado. Él simplemente se empezó a alejar de mí. Ya no hablaba conmigo. Ya no me miraba. Me recibió muy fríamente al llegar a la universidad y le vi... le vi tan cambiado —comentó incómoda, como si fuera pecado decirlo—. La dulzura y la pillería de sus ojos se había desvanecido por completo.

—Yo tuve un recibimiento parecido —dije entre dientes.

—Simplemente, hizo como si nunca hubiésemos cazado medusas en las playas de California, o como si no hubiéramos atizado un panal de abejas en Melbourne y acabado con los ojos y la cara hinchados solo porque a mí me apetecía miel... —se le rompió la voz recordando esos momentos—. Yo recuerdo todo eso como si fuera ayer. Y a él parece que le molestó hasta pronunciar mi nombre.

—Esa imagen de chico divertido y protector no tiene nada que ver con lo que yo conozco de Thomas.

—Sí, se ha vuelto bastante arisco y desagradable. Es como si no le reconociera.

La Luz, el modafinilo, podía actuar en la conducta y convertir a tipos con la seguridad de Thomas y su carácter, en auténticos monstruos egoístas y despiadados. Pero Sherry no sabía nada de eso. Nadie lo sabía. Nadie sabía lo que se gestaba en la Tumba.

—Ahora Kilian ya ha dicho oficialmente que no quiere ser mi pareja. La logia tendrá otros planes para mí —se relamió los labios, sumisa con las decisiones de los demás.

—¿Tu padre es un Bones?

—Sí. Lo es. Pero no está activo dentro de la universidad. Es un Reich.

—Un Bones graduado —entendí.

—Sí.

—¿Y no crees que ya va siendo hora de que te cuadres, Sherry? ¿No crees que tienes que decir que nadie va a elegir por ti?

—No es tan fácil —aseguró.

No. Claro que no. O eras un Bones para toda la vida o te convertías en un paria. Los tentáculos eran alargados.

—Como sea, ¿tú tienes idea de dónde está Thomas? —me preguntó con ojos esperanzados—. Quisiera verle y hablar con él para decirle lo que pasó en la isla Deer...

—¿Te vas a declarar? —pregunté asombrada.

—No —negó con vergüenza—. Soporto el rechazo de Kilian porque no me importa. Pero el de él me destruiría. Solo quería... —se calentó las manos con el termo y el viento removió su pelo y el mío—. Solo quería ver si quedaba algo del Thomas de quien llevo enamorada desde que soy una niña.

—No sé nada de él —le expliqué.

¿Cómo iba a decirle que Thomas estaba enganchado a una droga que modificaba el comportamiento y que lo convertía en un gilipollas descocado y abusador en potencia? ¿Habría salvación para Thomas? ¿Habría redención?

—Bueno, yo solo quería venir a decirte que no tienes que dudar de Kilian. Él y yo no tenemos nada. Nunca lo tendremos —me aseguró—. Y a mí no me gusta estar en medio de ninguna pareja.

—¿Y la pelirroja que iba contigo?

—No te preocupes —me dijo sonriente y sincera—. Es la groupie que se trae Aaron para ocultar que es gay.

—¿Aaron es gay? —dije de repente. ¿Ese chico de belleza delicada, moreno, era gay?

—Sí. Pero no lo sabe nadie. Ni sus padres ni nadie. Sería una tragedia. Así que no digas nada —me pidió en confidencia.

Eso liberaba a Aaron de mis sospechas como Alfil. Con lo cual el círculo se estrechaba. ¿Qué Bones estaba detrás del informe de Luce?

—¿Qué le has hecho a Kilian? —quiso saber sin parecer demasiado invasiva.

—¿A qué te refieres?

—Jamás le vi mirar a nadie como te miró a ti en el salón. Tenía fuego y hielo en los ojos —se señaló los suyos—. Estaba muy disgustado.

Arqué mis cejas y después claudiqué.

—Supongo que tiene razones para estar enfadado.

—Lo que más valora Kilian es la fidelidad y la lealtad. Él siempre es correcto y amable con todos, pero nunca ha abierto su corazón. Si te lo ha abierto a ti y le has decepcionado, tendré que odiarte, Lara —confesó meneando la cabeza negativamente—. Y no quiero. Porque me caes muy bien.

Blanco y en botella. Era justo lo que había hecho.

—¿Cómo se arregla? —le pregunté.

—No lo sé. Nunca le importé demasiado como para que me mirase como a ti —cerró la boquilla de su taza termo y me miró de frente—. Pero si has dañado uno de sus pilares, te va a costar Dios y ayuda que te perdone. Kilian no da segundas oportunidades. Te deseo toda la suerte del mundo —añadió guiñándome un ojo.

—Gracias —contesté.

—Me tengo que ir —se miró el reloj—. Si sabes algo de Thomas, por favor, ¿me lo dirás?

—Sí —contesté.

Mientras se alejaba por la larga callejuela, pensé que una chica como ella no se merecía a un animal como Thomas, y que lo mejor sería que él permaneciera alejado. Porque Sherry también me caía muy bien, y nada bueno le sucedería al lado del Alden psicópata.

Aquella tarde, después de la comida y el café con mis amigos, decidí que iría a correr. Aclararía mis ideas y pondría mi cabeza en orden.

Me vestí con unas mallas negras, unos pantalones cortos y rojos de atletismo por encima, y una sudadera polar con calaveras estampadas que de lo ancha que era parecía una chaqueta. Me coloqué el gorro polar negro en la cabeza y después me puse la capucha de la sudadera por encima. Me até bien los cordones de mis bambas y me fui.

La conversación con Sherry Nicholson, hija de un juez del Tribunal Supremo de Washington, me activó de alguna manera. Me hizo pensar sobre lo que ambos hermanos Alden vivían.

Su padre era un Bones, y ser un Huesos se heredaba. No dudaba que desde pequeños tuvieron que regirse por las normas de la “casa” marcadas por leyes inflexibles y estrictas disciplinas.

No tuvo que ser fácil. Crecer con la sombra alargada de un padre al lado que siempre quería que fueran los mejores en todo debió de ser estresante.

Pensaba en ello mientras corría a través del bosque. Le había pedido el coche a Amy para ir hasta allí, a la montaña en la que los Bones entrenaban a parkour.

Kilian me dijo que Thomas se escapaba de los entrenamientos para ocultarse en la casita del guarda forestal. Miré el mapa que había en las faldas de la montaña, antes de empezar mi ascenso y la localicé. Tendría tres horas de claridad por delante, y me apetecía perderme por aquel lugar. Pero, ante todo, mi deseo era el de encontrar la casita en la que Thomas me retuvo y simplemente, mirar. Ver qué podía encontrar.

Corrí durante una hora, agotada y sudorosa, a través del camino de tierra y trail. En aquellas superficies los corredores hacían cross, y yo no estaba acostumbrada. Prefería correr en asfalto, así que me sentía exhausta y notaba los músculos de las piernas entumecidos. Pero sabía hacia dónde quería ir, no me iba a rendir hasta llegar a mi destino. Miré mi GPS del iWatch y vi que tenía que seguir un riachuelo estrecho que se perdía entre los altos árboles.

Lo seguí. Algo instintivo en mi mente se activó, como si recordara los sonidos y el olor de las hierbas de los alrededores. Hasta que, al fondo, plantada en una pequeña llanura cubierta de césped, rodeada de altísimos pinos, hallé la cabaña.

Me detuve en seco y tomé aire. Caminé con decisión y lentitud hasta la choza de madera y pequeñas ventanas laterales.

Posé mi mano en las paredes de madera y me planté frente a la puerta. En el bosque solo se escuchaban los cantares ocasionales de los pájaros, y algún que otro crujido de ramas romperse por la visita de algún roedor o pequeño felino de la zona.

Abrí el pomo de la puerta y asomé la cabeza. No había nadie. Es más, no sólo no había nadie sino que, además, no había ni rastro de lo que Thomas tenía montado allí. Miré a mi alrededor, cerré los ojos e intenté recordar la cabaña como la vi cuando estaba de Luz hasta las cejas.

El techo de vigas de madera, las ventanitas abatibles cuadradas en los laterales, el suelo de láminas de madera oscuras... La mesa, pegada a la pared, seguía en su sitio, pero no había nada en su superficie. Ni rastro de pastillas ni rastro de frasquitos ni rastro de la pizarra ni de lo que Thomas había escrito en la pared... Todo había sido limpiado y borrado de tal modo que parecía que lo sucedido fue solo una ilusión. Me quité los cascos inalámbricos de las orejas, que estaban apagados, y di una vuelta sobre mí misma, plantada en el centro de la estancia, para cerciorarme que era la misma casita forestal.

Entonces, recordé a Kilian, mi ángel, abriendo la puerta de par en par. En mi recuerdo me pude fijar que en el marco superior habían tres marcas, tres muescas escritas en la madera. Me volví a mirarla, y vi las tres marcas allí. Sí. No había duda. Estaba en el lugar en el que Thomas me confinó.

Busqué entre el suelo alguna píldora que se hubiera colado entre las láminas de madera. Recordé el sonido de los frascos caerse durante la pelea de Thomas y Kilian. Me concentré en el sonido de las pastillas al golpear el piso, y seguí las trayectorias. Mi don me permitía fijarme en lo que quisiera, como si poseyera una cámara de 360 grados.

Me agaché y me dirigí a la esquina de la cabaña. Allí en aquella ascética sala, antes había una cómoda con cuatro cajones. Una de las pastillas golpeó la pata trasera de la cómoda. Incliné la cabeza y advertí algo rojizo y liso. Pequeño. Estaba medio metido entre la lámina y el zócalo de la pared. Lo rasqué hasta sacarlo y lo sostuve entre mi dedo índice y pulgar. Me quedé absorta mirándolo.

Tenía en mi poder la Luz. La muestra de que todo era real. Quien fuera que limpió la cabaña, no lo hizo a fondo. Posiblemente fue el padre de Kilian y con las prisas se olvidó de su último repaso. Me guardé la píldora en el bolsillo interno de mis mallas.

A continuación, recordé paso a paso lo sucedido.

Thomas era un demonio. Kilian un ángel de alas negras. Amy un ángel de alas blancas... ¿Por qué la luz me afectó así? ¿Pudiera ser que me ayudaba a ver el interior de las personas y que éste se representara físicamente en ellas? Mi habilidad era hacer perfiles y captar las personalidades de los sujetos. ¿Funcionaría así la Luz conmigo?

Las alas de Kilian era tan reales... Las pude tocar. ¿Cómo pude llegar a experimentar sensitiva y sensorialmente una realidad que no existía?

Esa píldora era maquiavélica y poderosa. Y si Thomas se había enganchado, ahora entendía los cambios que dijo Sherry que veía en él. Ese chico se sentía el dueño del mundo, capaz de pasar por encima de todo y de todos, y rehén de una ira visceral a la que le había dado todas las riendas de su vida y de su toma de decisiones. Pero, Thomas, sin Luz, ¿quién era? ¿Qué tipo de persona era?

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

La voz de Kilian hizo que me diera la vuelta de golpe hasta casi perder el equilibrio. Me llevé la mano al pecho, muerta del susto y de la impresión de verle en el mismo sitio del que me rescató. Tenía el rostro sudoroso, los ojos brillantes, y su cuerpo perfectamente definido estaba embutido en unas mallas negras largas y una camiseta térmica del mismo color que se ajustaba a su torso como una segunda piel.

En su rostro pasaban mil emociones y todas relacionadas con la sorpresa, el estupor y algo más que lo agriaba todo: la inquina.

—¿Qué pasa? ¿Tienes el síndrome de Estocolmo y vienes a ver si tu secuestrador está por aquí?

Apreté los dientes con rabia. Pero me había prometido no perder los nervios con él. Aunque tuve que trabajarme el autocontrol.

Kilian me miró de arriba abajo y cerró la puerta de la cabaña tras de sí. Esperaba una respuesta, y su actitud era muy imperativa al respecto.

—Solo he venido a ver cómo estaba todo y si...

—¿Pensabas que te encontrarías aquí a Thomas, todavía maniatado por las bridas? ¿A qué has venido? ¿A salvarlo?

Odiaba aquella tensión entre nosotros.

—No. Sé que tu padre lo sacó de aquí y ha borrado todas las pruebas de los que sucedió —contesté con tono inculpativo—. ¿Qué haces tú aquí? —contraataqué. Ignoré su tono ponzoñoso.

—He acabado el entreno con los chicos —me contestó—. Y he decidido pasar por aquí, para asegurarme de que estaba todo en orden —se secó el sudor de la frente con el antebrazo.

—Tu padre hizo un buen trabajo —mencioné sin querer echar más leña al fuego—. Está todo impecable.

Las aletas de la nariz de Kilian se abrieron, como harían las de un toro a punto de dar una estocada a un torero.

—Ya has visto que está todo bien. Ya te puedes ir.

Me clavé las uñas de las manos en las palmas. Me estaba enrabietando por su actitud.

—¿Cómo estás, Kilian? —le pregunté haciendo de tripas corazón. Aunque estuviera realmente preocupada por él—. ¿Cómo van tus heridas de la espalda...?

—No te importa.

—Genial —contesté con sarcasmo—. ¿Y qué tal tu hermano? ¿Qué habéis hecho con él?

—Lo he cortado a trozos y nos los estamos comiendo poco a poco —contestó abriendo la puerta de la cabaña airado—. Largo.

—¿Me echas? —arqueé una ceja—. Esto no es tuyo —me crucé de brazos—. Yo estoy bien, gracias —me contesté a mí misma—. Después de la sesión de sexo duro con el Magog estoy bien, de verdad. Ese chico tiene un infierno, aunque sus llamas hielen, ¿verdad?

Kilian se tensó como si le hubieran azotado. Agarró el pomo de la puerta con rabia y noté cómo atirantaba sus labios. El dorado de sus ojos se opacó.

—¿Quieres que sea así? —le dije agotada sin acercarme a él—. ¿Ya está? ¿No nos vamos a hablar nunca más? ¿Quieres que acabe así?

Kilian no contestó, aunque su mirada me traspasaba como haría una radiografía.

—¿Cómo está tu hermano? —mis ojos claros y gatunos se teñían de tristeza por su silencio—. No siento nada por él, Kilian. Pero es una persona con una adicción muy fuerte a algo muy peligroso. Solo te pregunto cómo está. ¿Qué habéis hecho con él? ¿Le vais a llevar a alguna clínica?

Kilian cerró la puerta de un portazo y se dirigió hacia mí. Yo no me moví de mi sitio. Nunca tendría miedo a Kilian y me hacía gracia que pensara que podía asustarme.

—¿Es que quieres que pierda los nervios?

—¿Es que tienes sangre en las venas? ¿Qué me harás? ¿Lo del otro día? ¿Quieres demostrarme de nuevo que no soy nada para ti y que todo pasó?

—Pues sí. Todo pasó —soltó iracundo.

—Sí. ¿Sabes lo que pasó? Pasó mi cumpleaños —le dije sin más—. El uno de noviembre, ¿te acuerdas?

Sí. Así fue. El uno de noviembre fue mi cumpleaños. Nadie se acordó. Yo tampoco dije nada. Solo recibí la felicitación de mi padre y de Gema que no pudieron hablar conmigo, porque pasé todo el sábado convaleciente, con mi buena amiga Amy después de que Thomas me diera Luz.

Ella me cuidó. Ella fue mi regalo, y ni siquiera lo supo. Mi regalo también fue que Thaïs y Taka se reconciliaran y que los NM List ganáramos la Misión. Con todo eso tenía suficiente. No iba a echarle nada en cara a nadie. No se lo merecían. Todos teníamos nuestros problemas y nuestros asuntos por resolver.

Pero en ese momento quise decírselo a Kilian. No sé si era un reproche o no, pero me salió decírselo.

A él las palabras se le fueron de la boca en cuanto escuchó aquello. Se detuvo frente a mí, y la tensión y la rabia se le fue del cuerpo.

—El sábado cumplí diecinueve años —le conté con la mirada perdida y la voz quebrada—. Creo que mi entrada al mundo adulto ha sido un poco dura, ¿verdad? —me obligué a sonreír—. Violencia, drogas —enumeré— y sexo —me encogí de hombros—. Me he comido todo el pack —me limpié una lágrima que se asomaba demasiado.

—A veces crecemos a pasos agigantados —musitó con ojos castigadores.

—Sí, ya veo.

—Pero que no te felicitara no quiere decir que no me acordase —contestó él—. De hecho... yo tenía algo para ti —su voz carecía de música, aunque estaba teñida de dolor. Oír aquello me hizo más daño—. Pero todo sucedió como no esperaba, todo se precipitó y con lo de Thomas... —sacudió la cabeza—. No creí que...

—Ya. No me merecía una felicitación tuya —asumí desganada—. En fin, no importa —me alejé de él.

No quería agonizar de pena delante suyo, porque aunque sabía cómo se sentía, que lo comprendiera no quería decir que no sufriera con cada desplante. Lo cierto era que me hacía pedazos.

Me dirigí a la puerta que él había cerrado de un portazo.

—¿Sabes? Hoy he hablado con Sherry. Me ha venido a buscar al Koffee para hablar conmigo. Tú le dijiste dónde solía ir con mis amigos.

—¿Por qué? —me preguntó con desdén—. ¿A qué ha ido?

—Para hablar de cosas que nada tienen que ver contigo —contesté.

—Obvio. Ya te lo dije.

—Pero yo no puedo ayudarla —rasqué con la uña parte de la oxidación del pomo dorado de la puerta—. Porque estoy peor que ella. De hecho, que me aclarase que nunca habéis tenido sentimientos el uno por el otro ya no sirve de nada —asumí abatida—. Tiene mal de amores.

—¿Sherry mal de amores? —me preguntó Kilian sin comprender.

—¿Alguna vez habéis hablado tú y ella sobre vuestro enlace forzado? —lo miré por encima del hombro—. Se supone que érais amigos. ¿Os habéis dicho lo que os gusta o lo que esperáis de la vida?

Kilian miró hacia otro lado.

—¿O acaso sólo os limitabais a hacer el papel que esperaban de vosotros? ¿Tú la protegías y ella aceptaba eso sin más? —le increpé—. ¿Nunca te has preguntado por qué? ¿Por qué a ella ya le iba bien estar cerca de ti?

Kilian frunció el ceño y entonces sí caminó hacia mí con interés.

—¿Qué es lo que te ha dicho?

Abrí la puerta y me dispuse a conectar de nuevo mi iWatch y el GPS.

—Espera, Lara...

El tono en que lo dijo me hizo creer que parecía arrepentido, pero cuando lo miré, seguía viendo heridas abiertas entre los dos. Profundas y aún sangrantes.

—¿Crees que algún día querrás hablar conmigo sin tanto odio de por medio? —susurré a punto de arrancar a llorar.

Él se quedó inmóvil y me miró atribulado.

—Tal vez cuando dejes de importarme —sentenció.

Yo negué con la cabeza. No era la respuesta que quería oír.

Le importaba. Le dolía. Por eso me trataba así. Pero no estaba dispuesto a darme una oportunidad para explicarme. Entonces, si no iba a ceder, ¿por qué debía seguir luchando?

—No estoy segura de que me guste el modo en que ahora te importo, Kilian —dije en voz muy baja, colocándome de nuevo la capucha—. Puede que cuando abras los ojos y quieras saber la verdad, ya sea demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Que no soy tu punching bag.

—No quiero que lo seas.

—No lo parece —miré al frente, al espesor del bosque—. Sé muy poco de tu logia. Cuando los Bones me den la invitación, tendré que buscarme un aliado, alguien que me guíe y que me haga sentir segura. Necesitaré un protector. Puede que, para entonces, tú ya no estés entre ellos. Y tal vez no sea porque tú no quieras. Puede que sea yo quien ya no esté dispuesta a tenerte a mi lado si vas a seguir tratándome de esta manera. No por mi orgullo —le aclaré—, si no porque mi corazón no soporte más maltrato. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

Kilian tragó saliva pero no contestó.

—De acuerdo —asentí.

Salí de la cabaña y me dispuse a correr por el camino de vuelta.

Sabía que a Kilian su dolor no iba a permitirle seguirme, aunque eso no impidió que yo corriera como si él me persiguiera.

Sus ojos siempre lo harían. Siempre me perseguirían.



Diez

—TENÉIS QUE AYUDARME O ESTAMOS AL BORDE DE LA TRAGEDIA.

Thaïs entró como un alud a nuestra habitación.

Hacía media hora que había llegado de mi aventura en la cabaña del forestal, y acababa de ducharme. Tenía el pelo húmedo y el cuerpo cubierto con mi albornoz amarillo enorme de Picachu que me compré la última vez que fui de compras con Amy.

Amy estaba acabando un diseño arquitectónico con su tablet, que tenía que entregar el día siguiente, pero cuando vio a nuestra amiga entrar en estampida supo que había que hacer una asamblea de emergencia.

Thaïs hablaba atropelladamente. Se sentó en la cama de Amy y se frotó la cara con las manos, pero su maquillaje permaneció impoluto.

—Es un suicidio en toda regla —decía.

—¿El qué? —indagué sentándome a su lado. Solo la había visto así el día que se tiñó las puntas del pelo de rosa.

—Los padres de Taka —nos explicó visiblemente ansiosa.

—Son japoneses —asumió Amy como si fuera una adivinanza.

—No —la miró y deseó que la arrollara un camión cisterna—. Vienen este fin de semana a ver a su hijo. Y no saben que Taka está locamente enamorado de una occidental como yo. Y me ha pedido que no les digamos nada todavía y que me comporte con él como su mejor amiga. Y... ¡no voy a saberlo hacer! —exclamó histérica.

—Si lo miras como si fuera un helado como sueles hacer, pues la verdad es que vas a fracasar —musitó Amy divertida con la desesperación de Thaïs—. ¿Y has venido a buscarme para que me haga pasar por tu pareja?

Thaïs frunció el ceño como yo.

—¿Has estado oliendo pegamento? —le preguntó.

Eso me hizo reír. Me levanté y fui a nuestra nevera SMEG a buscar bebidas y algo para picar. Hablar de esas cosas nos abría el apetito. Cargué un bol con frutos secos, otro con patatas, y tres cervezas sabor frambuesa.

—Amy, ¿por qué no hay ni una bebida no alcohólica en la nevera y en cambio sí hay todo el catálogo de cervezas de sabores? —le pregunté.

—Porque se me olvidó. Ya sabes que tengo TDA en los supermercados. Tienes que venir conmigo siempre. O pasa lo que pasa.

Y era verdad. A Amy le distraían las estanterías y los frigoríficos donde había muchas cosas a elegir.

Nos sentamos sobre la alfombra de colores circular que había entre nuestros dos ambientes dormitorios, con nuestro improvisado picnic y el devaneo de Thaïs de fondo.

—Llegan el sábado por la mañana —nos dijo—. Se hospedarán en el centro de Connecticut —bebió un largo sorbo de cerveza—, pero por la noche vendrán a cenar a casa —murmuró volviendo a beber—. A su madre le dará un ictus si se entera que está compartiendo su vida en esa casa con una chica. Así que, ya estáis preparando una bandeja entera de muffins bien cargadas —chasqueó los dedos—. Habrá que soportar la cena de alguna manera. Y necesito que traigáis a un chico. Lara —me suplicó—. Trae a Kilian. Taka necesita apoyo masculino.

Me reí por no llorar. Pero Amy se partió de risa por mí.

—Joder, veo vuestro panorama y me alegra estar soltera —dijo la gorda—. ¿Por qué estás tan nerviosa? Son los padres de tu novio. No te van a comer.

—¿Qué es lo que no entiendes de que quieren que Taka se enlace con alguien morena de ojos rasgados y párpados caídos?

—¿Y si te llamamos, Thaïs-chan?

Ella dio a Amy por perdida y me exigió ayuda.

—Thaïs —me adelanté antes de que dijera nada—. Kilian no quiere saber nada de mí, ya lo sabéis. ¿Cómo va a aceptar acompañarme a una cena en plan parejitas?

—Pídeselo —me animó—. Nunca sabes cómo va a reaccionar un chico. Tú le sigues gustando. Está enfadado, pero le sigues gustando...

—Te digo que no —negué rotundamente.

—Pues provócale. Dile que si no va él tendrás que acudir a otro que te haga de acompañante y te mantenga los pies calentitos.

—¿A quién? —no tenía ni idea—. Ya no tengo chicos disponibles.

—Lara, por favor —resopló con los ojos en blanco—. Te has convertido en la tía popular de Yale. En el fichaje de la temporada. Cualquiera querrá ir contigo.

—Yo te presto alguno si quieres —dijo Amy guiñándome el ojo—. Tengo a montones. Entonces, Barbie —miró a Thaïs—. ¿Me hago pasar por tu pareja o no?

Dejé la cerveza a un lado y valoré aquella posibilidad. Sería divertidísimo verlas en ese plan. Amy era una atrevida inconsciente y Thaïs estaría atacada toda la noche.

—No es una mala idea —ignoré los cuchillos que me lanzaba mi periodista por los ojos—. Piénsalo. Taka comparte piso con una chica que no es su novia ni nada por el estilo. Si quieres que la cena sea relajada, que tus suegros te vean como alguien que no pone en peligro la vida personal de su heredero, y que te conozcan sin prejuicios de ningún tipo, no estaría mal que Amy y tú hicierais el paripé. Les encantarás.

—¿Con esta tarada? —exclamó señalándola con el pulgar—. Pensaba que me querías —dejó ir entre dientes, atacando a los frutos secos. Cruzó un pie sobre el otro y apoyó la cabeza en el colchón de Amy—.

Pero algo tengo que idear, o me dará un ataque de nervios. Tal vez no sea mala idea fingir que soy la compañera de piso lesbiana de Taka...

Amy sonrió y la miró de soslayo.

—¿Es tu manera de decirme que quieres que sea tu novia por una noche? —hizo bailar sus cejas arriba y abajo.

—Amy, ¿te comportarás?

—Por supuesto que no —sentenció divertidísima con la situación.

—Lo suponía —cerró los ojos y exhaló—. Será como el día del juicio final. Pienso emborracharme en la cena. Me niego a fingir con mis suegros estando sobria y a hacerme pasar por alguien que no soy. Taka va a hacerme pasar por un momento muy incómodo.

—Tengo una de esas pastillas de luz en el cajón —les expliqué sin darle demasiada importancia.

—Te la compro —Thaïs parecía desesperada.

—No.

—Pues te la compro yo —soltó Amy bebiendo de su cerveza.

—No es para consumo propio. La guardo como prueba incriminatoria contra los Bones. La encontré en la cabaña donde Thomas me retuvo. Pero os aseguro que una porción pequeñita de esa píldora en las bebidas convertiría la cena en una reunión de esquizofrénicos. Es... —meneé la cabeza. No encontraba la palabra correcta para definir lo que la Luz provocaba—. Es una bomba.

—El programa de Taka tardará aún un par de días en hackear todo el sistema informático de Klue —me informó Thaïs posando su mano sobre la mía—. Pero no dudes de que lo conseguiremos, Lara. Vamos a descubrir a los Huesos.

—Lo sé. No tengo prisa. Por ahora nosotros tenemos la sartén por el mango, y todo irá según nuestros tiempos.

—Me parece bien —adujo Thaïs—. Oye, ahora caigo... estoy pensando que, si quieres un chico de compañía para el sábado y Kilian al final siguiera con su papel de ofendido, Lex, el jefe del periódico de Yale, es un tío majo, un buen partido. Podría caerte bien.

—¿No serás capaz de traer a la cena a ese tal Lex con el que saliste cuando Taka no quería nada contigo? —dije de golpe—. ¿Me estás dando las sobras?

—Qué mala es la rubia —murmuró Amy.

—No tuvimos nada. Solo fue una tontería —desdramatizó Thaïs..

—Sí. Una tontería a la que Taka le encantaría filetear como hizo con el líder de los Lobos. No, gracias —contesté—. No quiero más problemas. Déjame que tanteé el terreno y ya te diré.

Sí, mejor que me dejaran hacer a mí. Me iba a costar decirle a Kilian que me acompañara, pero tal vez era mi última oportunidad para hacerle entrar en razón.

Me faltaba quemar el último cartucho.

Al día siguiente

Trinity miraba con atención la figura a cuerpo real y tridimensional que había traído de un cuerpo humano masculino. Con sus músculos, sus tendones, sus órganos y huesos.

Aquel día llevaba una cola alta, sus gafas de pasta negra y uno de sus conjuntos de chaqueta y pantalón con camisa color pastel que siempre acababa combinando con unos zapatos de tacón. Como siempre. Aquel era su estilo, marcado por ofrecer una imagen poderosa de sí misma.

—¿Sabéis qué es la descripción de los objetos? —nos preguntó y a continuación levantó la mano para hacernos callar—. No quiero que me contestéis, es solo una pregunta retórica. Esta unidad es básica para el curso y para siguientes temas que demos más adelante. Es esencial para un criminólogo interpretar las diversas estructuras del ser humano —señaló a la figura anatómica—. Las tendréis que interpretar en función con los planos anatómicos y antropométricos. Deberéis saber sobre procesos biológicos —se señaló un dedo— y sus posibles alteraciones además de cómo repercuten en el funcionamiento del cuerpo; deberéis formaros sobre técnicas de estudio macroscópico, microscópico, bioquímico, toxicológico y farmacológico —alzó uno a uno los dedos de sus manos—. ¿Conocer a fondo todos estos aspectos a qué creéis que os ayudará? —esta vez sí nos preguntó esperando respuesta.

Mauro alzó la mano.

—Venga, valiente —le animó Trinity.

—Nos ayudará a profundizar en los análisis de los objetos y de los sujetos en la escena de un crimen y en cómo interactúan a su vez con lo que les rodea.

—Sí. Claro —asintió ella—. Pero dime cuáles. ¿Qué tipos de análisis emprendemos?

Mauro se quedó pensando mirando al techo y al final dijo:

—Por ejemplo, lesiones macro y microscópicas que se pudieron producir en un hecho criminal.

—¿Qué más? —esperó a que él siguiera hablando—. ¿Nada más?

Mauro continuaba callado. Y la clase hacía que tomaba apuntes.

Trinity me miró, arqueó sus cejas como si esperase que yo dijera algo, y espetó:

—¿Qué dice usted, señorita Clement? ¿Qué otros tipos de análisis podríamos realizar?

Apoyaba el lápiz óptico sobre mi labio inferior. Por supuesto que sabía a lo que se refería. Y Trinity también sabía que yo poseía la respuesta. En mi clase o todos eran muy tímidos, o al fin y al cabo, solo yo, gracias a mi peculiar facultad y a mi incansable curiosidad, me anticipaba a temas que aún no habíamos tocado. De ahí que supiera a lo que se refería la decana.

—Lesiones bioquímicas y moleculares. Diseño de pautas técnicas biomédicas. Mediciones y valoraciones antropométricas sobre los efectos que los agentes traumáticos físicos o químicos provocan en el cuerpo. Y valoraciones de todo tipo genéticas, toxicológicas y farmacológicas que puedan explicar alteraciones en víctimas y agresores en un hecho criminal.

Trinity asintió a cada punto que nombré, y cuando acabé se dio la vuelta y encaró de nuevo a la figura anatómica.

—Correcto. Necesitáis nociones de biología anatómica. No solo de derechos penales, sociología y de psicología avanzada... El criminólogo sabe un poco de casi todo —aseguró enfrentándose a todo el anfiteatro—. Y este aspecto en particular es el que se trata en medicina forense. Eso no quiere decir que debáis ser expertos en ello, pero si tenéis a un buen médico forense que trabaje con vosotros, solucionaréis muchos casos con su ayuda. Lo que me lleva a deciros la importancia del trabajo en equipo. Un buen criminólogo se rodea de un equipo igualmente capaz. Solo no podrá ir a ninguna parte. Puede saber un poco de todo —repitió—, pero el saber un poco de todo le ayudará a reconocer a los mejores en sus ramas.

—Pero, eso muchas veces no dependerá de nosotros —intervine yo—. Depende del departamento en el que estés te adjudicarán a un equipo de profesionales que no podremos elegir.

Trinity sonrió y se encogió de hombros.

—Depende. Ser criminólogo profesional no solo tiene la salida de trabajar para el Estado —dijo mirándome fijamente—. Para eso están los departamentos de seguridad privada. Con vuestra licencia bajo el brazo y vuestro doctorado, podéis hacer lo que queráis. Si sois muy buenos, os vendrán a buscar.

—¿Quiénes? —preguntó Mauro intrigado.

Ella quiso alargar nuestra curiosidad y al final, echándome una leve mirada por encima del hombro contestó:

—Nunca se sabe. Organizaciones privadas hay en todos los países. Y muchas trabajan para el Gobierno, pero otras no.

Dicho esto, seguimos con la clase, aunque en la mente de todos retumbaba con fuerza las palabras de la Decana Trinity Foster.

Yo conocía el FBI, la policía científica, la CIA y otras muchas agencias de inteligencia. Pero puede que no las conociera todas.

La sed de saber era otro aliciente para querer ser criminóloga.

Biblioteca Médica Harvey Cushing/John Hay Whitney

Estaba en los pasillos de la sección de anatomía de la biblioteca de la escuela de investigación biomédica y cuidados de la salud de Yale, que se encontraba en el número 333 de la calle Cedar.

No tenía pensado pisar esa zona prohibida de la universidad, ya que ese era terreno de los Bones y de Kilian, pero la clase con Trinity había encendido una pequeña llama en mí, y ahora deseaba hallar parte de la bibliografía que la decana nos había facilitado, para que empezáramos a echarles un vistazo.

En aquella magnánima biblioteca, cuyos balcones rectos de madera oscura lucían repletos de estanterías hasta el techo, llenas de libros, y cuyo silencio y cariz invitaba solo al estudio y a la reflexión, me sentí abrigada por una extraña sensación de familiaridad.

Fue tan raro... Yo no podía creer en los espíritus ni en los fantasmas, pero tenía la sensación de que sentía la presencia de mi madre y de que ella había estado justo ahí años atrás. Toqué las estanterías y pasé las yemas de mis dedos entre los renombrados lomos de los títulos que ahí se amontonaban. Era como si ella también los tocara.

Lo cierto era que tenía un problema. Un problema emocional muy pronunciado respecto a todo lo que tuviera que ver con mamá. Estar ahí, en un lugar en el que ella también había estado en su época de estudiante de biología, debería animarme a seguir sus pasos, a preguntar sobre ella a los profesores más antiguos, a ver si alguien la recordaba. Pero no hice nada al respecto. Porque para mí, mi madre seguía viva en mi cabeza. Podía soñar con ella, podía hablar con ella, incluso en el mundo astral al que mi mente recurría, mamá me daba poderosos y sabios consejos que, increíblemente, tenían que ver con decisiones que debía tomar en el futuro.

Así que prefería no desempolvar nada sobre su vida porque eso podría suponer la alarma de mi despertador. El que me llevara de golpe a la realidad y me hiciera ser consciente de que ya no existía. De que ella ya no estaba a mi lado.

Y nunca estaría preparada para dejarla ir. No lo estuve de pequeña, cuando la encontré muerta en el suelo. No lo estaba en ese momento, con diecinueve años recién cumplidos y su poderosa presencia en mis sueños. No lo estaría jamás.

Para una madre, dejar ir a un hijo era imposible.

Para una hija, dejar ir a una madre, era igual de complicado. Y si pudiéramos elegir, seguro que todos decidiríamos no despedirnos jamás de ellas ni ellas de nosotros. ¿Quién me iba a culpar por sentirme así?

No quería decirle adiós. Por mucho que la doctora Margaret me dijera que debía superarlo, yo no me sentía capacitada. Porque el mundo desconocía que ella me hablaba en la vigilia, y que podía tocarla, olerla y contarle todo lo que quisiera en el mundo de los sueños. Y eso para mí era vida. Lo era todo.

Con ese pensamiento recorría los balcones superiores y me planté frente a un libro antiguo de medicina forense. La gran chimenea que había en el muro frontal de la planta de abajo, donde estaban los escritorios y las lamparitas para consultar libros, estaba encendida y calentaba notablemente todo el ambiente.

Comprobé que el título fuera el mismo que nos había facilitado Trinity, y cuando verifiqué que así era, me lo apropié. Se titulaba: *Notas forenses*.

Lo estuve ojeando un rato hasta que decidí movilizarme y bajar del balcón. Pero no pude dar un paso más. Allí estaba el guapísimo mulato líder de los Lobos al que Taka le hizo un entuerto con su katana en la Misión. Glenn Vanity.

Llevaba un abrigo negro largo, unos tejanos grises, un jersey blanco de cuello alto y un calzado deportivo del mismo color. Ocultaba las manos en los bolsillos y sus ojos verdes y claros escondían rencor hacia mí. Entonces recordé cómo su lancha pasó por encima de la nuestra y estuvimos a punto de ahogarnos y salir muy mal parados, y le miré del mismo modo que él hacía.

Me detuve en seco al verlo. Él no se iba a apartar de mi camino para dejarme pasar, y el espacio del balcón no era tan grande como para que los dos ocupáramos la misma vía.

—Hola, animalista —me saludó sin mover un solo músculo de su cara.

—Hola, lobo rastrero.

—Felicidades por haber ganado la Misión.

—Gracias —contesté sin fiarme ni un pelo de él.

Me hizo una radiografía completa, menospreciándome con esos ojos.

—¿Sabes? Me pregunto muchas cosas.

—Y ninguna de esas preguntas me importan —contesté intentando escaparme.

Él me detuvo cogiéndome del brazo.

—Creo que sí te importan —aseguró apretándome el bíceps con fuerza—. No entiendo cómo alguien tan poca cosa como tú y tu pandilla de frikis ganasteis la Misión.

—Pues acéptalo.

—Tú y tus amigos sarnosos nos habéis puesto en un serio aprieto.

—¿En serio? —dije sin importarme las razones que él me quisiera dar.

—Sí. Nunca nos han eliminado de la Misión antes, y eso ha provocado que los que financian nuestra hermandad nos hayan cerrado el grifo.

—¿Y a qué vienes? ¿A pedir limosna?

Él ni siquiera se inmutó ante la puya. Solo inclinó la cabeza a un lado y me miró maquiavélicamente.

—Algún día disfrutaré cosiéndote la boca. Mereces que te hagan callar.

—Mira, si no te gusta lo que os pasa, haberlo pensado mejor al arrollarnos en el lago. ¡Podríais habernos matado! —le gruñí exigiendo que me devolviese el brazo—. ¿En eso no pensaste? ¿O acaso crees que tú

puedes hacer lo que te dé la gana y a ti se te debe perdonar todo? Pues no —condené—. Si la haces, la pagas. Mi amigo te dio una lección.

—¿Eso crees? —susurró hasta casi pegar su nariz a la mía—. Dile a tu amigo que lo que ha hecho ha sido declararme la guerra. Y a un lobo nunca se le da por muerto.

—¿Y qué vas a hacer? —le desafié—. ¿Estás loco? Solo tuviste lo que te merecías. Estuviste a punto de matar a Thaïs —le recriminé—. ¡Por poco se ahoga!

El lobo se rió como si estuviera ido de la cabeza. Al parecer, el ego de los miembros de la Élite estaba tan marcado que se creían todos semi dioses. Allí todos tenían profundas psicopatías.

—Andaos con mil ojos —me advirtió—. Ojo por ojo, guapa —susurró conminativo.

Pero yo estaba en una etapa de mi vida que nadie me amedrentaba. Era como si, de repente, el miedo hubiera desaparecido de mí.

—Estoy que tiemblo de miedo —dije con fanfarria—. Eres ridículo.

—No. No lo soy. Y bien harías en tenerme más respeto —me soltó de golpe y trastabillé hasta golpearme la cadera con la barandilla—. Unos juegan y se queman. Pero vosotros ya estáis en las llamas.

—¿Lara? ¿Va todo bien?

Alcé la mirada e incliné el rostro al lado hasta que vi la figura de la señorita Foster. Trinity se hallaba detrás del lobo, mirándolo de manera muy reprobatoria.

El lobo se apartó de mí de golpe, como si hubiera sentido un calambrazo. Y, a continuación, inclinó la cabeza como un perro arrepentido que agachaba las orejas ante su dueña, poderosa e inflexible.

El poder de Trinity era incommensurable con los alumnos, sobre todo con él.

—Glenn Vanity —repitió Trinity—. Le he hecho una pregunta.

—Nada, decana Foster. No ha pasado nada.

—¿Nada? —repitió sin moverse un pelo. Lo dijo todo con sus ojos azules hielo—. No me ha parecido ver que aquí no pasara nada.

Glenn tragó saliva y no se atrevió a mirarla a los ojos.

—¿Lara? —al ver que Glenn no hablaba acobardado, esta vez me preguntó directamente.

—No ha pasado nada —contesté—. Solo me he tropezado —me sentí mal por mentirle.

La decana alzó la barbilla con altivez y le hizo un gesto a Glenn para que se fuera.

—Váyase, señor Vanity.

Glenn me echó un último vistazo, pasó por al lado de Trinity sin atreverse a rozarla y desapareció de nuestra vista.

Ella se acercó a mí y miró el libro que tenía entre las manos.

—Tengo prisa... —dije con el deseo de salir de ahí pronto.

—¿Estás bien?

—Sí —la miré aún nerviosa—. ¿Qué hace usted aquí?

—Pues venía a revisar que los libros que os he facilitado estuvieran disponibles. Ya veo que has encontrado uno.

—Sí —miré las tapas rojas—. Era el que más me interesaba —inconscientemente me crugí los dedos de mi mano libre contra el muslo.

Trinity elevó sus cejas y dibujó una sonrisa melancólica.

—Tenía una amiga que siempre me regañaba cuando hacía eso. Me decía: Trinity, deja de hacer eso o de mayor tendrás artrosis y Parkinson en las manos —me mostró sus manos con aquellos dedos finos y estilizados, perfectamente pintados, pero no temblaban—. Desde entonces no dejo de comer cartílago de tiburón para las articulaciones.

—Lo hago a veces, sin querer. Ya sé que no debo hacerlo. Mi madre también me decía lo mismo.

Los ojos azules de Trinity se volvieron cálidos y empáticos conmigo.

—¿Echas de menos a tus padres?

—Sí, mucho.

—Es normal. Están muy lejos. En Barcelona, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y saben ellos que te gusta meterte en líos, Lara?

—¿Qué? No —me apresuré a contestar. La pregunta me tomó por sorpresa—. Más bien es al revés. A los líos les gusto yo.

—Los Alden, Moore, ahora Vanity... ¿Te has propuesto provocar a todos los líderes de las fraternidades de la Élite?

—No, señora —conteste incómoda.

—¿Y por qué tienen esa fijación contigo? —cuando vio que continuaba callada me dijo—. No es la primera vez que veo que tienes algún roce con ellos.

—Sí. A mí también me sorprende.

—¿Te das cuenta que aunque calles, sé que me estás ocultando la verdad? Sé que hay algo que no me dices. Las dos somos muy parecidas. Tú lees en las personas y yo también. Intuimos cuando alguien miente. ¿Cuál es tu detonante? ¿Qué sientes cuando alguien te miente o notas amenaza a tu alrededor?

Había algo en Trinity que me inquietaba y al mismo tiempo me gustaba. El hecho de no saber de qué bando estaba, me mantenía despierta y vigilante.

—Cuando algo va mal me suele cosquillear la nuca —reconocí.

Ella asintió y rió con sinceridad.

—A mí me suelen hormiguear la punta de los dedos.

Ambas nos sonreímos, pero aquel idilio no duró mucho debido a mi desconfianza.

—Lara... —dejó ir el aire por la boca, como si se quitara un peso de encima—, no sé qué más hacer para que confíes en mí.

—Trinity —le dije mirándola sin parpadear—. Eres un miembro del profesorado de Yale.

—Sí.

—Conoces las fraternidades, y sabes cómo son las leyes de la Élite. Y la Élite, además, es importante para la universidad.

—Así es. Y, por lo visto, ya sabes mucho más que la media. Con lo cual, no ando desencaminada, ¿verdad? Estás en problemas.

—No me pidas que me abra contigo y te cuente qué pasa. Porque dudo que quieras escuchar cómo hablo mal de estas hermandades.

—Tal vez te sorprenda —me dejó entrever—. Tal vez deberías pensar que por encima de los cargos universitarios, está la razón y la moral personal. No todos nos vendemos.

Yo me encogí de hombros y sujeté el libro contra mi pecho.

—De todas maneras, no pasa nada. Solo son chicos con mucha testosterona —volví a mentir— y creo que se han apostado algo para ver quién es el primero en ligar conmigo.

Ella se acercó a mí y me miró como si no tuviera remedio.

—Si quieres que me lo crea, haré que me lo creo —me retiró un mechón del rostro—. Jugaremos a esto hasta que te canses, Lara —me sonrió afablemente y me dejó pasar—. ¿No tenías prisa?

—Sí.

Pasé de largo, pero antes de tomar la escalera, me detuve y le dije:

—Gracias de todos modos.

—Dame las gracias cuando de verdad te pueda ayudar en algo —contestó ella.

Supe, por las cosquillas que sentía en la nuca, que la decana Foster nunca me perdió de vista, hasta que salí por las majestuosas puertas de la Biblioteca.



Once

Después del encontronazo con Glenn, hablé con Thaïs y Taka. Nos dirigíamos los tres a un punto de venta de coches de segunda mano. Yo quería tener mi propio vehículo porque, aunque me encantaba ir en bici a todas partes, no siempre podía estar pidiendo a Amy que me prestara su Chevrolet. Mis amigos me decían que con el dinero que había ganado en el Turing podía comprarme uno nuevo. Pero yo era una novata al volante y además, un poco propensa a apretar el acelerador de más, así que si tenía que estropear un coche, prefería estropear uno ya usado. Al menos, no me escocería tanto que el haberme gastado miles de dólares en otro totalmente nuevo.

A mi amigo japonés no le gustó nada enterarse de que el Glenn me amenazó en la biblioteca.

Sus ojos plateados exudaban una profunda ira mientras decía todo tipo de dicterios en japonés.

—Ese mal nacido —murmuró.

Thaïs, a su lado, le miró de reojo con un orgullo femenino que hizo que hasta yo me sonrojara. Le puso la mano sobre la rodilla y después le acarició el muslo.

—Relájate, héroe —le pidió.

—¿Cómo le viste? ¿Estaba bien? Mi katana tiene una hoja muy afilada —murmuró mirándome por el retrovisor.

Yo estaba sentada detrás, y me había colocado justo en medio para poder sujetarme a los respaldos de sus asientos.

—Se le veía cansado.

—Ha extendido su amenaza a todos nosotros —incidió Taka.

—La decana Trinity Foster lo vio todo.

—¿Y eso es bueno o malo? —indagó Thaïs—. ¿Quieres que investigue sobre ella?

—No —No quería llevarme sorpresas desagradables. Prefería verla como la entidad respetable que era—. Creo que su preocupación es extraña. Pero no supera los límites de lo institucional y razonable dentro de lo que es mantener la seguridad de la universidad. Soy una alumna becada. Extranjera. No quiere que me lleve impresiones que no son. Aunque, en el fondo, sí sean impresiones reales.

—Debí rajarle en los huevos —musitó Taka refiriéndose a Glenn.

—Bueno, pero por ahora no pasa nada, ¿verdad? —quiso calmarle Thaïs—. Vanity no hará nada. Es solo un niño resentido.

Él la miró, desvió su atención a sus pómulos y su boca, y volví a sonrojarme. Madre mía, cómo estaban esos dos... Se comían con los ojos, y yo tenía complejo de «Lumiére».

—Venga, a ver si llegamos pronto —les urgí—, que aquí hace calorcito —bromeé.

En el 47 de la carretera de Newberry, había un concesionario de compra y venta de coches de primera y segunda mano. Amy nos había dicho que fuéramos allí, porque sus padres conocían al dueño y si decíamos que íbamos de su parte nos lo dejarían a mucho mejor precio.

No quería un coche grande como los que preferían los americanos. Quería uno pequeño, automático y que no me costara un ojo de la cara.

El señor Guerain entendió a la perfección lo que buscaba, y me enseñó una gama de Minis Cooper de nos más de cincuenta mil millas. Al final, elegí uno del dos mil diez, rojo, con base convertible y con la raya blanca lateral y las dos del capó bien definidas.

—Es un coche bonito, Lara... —me dijo Thaïs a mi lado, cruzada de brazos y repasando la carrocería.

A Guerain se le salían los ojos al mirar a Thaïs, y Taka y yo nos reíamos de la influencia de la rubia en el sexo opuesto. Podía llevar un saco por vestido, que sería igualmente atractiva.

—¿Por cuánto se lo vende? —preguntó.

Guerain se secó el sudor de la frente con un pañuelo blanco, y contestó:

—Seis mil novecientos dólares.

—Seis mil en efectivo ahora mismo —le regateó Thaïs.

Yo odiaba el regateo. Era algo que no me gustaba. Pero a ella le pirraba sacarse las cosas más baratas.

—Tiene los neumáticos nuevos, señorita. Bluetooth. GPS. Y la tapicería de piel no tiene ni un rasguño. Está en muy buen estado.

—Solo tiene cien caballos —replicó ella.

Bueno, yo no necesitaba más. No iba a correr demasiado. Solo cuando se me escapara el pie.

—Y usted sabe tan bien como yo que lo de la base convertible a veces puede ser un engorro.

Guerain frunció el ceño.

—Si le dice seis mil y una foto suya en bikini se lo vende —me comentó Taka en voz baja.

Le miré compasiva. Estábamos los dos apoyados en la carrocería del enorme Cherokee negro que teníamos en frente.

—Pues acostúmbrate. Es el gen dominante de Thaïs. Será siempre así. Llamará la atención allá donde vaya. ¿Te doy un consejo?

—Sí.

—Nunca te vayas a Egipto con ella. A ningún país árabe. Te la querrían comprar por una barbaridad insultante de camellos.

—Deberé estar en guardia siempre —susurró medio riéndose. Pero el modo en que la miraba me dejó sin palabras. Y deseé secretamente que Kilian, algún día, me volviese a mirar así. Antes lo hacía. Hasta que le defraudé.

—La vida no es un spa —contesté subiéndome la cremallera de mi chaqueta militar Ralph Lauren hasta la barbilla.

Taka giró el rostro hacia el mío. La luz del atardecer le daba de frente y sus ojos, que pocas veces parecían cálidos y cercanos, cayeron sobre mí con el contundente yugo de la verdad y del aprecio.

—Con vosotras en mi vida nunca podré estar tranquilo. Pero es justo lo que me gusta. Ya descansaré cuando me muera.

Alcé mi cabeza y asentí.

—Lo mismo digo. No querría otro tipo de aventuras que las que tengo desde que os conozco.

Taka cerró el puño y me lo mostró. Yo le choqué el mío, como colegas eternos, y dejé caer mi cabeza sobre su brazo, pues su hombro estaba demasiado alto.

—Kilian vendrá —emitió convencido.

Crucé mi pie sobre el otro, y me agarré a su brazo mientras me apoyaba en mi amigo. Sabía lo que me pasaba sin necesidad de explicarle nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque uno no puede pelear eternamente contra aquello que le ha sido concedido. Puedes cerrarte en banda y negarlo cien mil veces frente al espejo. Pero solo servirá para que el reflejo se ría de ti.

—¿Tú crees?

—Sin duda. Hay personas que son como fuerzas de la naturaleza —me explicó vertiendo todo el amor que sentía hacia Thaïs en esas palabras—. Un huracán necesita del viento para acompañarle y arrasarlo con todo. Thaïs siempre ha sido mi huracán. Tú eres el de ese Huesos. De nada servirá que te mantenga alejada. Después regresarás a él con más fuerza, y romperás toda su fachada. ¿Y quién le salvará de ser expuesto? Nadie. Tienes que empezar a rodar, a hacer embudo —hizo círculos con su dedo—. A atraerlo. Muévete. Rueda. Baila, Lara. Él vendrá.

De alguna manera sus palabras fueron como un calmante para mis heridas. Si Kilian era mi viento, estaba soplando en otra dirección. Pero yo no sabía cómo rodar como una peonza.

—¿Es filosofía japonesa?

Taka negó con la cabeza.

—No. Es la filosofía de la vida.

—Tú sabio ser —chasquéé.

Él rió, sin quitarme la razón.

—Gracias, Padawan. Si a tu amor quieres recuperar, a Taka debes escuchar —me miró entre sus pestañas y sus ojazos rasgados refulgieron divertidos.

—Hobbit —me dijo Thaïs sonriente, ignorante de la profunda conversación que tenía lugar entre nosotros —. Te lo he conseguido por seis mil y un muñeco de Elvis —se aplaudió a sí misma.

Taka y yo nos miramos confidentes.

—Lo que te he dicho: nunca vayáis a Egipto.

Acompañé a Guerain y me fui a rellenar los papeles de compra y venta de mi nuevo coche. Dejé a la parejita sola. A través de los cristales del concesionario vi el reflejo de ellos, besándose mientras Taka la alzaba en brazos y daba un par de vueltas con ella sobre sí mismo, como un huracán mecido por su viento.

Mi primer coche. Un Mini Cooper rojo y automático, de segunda mano. Siempre recordaré la sensación de orgullo que me recorrió al montarme en él y llevarlo por la carretera estatal. Enlacé mi móvil al equipo y suspiré satisfecha. También recordaría la primera canción que escuché en él: *Piece by Piece*, de Kelly Clarkson.

Y mientras tarareaba la canción y admiraba el terreno que rodeaba cada lado de la carretera, esta se cortó al recibir la llamada entrante de Amy.

—Lara.

—Ya tengo coche.

—Perfecto. ¿Por dónde vas?

—¿Qué pasa? Te noto angustiada.

—Dime por dónde vas.

Miré el GPS circular.

—Pues... me quedan diez minutos para llegar a New Haven.

—Vale, escucha. Coge la I-91 N.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Porque se han llevado a Handsome Dan.

—¿A nuestro bulldog? —pregunté angustiada. Ese bulldog inglés me encantaba—. ¿Qué quieres decir con que se lo han llevado?

—Lo han robado. Nos ha llamado el dueño. Tenía el teléfono directo de nuestra protectora y nos ha pedido ayuda. También ha llamado a la policía.

—¿Quiénes? ¿Quiénes se lo han llevado?

—Se lo han llevado en un furgoneta volkswagen negra. Creemos que son miembros de Harvard.

—¿Miembros de...? —entonces caí—. ¿Por lo de la Biblia?

—O por haberles ganado el *The Game*. Se han vengado cogiendo a la mascota de la universidad. Hay que rescatarlo. Ese perro pasa miedo si no está con los suyos. Nos han llamado a nosotros por ser una asociación animalista. Debemos responder.

Se me encogió el corazón.

—¿Y qué puedo hacer yo? ¿Qué podemos hacer?

—Nos estamos movilizando unos cuantos con los coches para seguirles a través de la I-91. Somos los NM List. Nos rebelamos contra cualquier maltrato animal. Y ese perro es nuestro. Tenemos que salvarlo. No sé qué son capaces de hacer los de Harvard. Las venganzas entre las universidades cada vez son más atroces.

—Lo sé, lo sé —contesté nerviosa.

—Se ha corrido la voz, así que creo que ya hay unos cuantos detrás de la furgoneta. Pero hasta que la avistemos y la rodeemos no sé cuánto rato puede pasar. La autovía es larga, tienen media hora hasta que puedan salir.

—Vale. Pues cojo la I-91. ¿Sabemos más o menos por dónde están?

—A unos veinte minutos de la CT-15. El dueño va detrás de ellos con su coche. Pero ellos corren más y les va a perder la estela.

—Bien. Pues a ver si lo alcanzamos. ¿Hay mucho tráfico?

—No demasiado. Avisa a Taka y a Thaïs y que también nos ayuden a localizar la furgoneta. Necesitamos coches que puedan correr y avanzar.

—De acuerdo —contesté—. Te cuelgo.

—Adiós.

—Adiós.

Cuando corté la comunicación con Amy, no solo avisé a Taka y a Thaïs para emprender el rescate de Handsome Dan.

También avisé a Kilian, porque él tenía moto. Una moto muy rápida y potente. Tal vez él podía adelantarse. No me importó su reacción, ni cómo me contestara ni si me bufaba. Lo más importante era el perro.

Tardó cuatro señales en descolgar el teléfono y supuse que estaba pensando en si atender mi llamada o no. Ya estaba infringiendo una norma de conducción. El móvil de Kilian no estaba enlazado, como sí lo estaba mi

iPhone particular, así que mientras conducía, hablaba con el teléfono minúsculo apoyado en el hombro.

—¿Sí?

Escuché su voz y se me enfrió el pecho.

—Kilian. Necesito que nos ayudes.

—¿Por qué?

—Deja a un lado lo que nos pase, ¿vale? Esto es serio.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado.

—Los de Harvard se han llevado a Handsome Dan.

—¿Qué?

—Sí. Se lo han llevado en una furgoneta Volkswagen negra. Están a estas alturas por la I-91. Tú llevas moto... tal vez...

—¿Dónde estás tú?

—Cogiendo la autopista.

—¿Quién más va?

—Nuestra fraternidad al completo y algunos estudiantes más que han avisado a nuestra protectora. El dueño de Handsome está persiguiendo a la furgoneta, pero ellos van más rápido.

—¿El dueño de Handsome? Es el encargado de la secretaria de los complejos de los ciclos de Yale —contestó.

—¿El señor Stephen? —dije estupefacta.

—Sí.

—No le veo yo dándole gas al coche ni enfrentándose a los chicos que se han llevado al perro.

—No. Yo tampoco. Cojo la moto y voy hacia allí.

—Vale —me detuve—. Pero Kilian.

—Qué.

Me quedé callada y humedecí mis labios nerviosa.

—Nada. Solo ponte casco y ten cuidado.

Al otro lado de la línea oí el eco de mis palabras. Nada más.

Entonces colgó el teléfono y me dejó cortada.

No importaba. En ese momento nuestro objetivo era recuperar a Handsome Man.

A pesar de que hacía poco que llevaba carné, no me sentía excesivamente insegura al volante. Lo cierto era que iba adelantando a los coches a buen ritmo, con mil ojos eso sí, pero sin frenar excesivamente. Iba tan rápida que a mano derecha, adelanté la Chevrolet de Amy, que se veía a leguas con las caras dibujadas de los famosos en toda su carrocería.

Pasé por su lado y le pité con el claxón. Detrás de mí iban Taka y Thaïs. Amy bajó la ventanilla de su Chevrolet, y me di cuenta de que a su lado también estaban los gemelos, a los que veía poco, pero siempre se apuntaban a todo, a pesar de que apenas hablaban.

—¡Lara! —me gritó Amy sacando la cabeza por la ventanilla—. ¡¿Dónde vas corriendo así, loca del coño?!

¿Eh? Nunca nadie me había dicho algo así. De hecho, no estaba acostumbrada a ese tipo de lenguaje. Fruncí el ceño y le contesté:

—¡Es culpa tuya! ¡Me saqué el carné en tres semanas!

Amy se rió.

—¡Qué orgullosa estoy de ti, hija mía!

—¡Nos van a multar! —le grité histérica sin perder de vista la carretera.

—¡Da igual! —contestó señalando hacia adelante—. ¡El señor Stephen sigue a la Volkswagen! ¡Están a cinco minutos! ¡Si sigues así, los alcanzas en dos y medio!

—¡¿Y qué hago?! —no tenía ni idea.

—¡Ponte delante de la furgo y frenas en seco!

—¡Claro, y que me arrollen! ¡¿Estás loca?!

—¡Y yo qué sé, Lara! ¡Hay que hacer al...

En ese momento, entre nosotras pasó una moto negra con un tipo vestido con tejanos, deportivas blancas y una cazadora de piel. Llevaba un casco cromado y parecía el hijo del viento.

—¡Joder! —exclamó Amy.

—¡Es Kilian! —exclamé eufórica—. ¡Le sigo!

Sin pensármelo dos veces, apreté el acelerador y fui tras él.

Amy me llamó al manos libres de nuevo para que le informara de todo.

Me volví completamente loca. No pensé en las consecuencias de mi conducción temeraria, solo pensé que debía ser igual de rápida que él para no dejarlo solo. Quería ayudarle.

Dejábamos atrás los coches que nos pitaban alterados, asustados y enfadados por poner en riesgo nuestras vidas y las de ellos. Pero no les prestamos atención. Poco tiempo después, todavía en la I-91, avisté la Volkswagen negra delante de nosotros.

—¡La veo, Amy! —grité.

—¡Bien, novata! ¡¿Qué hace Ghost rider?! ¡Narra!

—Está pegado a la furgoneta y creo que... ¿pero qué hace? —susurré—. ¿Está loco?

—¡Cuéntame o me corto las venas aquí mismo! —dejó ir un gallo.

—Está adelantando a la furgoneta por el interior... —apreté más el acelerador—. ¡Están cogiendo el desvío!

—¡Síguelos! ¡Sígueloosoooo!

A pesar de lo peligroso que era todo, la situación hizo que me entrara la risa nerviosa. Me mordí el labio inferior y me sujeté al volante como si me fuera la vida en ello. Y así era. Era como una escena de *Too Fast Too Furious*, pero sin Vin Diesel.

Tomamos el desvío con tan poco margen que derrapamos por el pavimento cementado. Mi pobre coche nuevo... En vaya una le había metido.

Entonces, la furgoneta se detuvo bruscamente al pasar por debajo de un puente, y se colocó a un lado en el arcén. Y comprendí por qué había sido así. Kilian se había cruzado en su camino y les había interceptado.

Por Dios... ¡Me volvía loca! Era tan valiente, tenía tanto descaro y arrojo... ¡Qué estúpida había sido!

—¡Laraaaaa! —me llamó Amy.

—¡La ha parado! —grité a Amy—. ¡Ha parado la furgoneta! ¡Me bajo! —le informé deteniéndome detrás de la furgoneta.

—¡Ya vamos! ¡No os empecéis a pegar sin nosotros! ¡Cabroneees!

Estaba como una cabra. Pero no iba desencaminada.

El conductor de la furgoneta abrió la puerta, se bajó de un salto y se lanzó a por Kilian.

Él se había quitado el casco, y esperaba el primer arrebato. Corrí hasta ellos para ver en primera persona lo que iba a hacer mi Assassin. Me lo imaginé vestido como en Lucca, como un héroe, volando por encima de las cabezas de sus enemigos y se me disparó el corazón.

Kilian esquivó el primer puñetazo y después el otro. El chico era más alto que él, y también más musculoso. En realidad, era una mole. Pero Kilian era mágico, hábil y atleta. Cuando lo tuvo a mano, le golpeó la cara con el casco, y el otro se desplomó en el suelo, fulminado.

El copiloto, un tipo rubio vestido con el chándal de Harvard, se lanzó a por Kilian con un bate.

Él paró el primer golpe del bate con el casco y al pobre se le rompió la visera de plástico. El de Harvard le asestó otro golpe, que logró detener de nuevo, pero entonces se bajó otro chico más... Iban a ser dos contra uno. Así que corrí a por el que no tenía el bate y me subí a su espalda como un koala asesino, tirándole del pelo y clavándole las uñas en la cara.

El individuo gritó e intentó librarse de mí, pero no iba a soltarle nunca. Empezamos a dar vueltas como una peonza. Y yo que pensaba que no sabía dar vueltas como un tornado, ahí estaba, rodando sin control.

—¡Suéltame, zorra! —gritó el tío.

—¡Lara! —exclamó Kilian—. ¡¿Qué haces?!

—¡Ayudarte!

Por el rabillo del ojo vi cómo Kilian saltó por los aires hacia adelante e impactó con sus dos pies en el pecho de su agresor. Este voló hacia atrás unos tres metros, como en las películas de Bruce Lee. Fue increíble.

De repente, sentí el impacto en la espalda de una superficie muy dura, fría y plana, y advertí que mi presa acababa de impulsarme contra la furgoneta. Me quedé sin aire y vi las estrellas. Me solté como lo haría un pulpo sin ventosas y caí al suelo, sin fuerzas.

Entonces, desde el suelo, contemplé cómo Kilian me miró asustado y, a continuación, corrió totalmente ido de sus cabales, como un toro, para embestir al chico que me había hecho eso. Lo estampó contra la furgoneta negra, y lo levantó medio metro del suelo. Y ahí le empezó a dar puñetazos como un punching bag. Él sí era su punching bag. Bien, que se desahogara.

Era como presenciar un combate de boxeo desde el mismo ring.

—¡Ve a por el perro! —me dijo Kilian—. ¡Corre!

—S-sí... —musité renqueante.

Me levanté como pude del suelo, cogiendo aire con muchísima dificultad, arrastrándome por la carrocería de la furgoneta hasta intentar abrir las puertas traseras. Cuando lo conseguí, miré en el interior, y me encontré a Handsome Man, el hermoso Bulldog Inglés, en una esquina. Temblando y mareado por el trayecto. Salté dentro de la furgoneta y me arrodillé delante de él.

—Handsome —le llamé con cariño—. Ven aquí, guapo.

El perro se acercó a mí, poco a poco, respirando pesadamente como hacían los de su raza, moviendo los kilos de músculo que tanta presencia le daban. Agachó la cabeza y le acaricié.

En ese momento vi aparcar el coche de Stephen y tras él, llegaron Amy con los gemelos, Taka y Thaïs y algunos coches más que nos acompañaban de comparsa.

Cuando el perro vio a su dueño, se puso contento y movió el trasero con euforia. Corrió hasta él y casi se le tiró encima.

Yo me levanté y le seguí. Bajé de la furgoneta, admirando el modo en que el señor Stephen se emocionaba al volver a ver a su amigo.

—¿Dónde están que me los cargo?! —gritaba Amy con los puños apretados—. ¿Dónde están?!

Caminé hasta Amy y le contesté:

—Son tres. Kilian se ha hecho cargo... —musité más calmada.

Amy miró al frente y vio a los tres de Harvard por los suelos, y a Kilian de pie, con ellos a su alrededor.

—¿Él solo les ha hecho esto? —me preguntó, mirándolo de arriba abajo—. Adiós, Capitán América. Hola, Kilian Alden —espetó con lascivia.

Taka y Thaïs llegaron corriendo hasta donde estábamos.

—¿Estás bien? —me preguntó Thaïs.

—Sí.

—Y yo que pensaba que tu coche no tenía muchos caballos —murmuró pasándome el brazo por encima de los hombros—. Eres una auténtica kamikaze, hobbit.

Las tres seguimos a Taka con la mirada, que se detuvo a hablar con Kilian y a interesarse por su estado. Los dos se evaluaron como dos machos dominantes, intercambiaron palabras que no atiné a oír y al final, se dieron la mano conformes.

—Chicas —Stephen se acercó a nosotras con Handsome a sus pies, siguiéndole a todas partes—. Voy a informar a la universidad de vuestra hazaña. Estoy muy agradecido. Creo que os merecéis un reconocimiento por lo que habéis hecho.

—Saber que Handsome está bien y de vuelta a casa es suficiente —contestó Amy con sinceridad—. Lléveselo ya, señor Steven.

—Sí —asintió feliz y, mirándonos agradecido, se dirigió hasta su Ford blanco y subió a Handsome a los asientos traseros.

Entonces, Kilian y Taka se acercaron a nosotras y de repente, la furgoneta negra Volkswagen arrancó y se alejó del arcén.

—¡Eh! —grité señalándola—. ¡Que se van! ¡No se pueden ir! La policía...

—Tranquila, Justiciera —me dijo Kilian—. Nada de policías. Estos conflictos son entre universidades. Dejemos que se vayan —sus ojos dorados miraron a la decena de alumnos que habían grabado lo sucedido con sus móviles—. Esos vídeos no tardarán en subirse a la red —explicó—. Suficiente tendrán con la humillación de ver cómo hemos recuperado a Handsome, y cómo les ha salido rana la jugada. Mientras tanto, la Biblia sigue estando en nuestro poder.

—Pero... —protesté ofendida—. Esos chicos se merecen...

—No somos santos, Lara —contestó Kilian—. Ninguno. Fuimos a su universidad y les robamos uno de los objetos más preciados que tienen. Está bien así. Deja que se vayan.

Me crucé de brazos, nada conforme con la decisión, pero me tranquilicé al ver que Stephen tomaba la carretera de vuelta a Yale, y que todos los demás se subían de nuevo a los coches, felices por tener pruebas de una nueva derrota de Harvard a manos de Yale, y esta vez, fuera de los confines universitarios.

—¿Entonces? —preguntó Amy—. ¿Qué hacemos? ¿Nos vamos?

—Sí —Thaïs tiró de Amy. Taka las siguió—. Nos vamos. Venga.

No iba a fingir que no me daba cuenta de que nos querían dejar solos. Y no lo hice. Les miré con cara de circunstancia.

Debajo de aquel puente, en el que todavía se colaba la claridad del atardecer y empezaban a hacer sombras las luces de la autopista, Kilian y yo nos quedamos solos.

Él me miró y después dejó caer la mirada sobre mi Mini rojo.

—Eres un auténtico peligro en la carretera, ¿lo sabes?

No esperaba que me dijera ningún comentario de ese tipo, pero lo acepté.

—Han sido las circunstancias —me encogí de hombros, sin perder de vista los detalles de su casco malogrado.

—Creo que has sobrepasado los límites de la velocidad establecidos.

—Sí, bueno, te seguía a ti. No sé quién iba más rápido de los dos —contesté.

Él no dejaba de mirarme y yo me estaba poniendo cada vez más nerviosa. Entonces me moví y noté una fuerte punzada debajo del omóplato derecho.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño? —se acercó a mí.

—No es nada. Solo ha sido el golpe —intenté enderezar la espalda—. Se me pasará.

—Has sido una inconsciente. No puedes enfrentarte a un chico que te dobla la altura y el peso así... podría haberte hecho mucho daño.

Alcé la mano para que no pronunciara ni una palabra más. No estaba dispuesta a escuchar recriminaciones.

—No —le pedí sin mirarle—. No tengo ganas de oír algo así ahora.

—Está bien —se calmó. Suspiró y su tensión desapareció—. ¿Te puedo decir que has sido una inconsciente increíblemente valiente? Nunca nadie había hecho algo así por mí. Al menos, una chica jamás.

Sentí un nudo en el pecho y tragué para que se me deshiciera. Pero era un nudo marinero y estaba bien amarrado.

—Gracias —susurró buscando mis ojos.

—Ya... bueno —carraspeé—. De nada.

—Te has comprado un coche muy bonito —señaló mi Cooper.

—Gracias.

—Me alegra ver que las clases que te di hicieron efecto.

—Tú me enseñaste a circular. Amy me enseñó la verdadera conducción evasiva —remarque.

Él afirmó y bajó la mirada. Chutó una piedrecita del suelo.

—Pues lo hizo bien.

—Sí. Sí lo hizo bien —por Dios, qué incómodo era estar así con él y no poder decirle lo que de verdad sentía—. Se te ha roto el casco. ¿Vas a poder coger la moto así?

Kilian estudió los daños en la estructura y se encogió de hombros.

—Sí. No hay mucho de aquí a mi casa.

Le hubiera dicho de llevarlo yo, pero sabía que no iba a dejar su moto en ese lugar.

—Bueno, entonces —me sequé las manos en el pantalón tejano y le sonreí forzosamente—. Me voy. Ya no hay nada que hacer aquí.

—Lara.

Me iba a dar media vuelta, pero me quedé quieta esperando a que él acabase la frase.

—Necesito que me hagas un favor.

—¿Que yo te haga un favor? —repetí incrédula.

—Sí. Mi padre organiza una comida en casa. Es algo... privado —se frotó la nuca, nervioso—. Después de que me negara a seguir el enlace con Sherry excusándome en que lo hacía porque ya había encontrado a mi pareja, y que era una goyín, mi padre quiere conocerte. Está molesto conmigo por lo que hice, y quiere asegurarse de que lo que dije era verdad y no una invención para rebelarme y humillarle.

—¿Tu padre cree que quieres humillarle? —me quedé atónita.

—Solo me lo dice porque quiere hacerme sentir mal y siente curiosidad por... por ti. Es solo una comida. Podemos fingir que estamos juntos solo ese día y después...

—Sí —contesté sin más—. No tienes que darme más explicaciones. Iré a esa comida.

Kilian cogió aire por la boca. Al parecer le había preocupado mucho mi respuesta.

—Va a ser muy informal. Nada de lo que debas preocuparte —intentó quitarle hierro al asunto—. Comeremos con mi madre, mi padre y mi hermano.

—¿Tu hermano? —palidecí.

—Sí, pero... —se apresuró a tranquilizarme—. Nos estamos haciendo cargo de él, Lara. Nos estamos ocupando para que vuelva a recuperar el equilibrio. Las pastillas de Luz que robó le han hecho muchísimo daño y... Al menos yo no lo he sabido parar a tiempo. Debí ver antes que se le había ido de las manos.

—No creo que debas culparte de las adicciones de tu hermano.

—No. Lo sé... —aunque no estaba convencido de no tener ninguna responsabilidad—. Pero sí que me voy a tomar en serio el que se ponga bien. Al menos ya sé que no tiene más en su poder, y que la producción de esas píldoras ya se ha detenido. Ya no hay más —sentenció—. Ya no podrá conseguir más. Nunca debieron de existir.

No iba a discutir con él. Las píldoras existían, y la producción seguía su curso.

Pero no quería pelearme con él de nuevo sobre ello. Me había pedido el favor de que hiciera el papel de la goyin por la que había rechazado a Sherry Nicholson. Era yo, pero en el fondo ya no lo era. No estábamos juntos. Y aun así, me lo había pedido.

No le iba a decepcionar. Le ayudaría al menos para que su padre viera que yo sí existía. O que, en algún momento de la vida de su hijo, fui real. Que él no mintió y que estuvo decidido a dejarlo todo en mi nombre.

A pesar de que, en la actualidad, ya no me quisiera a su lado.

—De acuerdo, Kilian. Te acompañaré el sábado —asumí muy seria, con mis ojos clavados en los suyos.

—Te lo agradezco. Te pasaré a buscar por la universidad, ¿vale?

—Ahora ya tengo coche. Puedo ir yo misma donde me digas —señalé sin pretender ofenderle—. No hace falta que te vean por Trumbull conmigo.

Incluso a mí me dolió la observación, pero me tragué los cristales lacerantes.

Él no pareció ni conforme ni disconforme. Era como si quisiera analizar cada uno de mis gestos y mis palabras.

—Como quieras. Entonces, me pasarás a buscar tú por mi casa a las doce.

—Ah —lo cierto era que pensaba ir yo sola hasta casa de sus padres, pero él me cambió los planes—. Está bien.

—Vale. Hasta el sábado.

Tragué saliva y le miré melancólica. Me apetecía abrazarlo y besarlo, y ya no podía. Era tan frustrante.

—Hasta el sábado.

Cuando cogimos nuestros respectivos vehículos para irnos de allí, me puse la música a todo volumen en el camino de vuelta. Tal vez así, acallaría la voz que sonaba en mi cabeza y que me repetía punzante «por tu culpa», «por tu culpa» y «por tu maldita culpa».



Doce

Al día siguiente me di cuenta de que nos habíamos convertido en celebridades dentro de la universidad. Los vídeos que grabaron los alumnos que acompañaron la caravana de rescate pululaban por la red hasta convertirlo en un fenómeno viral. No había lugar donde no oyera murmullos o donde no me señalaran. Gente desconocida me saludaba en los pasillos, en el jardín, en la cafetería, y si no lo hacían por vergüenza, me miraban y me radiografiaban tantas veces como querían.

Me moría de la incomodidad. No me gustaba nada ser objeto de persecución. A Amy sí. Ella estaba como pez en el agua.

Y tampoco sabía si a Kilian le gustaba aquel reconocimiento público tan abierto.

Pero lo descubrí el jueves por la mañana.

Aquel día me llamaron de secretaría diciendo que tenía una reunión con el Rector debido a los incidentes con Handsome Dan.

Cuando entré a la oficina del Presidente de Yale, el auténtico director general del Campus, no esperé encontrarme con un hombre de aquel tamaño. Era enorme. Muy alto, de extremidades largas, y se mantenía en buena forma. Su pelo entrecano estaba peinado con la raya al lado y tenía un bigote espeso que no podía ocultar el gesto risueño de sus labios. Parecía que sonreía mientras me miraba.

Su despacho era muy grande, estaba rodeado de ventanas en arco por el que entraba toda la luz de la calle. Las estanterías pobladas de libros vestían las paredes, en las que colgaban también cuadros y diplomas de todo tipo.

Él estaba sentado detrás de su escritorio de roble color caoba, tenía las manos cruzadas al frente, apoyadas en la mesa y hablaba con otra persona sentada ante él.

Me quedé pasmada cuando vi a Kilian.

No habíamos hablado desde nuestro rescate, pero flotaba en el horizonte la invitación para ir a su casa a comer y hacer el papel.

Su pelo oscuro y bien rasurado definía la forma de su cabeza. Sus espaldas rectas y muy anchas sobresalían por el respaldo de la silla elegantemente tapizada.

Llevaba un jersey negro de punto y no le veía mucho más, excepto que podía oler su colonia.

Y me encantaba su colonia...

—Señorita Clement —dijo el señor Benjamin Holloway—. Siéntese, por favor —me señaló la silla vacía al lado de Kilian.

Él sólo se movió ligeramente y me miró de medio lado aunque con discreción.

—Hola —le saludé yo retirando la silla para sentarme en ella.

—Hola —me contestó.

Me alisé la falda que llevaba aquel día. Era una falda tejana, puede que algo corta y la combinaba con unas botas altas marrones, una blusa blanca y mi cazadora de piel entallada. Dejé mi bolso colgado en el espaldar de la silla y miré al frente, cruzando una pierna sobre la otra cómo me enseñó Gema.

La presencia de Kilian y su manera de mirarme de arriba abajo me ponía en tensión, pero tenía que aguantar el tipo.

—Se preguntarán por qué les he reunido aquí —empezó a decir el señor Holloway.

—Tenemos una vaga idea —contestó Kilian.

Yo confirmé lo que él dijo con un gesto de la cabeza.

—No es un secreto lo de su hazaña respecto a Handsome Dan y su encontronazo con los alumnos de Harvard —el Presidente intercalaba su atención del uno al otro—. Todos los alumnos de Yale hablan de ello y no han dudado en subir esos vídeo a las redes. Tuvo que ser un rescate... arduo —entrecerró los ojos marrones ocultos tras los cristales de sus gafas y los clavó en Kilian—. ¿Son conscientes de que podrían haber provocado un accidente masivo en la 91? O peor —añadió—, pudieron provocar el suyo propio.

Kilian y yo nos miramos. ¿Nos estaba riñendo? Entonces, era una reunión para llamarnos la atención. Qué bien.

—En ningún momento pusimos a nadie en peligro —contestó Kilian.

—Señor Alden —Benjamin lo hizo callar alzando un solo dedo—. Tengo vídeos de la persecución de la furgoneta. Veo a un Mini rojo que fácilmente va a ciento veinte kilómetros por hora y que parece ajeno a todo lo que sea frenar, persiguiendo a una moto negra, abriendo camino entre la marabunta de vehículos... No me diga que no fue peligroso, porque lo fue. Y también fue muy inconsciente.

Los dos tuvimos el buen hacer de bajar la cabeza.

—Lo sabemos —intervine yo—. Pero esos chicos habían cogido a nuestra mascota. Y no podíamos permitir que se la llevaran. El señor Stephen estaba muy preocupado por su perro y llamó a nuestra asociación animalista y...

—No me está diciendo nada de lo que quiero escuchar —me cortó sin más—. Son alumnos de Yale. Usted es de primer año, jovencita. Y usted es un Alden. Ya sabe cómo funcionan las cosas aquí. No permitimos esta clase de conductas, por muy heroicas que sean —nos fulminó con los ojos—. Lo que espero de mis alumnos es que lleven el buen nombre de esta universidad allá donde vayan. No deben inmiscuirse personalmente en conflictos de este tipo. ¿Para qué está la policía?

Miré a ese señor como si hubiese nacido ayer. Sabía que estaba siendo muy obvia y que con mi cara se lo decía todo, pero no lo pude evitar. ¿Acaso no tenía ni idea de las relaciones entre Harvard y Yale? ¿Se pensaba que esas cosas no sucedían? La liga de la Hiedra no sólo era una competición deportiva entre universidades de Élite, toda esa combatividad se desplazaba en el día a día de los alumnos y era la que les empujaba a hacerse auténticas putadas imperdonables. No sabríamos qué había sido de Handsome Dan de no haberlo salvado.

—Sintiéndolo mucho —le dije sin poder mordirme la lengua—. Somos alumnos de Yale, y no podemos dejar que miembros de Harvard crean que pueden hacer daño a nuestro símbolo sin que eso tenga consecuencias. No llamamos a la policía porque no queríamos que el asunto trascendiera más allá de la competencia de los estudiantes y de nuestras diferencias. ¿No nos enseñan a ser responsables? Handsome Dan es responsabilidad nuestra. Y al final no sucedió nada de lo que lamentarnos. Porque llegamos a tiempo.

—¿Piensa usted como ella, Alden?

Kilian echó los hombros hacia atrás y se crujió el cuello a un lado.

—Por supuesto. Los alumnos de Yale nos encargamos de lo nuestro y no necesitamos involucrar a nadie más.

Yo sonreí por debajo de la nariz y le miré agradecida. Al menos me estaba respaldando.

Benjamin acabó apoyándose plenamente en el respaldo de su silla de oficina y nos miró pensativo y también complacido.

—Les felicito y les doy las gracias —anunció finalmente—, pero en casos como estos no es bueno que se tomen la ley por la mano. Prométanme que la próxima vez pedirán ayuda.

—Sí, señor —contestamos los dos al mismo tiempo.

—¿Tienen idea de por qué los de Harvard han querido hacer algo tan ruin?

Yo carraspeé y Kilian se encogió de hombros.

—Creemos que fue por perder en el *The Game* —adujo Kilian—. Ya sabe cómo se toman de mal las derrotas.

—Entiendo —se incorporó hacia delante para apoyar sus codos sobre la robusta mesa—. ¿Y no tendrá que ver con la desaparición de su famosa Biblia de la Biblioteca?

—¿Su qué? —dije yo disimulando como si no supiera de qué me hablaba.

—¿Su biblia? —repitió Kilian haciendo un mohín de desconocimiento absoluto brillantemente fingido.

—Han denunciado la desaparición de ese valioso incunable. Sospechan de un robo por parte de los alumnos de las universidades de la competencia.

Yo resoplé, aunque el pie se me disparó algo nervioso.

—Primera vez que oigo sobre esa Biblia, señor —contesté riéndome—. Hace dos meses que estoy aquí. Hay detalles que se me escapan...

—¿Ni usted tampoco, Alden?

—Yo sí la conozco —aseguró con normalidad—. Sé que tiene mucho valor para ellos. Pero desconocía que la habían robado —me miró fingiendo extrañeza y yo le seguí el rollo.

—Entonces no saben nada, ¿no? —incidió inquisitivo. No acababa de convencerle nuestras respuestas.

—No —contestamos.

—De acuerdo. Ya saben que en Yale detestamos esos juegos entre alumnos. No nos interesan esas vendettas. La competencia sana es buena. Pero cuando se convierten en cruzadas personales, las condenamos vehementemente.

—No, claro —musité. Era evidente que el Presidente, más dado a otros papeles públicos, no tenía ni idea de cómo funcionaba la vida universitaria subterránea y las desavenencias entre los diferentes escudos y los diferentes estados. Era la guerra. Y él no sabía de la misa la mitad—. Yo no sé mucho, señor. Y dudo que en los círculos en los que me muevo nadie pueda hablarme sobre esa Biblia —mentí como un truhán—. Pero si cae la breva, le informaré sin duda.

—Yo no he oído nada a nadie que sepa sobre su posible paradero —anexó mi Assassin—. Pero ya sabe que tampoco me gustan esas cosas —puso cara de niño bueno—. Le avisaré si me entero de algo.

—Por supuesto, Alden. No tengo ninguna duda en que me dirá cuanto sepa. Usted y su hermano son alumnos ejemplares.

¡Caramba, vaya morro!, quedé impresionada por el modo en que se ganó al señor Benjamin. Bizqueé.

—A propósito. ¿Cómo se encuentra Thomas? Su padre me ha dicho que está con un principio de bronquitis muy fuerte en casa, ¿verdad?

—Sí, principio de bronquitis aguda —respondió Kilian mirándome de reojo.

Pero bueno... Qué manera de mentir tan descarada. Me estaba entrando la risa y todo por lo absurdo de la situación.

—El médico le ha recomendado reposo. Tendrá para unas dos semanas —continuó muy sereno.

—Todo sea que se recupere pronto. Le necesitamos en el equipo de Hockey —sonrió conciliador.

—Sí. Yo también espero que vuelva dentro de poco —aseguró Kilian.

Me pareció que lo decía con sinceridad. Y eso me gustó.

En ese instante se oyó tres golpes de nudillos contra la puerta. Esta se abrió y un señor muy rubio y alto asomó la cabeza.

—¿Señor Holloway?

—Andersen —Benjamin hizo el gesto de invitarlo a pasar con la mano—. Entre. Estoy hablando con los dos héroes de Handsome Dan.

El hombre arqueó la cejas con interés, y entro a la estancia como si aquello fuera suyo.

Nos miró a uno y a otro, aunque lo cierto es que puso más interés en mí. Se colocó al lado del Presidente y le dio unos papeles para que los revisara, todo eso, sin dejar de estudiarnos.

—Se han convertido en celebridades —nos dijo—. A usted, Alden, ya le conozco. Pero no tengo la suerte de conocerla a usted —me miró con amabilidad y me ofreció su mano—. Soy el Rector Kirk Andersen.

Kirk Andersen, repitió mi mente. En el tiempo en que él movía la mano hacia mí y estiraba el brazo, los engranajes de mi cabeza empezaron a funcionar.

¿De la gente que conocía, quién se apellidaba Andersen? Fred. Fred Andersen, el Bones, capitán del equipo de fútbol americano. El mismo que salía con Laura Sanders. Y el antagonista de Amy.

¿Aquel era su padre? Sí, pensé. Los parecidos eran muy razonables. Tenía a Fred delante con unos veinticinco años más.

Le di la mano y él me la estrechó con seguridad.

—Señorita Lara Clement, ¿verdad? Entre los preceptores y el profesorado hemos hablado de ustedes. De ahí que sepa su nombre.

—Sí. Encantada de conocerle.

—Les mencionaba que aunque ha sido muy heroico lo que han hecho —recordó Benjamin—, deben procurar ser responsables con su condición de alumnos de Yale.

Benjamin se encogió de hombros.

—El Señor Holloway tiene razón —contestó soltándome la mano poco a poco—. Pero creo que fue muy honorable lo que hicieron. Si alguien dejó mal su nombre fueron los alumnos de Harvard. Ustedes defendieron lo suyo.

—No incentive esas actitudes, señor Andersen.

Kirk sonrió quitándole hierro al asunto.

—¿Qué tal su adaptación en la universidad, señorita Clement? Tengo entendido que es usted española. Obtuvo una Beca completa, ¿cierto? Matrícula.

—Sí —contesté—. Por eso conseguí la beca en Yale. Matrícula. Respondiendo a su primera pregunta, ya estoy completamente adaptada —aseguré—, mi Fellow se encargó de hacerme sentir como en casa —miré de soslayo a Kilian.

—¿Quién es su Fellow? —quiso saber.

—Amy Steakhouse.

Kirk arqueó la cejas y me recordó muchísimo a su hijo Fred.

—La señorita Steakhouse —repitió—. Una alumna muy buena y muy... peculiar.

«Y tan peculiar. Su hijo le dio la espalda porque los Bones la habían estigmatizado».

—Su hermandad goza de mucha popularidad en la universidad —prosiguió Kirk—. Entonces, ¿forma usted parte de ella?

—Sí. Soy una NM List —asentí con orgullo.

—Animalistas —convino—. Dicen que serán los primeros en cambiar el mundo.

—Sin duda —añadí—. Y más aún si son tan revolucionarios como Amy.

—Bueno. Revolucionario o reaccionario, como sea —fue una coletilla que no dijo muy convencido—. Me alegra saber que en Yale se siente como en casa. Y usted, señor Kilian Alden, ¿cómo van sus calificaciones? —cambió de foco de atención.

—Van bien, gracias.

—Su padre tiene muchas expectativas puestas en usted como futuro cirujano.

Kilian no se mostró nada conforme con aquella afirmación.

—Intento esforzarme, señor —replicó.

—No lo dudo.

Dicho eso, se centró en los papeles que le había traído al Presidente Holloway.

—Son las firmas para el contrato de la reforma de los vestuarios del pabellón de fútbol. Los de Harvard causaron muchos desperfectos —le explicó en voz baja.

—Sí —Benjamin se recolocó sus gafas de pasta—. Tuvieron muy mal perder —tomó su pluma negra con incrustaciones doradas y dejó su rúbrica.

—Eso es todo, señor —le aclaró Kirk.

—Perfecto —nos miró a los dos y le entregó los papeles firmados a Andersen, que los guardó en su carpeta negra—. Dicho todo lo que hemos dicho, ya se pueden retirar. En nombre de la universidad les doy las gracias por rescatar a nuestro Bulldog. Pero la próxima vez, hablen con las autoridades. No pueden jugarse el tipo de ese modo.

—Sí, señor —repetimos a la vez.

Nos levantamos de nuestras sillas. Me cargué el bolso al hombro y Kilian esperó a que yo pasara antes que él, como un caballero.

—Señorita Clement —dijo Kirk.

Me di la vuelta con expectación.

—Yale se enorgullece de tener alumnas como usted. Nos encanta la pluralidad y más cuando como individuos se identifican con nuestros valores y dan la cara por nosotros. Ha sido un placer conocerla.

Yo carraspeé, incómoda con tanta adulación, pero asentí con discreción.

—Gracias. Igualmente. Con permiso.

Después de eso, Kilian y yo salimos del despacho “oval” del Presidente, así es como lo llamaban.

Cuando salimos a los anchos pasillos del edificio principal del campus de derecho, los alumnos que se cruzaban con nosotros, nos miraban y se sonreían, cuchicheando a nuestro paso. Deteniéndose a nuestras espaldas para admirarnos mejor.

—Eres toda una celebridad —me dijo Kilian andando a mi lado.

—Mal me pese —susurré. Me hubiera encantado estar con él como antes y poder cogerle de la mano en público. Me apetecía mucho. Y más al ver cómo las chicas se lo comían de arriba abajo—. Y tú eres todo un desayuno con patas por lo visto.

—¿Cómo dices? —medio sonrió.

—Nada. ¿Cómo tienes la espalda? —Nunca iba a dejar de interesarme por su estado. Me arrepentí al instante, pues supuse que no me contestaría. Pero me sorprendió.

—Bien. Ya está casi recuperada. Solo tengo que ponerme compresas húmedas con aloe vera, y todo va siguiendo su proceso.

Me dolió que me hablase de sus heridas como si a mí no me tuvieran que doler. Pero me dolía. Todo lo que viniese de él me dolía.

—Si necesitas ayuda para...

—Tranquila —negó con la cabeza. Nos detuvimos en la salida de una de las plazas centrales del campus de derecho. Miró alrededor, y se metió las manos en los bolsillos delanteros de su pantalón—. ¿Sigue en pie lo del sábado? No me fallarás, ¿no? Solo será ese día.

—No, Kilian. Lo tengo en cuenta —mis ojos se lo decían todo. Quería que confiara en mí de nuevo. Era lo que más deseaba—. El sábado.

—Bien —se encogió de hombros, y se despidió con un escueto—: Pues adiós. Hasta entonces.

—Adiós.

Me quedé como un pasmarote viéndole alejarse de mí por enésima vez, andando como quien no quiere preocupaciones, aunque acarree con mucho peso en las espaldas.

Cuando mis pies decidieron ponerse en marcha, lo único que me preguntaba era: ¿de verdad tenía posibilidades de recuperarle?

Por poco porcentaje que tuviera de mi parte, no me rendiría.

La semana pasaba a gran velocidad, y todos esperábamos con mucha expectación que Taka nos dijera que ya tenía todos los datos que inculparan a Joss Klue y a los Bones con la producción de la Luz. La espera se hacía eterna.

Taka había conseguido más grabaciones con el dron del interior de la Tumba, pero según afirmaba, habían cambiado los dispositivos de seguridad de las puertas, y las habían protegido con una caja de silicona, con lo

que el dron no podía provocar descargas. En cambio, sí se escuchaba a gente trabajar dentro de las salas, aunque no viera a nadie salir y entrar de ellas. Además, el bicho espía no poseía demasiada autonomía, y tenía que ser casualidad que en ese justo momento en el que estuviera sobre volando los túneles de la Tumba, aparecieran las personas que queríamos identificar. Nunca tuvimos esa suerte.

El jueves por la tarde, se suponía que los Huesos se reunían en la Tumba, como cada semana. Esta vez, Taka, Thaïs y yo estuvimos acompañados por Amy. Ella ya estaba completamente informada sobre lo que sucedía, y quería ver con sus propios ojos y en directo al mosquito robótico hacer su trabajo de investigación.

—Es alucinante. Yo quiero uno de estos —dijo emocionada—. ¿Podría espiar a quien quisiera en las duchas de los gimnasios? —los ojos le hacían chiribitas.

—Solo a ti se te ocurriría usar esto para esos fines pervertidos —le dije.

El japonés tomó los mandos y a través de la pantalla del móvil controló el vuelo del dron. Estaba sentado, con la espalda apoyada en el muro en el que nos ocultábamos para realizar nuestras artimañas sin ser vistos. Thaïs, se hallaba sentada entre sus piernas, apoyada en su pecho. Y Taka la rodeaba con sus brazos y sujetaba los mandos de control frente a ella.

—Vamos a hacer lo que la otra vez. Nos esperamos a que el primer Bones entre y así entramos con él.

Eso hicimos. Y de tanto esperar nos dimos cuenta de que no se acercaba nadie a la Tumba. Ningún Caballero. Nadie.

Y entonces, justo cuando pasaba un minuto de las seis, llegó Kilian.

A mí se me cortó el aire y se me encogieron los pulmones.

Iba solo. Llevaba una chaqueta tipo bomber también de Philippe Plein, unos tejanos y unas Panama negras. Como siempre, irresistible.

—Joder, tiene un polvazo este chico —soltó Amy.

—Cállate, enferma —le pidió Thaïs.

Kilian tenía el gesto serio y concentrado, y andaba con muchísima tranquilidad.

Se plantó frente a la puerta y le dio al timbre. Al cabo de unos segundos la robusta puerta se abrió, y un miembro enmascarado de la Cúpula le abrió.

Yo estaba hasta las narices de tanto ocultismo, pero esperaba poder quitarles las máscaras pronto.

—Siempre ocultos detrás de esas espantosas caretas —dijo Amy con disgusto.

—Es su modo de mantener su anonimato respecto a posibles chivatos. La membresía de los Caballeros Bones se muestra en el Rumpus, pero no así los nombres de los miembros de la Cúpula —le expliqué—. Se cuidan de que nadie les espíe.

—¿Ni siquiera intuyes quien hay detrás de cada máscara?

—Sí lo intuyo —aclaré—. Sé que algunos son padres de alumnos. No sé si todos ejercen en Yale o no. Pero por lo que dijo Luce sobre su nombramiento como tapped, dejaba claro que el padre del Alfil la propuso. Solo él. Por tanto, hay al menos el padre de un Bones entre esa vieja guardia.

Permanecimos en silencio mientras veíamos hipnotizados lo que hacía Kilian. Lo llevaron hasta el salón principal, donde los estrados estaban vacíos y en cambio, la mesa redonda de piedra en la que había aquella estrella grabada, se encontraba rodeada por cuatro miembros de la Cúpula.

Cinco al completo cuando llegó el Maese que precedía a Kilian.

Habían velas por toda la sala, y una roja encendida justo en el centro de la pira.

Mi Assassin se cuadró frente a ellos, con una actitud que distaba mucho de ser sumisa. Como si no les tuviera el respeto que ellos creían que se merecían. Kilian estaba furioso con ellos por lo de las pastillas, por lo que le habían hecho a su hermano. No me imaginaba cómo se pondría si descubriese lo que estaban haciendo con ellas en realidad.

—Bienvenido, Caballero Alden —dijo el más alto de todos.

—¿Por qué estoy yo solo? —Kilian miró hacia todos lados, extrañado al no encontrar a ninguno de sus compañeros allí con él.

—Porque hoy es un día especial para usted.

—¿Por qué motivo? —quiso saber con desinterés.

—Por su gesto heroico con la mascota de Yale. Un Bone también tiene que dar muestras de valor en nombre de la universidad que nos acuna.

Kilian sonrió como si se pitorreara de ellos. A mí me dejaba sorprendida tanta descortesía por su parte.

—Señor Alden —intervino otro de ellos—. ¿No le hace ilusión recibir los halagos de la Cúpula?

¿Sigue disgustado por la mala gestión de su hermano con la Luz?

—Taka, ¿se está grabando todo? —susurré.

Él asintió con la cabeza. Seguimos observando el vídeo, incapaces de perdernos nada.

—No hubiera habido mala gestión de no haber jugado a ser dioses, maese Odín. La ciencia es peligrosa —añadió Kilian—. Hay límites que no se pueden sobrepasar. Les advertí. Nuestro cerebro no puede ser modificado. No así.

—Usted debe dejar que los mayores decidan lo mejor para la fraternidad—le corrigió el más alto de todos—. Ya rectificamos y dejamos el proyecto al ver que podía alterar los comportamientos de los Caballeros —admitió Odín falsamente—. Usted decidió no formar parte de ello, pero otros sí. Si a su hermano se le fue la mano con ello no es responsabilidad nuestra. Él decidió comer la manzana.

—No exculpo a mi hermano —contestó él echando los hombros hacia atrás—. Pero tampoco aprobé ese proyecto, y no les exculpo a ustedes tampoco. Aun así, a pesar de mis reservas, me alegra que vieran que no

podían continuar con ello —creía lo que estaba diciendo. Pobre Kilian, no tenía ni idea de lo que sucedía—. Nadie debería jamás exponerse a algo así. Me alegra que lo comprendieran.

—Nos place saber que es un hombre de principios y de muchas habilidades. Lo valoramos. Y valoramos su sinceridad para con nosotros. Por eso hemos convenido en otorgarle la tercera llama. Por recuperar a Handsome Dan frente a los alumnos de Harvard, y por atraer a nuestra hermandad a una chica con las cualidades de la señorita Lara.

Aquello no le gustó nada. Y a mí tampoco. Me estaban nombrando.

—Yo no la he atraído —replicó muy serio—. Si por mí fuera, la habría mantenido lejos de nuestro mundo.

—Pero es imposible. Usted es el Magog. Y hace honor al demonio roba virtudes —sonrió maquiavélicamente—. Ella se prendó de usted. De su poder. De su energía masculina. Como lo han hecho otras en su dilatada carrera de Magog. Hasta que dio con la virgen adecuada.

—Eso ya se acabó, maeses —contestó Kilian con una furiosa frialdad—. He estado con chicas en sus primeras veces, pero nunca fue por hacer honor a mi apodo. Ni por encontrar a ninguna especial como ustedes querían.

—Deje de quitarse méritos. Conoce la tradición. Aceptó su legado —dijo otro de ellos—. Y después de muchas flores desfloradas, por fin ha impregnado a la adecuada para que venga a nosotros. Le estamos muy agradecidos. Por eso queremos convertirle en Reich antes de su graduación. Se lo merece.

De entre las sombras, apareció un hombre con un maletín negro. Se acercó hasta la mesa de piedra. Dejó la maleta encima de ella y la abrió. Llevaba un equipo portátil de tatuaje.

—Lara no ha accedido a entrar en los Bones —les contestó—. Y no lo hará. Olvídense —Kilian hablaba por mí. Él no conocía mi decisión.

—Pero usted se asegurará de que así sea, caballero Alden. Esa chica tiene mucho que ofrecer a la hermandad.

—Se equivocan. No le influyo en nada. Ella es libre. Es inteligente. Y hará en todo momento lo que quiera. Además, ¿por qué tienen tanto interés en ella?

—Porque es especial —contestó él mismo sin más—. Y los Bones somos merecedores de lo especial.

Kilian negó con la cabeza. Miró fijamente al Maese que tenía la expresión de tristeza en la máscara. Parecía que esperase a que dijera algo.

—Acepto la tercera llama —sentenció Kilian—. La acepto por rescatar a Handsome Dan junto a Lara. No por atraerla. No voy a jugar con ella ni le voy a vender la fraternidad como si fuera la panacea. Además, Lara y yo no estamos juntos.

—Haga usted lo que quiera. Tiene la energía del Magog en su interior. La atraerá aunque le pese. La atraerá siempre.

—Yo no tengo nada en mi interior —le corrigió Kilian. Parecía que quisiera que lo echaran de allí—. Mi nombre en clave no me define ni me posee. Solo Lara puede decidir lo que quiere hacer. Solo ella. Y no voy a

permitir que nadie la presione o que nadie la coaccione. Y mucho menos seré yo el responsable de su entrada en la hermandad, cuando ni siquiera sé para qué la quieren.

—Nosotros no coaccionamos, futuro Reich. Nosotros solo guiamos. Y usted debe dejar de cuestionarnos o, ¿acaso quiere manchar el nombre de su apellido Alden? Estamos hablando de generaciones de Alden en los Bones. ¿Quiere ser la mancha negra?

—Quiero ser justo. No me ciegan los credos. Veo más allá de ellos.

—¿Acepta entonces la tercera llama? —preguntó el del rictus lloroso más inquieto de lo normal.

Kilian le miró. Estiró el brazo desafiante, se arremangó el jersey mostrando su potente y musculoso antebrazo y dejó la muñeca hacia arriba.

—La acepto, Sabio —lo apoyó sobre la mesa y todos le rodearon.

El individuo del maletín sacó su pistola de tatuar, puso las agujas pertinentes y esperó a que los maeses le indicaran el color.

—Amarilla blanquecina —le dijeron.

Tragué saliva. Le iban a tatuar la tercera llama. Se iba a convertir en Reich.

Mientras la aguja presionaba la piel y la marcaba para siempre, Kilian en ningún momento se quejó.

Los maeses cruzaron sus brazos sobre el pecho y repitieron en alto una oración a la diosa. Las llamas se entregaban en un ritual como aquel. Extraño. Inaudito. Y esotérico.

Allí todos parecían conformes. El tatuador, los maeses al ver a su súbdito, y rezar como si convocaran en éxtasis a los dioses... Todos menos Kilian.

Su gesto era inequívoco. Aceptaba la tercera llama porque le convertía en Reich. Y eso le daba otros privilegios. Le subía un escalafón. Pero no quería la llama porque creyera en ello.

Me había defendido y había exigido respeto para mí. Había confesado su decepción hacia la producción de la Luz.

Era el más inocente y noble de todos.

Y eso significaba todo para mí.

Exactamente el todo por el que yo iba a luchar.



Trece

Sus manos recorrían mi piel, esculpían mi cuerpo como si fuera un artista. Estábamos en la Tumba, sobre la mesa de piedra. Su boca marcaba cada punto caliente como si se tratara de un mapa del tesoro.

Él era mi tesoro, pero el suyo era lo que yo tenía entre las piernas. Me tocaba ahí con los dedos y me comía la boca con la sed de un hombre del desierto.

Rodábamos por la cama, a un lado y al otro, y él nunca me dejaba estar encima. Me dominaba y yo se lo permitía.

Pasé mis manos por las marcas de su espalda y me acongojé. Cuánto le tuvo que doler... ¿Esas señales le durarían toda la vida?

Él se incorporó sobre mí, apoyándose en los codos y me miró con la fiereza de su apuesto rostro.

Le acaricié las mejillas.

—Kilian... Lo siento tanto...

Él cerró los ojos como si intentara creérselo, o como si esa disculpa fuera todo lo que quisiera oír.

Cuando los abrió de nuevo, su mirada destilaba luz. De su espalda emergieron dos alas negras hermosas y magnánimas y su gesto se volvió de granito.

De su frente nacieron dos cuernos de color marfileño que poco a poco se hicieron grandes y se acaracolaron en las puntas.

Pero no me atacó. Solo me miró, dejándome claro que podía haber sido las dos cosas. Aunque eligió tener alas.

De repente, su tatuaje, el tridente con las tres llamas prendieron y el fuego nos envolvió.

Yo me abracé a él, sin importarme si me quemaba o no.

Nunca lo soltaría, aunque eso provocase que ardiésemos juntos. Aunque eso supusiese morir en *La Tumba en llamas*.

Me desperté de golpe, envuelta en sudor.

Y comprendí que mi subconsciente me estaba dejando claro que, él siempre fue el ángel, aunque el fuego y los demonios le acecharan.

Kilian siempre supo desplegar sus alas para escapar de las llamas.

Llegó el viernes. Y con ella la entrega de los trabajos que nos pidió el señor Donovan y que valoraría más adelante. Me dio igual no saber la nota entonces, pues otras cosas ocupaban mi cabeza.

La jornada de estudio me pasó volando. Entraba y salía de una clase a la otra como un robot. El fin de semana iba a ser muy movidito y parecía que todos mis pensamientos se focalizaran en el sábado.

Por la tarde Amy y yo fuimos al gimnasio, y por la noche junto con Taka y Thaïs nos fuimos al cine a ver *“La llegada”*, una película que nos dejó a cuadros y que nos encantó.

Al día siguiente, que ya era sábado, todos nos despertamos muy nerviosos. Agitados ante la que se avecinaba.

Amy se iba a hacer pasar por la novia de Thaïs.

Thaïs, que era la novia de Taka, tenía que hacerse pasar por su compañera de piso lesbiana para que los padres de Taka no sospecharan que su hijo se había liado con una occidental provocadora.

Taka les pasaba a ver antes por el hotel y después les pasaba a buscar para llevárselos a su casa a cenar.

Y yo tenía que cambiarme para ir a comer con Kilian y su familia para hacerle un favor.

Menudo despropósito.

Muy temprano recibí el mensaje de Kilian diciéndome que le pasara a buscar a las doce y media por su casa.

Me extrañó porque, al final, no era él quien venía a por mí. Pensé que iba a cambiar de idea. Pero no. Supuse que era su manera de dejarme claro que no era una cita normal y corriente. Que recordara que era un favor y que no me hiciera ilusiones.

Le contesté con un escueto «ok».

Me duché y me arreglé hasta que el reflejo que vi en el cristal me agradaba a mí y a las dos histéricas que tenía detrás, aprobándome. Amy y Thaïs me habían echado una mano para elegir ropa, y además, no sabían cómo paliar los nervios de ese día, así que desarrollaron su estrategia de pareja mientras yo me maquillaba. Lo de ellas iba a ser muy entretenido y cómico todo. Estaba convencida de que me iba a reír mucho con eso.

Lo mío, en cambio, no. Lo mío iba a ser un estudio de campo muy tenso y doloroso.

Cuando acabé de acicalarme, las dos silbaron.

Me decidí por un vestido de Little Mistress, mis botas altas marrones con tacón y una gabardina de Mint&Berry. A pesar de mi friquismo, había aprendido a comprar y a combinar, y aunque en mi día a día me gustaba ir más casual y más yo, si tenía que arreglarme sabía cómo hacerlo. No de un modo tan explosivo como haría Thaïs, ni de uno tan descarado y llamativo como el que definiría a Amy, pero sí a mi estilo. Fresco y elegante.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó Thaïs—. Vas a conocer a tus suegros.

—Yo no —contesté pasándome las manos por encima de la falda—. Tú eres la que esta noche va a conocer a sus suegros.

—¿A mis padres? —preguntó Amy jocosa.

—No te metas tanto en el papel, ¿quieres? —le instigó Thaïs.

—Solo son los padres de Kilian —contesté sacando hierro.

—Claro. Solo es el decano de derecho. Su hijo psicópata, su madre que seguro es una snob y su hijo mayor del que estás enamorada y el cual ya no quiere tener nada que ver contigo —enumeró Thaïs—. Solo eso.

Me di la vuelta recolocándome la trenza ladeada que me había hecho y la fulminé.

—Gracias por el resumen —añadí sarcásticamente.

—Mira —Amy posó sus manos en mis hombros—. Tú bebe. Bebe lo que puedas. Todo será más fácil así —me guiñó un ojo.

—¿Qué tipo de fijación tienes con el alcohol? Os juro que no tengo ni idea de dónde os he sacado.

Las dos sonrieron con orgullo, como si acabaran de oír un piropo.

—En fin —tomé mi bolso y lo colgué en mi hombro—. Me voy. Deseadme suerte.

—Suerte —dijeron a la vez.

—Haznos una llamada desde el baño para ver qué tal estás —me pidió Amy.

—Lara —Thaïs me señaló con el índice—. Sé puntual esta tarde. A las ocho y media en nuestra casa, por favor. No me dejéis solos con los samuráis.

—No os preocupéis. Seré puntual —abrí la puerta y les mandé un beso a través del aire—. Chao.

Cuando llegué al parquin donde tenía mi nuevo juguete que adoraba, mi Mini, metí la mano dentro de mi bolso y saqué una botellita de mi perfume. Me eché en el cuello y lo guardé de nuevo.

Ahora sí. Mi perfume actuaría como una coraza. Me hacía sentir más segura.

Inspiré profundamente, abrí el coche con el mando automático y subí al vehículo.

Ya podía meterme de lleno en el papel de «solo amiga» e ir a por una nueva aventura.

¿Lo peor? Que estaba convencida de que iba a fracasar. Porque lo que más me hubiera gustado es ir a casa de Kilian en calidad de novia de verdad.

Cuando lo pasé a buscar, él ya me esperaba en la puerta de entrada del jardín de su casa. No tuve ni que avisarle de que ya había llegado.

Hice muchos esfuerzos para no decirle lo guapo que estaba.

Llevaba un abrigo corto negro de G-Star. Unos tejando azules oscuros y unas Adidas originals 350 de piel

stintética de color gris.

Con sus gafas Ray-Ban completamente negras estaba irresistible.

Abrió la puerta y se metió en el coche, en el asiento del copiloto. Se puso el cinturón y me miró fijamente. No le podía ver los ojos a través del cristal, pero me dio igual, ya me los sabía de memoria.

—Hola, señorita Lara.

—Hola —sonreí afable.

—Gracias por hacerme este favor.

Me encogí de hombros.

—No me cuesta. Además, te debo muchos favores. Ya puedo ir tachándolos de mi lista de pendientes.

—No digas tonterías. No me debes nada.

—Si tú lo dices...

—Antes de nada —levantó un dedo—. Déjame que te ponga al tanto de unas cositas.

—Dime.

—Mi padre es tan alto y tan guapo como yo, mira fijamente y no parpadea. Mi madre se ríe mucho de todo pero querrá llenarte la copa de vino constantemente porque necesita el apoyo de una mujer entre tanta testosterona. A Thomas ya le conoces.

—¿Está ahí entonces? ¿Con vosotros? —quise saber un poco nerviosa.

—Sí. Se está recuperando en casa de mis padres. Ahora ya saben lo que hay y están poniendo mucho de su parte para ayudarlo a superar el mono. Va a estar bien. Y tiene ganas de hablar contigo.

—¿Tiene mono?

—Sí, claro. Mi hermano se ha hecho adicto, Lara —aseguró serio—. Empezó a tomar Luz asiduamente después de Lucca. Son ocho semanas de consumo casi a diario. Al final, estaba completamente descontrolado.

—Y... ¿él se ha dado cuenta de su problema?

—Sí. Se quiere poner bien.

—Me alegra oír eso.

—Quiere recuperarse. Ahora ya sabe lo que hice en la isla Deer con Sherry, sabe que dije a la Cúpula que no quería una pareja porque ya había elegido. Sabe que dije que te elegí a ti. A pesar de que él lo manipulara y te hiciera creer lo contrario...

—¿Y has descubierto por qué se ha comportado así en todo este tiempo?

Kilian no supo contestarme.

—Es algo que nos llevará tiempo tratar. Él y yo hemos competido en todo, pero siempre lo hacíamos de buen rollo, desde el cariño. Ha sido a raíz de este año que todo ha cambiado. Sé que el que no tomara Luz con él le decepcionó. Porque quería que los dos estuviéramos a la par. Y después, poco a poco se enganchó más, y yo me fui alejando. A pesar de mis esfuerzos por sacarle de ahí. Pero el compuesto de la Luz es altamente adictivo. Y muy nocivo para la química del cerebro. Su carácter cambió. Se volvió más ofensivo, más intolerante y obsesivo...

—Bueno, como todos los que tienen una adicción y necesitan de ella.

—Sí. Así es.

—¿Y no crees que debe de haber otra razón por la que él se dejara llevar por la Luz de ese modo? Puede que quisiera ser mejor que tú, vale. Pero detrás de cada acto hay un móvil. ¿No intuyes cual puede ser? Siempre hay algo mucho más profundo que nos incita a dejarnos llevar por nuestros impulsos.

Él hizo una mueca de desconocimiento.

—No se me ocurre. Nunca me habló de nada que le incomodara o que le preocupara. ¿Por qué? ¿A ti sí? —me miró con curiosidad.

No le contesté. No lo haría. Mi intuición me decía que debía confirmar mis suposiciones con Thomas antes de dar por seguro una corazonada.

—Dime la dirección —le pedí para ponerla en el GPS.

—No te hace falta —me contestó—. Yo te guiaré —sonrió para ponerme a prueba—. Así compruebo qué tal llevas tu coche.

Maravilloso. Arranqué resoplando.

Ahora no sólo me podía la tensión de ir a casa de los Alden, encima tenía que aguantar la presión de un profesor de conducción sin titulación.

—Cualquier cosa que digas podrá ser utilizado en tu contra —le recordé fijando la vista en la carretera—. Parte de lo que sé me lo enseñaste tú.

Él ocultó una sonrisa que no me quiso mostrar. Y miró hacia otro lado, a través de la ventanilla.

Mientras tanto, yo procuré no desviar mi mirada a su antebrazo, donde sabía que le habían tatuado la tercera llama; una llama blanca. También sabía que ahora era un Reich, y que no me entregaría a los Bones.

Iba a ser un día de lo más movidito.

Clapboard Ridge Road

Greenwich Connecticut

Cuando era muy pequeña, siempre me quedaba encandilada con las mansiones que salían en las series americanas que veían mis padres. No podía comprender por qué esa gente necesitaba tantos metros, tanto lujo y tanto espacio. Yo, que podía vivir en la habitación que compartía con Amy con total tranquilidad y que para mí era lo más cómodo del mundo, me echaba las manos a la cabeza cuando veía aquel reflejo de poder en el hogar de una persona.

Pues eso me sucedió cuando llegamos a casa de los Alden. No me llevé las manos a la cabeza porque debía sujetar el volante y no quería hacer una entrada tan triunfal, pero tuve que apretar los dientes para no desencajar la mandíbula.

—Hogar. Dulce hogar —murmuró Kilian.

—¿Viven en un hotel? —le dije sin poder ocultar mi sorpresa.

—Lo sé. Es enorme.

—No. No es enorme. No me viene esa palabra a la cabeza cuando veo esto... Parece la Casa Blanca. Tiene hasta un caminito pavimentado rodeado de cipreses para que te des una vuelta por el jardín... Que no sé cuánto tiene que medir solo el jardín delantero —dije calculando mentalmente.

—Son tres mil metros cuadrados de jardín.

—Ah, sí. Tres mil. Y ¡mira esa figuras que hacen los cipreses! ¿Quién es el jardinero? ¿Eduardo Manostijeras? Hay hasta una fuente que parece la piscina del gimnasio —silbé—. Vaya, Alden. No le va nada mal.

Kilian se echó a reír y negó con la cabeza.

—Es solo una casa.

—Si tú lo dices... ¿Quién vive en ella? ¿Ángela Channing?

—No. La familia Alden. Que son mucho peores que la dueña de Falcon Crest —arqueó las cejas repetidamente y se echó a reír—. Relájate. En el fondo son muy normales. Te caerán bien.

Me dirigió hacia la increíble entrada de aquel palacio que dejaba mi casa de Pedralbes a la altura de un tugurio.

Desde mi llegada a Connecticut me había dado de bruces con el ostentoso lujo de los Llaves y con la portentosa arquitectura de Yale. Pero no estaba preparada para aquel despliegue de pujanza y señorío.

Aparqué en una de las cinco plazas de garaje que tenían en el exterior y apagué el motor del coche. Las puertas de la mansión, cuya fachada blanca contrastaba con los tejados grises y llenos de detalles, y que me recordaban a las casas coloniales de antes de la guerra, se abrieron de par en par, y de ellas salieron un hombre y una mujer.

Él era muy atractivo. Alto, moreno, con el pelo entre cano y unos ojos cambiantes espectaculares. Llevaba un jersey de punto de color negro y unos pantalones de pinza marrones con mocasines.

Ella era un poco más bajita que él. Tenía los ojos caramelo y el pelo castaño suelto y juvenil. Vestía con un pantalón largo blanco y acampanado muy elegante, unos zapatos de tacón marrones de Louis Vuitton y una blusa de seda color café. Era muy guapa, y sonreía con autenticidad.

Me cayó bien nada más verla.

—Kilian, ¿cómo debo comportarme? —le pregunté. Estaba insegura. No sabía si debía meterme de más en el papel o actuar solo como una amiga.

Él giró todo su cuerpo para centrarse en mí. Qué grande era. Y en mi coche parecía aún más enorme.

—Solo tienes que ser como eres. Esto es solo una comida con mis padres. Quiero que él vea que existes, que no desafié a la Cúpula solo por gusto. Es lo único que pretendo del día de hoy. Que te conozcan, que tú les conozcas a ellos y también que veas a Thomas y te quedes tranquila. No seas muy dura con él.

—No voy a serlo. Será un poco violento. Pero le perdono. Aunque nada de esto lo hago por él —le aclaré—. Lo estoy haciendo por ti.

Kilian no parpadeó ni una vez. Solo asintió y añadió:

—De acuerdo. Vamos.

Yo sí parpadeé algo confusa. Si solo quería eso, de acuerdo. Podía hacerlo. Por él haría lo que fuera. Porque yo sí lo quería. A mí, por muy enfadada que estuviera, no se me borraban los sentimientos de un día para el otro.

Kilian se acercó a saludar a sus padres. Le dio la mano a su padre y besó a su madre en la mejilla, además de sepultarla entre sus brazos. Yo me quedé en segundo plano hasta que llegó el momento de presentarme.

—Esta es Lara —me dijo invitándome a dar un paso adelante.

Betty fue la primera que se me acercó a darme un beso cariñoso y dedicarme una sonrisa llena de simpatía.

—Lara, es un placer. Soy Betty. Eres preciosa —canturreó—. Es preciosa, Kilian, ¿verdad?

Yo enrojecí hasta la raíz del pelo pero me dio la risa igualmente. Kilian me contempló muy sereno y contestó:

—Claro que lo es.

—Basta —dije en voz baja—. Gracias, señora Alden. Usted también. Es un placer conocerla.

—Ah, no —me corrigió Betty—. Nada de señora. Llámame Betty.

—Eh... me va a costar.

—Tonterías —replicó rodeándome los hombros con el brazo y acercándose al señor Alden—. Y este hombre tan efusivo y que no para de hablar es el señor Alden, el padre de Kilian. Mi marido Richard Alden.

Richard. Cuando su mirada y su atención cayó sobre mí, tuve que admitir que ese hombre, además de presencia tenía una autoridad intimidante.

Sus ojos azules no sonreían, sus labios tampoco. Pero era capaz de hablar sin mencionar palabra.

—Señor Alden —le ofrecí mi mano—. Encantada de conocerle.

Él la aceptó y me la tomó enérgicamente. Con aplomo. Todo el que yo no tenía.

—Encantado de conocerte, Lara. Bienvenida.

—Gracias —afirmé levemente con la cabeza.

—Venga, entremos —dijo Betty emocionada—. Nos han preparado un tentempié en el jardín interior.



Catorce

Cualquier descripción de los detalles del interior de aquella casa no le harían justicia. No tenía ni idea de arquitectura, pero sí sabía que los techos eran altísimos, que la habían reformado para que la decoración fuera más contemporánea; también comprendía que aquellas escaleras de caracol de mármol tan brillante valían una millonada, casi como cada uno de los cristales que comprendían las lámparas de araña ubicadas en los salones más señoriales. Y habían unos cuantos.

Lo que me gustó es que no pretendieron alardear ni ser ostentosos, aunque mis ojos salieran disparados para admirar cada una de las estancias que nos encontrábamos hasta la llegada al jardín interior en el que la piscina del ala Norte de la casa que era mitad exterior y mitad cubierta, emergía al otro lado del césped como si fuera un oasis, un espejismo. Pero era real.

La mesa exquisitamente decorada tenía varios pica picas muy apetecibles, entre los que se encontraban gambas a la plancha, ensaladillas de todo tipo, aceitunas y montaditos que daba pena comer.

Tomamos asiento alrededor de la mesa ovalada. Esperé a la llegada de Thomas, a ver si aparecía, pero no.

—Thomas estará para comer. O eso espero —le explicó Betty a Kilian—. Ya sabes que estos días le está costando comer.

—Es normal —adujo Kilian.

—Sí. Se ha despertado muy tarde por la medicación y ahora se está duchando.

Kilian asintió más tranquilo y me retiró la silla para que tomara asiento.

El servicio nos llenó las copas. No estaba acostumbrada a ese tipo de trato, excepto en los restaurantes, pero al parecer en la Mansión Alden aquel era el pan de cada día.

—¿Qué tal tu adaptación a la vida de Estados Unidos, Lara? —me preguntó el decano con su cóctel en la mano y mirándome de manera evaluadora—. Me ha comentado que vienes de Barcelona, ¿verdad?

—Sí. Así es —contesté—. Me he adaptado bien. Aquí hace más frío que en España, mucho más —les informé—. Pero la verdad es que los estilos de vida no difieren mucho el uno del otro.

—Debes de echar muchísimo de menos a tus padres —me dijo Betty muy empática en todo momento conmigo.

—Sí. La verdad es que pienso en ellos cada día.

—¿Cuántos años tienes, querida?

—Diecinueve.

—Diecinueve años e independizándote en otro país —murmuró con orgullo—. Eres muy valiente.

—Gracias —lo cierto era que tenía más miedo que agallas, pero no se lo iba a mencionar.

—¿Y qué estás estudiando? —me preguntó el padre.

—Cualquier similitud que te esté dando esto con un interrogatorio es pura coincidencia —bromeó Kilian censurando a sus padres.

Betty rió y amistosamente me dio golpecitos en mi antebrazo con su mano cálida.

—Discúlpanos, Lara. Llevo veintiún años esperando a que mi hijo me traiga a una chica a casa formalmente. Eres la primera y somos muy novatos en esto.

—Oh, yo también —les aseguré—. También es mi primera vez.

Richard sonrió disimuladamente.

—Deberás acostumbrarte a los interrogatorios —señaló Richard bebiendo de su copa—. Vas a ser criminóloga.

—Cierto —abrí los ojos con sorpresa—. Pero pensaba que no sabía qué estudiaba —le caceé al vuelo y él también se dio cuenta. Sin embargo, cambié el tono inmediatamente —Caramba, Kilian —objeté—, pues sí que les has hablado de mí a tus padres.

—Oh, no ha sido él —me corrigió Richard—. Mi hijo es cerrado y poco dado a revelar ese tipo de información conmigo.

Kilian puso los ojos en blanco, como si le aburriese. Pero en el fondo, noté que Richard deseaba ese acercamiento con él.

—Lo poco que sé es de boca de mis colegas que te tienen como alumna en sus clases. El profesor Donovan, la decana Spencer, también el Presidente Benjamin te ha conocido... Todos han mencionado tus capacidades intelectuales —adujo aprobatoriamente—. Dicen que destacas entre todos.

Me sonrojé.

—No sabía que hablasen de mí.

—Han sido comentarios superficiales.

—Bueno, ellos son excelentes comunicadores, puede que por eso se me dé bien esas asignaturas.

Richard se llevó un canapé a la boca y cuando tragó añadió.

—Modesta. Y humilde —enumeró—. Me gusta.

Kilian me llenó un plato de canapés y fue a mi rescate.

—Pruébalos. Están muy ricos.

Un bocado de esos canapés era como probar el cielo.

—Están deliciosos —le sonreí—. Está todo delicioso.

—Gracias —contestó Betty—. Richard ha estado toda la mañana cocinando.

—¿En serio? —dije yo arqueando una ceja. Dudaba que ese hombre supiera de cocina.

—Por supuesto que no —contestó Betty riéndose de su propio chiste—. Bueno... ¿Y cómo os conocisteis?

Yo miré de reojo a Kilian y me incomodé. No sabía qué decir. ¿En Lucca? ¿En Yale? Pero fue Kilian quien contestó por mí.

—En el viaje que hicimos a Italia —les dijo la verdad, así sin más—. En Lucca.

—Pero qué casualidad —dijo Betty impresionada—. ¿Allí os conocisteis y luego os encontraréis en Yale? Qué barbaridad.

—Sí, fue una sorpresa —contesté—. No sabía que Kilian iba a estudiar en mí misma universidad, y resultó que sí. Me engañó —bromeé.

—¿Él te dijo que iba a estudiar en otra parte? No entiendo —musitó Betty cada vez más fascinada.

—Ya sabes, mamá. Verano, chicas, no quieres compromisos... Me hice pasar por estudiante de otra universidad. Sabiendo que después se llevaría una sorpresa al verme en Connecticut.

Me quedaba más que claro que Betty no tenía ni idea de la actividad secreta de su hijo Bones en Italia. Ni de los vídeos ni del accidente de Luce...

—¡Y vaya si me la llevé! —espeté arrancando a reír. Kilian también me siguió el hilo, y Betty se añadió a nuestras risas. Menuda obra de teatro estábamos representando.

Richard, en cambio, nos miraba a uno y a otro como un tigre que estudiara a su presa.

—¿Tus padres a qué se dedican? —me preguntó él de golpe.

—Mi padre es empresario y mi madrastra es...

—¿Madrastra? —Betty no comprendía.

—Sí. Mi madre biológica murió hace diez años.

—Oh, Dios, lo siento mucho... Debió ser terrible.

Pude percibir el sufrimiento de Betty ante mi respuesta así que le sonreí para que no se preocupara de más.

—Sí lo fue.

—¿Puedo preguntar a causa de qué? —este fue Richard.

Yo le miré fijamente.

—Richard —lo censuró Betty amargamente.

—A Lara no le gusta hablar del tema —contestó Kilian echándome un capote.

—Lo siento —se disculpó Richard.

—No pasa nada. Ya ha pasado el tiempo y ya estoy bien —contesté lo más entera que pude—. Nunca olvidaré a mi madre. Pero quiero mucho a mi madrastra —dirigí mi mirada de nuevo a Betty—. La quiero por la vida que le ha devuelto a mi padre. Y a mí me ha ayudado en todo y la adoro. He tenido mucha suerte —aseguré bebiendo del san Francisco sin alcohol.

Sabía que Betty se sentiría identificada. Ella era la madrastra de Kilian, sabía lo que era ganarse el amor del hijo de otra persona. Supe, sin lugar a dudas, que ella y yo hicimos click a partir de entonces, y que ya me quería en su casa.

De hecho, Betty me recordaba a Gema. Su simpatía, su calidez y su energía tan opuesta a la de Richard equilibraba al otro, justo como le pasaba a mi padre con ella. Eran muy similares.

Richard parecía mucho más distante. Él era quien realmente me analizaba. Pero entendí que funcionaba de otra manera, y sería un hueso durísimo de roer en solo un día.

Pero no iba a perder la esperanza.

—¿Y en qué te gustaría trabajar cuando te licencies, Lara?

—Lara tendrá donde elegir —intervino Kilian muy sobre protector—. Se la rifarán.

Me encantaba cómo hablaba de mí. No parecía nada fingido.

—Sí —le sonreí dándole golpecitos calmantes en el dorso de la mano que repentinamente había apoyado encima de mi rodilla. Se me disparó el corazón—. Pero mi intención es ser criminóloga.

—Oh —Betty se asombró—. Yo hubiera deseado serlo. Pero habría fracasado porque al final todo el mundo me toma el pelo.

—Sí, y no condenas a nadie —señaló Richard—. A todos les levantas el castigo.

—Pues soy así —se encogió de hombros nada preocupada por su condición—. ¿Qué quieres que haga? —me miró y me guiñó un ojo.

—Eso es porque crees que todo el mundo es bueno —le dijo Kilian suavemente.

—¿Y eso es malo? —se defendió—. Todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario, ¿no? Además, tu padre me engañó como quiso.

En el gesto amable y amoroso de Richard residía toda la verdad. Kilian me dijo una vez que su padre de quién estaba enamorado era de su madre biológica. Y puede que fuera verdad. Pero también quería a Betty. Al menos, era lo que yo percibía.

También lo percibía en mi padre con Gema. Mi madre fue el amor de su vida, pero Gema le devolvió la sonrisa y le hizo creer en otro tipo de amor. Diferente, pero amor al fin y al cabo.

—Yo no creo que sea un defecto —la apoyé midiendo mis palabras—. Creo que es una virtud, Betty. Aunque al final, el dicho que más da la razón es el de: piensa mal y acertarás. La gente, lo quieras o no, te decepciona —le resumí—. Por eso es bueno confiar solo en los que son de fiar.

Kilian se removió en su asiento y casi le pude oír diciéndome: «claro, como tú te has fiado de mí».

—Creo que la gracia está en saber detectar a los buenos y a los no tan buenos —murmuró Betty.

—Cierto, mamá.

Me aclaré la garganta e intervine de nuevo.

—Pero a pesar de tener solo diecinueve, desearía pensar como tú, Betty. Nunca hay que perder la esperanza en las personas.

Ella me sujetó la mano con fuerza y con gesto serio me dijo:

—Si no llego a pensar así, nunca me habría casado con este hombre de hierro que tienes ante ti —miró a Richard.

—¿Y acertaste? —le pregunté.

—Creo que en ese momento mi Cupido se había drogado —bromeó queriéndole de reojo—. Pero el tiempo me dio la razón. Es un buen hombre, aunque a veces haya que hurgar para ver esa bondad.

Curioso, porque lo mismo me había sucedido con Kilian.

Era bueno, mucho, pero tuve que escarbar para darme cuenta de ello por mí misma.

Aunque al final, en el fondo, en su verdadero poso, se encontraba su verdadera benignidad. La descubrí tarde.

Pero al menos, la descubrí.

—Sabes que mi hijo forma parte de los Bones, ¿verdad? —incidió Richard yendo al grano—. ¿Y sabes lo que hizo por ti?

—Creo que estoy al día, señor —le contesté sin ocultarme—. Sé muchas cosas de los Bones, y también sé que ellos saben cosas de mí. Aunque, permítame decirle —lo interrumpí antes de que me bombardeara— que su hijo nunca debió encontrarse en esa tesitura.

—¿A qué te refieres, Lara? —me dijo Betty muy interesada por mi opinión.

—Pues al hecho de tener que aceptar que lo enlazaran con alguien que no amaba solo para preservar la estirpe. Y después tener el talante de renunciar a ello ante sus mayores.

Sentí cómo cayeron esas palabras en la comida. Kilian ni se inmutó. Al contrario, agachó la cabeza ocultando una sonrisa orgullosa que me hizo sentir bien.

—Fue realmente valiente —añadí.

Richard tomó aire por la boca y vi cómo su pecho se ensanchaba con tensión. Como si estuviera preparándose para estallar.

—Mi hijo es un valiente —susurró Betty admirando a Kilian con todo su corazón en los ojos—. Las normas están para romperlas. Y más las que constituyen el libro secreto de normas sociales de los Huesos. Necesitan una reforma —me guiñó un ojo—. Richard siente un gran respeto por ellas y le ha insuflado el mismo respeto a sus hijos. Pero, el mundo cambia. Y esa Tumba también debería cambiar.

Al oírla, Richard evitó mencionar lo que en realidad pensaba. Posiblemente, discrepaba. Pero supe, por su mirada acusadora, que me lo diría en otro momento.

Bueno. Que estuviera tranquilo. Porque su hijo no quería saber nada de mí, todo aquello era solo una obra de teatro, y cuando acabase, yo volvería a ser una goyín.

Solo sería una Bones si él estaba a mi lado.

Lo cierto fue que el pica-pica con ellos, excepto los momentos de tensión, fue muy ameno. Dejamos de lado los detalles más íntimos y todo se volvió más anecdótico y liviano, en el que profundizamos en temas más banales como la política, el deporte o incluso el cine y los Oscars.

Me enteré que, en su época, Richard fue capitán del equipo de fútbol americano. Que Kilian, de niño, solo se dormía si Betty le cantaba el *Somewhere out of the rainbow* y que Thomas se acostumbró a dormir en la cama de su hermano y que luego les costó mucho separarlos de más mayores.

Las imágenes que me dibujaban de los dos hermanos eran enternecedoras. Dos niños solos que se veían en la obligación de tener un hermano y que, para sorpresa de todos, congeniaron muy bien de pequeños.

Fue en la edad adulta que empezaron a pronunciarse un poco más sus diferencias, con la aparición de los egos y de la competitividad dentro de los Bones. Pero eso no había hecho que Kilian dejara de querer a Thomas. Ni al revés.

Precisamente por el amor que sentía hacia su hermano todo le dolía tanto.

Y entonces llegó el momento de movilizarnos al salón principal para disfrutar de la comida.

En el trayecto me enseñaron el gimnasio, la piscina interior y cubierta, una especie de baño turco, hasta que, al otro lado del jardín llegamos al salón.

Mi sorpresa me llevé cuando, de pie, vestido con pantalones negros y camisa blanca, bien peinado, y de espaldas, mirando a través de las enormes cristaleras que nos rodeaban, se hallaba Thomas.

Su pelo negro se le rizaba ligeramente en la nuca y parecía un pelín más delgado.

Me detuve en seco, pero Kilian me tomó de la mano con dulzura y me invitó a proseguir, consciente de mi impresión.

Betty y Richard saludaron a su hijo con alivio al verlo ahí y él se dio la vuelta.

—Me alegra que hayas decidido bajar a comer con nosotros —le dijo Betty con muchísimo tiento, mirándolo como quien mira a un pajarillo herido—. ¿Tienes hambre?

—Se me empieza a abrir el apetito —reconoció luchando contra su malestar.

—Eso es bueno, hijo —lo aprobó Richard dándole una palmadita en la espalda—. Siéntate con nosotros.

—Hola, Kilian —lo saludó Thomas sin rastro de la inquina y el recelo de otros días pasados.

—Hola, Thomas. ¿Cómo estás? —caminó conmigo de la mano hasta colocarse delante de él. Lo observó y valoró sus ojeras como un perfecto doctor—. Tienes mejor cara.

Thomas se encogió de hombros como si no se lo creyera demasiado y después buscó contacto visual conmigo.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, ya no había oscuridad. Solo confusión y también arrepentimiento. Yo no sabía si podía hablar abiertamente de ello, de lo que había estado tomando Thomas, de cómo se había comportado, porque no sabía si Betty estaba al corriente y no quería meter la pata.

—Hola —le saludé yo.

Richard nos miraba con muchísima atención. Él sí sabía lo sucedido, sí conocía el trasfondo de todo, y estaba expectante, pensando que tal vez yo hablaría de más o me comportaría mal con su hijo —aunque se lo merecía—.

—¿Cómo estás, Lara?

Recordé entonces todas las actitudes de Thomas para conmigo, sus insultos, sus mentiras, sus risas y sus bromas. Incluso ese beso robado en los cielos, tan diferente del que me robó su hermano en el salto de fe. Y decidí verle a él y darle una nueva oportunidad. Porque si Kilian tenía fe en su hermano, era por algo, aunque a mí, hasta entonces, me costara muchísimo creerlo.

Como fuera, le dediqué una sonrisa redentora, sin más pretensiones que la de forjar un puente de comunicación con él.

—Así que tú eres Thomas, ¿eh? —le pregunté dándole a entender que el que yo había conocido bajo la influencia de la Luz, no era su verdadero yo.

Y Thomas no necesitó nada más. Entendió el gesto. Igual que su padre y Kilian, que parecieron respirar más relajados.

Sabía que siete días de abstención podían ser muy duros a niveles emocionales y neurológicos. Pero no estaba solo. Y eso también lo percibía en la atención de Kilian y en el calor de sus padres.

Entonces alargó su mano hacia mí.

—Encantado, Lara.

Yo acepté su mano. Y decidí que aquel era mi nuevo comienzo con él.

Borrón y cuenta nueva. Aunque sin olvidar.

—Igualmente, Thomas.

¿Cómo no iba a querer conocer a esa familia al completo? Eran todos muy interesantes y formaban parte de Kilian. Si entendía en qué seno se había criado y había crecido, también comprendería su desarrollo y la personalidad que había adoptado. Una diminuta parte de esa personalidad nacía en la herencia, la otra en el entorno y otra más, era de cosecha propia y de adaptación.

Y mientras el servicio nos iba sirviendo el primer plato, me preocupé más de observar a todos los individuos de esa familia y a su modo de interactuar.

A Richard lo escuchaban en silencio. Todos con respeto. A Thomas su padre le parecía un gigante de tres metros al que venerar. A Kilian, ya no le parecía tan alto.

Betty seguía queriendo a su marido, pero en sus ojos almendrados no ocultaba el desengaño que acarrearaba el paso de los años y la desmitificación del amor.

Sí. Allí nadie idolatraba a nadie. Todos conocían sus defectos y sus virtudes, se querían a pesar de ellos, los aceptaban, como cualquier familia, aunque esta en particular siempre pusiera por delante la buena educación y la diplomacia cariñosa.

Sin embargo, nunca me imaginé que quien pusiera las cartas sobre la mesa, así tan de sopetón y tan directamente fuera la matriarca de la familia. Es más, creo que les cogió a todos con el pie cambiado.

—Bueno —se acabó la sopa la primera y fijó la vista en Thomas. La sopa que nos sirvieron como primer plato estaba deliciosa, pero Thomas comía como un pajarillo, aunque hacía esfuerzos por alimentarse—. Ahora que por fin conozco a Lara —me miró transmitiéndome una calma que yo, con aquel tono que empleaba, dejé de sentir—, tal vez, podáis decirme qué es lo que pasó la otra noche con ella. Y —alzó la mano para hacer callar a Kilian que quería intervenir—, y qué tenías que ver tú con ella en una cabaña, Thomas.

Richard palideció y dejó lentamente los cubiertos sobre la mesa.

—Betty, no es momento...

—No, querido —le replicó ella—. No he tenido nunca mejor momento que este para hablar con vosotros. Discúlpame, Lara. Perdóname por haber sido tan calculadora al respecto. Siento haber elegido el día de hoy para esto, pero no me han dejado hacerlo de otro modo. Hace mucho que los hombres de mi vida no se sientan en la mesa con la predisposición adecuada para hablar y pasar un momento relajado juntos.

Tragué saliva, y dejé la cuchara al lado del plato. De repente, se me había quitado el hambre. Miré a Kilian sentado a mi lado y él también había enmudecido.

Richard presidía la mesa. Betty y yo estábamos flanqueando sus costados, y al lado de Betty estaba Thomas. A mi vera, Kilian. Esas eran nuestras posiciones.

La tensión se convirtió en una entidad física que se podía cortar con un cuchillo.

—¿Crees que no iba a prestar atención a una llamada que recibieras la madrugada de Halloween, cariño? —parecía una loba exigiendo explicaciones—. Tengo dos hijos. Sé lo que es esa noche. ¿Crees que me

digas «duérmete, cariño, no es nada» va a hacer que me vuelva a dormir como si fuera un simple florero sin preocupaciones?

Richard se limpió los labios con la servilleta y se envaró en la silla.

—Pues no. No me dormí. Oí lo que te dijo Kilian. Oí lo que dijo sobre Lara... Y oí lo que dijo sobre esas pastillas que son el motivo por el que mi hijo pequeño —apoyó el índice en la mesa— ha cambiado tanto en estos tres meses. Oí que tuviste que recoger a Thomas tirado en el suelo mugriento de una cabaña, inconsciente. Así que, ahora, vais a hablarme claramente. Me dan igual vuestros juramentos como Bones. Esta es mi casa —dejó claro— y vosotros sois las piezas de mi puzzle. Y quiero montarlo y entender qué demonios está pasando.

Caramba. Toda mi admiración hacia esa mujer. La manera en la que habló no dio opción a que nadie la rebatiera.

—Sabe Dios, que nunca me he metido en temas de Huesos —prosiguió—. Sé cómo de sagrado es pertenecer a la fraternidad y cómo marca eso en la vida de mi familia. Pero si algo relacionado con los Bones está poniendo en peligro la salud física y mental de mis hijos, lo quiero saber. Y lo quiero saber ahora. Me has querido hacer creer que mi hijo —se encaró a Richard— ha sufrido un trastorno metabólico y por eso necesita la medicación que le estamos dando, y hacer reposo en casa. Pero nunca fui tan ilusa como para creer eso. ¿Sabes por qué, Richard? Porque soy madre. Soy madre de estos dos. Y sé cuándo algo no va bien. Así que, ¿creéis que hoy es un buen momento para que me digáis la verdad y me contéis de qué va todo esto?

—Betty. Puedo explicarte una parte a pesar de infringir mi juramento Bones. Pero no todo.

—Richard —Betty usó el mismo tono condescendiente—. Me importan un comino, querido, vuestros juramentos. Solo dime qué ha pasado con nuestros hijos. O será Lara quien me lo cuente todo. Porque ella, que yo sepa, no es una Bones. ¿Verdad, cariño? —esperó a que yo le contestara. Pero solo cuando vio que asentí en silencio se quedó satisfecha.

—No soy una Bones, todavía. Pero creo que no procede que yo le cuente la verdad. Seguramente, les vaya mejor si yo me voy y... —me iba a levantar, pero Kilian me puso la mano sobre el muslo y me retuvo.

—No. No te vas. Quédate —me pidió. En sus ojos vi un ruego y una demanda—. Por favor.

—Tal vez necesitáis estar a solas y... sería conveniente que... —contesté.

—No —aseguró Betty insistiendo como Kilian—. Necesito que me hagas compañía, Lara. Si ellos no hablan, solo tú me podrás aclarar las cosas. Y de verdad necesito respuestas. Te lo pido de mujer a mujer.

Parpadeó con sus ojos húmedos y desesperados, y no le pude decir que no. Los Alden eran muy complicados. Yo los había sufrido en mis carnes. Decidí que no le iría mal a esa mujer que alguien la orientara.

Madre mía, mi visita iba a hacer estallar todo por los aires.

—¿Qué quieres saber, mamá? —preguntó Thomas.

—Quiero saber qué son esas pastillas que te has estado tomando y quiénes te las han proveído.

Ellos se echaron el ojo el uno al otro, para comprobar quién debía ser el primero en hablar. Y como no podía ser de otra manera, fue Richard quien tomó la responsabilidad.

—Hace un tiempo los Huesos pusieron en marcha un proyecto de mejora de rendimiento psicológico. Se trataba de obtener un compuesto químico que ayudara a desarrollar el potencial dormido del cerebro. Obviamente era un cometido privado —tomó su copa de vino y dio un largo trago—. Nuestros especialistas creían haber encontrado una fórmula mágica que pudiera hacer mejoras globales en la psique. Por tanto, todo se debía hacer con sigilo. Por eso se tomó como pacientes cero a los propios caballeros de la Tumba. Porque sabíamos que la información no iba a salir de ahí.

Betty sujetaba la servilleta delicadamente bordada en su puño, arrugándola con rabia, como si no pudiera tolerar la tensión.

—¿Desde cuándo sabías tú sobre ese proyecto, Richard?

Él la miró sabedor de que la ira de su mujer iba a ser implacable.

—La Cúpula... nos reunió para informarnos sobre ello. Era algo que se intentaba hacer desde hacía años.

—Ah, ya. Los patriarcas os reunieron, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y creíste adecuado que mis hijos tomaran... eso lo que fuese porque los patriarcas os lo dijeran? —entrecerró sus ojos acusadores.

Kilian permaneció callado. Esperaba que su padre dijera que él siempre se negó, a sabiendas de que aquello lo ponía en inferioridad de condiciones respecto a los demás Huesos.

—¿Tú también, Kilian? —le preguntó Betty.

Vi a Richard en serios apuros. Ciertamente, parecía muy contrariado.

—No, mamá —contestó Kilian con contundencia—. Yo no. Lo probé una vez para ver qué efectos tenía. Y en cuanto comprendí lo que hacía, me negué a repetir las tomas. No estuve de acuerdo y no quise formar parte.

Betty dibujó una sonrisa de alivio y alargó su mano para estrechar la de su hijo.

—Me haces sentir muy orgullosa, hijo.

Kilian sonrió y le apretó los dedos levemente.

—Pero no pude evitar que Thomas lo tomara. Lo siento.

—No es culpa tuya, Kilian —intervino Thomas—. Fue mi decisión. Fui yo quien se equivocó y tomó el camino incorrecto.

—Basta —lo cortó Betty. Entonces fue cuando dejó caer toda su frustración en su marido, que intentaba mantenerse estoico, aunque sabía, y más al ver la tensión de aquella comida, que era él quien se había

equivocado y quien había hecho mal—. Richard, ¿sabías que esas pastillas podían crear adicción y podían sentar mal a él que las tomara? ¿Sabías que eran así de fuertes?

Él dobló su servilleta y la dejó a un lado.

—No. Era todo experimental. Creíamos que estaban dando buen resultado.

—Kilian me avisó. Nos avisó —dejó claro Thomas sin ningún tipo de vergüenza pero sí de reproche a sí mismo—. Él desde el principio me dijo que no las tomara. Papá quería que las tomáramos los dos. Pero fui yo quien lo hizo. Kilian se negó.

—Entiendo —murmuró Betty muy disgustada.

—Yo no sabía que iba a pasar eso —se defendió Richard—. Muchos otros las tomaban. Todos, en realidad. Y no tenían los efectos que...

—Sí los tenían, papá —le cortó Kilian—. Solo que en menor medida. Pero con la toma continuada no tardarían en llegar al punto de adicción y psicopatía al que llegó Thomas. Lo advertí. Se lo dije a papá y a Thomas, pero no me quisieron creer. Gracias a Dios, por fin han dejado de producirlas. Han detenido el proyecto.

Mi voz interior y osada me animaba a gritar que aquello no era verdad. Que el proyecto seguía adelante. Pero decirlo era destapar mi tapadera. Y aún tenía que cubrirme las espaldas.

—Señor... ¿y por qué a Thomas le sentaron tan mal? —preguntó Betty cada vez más destrozada.

—Porque robé, mamá —contestó él sin más—. Robé como un yonqui adicto. Me apropié de una caja entera de los laboratorios. Y me autogestioné las tomas hasta que se me fue de las manos. Me avergüenzo ahora, créeme. Pero entonces, las necesitaba. Incluso ahora las necesito. Me hacían sentir fuerte. Y quería demostrar eso... que era más valiente y decidido que mi hermano —lo miró sin máscaras. Sin odio. Solo con una sinceridad desnuda y locuaz que hablaba de un arrepentimiento descarnado—. Que era más adecuado para...

—¿Pero por qué, por el amor de Dios?! —gritó Betty dando un golpe encima de la mesa—. ¿De dónde sacas esas ganas de competir? ¿Por qué?! ¿Cómo lo has permitido, Richard?! ¡Tú debes cuidar de ellos, no enfrentarlos! —le recriminó a su marido como una fiera.

—No podía imaginar que eran tan malas. La Cúpula y sus especialistas siempre han hecho las cosas con sentido común y raciocinio —intentó argumentar muy nervioso—. ¿Cómo iba a pensar que a Thomas lo iba a cambiar de esa manera?

—¿Cómo permitiste siquiera que las ingiriera? ¿Por qué no hiciste caso a Kilian?

—No creí que...

—¿No creíste poner en tela de juicio a la Cúpula, Richard? —espetó con asco—. ¿Siempre irán ellos antes que tu propia familia?

—Estoy muy arrepentido, Betty —asumió Richard bajando la cabeza.

—¿Y tú, hijo? —increpó a Thomas—. ¿Eso te he enseñado yo? ¿A envidiar a tu hermano en vez de a quererlo y a respetarlo? ¿A hacer daño a su novia solo porque eres un celoso?

—No envidio a Kilian. Es mi hermano —contestó—. Y le quiero. Pero... no voy a buscar excusas. Tienes razón, mamá —contestó Thomas muy abochornado—. Tienes toda la razón —dejó caer la cabeza de manera sumisa y miró a Kilian—. No he tenido oportunidad de pedir perdón a Kilian y a Lara como es debido.

—No es necesario... —dijo Kilian.

—Sí lo es. Claro que sí —se reivindicó—. Yo te quiero, eres mi hermano. Y lamento haberme dejado llevar por la frustración.

—¿Por qué estabas frustrado? —quiso saber Kilian intrigado.

—Eso ya no importa —contestó.

—Claro que importa —refutó él más airado—. Si quieres que te perdone tengo que comprender por qué has hecho lo que has hecho, y por qué te has comportado con Lara de ese modo desde que la viste en Lucca.

—¿Qué sucedió en Lucca? —indagó Betty.

—Eso da igual, mamá —contestó Kilian—. Lo que pasa en Lucca se queda en Lucca. Pero sí que quiero saber el motivo, Thomas.

Kilian no se había dado cuenta, pero su mano seguía sobre mi muslo y cuanto más tensionado estaba más lo apretaba.

Thomas dejó caer sus ojos atormentados sobre los míos. Entonces supe que mi intuición y mis elucubraciones, toda aquella historia que me había montado en la cabeza, era real. No me había equivocado en mis vaticinios.

—¿No me lo vas a decir? —Kilian estaba cada vez más ofendido.

Richard y Betty habían dejado caer toda su influencia en su hijo pequeño, que parecía incapaz de decir en voz alta lo que le pasaba.

—Sé el porqué —dije yo atrayendo la atención de todos hacia mí para ayudar a Thomas a reducir su ansiedad.

Ya no le tenía rabia ni miedo. Ahora era un cervatillo inseguro y asustado que no asumía su principal miedo. Porque nunca se lo había dicho a nadie. Porque decirlo era una debilidad, ya que había asumido que nunca podría tener lo que quería, solo por no ser el hijo mayor de un Bones. Por eso se decantó por callar durante años. Pero el silencio se ulceró en su interior.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó Kilian.

—¿Qué es lo que sabes? —dijo Thomas frunciendo el ceño.

Tierra trágame. Engullí la poca saliva que me quedaba. Toda la familia Alden pendiente de las palabras de una goyín como yo.

¿Quién me lo iba a decir?

—Lara, por favor —me pidió Betty—. Habla.



Quince

Yo les expliqué lo que sabía cómo mejor pude. Pedí perdón a Thomas con los ojos, por revelar su secreto. porque él nunca se lo dijo a nadie, pero yo acababa de leer en su alma con más transparencia que nunca.

—Había una vez un niño. Era muy feliz viviendo con sus padres, que lo querían mucho. Tenía todo lo que quería. De pronto, ese niño tuvo a un hermano mayor, caído del cielo, alguien que le haría compañía siempre y un compañero de aventuras con el que poder disfrutar —quería contarle como una fábula. De manera que todos me prestaran atención y nadie se sintiera agredido por ello—. Su hermano era una bendición para él. Su mejor amigo. Pero con el tiempo se enteró que el hermano mayor, por llevarle solo unos meses sería siempre el elegido para todo. Al niño no le importaba, pues él lo quería, y todo le parecía bien. No tenía más pretensiones. Pero un día, llegó a sus vidas una niña. Una niña de brillantes ojos azules y pelo de oro. Los dos hermanos la quisieron y compartieron con ella muchas aventuras. Hasta que se hicieron mayores. Ya no eran niños. Habían cambiado. La niña era una joven hermosa y amable. Y ellos eran dos apuestos caballeros. El niño estaba enamorado de su amiga, la quería mucho, pero lamentablemente los padres de las familias, siguiendo un rito clasista y pasado de moda —les dejé caer—, ya habían enlazado a la niña con el hermano mayor. El niño nunca expresó sus sentimientos porque no quería decepcionar a sus padres. Así que quedó gravemente afectado pues no podía soportar que el amor de su vida se fuera con su hermano mayor por leyes que él debía respetar y que nada tenían que ver con los sentimientos. Él no quería odiar a su hermano. Lo quería con todo el corazón. Pero entonces, un día, un mago de la oscuridad le ofreció cambiar las tornas. Solo con la toma de una pastilla dorada, él se haría mejor, más capaz, más fuerte, capaz de hacer cosas que nadie hacía. Solo tenía que vender su alma a cambio de esas pastillas doradas. Y él, en un intento desesperado por demostrar a sus superiores que era mejor que su hermano mayor para ser pareja de la chica que quería, decidió tomarlas. Sin embargo, todo tenía consecuencias. El niño se convirtió en un ser egoísta y violento, que por no ser capaz de decir que quería a la mujer que le habían prohibido por derecho, se vio abocado a la oscuridad. Perdió la confianza de su hermano y el contacto con su enamorada, y quedó engullido por el odio y la rabia. Y así, en el fuego de su venganza, decidió que si su hermano mayor le quitaba a la mujer que quería, él haría lo mismo porque sabía que su hermano no estaba enamorado de la chica que le habían elegido. Era todo tan injusto... Las pastillas le dieron el valor y el coraje para provocar a su hermano el cual, a pesar de tener un enlace pendiente, había encontrado el amor verdadero con otra chica. Así que hizo lo posible por separarlos.

»Se volvió malo y cruel. Hasta que las pastillas le pudrieron el alma y enfermó, no sin antes, llevarse por delante la relación de su hermano mayor —la revelación cayó como una losa—. Ahora, él está solo en su palacio. Su hermano ha renunciado al enlace que le tenían preparado, pues reconoció estar enamorado de otra. Y el muchacho, que una vez fue un niño lleno de amor y alegría, ahora se recupera de las heridas de su propia vanidad y de su propio egoísmo y del veneno que las pastillas que le dio el mago de la oscuridad le metió en la cabeza.

Cuando acabé la historia, nadie quiso decir nada. A Thomas le cayeron dos lágrimas silenciosas y brillantes, llenas de pesar. Su madre se levantó de la silla sin ocultar el llanto, y corrió a rodear con sus brazos a su hijo y acunarlo contra su pecho.

—¿Qué te hemos hecho? —susurró su madre con la boca pegada a su coronilla negra. Su hijo estaba completamente roto, y su dolor la traspasaba.

La cabeza de Richard permanecía cabizbaja. Posó las manos sobre la mesa y se levantó sin alzar la mirada. Se dio la vuelta sin decir nada más y, simplemente, arrastrando los pies con gesto claramente derrotado, se fue del salón.

Yo me humedecí los labios hasta que noté los dedos de Kilian presionarme el muslo.

Alcé mi rostro y parpadeé al ver su mirada amarilla llena de comprensión y revelación.

—¿Thomas ha estado enamorado todo este tiempo de Sherry? —me susurró.

—Sí —asentí—. Lo que entiendo es que él nunca ha querido competir contigo por envidia o por ser caprichoso. Para él todo tenía que ver con ella. Y no toleraba que la unieran contigo cuando tú no la querías.

La nuez de Kilian se movió de arriba abajo. Y al cabo de unos segundos, se dirigió a su hermano.

—¿Por qué nunca me dijiste que te habías enamorado de Sherry? —le preguntó Kilian igualmente afectado.

—Porque no iba a servir de nada —contestó Thomas hablándole con la cabeza apoyada en el vientre de su madre—. Eso solo iba a complicar las cosas. No soy el hijo mayor. Nada iba a cambiar. Pero cuando comprendí que habías renunciado a Sherry frente a la Cúpula, mi cabeza ya estaba fuera de control. Es ahora cuando entiendo lo que hiciste —confesó agradecido.

—Ninguno de mis hijos se va a casar con nadie que no quiera —juró la madre—. Ninguno. Se han acabado las leyes Bones. No voy a hacer de mi casa una Tumba. En la universidad os registréis a la hermandad. Pero yo no voy a ser cómplice de la infelicidad de mis chicos —besó a Thomas en la cabeza y lo abrazó con fuerza—. Tengo mucho de lo que hablar con vuestro padre. Mucho. Pero entre los muros de esta casa, ya no hay hueso que mande.

Quise levantarme y aplaudir a Betty, pero no lo hice por tal de no parecer una hooligan.

—Siento mucho todo lo que ha pasado —continuó Thomas—. Siento haber sido así. Y me arrepiento del dolor que te he causado, Lara. Y del que te he causado a ti, hermano —le dijo con sinceridad—. ¿Crees que podrás perdonarme? —pedía clemencia con su mirada de ónix.

Y Kilian se la concedió. Alargó la mano hacia la de su hermano, que extendía lentamente, y se la tomó con fuerza.

—Empieza por volver a ser tú —le dijo Kilian muy sentido.

Thomas asintió y después buscó mi redención.

—¿Y tú, Lara? ¿Me puedes perdonar por todo?

Yo afirmé moviendo la cabeza arriba y abajo.

—Lo dejaremos atrás, Thomas. Hoy empiezas de cero. Pero, ¿me aceptas un consejo?

—Claro.

Me incliné hacia delante y le dije:

—El niño nunca le dijo a la niña lo que sentía por ella. Tal vez, se llevaría una sorpresa si se atreviese a expresarle sus sentimientos —le guiñé un ojo—. Pero tienes que ponerte fuerte, Thomas. Y llenarte de valor.

Él me miró sorprendido. En su cabeza nunca hubiera imaginado tener una sola oportunidad con Sherry. Pero ahora ninguno de los dos estaba comprometido.

—¿Tú crees? —me preguntó esperanzado.

—¿Por qué no? —me encogí de hombros.

Betty apoyó la mejilla en la cabeza de su hijo y me sonrió. Se le había corrido un poco el rímel pero estaba igualmente guapa, aunque llorase a mares.

Entonces, movió los labios y dibujó un «gracias» enorme con ellos.

Yo sonreí vagamente y negué con la cabeza. No había nada que agradecer.

En realidad yo no había hecho nada. La verdad era sanadora siempre.

Richard no volvió a aparecer durante la comida. De hecho, a Betty pareció no molestarle su ausencia, estaba más relajada y podía hablar con sus hijos de tú a tú, sin fingimientos. Ella era su madre y ya no la podían engañar. Lo había dejado bien claro.

—Tengo que hablar largo y tendido con tu padre. Ya me encargaré de él esta noche.

—¿Crees que está bien? —preguntó Thomas preocupado.

Betty se encogió de hombros.

—No. Él tiene su propio modo de encarar el dolor y las situaciones incómodas. Ahora mismo no creo que se sienta orgulloso de sí mismo. Sabe que ha tomado malas decisiones y se avergüenza de ello. Pero hay que darle tiempo.

Después de tomarnos el café, ya era bien entrada la tarde, Thomas se despidió de nosotros pues la medicación le daba mucho sueño y necesitaba descansar.

Fue una despedida normal, sin demasiados aspavientos, pero por fin una sincera y auténtica.

Betty nos acompañó al parquin. Se había puesto una chaquetilla de manga larga de punto para abrigarse del frío, y se cubría el pecho con los brazos cruzados como una Momia.

—Empieza a refrescar mucho. ¿Adónde vais ahora? —preguntó con interés—. ¿A celebrar que habéis salido vivos de esta terrible terapia familiar? —bromeó arqueando las cejas.

Kilian me sonrió e hizo lo mismo con su madre.

—Ha sido diferente —contestó.

—Yo me lo he pasado bien —añadí jugando con las llaves del coche en una mano.

Betty abrió los brazos y nos cobijó a los dos entre ellos.

—Kilian, quiero que traigas a Lara siempre contigo —le susurró.

Yo lo oí perfectamente y quise quedarme entre los brazos de esa mujer para siempre.

—Y si Kilian no quiere —me dijo pegando su mejilla a la mía—, ven tú a verme cuando quieras, querida. Me encantan tus cuentos —me dio un beso y me apartó mirándome con un cariño incontestable.

—Gracias, Betty —contesté—. Me ha encantado conocerte.

—Y a mí. Has sido toda una sorpresa muy agradable —me pasó la mano por la trenza—. Bueno, venga —se alejó del parquin—. Pasadlo bien y conducid con cuidado —movió la mano espasmódicamente para que nos fuéramos ya.

Cuando salí de la mansión Alden lamenté no poder despedirme de Richard. Aquel hombre parecía tocado y hundido. Como un líder que había perdido el liderazgo por su mala gestión.

Pero Kilian se encargó de que me olvidara de su padre cuando me dijo:

—Gracias, Lara.

—¿Por? —le miré extrañada.

—Esta ha sido la mejor comida que he tenido con mi familia. La mejor. Nunca la voy a olvidar —me aseguró mirándome intensamente.

Yo tampoco lo olvidaría. Había sido recia.

Lo que aprendí en medio de la tormenta fue que acabé descubriendo que en todas las familias cuecen habas, aunque en algunas, el fuego esté más alto que en otras.

Pensé en llevar a Kilian a su casa. De hecho esa era mi intención. Él no había propuesto nada más, y a pesar de que hablamos de la comida en el coche y de cómo veía él todo lo sucedido, no mencionó en seguir conversando sobre ello ni siquiera tomando un café. Yo tenía que ir a casa de Taka y de Thaïs, porque les prometí asistir a la cena. Me hubiera encantado tener el valor de invitar a Kilian, pero me quedé callada.

Sin embargo, antes de tomar el desvío que me llevaría hasta su casa me dijo:

—En media hora tenemos que ir a casa de Taka.

¿Eh? ¿Perdón? Yo, asombrada, le miré sin soltar el volante.

—¿Qué? ¿Cómo sabes tú eso?

Kilian sonrió y miró por el retrovisor como si tal cosa.

—Me lo pidió durante el rescate de Handsome.

No entendía nada. ¿Al cretino de Taka le había dado tiempo de invitarle y no me había dicho nada?

—¿Y tú le has dicho que sí?

—Sí, claro —asintió sin más—. Taka me cae muy bien. Y él necesita a otro alfa en la cena —me miró de reojo.

Mi rostro era el vivo reflejo del pasmo. Mi amigo confabulaba a mis espaldas. Y Kilian no había sido capaz en todo el día de decirme que me acompañaba a la cena.

—No lo entiendo.

—No tienes que comprenderlo todo, señorita perfiles psicológicos. Hay códigos de hombres los cuales alguien como tú, a la que no se le escapa ni un solo detalle, no es capaz de comprender. Relájate —me guiñó un ojo soberbio y terriblemente matador.

A mí las actitudes de macho alfa no me gustaban demasiado, pero tenía que reconocer que en Kilian, me hacían gracia y no me molestaban tanto. Puede que fuera así porque, en el fondo, sabía que era un tipo muy sensible y conciliador.

—Vale —musité—. Me relajo.

Él y yo sabíamos que iba a ser imposible. La cercanía del uno y del otro nos crispaba los nervios a ambos. No solo a mí.

Casa de Taka y Thaïs

Aparcamos en la acera de enfrente.

Qué asombroso que pasáramos todo el día juntos. Era irreal. Apagué la radio y el motor del coche. Ambos nos quedamos mirando la fachada de la casa en silencio.

—¿Conoces a los padres de Taka? —me preguntó Kilian.

—No. Pero conociendo a su hijo, me puedo hacer una idea.

Salimos del coche, y Kilian me ofreció su mano y me miró por encima del hombro, con aquellos ojos felinos que me hacían pasar de un mundo a otro en décimas de segundo.

—Tenemos que hacer el papel de novios, ¿no?

—¿Por qué?

—Porque es la regla del día. Lo hemos hecho muy bien en casa de mis padres. Pero para pasar la prueba tenemos que hacerlo igual de bien en casa de tus mejores amigos.

Miré aquella mano curtida como si fuera el precipicio de un abismo insondable. Si la tomaba, caería de cabeza al vacío. ¿Y qué más daba? De perdidos al río.

Se la acepté.

—¿Sabes de qué va la cena? —le pregunté cuando empezamos a caminar cogidos de la mano.

—¿Es una cena temática japonesa?

—No, tonto. Me refiero a que —Dios, me encantaba su mano y el calor que desprendía sobre la mía—, Taka no quiere decirle a sus padres que tiene una novia occidental como Thaïs, porque sus padres son muy tradicionales y lo quieren juntar con una japonesita de la élite que también tenga sangre de dragón —bromeé—. ¿Te suena?

Kilian se echó a reír.

—Me suena. Las familias de hoy en día están muy locas, ¿verdad, cachorrita?

Me tropecé al escuchar aquel apodo. En su boca siempre sonaba cariñoso, perverso y caliente. Como chocolate fundido con guindilla. Una mezcla que estallaba en la boca y quemaba en el pecho.

—Taka no me dijo nada. Solo me pidió que asistiera a la cena —concluyó.

—Típico de Taka. No dar explicaciones.

—Me gusta así —confesó Kilian—. Entre tíos no nos calentamos la cabeza. Es más del estilo «eh, tío. Ven a cenar este sábado a mi casa», «Vale, tío». Fin.

—¿Qué estupidez estás diciendo? —me tuve que tragar las ganas de soltar una carcajada.

—¿Qué? ¿Me vas a decir que no? —arqueó sus cejas perfectas y oscuras y sus ojos sonrieron divertidos—. Vosotras preguntaríais mil cosas como: «¿Pero nos arreglamos? ¿Llevamos algo para cenar? ¿Quién trae el vino? ¿Llevamos pijama o tacones? ¿Quién pone la música? ¿Traemos la primera temporada de *Outlander*?», esas cosas del universo chicas que no nos esforzamos en comprender.

Kilian presionó el timbre y esperó a que alguien bajara a abrirnos.

—Te equivocas —negué categóricamente—. Yo soy más de *Penny Dreadful*.

Él dejó ir una risita y antes de que nos abrieran añadió:

—Te pega muchísimo más.

Cuando la robusta puerta de madera del jardín se abrió de par en par, Thaïs mostraba una sonrisa a medio camino entre la histeria sincera y el histrionismo.

Llevaba un vestido negro, el pelo recogido en un moño alto y los labios muy rojos. Era la viva imagen de la hermana de Scarlett Johanson y Amber Heard. En caso de que ellas fueran hermanas también. Que no lo eran.

En fin.

—Por fin llegáis —nos cogió a ambos de las muñecas y tiró de nosotros hasta que entramos al jardín como haría Superman—. Perdón por mis modales, pero no estoy para formalidades. Los padres de Taka ya han llegado, se han sentado a la mesa y Amy les está entreteniendo con un montón de barbaridades de las suyas —nos contó caminando aceleradamente—. A su madre le va a dar una apoplejía.

—No será para tanto —murmuré mirando a Kilian.

Thaïs se detuvo en seco y yo tuve que echar la cabeza hacia atrás para mirarla a los ojos.

—Mira, Hobbit. Ni te lo imaginas —me dijo con el índice alzado. Después miró a Kilian de arriba abajo y espetó—. Tú y Kilian no estáis juntos ¿a que no?

—Eh...

—Pues no entiendo por qué él no se ha podido hacer pasar por mi novio, porque al menos, al lerdo de Taka eso le habría puesto nervioso, sus padres me mirarían de otra manera y no como si tuviera algún tipo de deficiencia por estar con una chica como la que supuestamente —hizo el símbolo de las comillas con los dedos— estoy, y no tendría que tener como pareja a una rubia tarada que no para de echarme el brazo por encima diciéndome cosas como: «cariño, come que estás muy flaca y ya sabes cómo me gusta hablar en balleno» y chorradas como esas...

Apreté mis labios para no romper a reír ahí mismo. Thaïs estaba al borde de un ataque de nervios.

—Lara, he visto a la madre de Taka tomándose una pastilla para la tensión. A esta le da un infarto esta noche. Hablo muy en serio.

Kilian sí se reía.

—Va a ser divertido.

—No. No va a ser divertido. Mis suegros no saben que soy su nuera. Se piensan que soy Portia de Rossi, ¿vale?

—Para, por favor —me cubrí la boca con la mano para no explotar ahí mismo muerta de la risa.

Ella me echó un rapapolvo con los ojos y me dijo:

—Eres muy mala amiga. Entrad —nos volvió a agarrar a los dos y nos metió en la casa como dos sacos de patatas.

—¡Sorpresa!

Las luces se encendieron de golpe, había un cartel de «felicidades Lara» en el techo, sobre la mesa.

Me quedé petrificada y con el corazón acelerado.

—¿Qué...?

—¡Felicidades, hobbit! —Thaïs me abrazó—. Es mucho mejor hacerte una fiesta de cumpleaños una semana después. ¡Así no te lo esperas!

Parpadeé como si tuviera problemas de comprensión. Mis amigos estaban locos. tenían muchos problemas.

—¿No os olvidasteis?

—¡No! —exclamó Amy—. Pensamos que sería más divertido hacértelo así.

Kilian me miraba sonriente, también sorprendido. Él no tenía ni idea tampoco.

Como fuera, me esforcé en no emocionarme demasiado. Aquello me cogió con la guardia baja. Kilian inclinó la cabeza a un lado, estudiándome detalladamente.

Increíble. Nos acercamos a la mesa mientras le decía entre dientes a Thaïs:

—Pero, ¿la cena sigue igual? ¿Sigues teniendo de novia a Amy?

—Sí, sí —me empujó ligeramente—. Por supuesto. Nada ha cambiado. Solo que habrá pastel y regalos —me guiñó un ojo algo histérica.

Taka había puesto hasta música japonesa de ambiente.

La mesa lucía espléndida llena de todo tipo de alimentos del país de origen de Taka. Rollos-maki, yakisoba, salmón crudo, gambas, arroz, pan... Incluso habían jarras de sake y de syou-chû, un licor de trigo muy popular en japon.

Presidiendo la mesa se encontraban los padres de Taka. Eran menudos, los dos de pelo negro y ojos oscuros. Vestían de manera clásica y elegante, y permanecían sentados con la espalda muy recta en la silla. Nada que ver con Amy, que estaba sentada al lado de Ren como si fuera el Jorobado de Notredamme. Nos saludó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué tal, chicos?

Por el amor de Dios. Amy iba como un chico. La única que había pasado de ir de etiqueta, y que había decidido meterse en el papel de lesbiana de estilo señor-señora. Camiseta negra con el logo de la boca de los Rolling Stones estampado en grande, un tejano azul claro roto y deshilachado y unas converse negra de piel. Y se había recogido el pelo en una cola rubia y alta que parecía que tenía una palmera en lo alto de la cabeza.

Al llegar a la mesa, el matrimonio nos miró sonrientes y amables y asintieron saludándonos muy educadamente. Parecía que se les había abierto el cielo al ver a una pareja que ellos sí reconocían como algo natural.

Nosotros hicimos lo mismo. Les sonreímos.

Thaïs nos presentó.

—Pan —miró a la madre de Taka—. Ren —miró al padre—. Ellos son Lara y Kilian.

—Lara —dijo la mujer feliz—. Muchas felicidades. Aunque sean retrasadas.

—Gracias —le agradecí.

—He oído hablar a mi hijo mucho de ti. Tanto como de Thaïs —ambas nos miramos un poco nerviosas. A la mujer le faltó añadir «aunque omitió el hecho de que le gustaran las almejas».

—Encantados —dijimos los dos.

—¿Este chico es tu novio? —preguntó la entrañable Pan.

—Un novio hombre —añadió el señor Ren con gesto severo. Hablaba como los hombres de antes. Inflexible y autoritario.

A mí me hacía gracia, porque me recordaba al típico abuelo de las series japonesas que luego se soltaba y te contaba chistes verdes. Aunque dudaba de que Ren fuera de esos.

Thaïs miró al techo y Taka carraspeó.

—Sentaos, por favor —nos invitó.

Kilian y yo tomamos asiento al lado de Taka. Yo estaba entre medio de ellos. Y delante de mí se encontraban Thaïs y Amy. Amy le echaba el brazo descaradamente y Thaïs no hacía más que beber y erizarse como un puerco espín.

La cena se desarrolló con naturalidad. Los temas a tratar fueron de lo más normales. Hasta que, en algún momento, todo se nos empezó a ir de las manos.

—Cuidado con el syou-chû, querida — le advirtió Pan con mucho tacto—. Es una bebida de las que engañan. Entra fácil y después no puedes levantarte de la silla.

—Que beba, que beba —la animó Amy con cara libidinosa guiñándole un ojo a Pan.

Pan ni siquiera parpadeó, y Ren estaba tan tieso que parecía un soldado de Terracota.

Yo le di una patada a Amy por debajo de la mesa y le advertí con la mirada.

Ella frunció el ceño y se frotó la rodilla.

—¿Me has pegado? —me preguntó.

—He sido yo —dijo Kilian—. Me ha dado un espasmo.

—Para los calambres van muy bien los plátanos. Potasio —aseguró Ren con aquella voz dura y dictadora. Creo que no sabía hablar de otra manera.

—Sí. Que se lo digan a Lara qué bien van los plátanos —murmuró Amy.

Yo deseé clavarle el tenedor en el ojo, y Thaïs quería rebanarle la garganta con el cuchillo.

—Bueno, ¿qué tal ha ido vuestra comida? —nos preguntó Taka. Curiosamente, era el más tranquilo de todos. Como si no le diera importancia al hecho de que ahí se estaban diciendo auténticas salvajadas. Y que sus padres lo estaban oyendo todo—. Lara y Kilian han ido a comer con los padres de él. Por primera vez.

—Sí —dijo Thaïs sirviéndose makis y ensalada—. ¿Qué tal ha ido? ¿Es tan bonito verdad, Pan, que los hijos presenten a sus novias a los padres?

Pan asintió de acuerdo con ella.

Obviamente, allí todos comprendimos la puya.

—Lara se los ha ganado a todos. Incluso al merluzo de mi hermano —aseguró Kilian.

—Ah, ¿ya habéis hecho las paces? ¿Se ha aclarado todo? —preguntó Taka con interés—. ¿Qué tal está?

—Está bien —contestó Kilian—. Necesita reposo.

—¿Tu hermano está enfermo? —le preguntó Ren—. ¡Ginseng! ¡Ginseng para todo y se pondrá bien! —exclamó.

Thaïs osciló las pestañas y miró hacia otro lado.

—Aquí la gente mayor también tiene algo como de la familia del Ginseng, señor Ren —le dijo Amy muy divertida.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata? —preguntó muy interesado.

—Gintonic. Se trata del gintonic. Lo beben toooooo el día y les soluciona muchos problemas. El estrés, el reuma, la depresión... Luego le preparo uno, hombre.

—Gracias, Amy.

Lo peor de todo era que tenía gracia. Amy, a pesar de estar de vuelta de todo y de faltarle varias tuercas, era divertida. Y aunque no queríamos, nos acabábamos riendo de sus ocurrencias.

—¿Y no hay nada para curar lo tuyo? —le preguntó de golpe.

Amy puso cara de pez y Thaïs se quiso hundir en la miseria.

—¿Mi sobrepeso? —preguntó sin comprender.

—No. Que te gusten las chicas.

—Pues me lo tomaré cuando usted se lo tome, pequeño saltamontes. A usted también le gustan, ¿no? —guiñó un ojo a Pan.

Ren puso cara de estar totalmente descolocado, y Thaïs se metió de por medio en la conversación, como una maleducada neurótica.

—Bueno, entonces, ¿te conocen por fin? —me preguntó Thaïs.

Yo asentí mientras degustaba los fideos.

—¿Y les das un aprobado?

—Síp —contesté tragando. A continuación me ayudé con un poco de licor. ¡Vaya! Estaba muy fuerte—. Ha estado bien.

Kilian me miró y sonrió. A Pan no le pasó desapercibida nuestra manera de comunicarnos.

—¿Ya la has pedido en matrimonio? —preguntó como una perfecta casamentera.

Por poco se me enrolla un fideo en la campanilla. Aunque a Kilian no pareció inmutarle la pregunta.

—La ha pedido para Reyes, señora —musitó Amy.

—No. No —me apresuré a contestar yo—. Aquí no nos casamos tan pronto.

—Claro —adujo Kilian mordiendo un trozo de pan—. Yo todavía no conozco a sus padres —¿les estaba siguiendo el hilo?—. Cuando les conozca, entonces ya hablaremos.

—¿Qué dices? —le miré muerta de la risa—. ¿Qué te pasa?

—Cariño, deja de avergonzarte de mí, y preséntame ya al señor Clement —continuó con tono jocoso.

—¿Te avergüenzas de él? —dijo Ren horrorizado.

—¡No! —exclamé.

—Claro que no —intervino Thaïs llenándose otro vaso de licor—. Avergonzarse de una pareja es lo peor que hay, ¿verdad, señora Pan?

Taka se envaró.

Pan miró a Amy y puso cara de comprenderla perfectamente.

—Somos esclavos de nuestros actos a veces, querida —musitó intentando consolarla.

—Eh, que yo estoy muy orgullosa de mi muñequita —dijo Amy frunciendo el ceño para ponerle el brazo por encima de nuevo. La sacudió y se quedó mirando el modo en que los pechos de Thaïs temblaban a través del escote.

Ren puso cara de póker y a Pan se le cerró un párpado sin querer, como si fuera presa de un tic.

Thaïs dejó caer la fuerza de sus ojos gatunos contra Amy, y sin borrar la sonrisa de dientes apretados de su rostro le dijo:

—Te odio.

—Me amas —murmuró ella sin darle importancia a su beligerancia—. En fin. Ahora que están ustedes aquí —convino mi loca amiga—, nos gustaría que nos explicara quién es la chica que espera a Taka en Japón. Nos gustaría conocerla y darle el visto bueno.

Aquello iba a ser el pistoletazo de salida de una contienda familiar.



Dieciséis

—¿TAKA OS HA HABLADO DE ELLA? —PREGUNTÓ REN ESCÉPTICO—. SU PAREJA ESTÁ AHÍ PARA CUANDO TAKA QUIERA regresar a Japón y sentar cabeza. Las familias lo estamos deseando.

—¿Ah sí? —preguntó Thaïs apoyando su mano en la barbilla—. ¿Y Taka quiere a esa chica?

Ren y Pan se miraron el uno al otro sin saber muy bien qué responder. Como si esa pregunta sobrase.

Taka se removió inquieto. Era la primera vez que lo veía más nervioso.

—En nuestra cultura, se concretan los matrimonios desde pequeños —contestó Pan.

—No sólo en su cultura —susurré yo. Era increíble que aquel procedimiento arcaico siguiera tan vivo.

—Lo sé, señor Pan. Sé cómo funciona en las altas esferas de Japón los matrimonios por conveniencia. Pero, ¿le han preguntado a Taka si quiere a su futura esposa? Tiene veintidós años. ¿No es edad suficiente para decidir?

Pan entrecerró los ojos y miró a Thaïs de otra manera.

—¿Por qué no sigues bebiendo, que estás más guapa? —le espetó Amy entre dientes.

—¿Qué problema hay con ello? Mi esposa y yo tuvimos un matrimonio concertado y hemos sido muy felices.

Vi como su mujer se ponía a comer para no contestar ni decir nada indebido.

—Me alegro por ustedes. Pero Taka es un hombre muy inquieto. No le pueden poner a una chica sin sangre al lado.

—Taka no puede decidir —sentenció Ren como un militar—. Y menos después de haber cometido delitos internacionales siendo menor de edad. Nos lo debe. Se lo debe al honor de la familia. A no ser que él tenga algo que decir —Ren giró la cabeza hacia su hijo como un robot—. ¿Taka? ¿Hay algo que debamos saber?

Thaïs se quedó muy callada hasta que desvió su atención de igual manera a su novio.

—Pues no sé qué tendría Taka que decir... —Thaïs estaba en pie de guerra y no iba a detenerse—. ¿Tienes algo que decir?

—¿Por qué te interesa tanto lo que quiera o no quiera mi hijo? —preguntó Pan—. Tú ya tienes a tu novia a tu lado, ¿no? Eres la compañera de piso *rezubian* de mi hijo.

La rubia apretó los dientes.

—¿*Rezubian*? —repitió Amy.

—Así llaman a las lesbianas en Japón —dijo Taka ocultando una sonrisa.

—Uy sí, entonces Thaïs es muy *rezubian*. Una *rezubian* de las grandes.

Le fui a dar otra patada por debajo de la mesa a Amy, pero Amy me puso la plantilla la muy sin vergüenza y entonces me hice daño en toda la espinilla. Se rió de mí mientras se comía un rollito.

Le encantaba crear esas situaciones. Pero yo sabía que estaba provocando a Thaïs para que saltara y dijera la verdad.

—Me importa Taka porque es mi amigo. Y quiero que cualquier amigo mío sea feliz al lado de su pareja —contestó ella sin más.

—¿Quieres para los demás lo que no tienes para ti, jovencita? —replicó Pan—. Tú y Amy tenéis menos química que el agua y el aceite.

Amy abrió la boca de par en par. Todos lo hicimos.

—Señora, yo amo a Thaïs —dijo Amy fingiendo sentirse ofendida.

Entonces, Thaïs miró a Taka totalmente enfurruñada y le espetó en japonés.

—¿Quieres hacer el favor de decirle la verdad a tus padres y dejar esta pantomima a un lado?! ¡¿No te das cuenta de que tu madre lo sabe y a mí me va a dar un vahído?!—

Los padres de Taka se quedaron gratamente sorprendidos por el excelente japonés de la rubia.

En ese momento, Taka agachó la cabeza. Sus hombros empezaron a sacudirse, y cuando alzó el rostro se estaba riendo hasta que se le saltaron las lágrimas.

—¿Qué os he dicho? —les dijo hablando con sus padres—. No iba a aguantar toda la noche sin decir nada —continuó—. Padre, madre, así es mi novia. Mi Thaïs.

Thaïs arrugó el ceño y les miró a los tres como si estuvieran locos.

—¿Taka? ¿Qué me he perdido? —musitó.

—¿A qué universo desconocido hemos ido a parar? —espetó Amy alzando los brazos—. Oremos —cerró los ojos.

Él se levantó de la silla, se colocó a su lado, la tomó del rostro y le plantó un beso en la boca.

Thaïs ni se movió. Se quedó estupefacta. Ren y Pan se sonrieron. El beso no les molestó. Les agradó.

Comprendí que Taka había tomado el pelo a Thaïs, y que aquella cena tenía otro propósito.

—A ver, diosa —le dijo el japonés—, no hay que fingir más. Les he pedido a mis padres que vinieran a conocerte.

—¿A conocerme? —repitió con voz temblorosa y un poco perdida.

—Sí, Thaïs. Les he explicado todo. Quería que conocieran a la chica que he elegido y quiero para mí. Y que también conocieran a mis amigos.

—¿Y todo esto? —nos echó un vistazo a todos.

—Ha sido divertido —Taka se encogió de hombros y sus ojos plata la avasallaron a amor—. Y teníamos que celebrar el cumple de nuestra mejor amiga —me miró y me guiñó un ojo.

Yo sonreí de oreja a oreja.

—Entonces, ¿ya puedo dejar de fingir que soy tu compañera de piso lesbiana?

—Lo has hecho muy bien —la felicitó Ren alzando el pulgar—. Y tu amiga también.

—Gracias —contestó Amy toda orgullosa.

—¿Lo sabías? —me preguntó Thaïs directamente.

—No. Ni por asomo —y era la verdad.

Thaïs por fin sonrió liberada y dio un salto de alegría para encaramarse a Taka. Se abrazaron y juntaron sus frentes.

—Japonés, chiflado —le susurró antes de darle otro beso—. Esta me la vas a pagar.

Ren y Pan se levantaron de la mesa y vinieron a saludar formalmente a Thaïs. Ella se sintió un tanto avergonzada, pero se le pasó rápido al ver el cariño y la amabilidad con la que los padres de Taka le hablaban.

—Estamos contentos de que Taka tenga a una occidental tan guapa y lista por novia. Seguro que le ayudarás a seguir por el buen camino —le dijo Pan dándole golpecitos sobre su mano que tenía sujeta.

—Estoy un poco abru...

No pudo acabar la frase porque en ese momento algo reventó la ventana del salón. Una botella de cerveza de litro estaba prendida con una mecha en su interior. El líquido de su interior se bamboleaba de un lado al otro.

—¡A cubierto! —gritó Kilian.

Escuché la explosión y sentí el peso de Kilian sobre mi cuerpo, cayendo al suelo hasta quedar sepultada por su saco de músculos. Taka arrastró a Thaïs y a sus padres al suelo y Amy se tiró bajo la mesa.

Por suerte, la botella quedó muy lejos de donde estábamos y no nos hirió a ninguno.

Cuando alzamos la cabeza, Taka y Kilian ya se habían levantado corriendo como poseídos en busca del delincuente que había hecho eso.

—¡No os mováis de aquí! —le ordenó Taka a Thaïs de manera rotunda.

Todavía estaba un poco desorientada pero pude levantarme por mi propio pie e intentar echarles una mano en lo que pudiera.

Salí al jardín a trompicones, y vi la batalla campal justo delante de mis narices.

Eran los lobos, liderados por Vanity. El mulato llevaba un bate en la mano y estaba rodeado por tres chicos más de su hermandad, los mismos que le acompañaron en la Misión.

Taka ni siquiera se detuvo. En esta ocasión no le dio los minutos caballerescos de rigor ni hubo presentaciones.

Kilian hizo lo mismo. Siguió a Taka en el primer envite. Parecían una pareja que luchaban juntos desde hacía tiempo en el Wrestlemania. Impresionante.

Kilian saltó por encima de dos de los lobos, y dio una voltereta por los aires, como un experto circense. Pero era más que eso. Era un trazador.

Esquivaba los golpes de los demás y en cambio, él todo lo que ejecutaba era certero. Nunca había visto a nadie luchar con tanta calma y serenidad.

Taka, en cambio, distaba de ser el espadachín controlado de la Misión. Esta vez parecía un auténtico salvaje desprovisto de control, que solo deseaba infligir daño a su oponente.

Y vaya si lo hizo.

—Esto es por lo de la Misión —le dijo Vanity—. Va a arder tu casa y todos los que...

Taka le pateó las espinillas como si apartara una caja. Glenn cayó hacia delante a una velocidad pasmosa. Cayó de cara y en el golpe perdió varios dientes delanteros. Aún conmocionado, intentó levantarse, pero Taka se olvidó del Tigre y el Dragón. Agarró el bate que Glenn había soltado y que estaba en el suelo abandonado y le dio en toda la cara con él, cual pelota de béisbol.

—Toma, cabrón. Nadie entra en mi casa para molestar a los míos.

Después de eso, otro lobo iba atacarlo por la espalda con una navaja, como un barrio bajero, y eso que se trataban de hermandades de niños ricos. En la desesperación y la rabia no habían diferencias.

Pero Kilian dio un salto por los aires, como ya lo había visto hacer cientos de veces, y con los dos pies por delante, impactó en la espalda del agresor. Aquel golpe le encantaba. ya se lo había visto hacer en el rescate de Handsome. Este salió volando hacia delante unos seis metros. Espectacular.

Taka lo remató pateándole la cara en el suelo.

La pelea debió ser desigual, porque eran cuatro lobos contra dos humanos. Y desigual lo fue. Porque mi Assassin y mi japonés dejaron malheridos e inconscientes a los lobos que habían intentado hacernos daño.

—Llama a la policía, Lara —me pidió Kilian mientras él y Taka se daban la mano, congratulándose por lo que acababan de hacer.

—Sí —entré adentro para coger mi móvil y tranquilizarlos a todos. Después salí corriendo para reunirme con ellos de nuevo.

Thaïs salió tras de mí como una bala y corrió a abrazar a su chico.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—¿Yo sí y tú? ¿Y mis padres?

—Estamos bien —le aseguró—. Hemos apagado el fuego rápidamente. Y nadie está herido —miró a su alrededor e identificó a los lobos, como buena periodista—. Estos no se van a librar —murmuró rabiosa—. Vamos a denunciarlos en el periódico de Yale.

Lamentablemente, aquel susto fastidió lo que quedaba de noche. Vino la Policía y tuvimos que prestar declaración y esperar a que se llevaran a Vanity y los suyos al calabozo.

A las doce de la noche debíamos retomar la cena, pero aún teníamos los nervios a flor de piel, así que preferimos recogernos.

Después de comprobar que sus padres estaban bien y que iban a dormir tranquilos en la habitación que les tenían preparados, y después de recoger todo y dejarlo en orden, Taka, antes de que me fuera, se detuvo a hablar conmigo.

—Lara —me dio un sobre grande de color marrón—. Tengo algo para ti. Feliz cumpleaños.

Mi vista se clavó en el sobre con fascinación. Como vio que no sabía qué era con exactitud, añadió:

—Los tenemos.

Esta vez, sentía que algo estallaba en mi pecho. Alegría. ¿Los teníamos? ¿De verdad?

—¿Qué dices? ¿En serio? —lo tomé entre mis dedos.

—Te dije que lo conseguiría. Aquí está todo. Esto es muy gordo —me advirtió—. Échale un vistazo cuando puedas. Van a entregar diez toneladas de Luz a diferentes estados. Están hasta los albaranes de la empresa de transporte que las lleva, las facturas de los envíos, las cantidades; hay números de cuentas. Casi todas las cuentas privadas pertenecen al señor Klue. Él es el máximo accionista de la Luz, pero hay otros interesados. Hay mails que él mismo ha intercambiado con figuras del mismo gobierno, todos Bones, hablando sobre la Luz, una medicina que se supone que está solo diseñada para la Élite. Hay un proyecto de utilizar las píldoras para fines militares, pero en ningún momento mencionan los efectos secundarios negativos. Estamos destapando una trama de tráfico de medicamentos neurológicos que modifican la conducta y que crean adicción. Esto no se debe comercializar. Hay que tirar de la manta y destaparlo —anunció Taka con un sentido de la responsabilidad imperial—. Lo dejo en tus manos. Hay que abrir esa Tumba y desenterrar a los muertos.

Mientras escuchaba las palabras de mi amigo no daba crédito a lo que oía.

—Esto va a ser un escándalo internacional —murmuré. La fraternidad de los *Huesos* y *Cenizas* podría desaparecer para siempre.

—Cómo vas a actuar. ¿Qué piensas hacer?

Sabía lo que tenía que hacer. El padre de Amy me había dado dos teléfonos a los que debía llamar con urgencia. Uno de ellos lo usaría cuando por fin tuviera pruebas concluyentes de que la Luz seguía produciéndose y de que la iban a comercializar. Y ya lo tenía.

—Por ahora, me quedo con esto —sacudí el sobre frente a sus narices y después le abracé—. Te quiero, Taka. Eres el mejor.

—Lo sé —asumió devolviéndome el abrazo—. Lara, ten mucho cuidado. Cuenta con nosotros para lo que necesites.

—¿De verdad no queréis que nos quedemos?

—No —negó con la cabeza—. Vamos a estar bien.

—Pues yo sí me quedo —dijo Amy estirándose en el sofá del salón—. Quiero dormir aquí. Y así monto guardia.

—No hace falta, Amy —convino Taka—. De verdad.

—He dicho que sí y te callas —se estiró como Pedro por su casa—. Pero, ¿me traerás unas mantitas?

Puse los ojos en blanco, y les dije:

—Pues ahí os quedáis. Me voy a Trumbull a echarle un vistazo a todo esto. Cualquier cosa —hice el símbolo de la llamada con la mano—. Me das un toque.

—Lo mismo digo —Taka me acompañó hasta la puerta.

Cuando salí, Kilian me esperaba apoyado en la puerta del copiloto de mi coche. Cruzado de brazos y con un pie delante del otro.

Se me ponía la piel de gallina al recordar cómo había luchado. Y su gracilidad para dar saltos por los aires y hacer piruetas. Era enorme, grande y fuerte como un súper héroe. Y también era igual de humilde que ellos.

—¿Nos vamos? —me preguntó descruzándose de brazos.

—Sí.

—¿Por qué me miras así?

—¿Así cómo?

Él arqueó una de sus cejas y jugó con su piercing entre los dientes.

—No sé —murmuró.

Abrí el coche con el mando automático.

—¿Quieres que te abra la puerta como a las damas? —bromeé.

—Gracias. Puedo yo solita —dijo guasón.

Sonreí, rodeé el vehículo y abrí mi puerta.

Una vez dentro, los dos nos pusimos el cinturón, y dejé el sobre y mi bolso en el asiento de atrás.

—¿Qué es ese sobre? —preguntó Kilian.

Yo lo miré con desinterés a pesar de que en su interior había material altamente inflamable.

—Nada. Unas gestiones que le había pedido a Taka.

Kilian se encogió de hombros y no preguntó nada más, como si estuviera conforme con mi explicación o como si no le interesase.

—¿Te dejo en casa? —le pregunté.

Él tardó en contestar. Sus ojos de sol se clavaron en la carretera y, al final, respondió:

—Sí. Déjame en casa.

—Vale —asentí.

Hicimos el trayecto de vuelta en silencio. ¿Era aquello una despedida? Había tantas dudas sobre nuestras cabezas... ¿Y qué iba a pasar ahora? Ya habíamos cumplido el uno con el otro. Fui a su comida con su familia. Y él vino a la cena con Taka y los demás. Y gracias a Dios. De no haber estado, no quería imaginarme lo que podría haber pasado en el ataque de los lobos. Era pensar en ellos y me envenenaba.

Sonaba la canción de *Say Something* en la radio cuando llegué a su casa. Aparqué frente a su muro cercado y a su puerta de entrada.

Kilian inspiró y miró al frente.

—¿Sabes?

—¿Qué? —susurré.

—Estás en mis mejores y en mis peores recuerdos, Lara —cerní toda mi atención en él. En su pose, en sus palabras. En su honestidad—. Pero tengo que agradecer el que hayas abierto los ojos a mi familia y a mí mismo de ese modo respecto a Thomas. Me avergüenza no haberme dado cuenta de ello y haber participado en su tortura de esa manera.

—No te culpes por eso. Tu hermano no es precisamente un libro abierto.

—Tú tampoco, ¿verdad? —me miró repentinamente—. Soy un tío que valora mucho la lealtad. Muchísimo. Y cuando me siento traicionado, a pesar de que tuvieras razones para ello, no puedo olvidarlo tan fácilmente. Pero lo haría, Lara —murmuró en voz baja—. Lo haría porque nada me gustaría más que demostrarte que no soy el gilipollas del otro día y empezar de nuevo, sin secretos y sin máscaras. Tú y yo.

Se me secó la garganta y al mismo tiempo me acongojé.

—Kilian...

—¿Qué me dices, Lara? ¿Crees que puedes decirme la verdad sobre quién eres y sobre qué demonios estás investigando? ¿Crees que puedes tener el valor de ser completamente sincera conmigo y decírmelo a la cara? —se humedeció los labios con la lengua—. Necesito saberlo para protegerte, Lara. Tienes que confiar en mí. Nunca diría nada si eso te pone en peligro.

—Pero es que... —dejé caer la cabeza porque no quería que me viera llorar—. Todavía no puedo —le fui a tocar el rostro con las manos y él se apartó y sonrió sin ganas.

—No tengo más secretos para ti, Lara. Y tú los tienes todos. Te conozco. Sé que hay algo que no me dices.

—No puedo —repetí con los ojos húmedos de mis lágrimas que no quería derramar—. Pero te prometo que...

—¡No quiero promesas! —me gritó—. Lara. Somos tú y yo. Si no me cuentas lo que pasa en realidad, nunca podremos estar juntos, ¿no te das cuenta? —sus ojos brillaban rebosantes de verdad y de pena—. No podré confiar en ti nunca más. Dime lo que pasa. Te lo ruego. Te ayudaré en lo que sea necesario.

Me estaba muriendo de dolor por no poder revelar todo lo que yo sabía. Pero me daba tanto miedo... Él seguía siendo un Bones, aunque uno totalmente diferente a quien yo pensé que era. Uno mucho mejor. Pero aún así, fui incapaz.

Me re Coloqué en el asiento, miré al frente sujetando el volante con fuerza y me quedé callada. En silencio, temblorosa por todo lo que tenía y que no decía.

Sentí cómo él se desinflaba a mi lado y su rostro se ensombrecía.

—De acuerdo, Lara —se dio por vencido. Hizo una mueca de rabia y decepción con la boca y después abrió la puerta—. Adiós.

El portazo fue sonoro y retumbó por todo mi cuerpo.

Tardé unos segundos en irme de allí.

Y no dejé de llorar hasta que llegué a mi facultad. El dolor en el pecho era espantoso. ¿Cómo iba a superar aquello? Kilian acababa de cerrarme la puerta para siempre porque me exigía justo lo que aún no podía darle.

Y se lo quería dar, pero necesitaba que todo estuviera resuelto, a pesar de que, que él conociera los detalles más tarde fuera todavía peor.

¿Qué debía hacer?

Llegué a mi habitación con el alma hundida y el corazón seco. Miré por encima de mi hombro a un lado y al otro del pasillo porque tenía la sensación de que alguien me estaba siguiendo. Pero no vi nada.

Abrí la puerta y golpeé con la punta de mi bota algo que había en el suelo.

Encendí la luz y cerré la puerta tras de mí. A dos metros, cerca de mi cama, había un sobre negro con un sello rojo de cera cuyo logo era una calavera.

Algo temerosa me agaché y tomé el sobre entre mis dedos.

Lo abrí y saqué una tarjeta blanca de su interior en el que había escrito con excelente caligrafía lo siguiente:

“Querida Lara: los Huesos esperan deseosos tu integración en la fraternidad. Nos gustaría que vieras todo lo que podemos ofrecerte.

Para ello, quisiéramos que asistieras a una reunión en la Isla Deer el próximo fin de semana. El Magog, a quien ya conoces, se hará cargo de ti y te acompañará a nuestra casa de Campo.

Atentamente,

La Cúpula”.

¿El Magog? ¿Sabría Kilian que contaban con él para que me llevara a la isla?

Me estremecí y guardé de nuevo la invitación en el sobre.

Había llegado el momento. También debía hacer uso del segundo teléfono, tal y como me dijo Christopher.

Me asusté y sentí que no estaba segura en la habitación. De repente, una sensación de claustrofobia y de vigilancia sobre mi persona me embargó.

De hecho, sola, no estaba segura en ningún lado. Era el objetivo de los Huesos, y si estaban a punto de poner en marcha un negocio con pastillas ilegales con el que quebrantarían leyes de la salud, ¿qué no estarían dispuestos a hacer con una chica como yo?

Cogí la carta, el sobre de Taka y ropa de recambio y lo metí todo en mi bolsa de deporte. No lo pensé dos veces. No tenía intención de entrar en un bucle ni de caer en un ataque de pánico.

Tomé la decisión de irme al único lugar donde quería estar. El único donde me sentía segura.

Y el único donde me querían con una condición: que dijera toda la verdad. Y la diría. Porque no iba a permitir que *Huesos* y *Cenizas* continuara existiendo si tenían algo tan perverso como la Luz entre manos. Ya habían intentado matar a Luce por lo poco que descubrió. Como mínimo, tenían que caer todos los implicados en la Luz y con la fuerza del río, posiblemente también saldría el que lanzó del puente a la joven periodista. ¿Fred, Aaron o incluso Thomas? Si todos tomaban esa píldora, cualquiera podría haber sido, y quería creer que no era el hermano de Kilian.

Fuera como fuese, estaba a punto de provocar un tsunami y, al menos, quería que Kilian lo supiera de antemano.

Porque era con él con quien quería estar.

Era a sus brazos a donde quería volver.

Y quería pagar el peaje para ello, porque solo así podría estar tranquila conmigo misma y, tal vez, la terrible sensación de pérdida de mi *kelpie*, desaparecería.



Diecisiete

Era la primera vez que golpeaba una puerta con la sensación de que, si no me la abrían, perdía la posibilidad de entrar en un mundo maravilloso. Complicado, pero enormemente intenso y único.

Estaba en el porche delantero de la casa de Kilian. Y me sentía sola y aterrada pensando en que, si él no bajaba y me venía a buscar, entonces todo se habría acabado.

Tragué saliva. Cogí aire. Me armé de valor. Agarré las asas de la mochila de deporte con todas mis fuerzas, y con la otra mano abracé contra mi pecho el sobre que me había dado Taka. El que incriminaba a los Bones en una red de tráfico de medicamentos ilegales.

Me quede ahí de pie, y esos segundos se me hicieron eternos.

Estaba en aquella situación porque yo era la primera en quejarme de las máscaras de los demás, y todavía seguía llevando la mía. Y no ante cualquiera, si no, ante el chico del que estaba enamorada. No era justo. Él había sido verdadero conmigo y se había enfrentado a sus superiores en mi nombre.

Lo primero que oí fueron los ladridos de Xena y cómo sus pezuñas golpeaban el parqué mientras se acercaba a la puerta. Después la escuché olisquear. Y, a continuación, la puerta se abrió de par en par.

Kilian todavía no se había puesto el pijama. De hecho, parecía que se hubiera estirado en la cama o en el sofá con la misma ropa.

Su expresión no me dio ninguna señal clara. No sabía si se alegraba de verme o no.

—¿Lara? ¿Qué estás haciendo aquí?

Cerré los ojos, inspiré profundamente y cuando los abrí de nuevo lo hice con la determinación de que nadie me iba a detener ahora, ni siquiera sus ojos de fuego.

Los mismos que me marcaban siempre sin tocarme.

—Me llamo Lara Clement Miller. Tengo diecinueve años recién cumplidos. Me becaron para Yale porque saqué la mejor nota de corte de bachillerato a nivel europeo. Tengo un don muy extraño y muy desarrollado que se basa en la memoria eidética. Tengo... —busqué una palabra mejor— memoria fotográfica desde que era una niña y eso me ha ayudado a conseguir tan buenas notas y a tener tan buenas aptitudes para determinadas cosas —Kilian me escuchaba con muchísima atención—. Fui a Lucca con mis amigos, y ese viaje me cambió la vida. Participé en el premio Alan Turing y lo gané. Conocí a un Assassin que me volvió loca. Pero al mismo tiempo, fui testigo de un terrible accidente de una chica llamada Luce.

—¿Por qué me estás contando esto? Todo eso ya lo sé.

—No. No lo sabes —le corregí yo—. Y te ruego que no me interrumpas o perderé el valor.

—Continúa —dijo muy serio.

—Conseguimos un vídeo donde se demostraba que lo de Luce no fue un accidente. Alguien la empujó —ignoré el gesto en desacuerdo de Kilian o me vendría abajo—. Advertimos que Luce llevaba consigo un colgante en forma de cruz. Era un USB. La fuimos a ver al hospital para ver por qué razón llevaría eso y qué había en su interior. Taka nos ayudó a descryptar la información vía bluetooth y descubrimos que Luce era la dueña de *La Voz de Artemisa*. Una web de noticias instantáneas que se suben a través de las redes y que es muy popular. Y también descubrimos que estaba realizando un estudio sobre la hermandad de *Huesos y Cenizas* en Yale —le miré para comprobar si esta vez algo de lo que le decía le llegaba. Y vaya si le llegó.

—¿Luce? ¿Luce estaba investigando la hermandad?

—Sí. Luce tenía un amante dentro de la hermandad. Un amante al que llamaba el Alfil. Al Alfil se le antojó que la nombraran como tapped, y el padre de éste la propuso en la Cúpula. De ahí que os acompañara a Lucca a hacer el salto de fe. Luce aprovechaba su cercanía con el Alfil para investigaros, pero se enamoró. Sin embargo, sabía que su investigación la ponía en peligro, porque había descubierto algo relacionado con la hermandad que, de salir a la opinión pública, traería graves consecuencias.

—¿De qué hablas?

—Ella descubrió que los Bones tomaban algo a lo que llamaban Luz. Que era de cosecha propia. La cuestión es que alguien de los Bones descubrió a Luce, supieron lo que estaba haciendo y alguien decidió encargarse de ella en la Torre del Salto de Fe.

—No puedes hablar así sin tener pruebas.

—Las tengo. Las tengo todas aquí —señalé la mochila—. Y aquí —sacudí el sobre.

Kilian se frotó la nuca con nerviosismo.

—Si lo de Luce es cierto, estás insinuando que la intentaron asesinar por lo que sabía.

—Sí.

—Pero no tiene sentido. Porque la Luz no se puede comercializar. Era algo que los maeses querían solo para probar con los Caballeros. De hecho, ya han dejado de producirla. El proyecto se ha abortado —intentó justificar lo injustificable.

—No, Kilian. Eso es lo que quieren que creáis.

—¿Cómo lo sabes?

—Aquí tengo albaranes de producción, de transporte, facturas de pagos e ingresos, mails con gente muy poderosa, jefes de empresas farmacéuticas que quieren su trozo de pastel, y la composición exacta de lo que lleva la luz —sacudí el sobre—. Van a hacer negocio con ella. Josh Klue es el máximo inversor. ¿Sabes quién es?

—Sí. Claro que sí —contestó mirando el sobre fijamente—. De hecho, la producción de la Luz se realizaba en los túneles de la Tumba, para garantizar el máximo hermetismo y discreción. Por eso él visitaba la Tumba cada jueves por la tarde. Para ver cómo iba la elaboración de las píldoras. Este jueves, hay un intercambio de una cantidad desorbitante de millones de dólares a cambio de una primera entrega en diferentes estados del

país. En Cheyenne Mountain, en Tooele en Utah, en Fort Detrick en Maryland... ¿Sigo? —arqueé las cejas—. ¿Sabes lo que son esos lugares?

Kilian asintió al tiempo que sus ojos se entrecerraban e iba absorbiendo mis palabras como verdaderas, a pesar de su sorpresa inicial.

—Son bases militares secretas —musitó.

Se apartó de la puerta y me invitó a entrar.

Yo lo hice sin más, saludando a Xena que saltaba a mi alrededor con alegría.

—Xena, *sit* —le dijo Kilian cuando llegamos al salón.

Había encendido la chimenea y la verdad es que se estaba muy bien en el interior.

Él se sentó en el sofá pero yo, aunque dejé la mochila en el suelo, me quedé de pie ante él.

—Los Bones, sean quienes sean los que estén de acuerdo con esto —continué—, os van a arrastrar a todos, Kilian. Esto es un escándalo.

Él dejó caer la cabeza y clavó sus ojos en sus pies desnudos.

—Este viernes se van a empezar a lucrar comercializando con una píldora que provoca unos cambios de comportamiento atroces, que crea adicción y que produce cambios fisiológicos en el cerebro que...

—Sé lo que provoca —me cortó Kilian—. Los dolores de cabeza que sufren todos los que la toman no es porque se les abra el tercer ojo. Es cierto que son capaces de ver la realidad de otra manera, porque actúa como un potenciador, pero también es como una hormona de crecimiento. La presión intracraneal se hace insoportable cuando el músculo empieza a crecer. De ahí las migrañas.

—Kilian —dejé el sobre en el suelo y me acuclillé delante de él—. Esto es difícil para mí. Pero, ¿entiendes lo que te estoy diciendo? Sabes tan bien como yo que eso no puede comercializarse. Han creado dos tipos de píldoras. Una para uso militar y para los Huesos y otra para el humano de a pie, de menos calidad y con efectos más devastadores. Cuando se sepa lo que esta droga provoca, será demasiado tarde —sabía todo eso porque había revisado el informe en el interior del coche, antes de atreverme a golpear la puerta de Kilian de nuevo. Mi mente iba revelándome nuevos datos—. Estarán enganchados a su éxtasis, pero se desvanecerán día a día, hasta que dejen de ser ellos mismos. No podemos permitir que sigan adelante. Ayúdame.

Él alzó la cabeza y vi lo decepcionado que estaba.

—¿De dónde has sacado esto?

—Tengo a uno de los mejores hackers del mundo conmigo. De hecho, es el mejor de menos de veintitrés años.

—¿Taka?

—Sí.

—Joder... —resopló—. Esto quiere decir que nos han mentido. Dijeron que no iban a jugar a ser dioses y a poner en riesgo la vida de los demás. Y resulta que no solo ponen en peligro la salud pública, además le ponen precio a la vida y a la cordura. Si es verdad que Luce sabía o intuía todo esto... —se llevó las manos a la cabeza—. Si de verdad la intentaron matar en Lucca para que no regresará a Yale y siguiera con sus averiguaciones... yo era su amigo —intentaba buscar culpables y razones, pero a veces, no las había—. Hablaba conmigo de muchas cosas. Nunca supe nada. Ni siquiera sabía que estaba con nadie de la hermandad.

—Eso hacen las buenas periodistas —intenté tranquilizarle—. Luce era muy buena. Kilian, quiero que sepas que tanto si me ayudas a parar esto como si no, voy a hacerlo igual. No puedo darle la espalda a esto. Desde que estoy en Yale, el mundo Bones me ha rodeado hasta nombrarme tapped. No voy a seguir adelante. No voy a pertenecer a los Bones. Es mi decisión. Lo único que he hecho ha sido relevar a Luce en su misión. Ahora yo tengo la responsabilidad de que esto se sepa —susurré señalando el sobre—. Y no hay tiempo que perder.

Él me miró fijamente. Estudió mi recogido en una trenza, mis pómulos, mis ojos y mis labios.

—¿Pensaste alguna vez que yo era el Alfil?

Hice un mohín y asentí con sinceridad.

—Sí. Te llaman el Magog por alguna razón. ¿Por qué no iba a pensar que eras tú?

—Ya —sonrió sin muchas ganas—. ¿Tienes idea de quién puede ser?

—No. Pero el que le hizo eso no tiene por qué ser el Alfil.

Se quedó en silencio y entonces se arremangó la camisa y me mostró el tridente con la tercera llama.

—Ya soy Reich. Ya tengo la tercera llama. ¿Sabes por qué me la han dado?

Yo sí lo sabía pero quería oírse lo decir.

—Dicen que es por lo de Handsome Dan —explicó decepcionado—. Pero también me han mencionado que es por atraerte a la hermandad, por ponerte en su campo de visión y descubrirte —dijo con pena—. Y odio tener que ver con eso. Porque nunca debiste llamarles la atención.

—No me importa, Kilian.

—La Cúpula te quiere. Dice que eres la primera chica en años que debe ser una Bones por pleno derecho. Pero no voy a permitir que se acerquen a ti. Están enfermos. Tú eres luz de verdad. No lo que ellos creen.

—¿Me vas a ayudar? —le pregunté—. Ayúdame a denunciarlo. Quiero que hagamos esto juntos. Por favor —le supliqué.

—Te ayudaré. Sí —dijo con convicción—. Pero antes tenemos que hablar con alguien —se miró el reloj—. Tienes que confiar en mí y dejarme hablar con esa persona. Ahora es demasiado tarde. Pero mañana hay que ir a hablar con él. Tú me puedes acompañar si lo deseas.

—Esto es confidencial —me defendí—. No puedo arriesgar toda esta información...

—Créeme —me dijo—. Lara, es muy importante que esa persona sepa lo que está pasando. Porque está igual de engañado que yo. Y no es justo. No va a interferir en nada de esto. Solo se va a cubrir las espaldas. Y a apoyarte en lo que necesites. También lo necesitarás. De hecho, cualquier ayuda será buena. Nos vamos a enfrentar a los que no debemos, Lara.

Me lo tenía que pensar. Pero, por otro lado, ¿cómo no iba a creer en él? Tenía que demostrarle que confiaba.

—De acuerdo —asentí.

Después de eso, nos quedamos quietos y en silencio. Como si no supiéramos qué más decirnos después de toda aquella bomba informativa.

—¿Has venido solo a pasarme la verdad por la cara y a darme una lección? —me preguntó algo afectado—. ¿Has venido a señalarme lo necio y lo ingenuo que he sido?

—No.

—Soy un Huesos por herencia y casi por obligación, pero no tengo nada que ver con esa parte casposa y fanática que... Te juro que no tengo nada que ver con todo esto ni con lo de Luce...

—Lo sé, lo sé —lo tomé del rostro para detener su angustia—. Sé que no eres como ellos —le dije—. Cálmate.

—¿Por qué estarías aquí sino? —se dijo a sí mismo sin perder la esperanza.

—¿Por qué crees tú? —le pregunté emocionada.

—No lo sé. Dímelo —me pidió—. Puede que me merezca lo peor por haberme comportado así estos días atrás contigo.

—Sí. Puede que te merezcas lo peor. Pero no de mi parte. Yo nunca te haría daño. No soy capaz.

—Dime por qué, Lara.

Incliné la cabeza a un lado y medio sonreí desnudando mi alma por completo.

—Porque he soñado contigo cada noche, Kilian.

Él entreabrió los labios y tomó aire por la boca.

—¿Qué has soñado? —cerró los ojos.

—Soñé que la nieve ardía y que el fuego helaba. Que el peligro venía en forma de sonrisa —le acaricié los labios con la punta de los dedos, dibujándolos y deseándolos por igual— y que un huracán se escondía en tu mirada. Arrasa lo que te dé la gana, Kilian. Porque que este amor me queme los huesos y me convierta en lava me hace sentir viva. Salvaje —sonreí uniendo mi frente a la suya—. Y enamorada. Prefiero morir viviéndote de esta manera, que vivir muerta de miedo por no atreverme a estar contigo. Porque estoy loca —

le di un beso en los labios— y perdidamente —le di otro beso. Me encantaba lo receptivo que estaba— enamorada de ti. Hasta los huesos.

—¿Sabes? —dijo sobre mi boca—. Soy de esos que creen que no se merecen que les pasen cosas buenas y por eso pocas veces las aceptan. Pero ya sé porque he dejado pasar las cosas buenas —gruñó para sí mismo, abrió los ojos y me tomó del rostro—. Porque siempre he esperado por lo mejor. Y tú, Lara Clement Miller, eres lo mejor y más mágico que me ha pasado en la vida. Desde que te conocí siempre quise mantenerte alejada de mí, de mi tatuaje, de mis normas y mi fraternidad. Pero de nada ha servido. Me atraes, Lara. Eres un imán y mi sangre a tu lado se convierte en metal. Me atraes sin más, y no suavemente. Es una colisión. Imparable. Como las ganas que tengo de besarte y de hacerte el amor.

Se dejó caer de rodillas en el suelo y se cernió sobre mí besándome con una intensidad y una desesperación que a ambos nos quemaba por igual.

Respondí al beso con la misma fuerza, y lo abracé contra mí como si nunca fuera a tener suficiente.

Le desabroché la camisa y los botones salieron volando por todas partes. Él me quitó la chaqueta, mientras yo le desabrochaba los pantalones... Nuestras manos intentaban ir más rápidas que nuestra mente, pero al final conseguimos quitarnos toda la ropa. Las botas, las medias, los pantalones... Todo, excepto la ropa interior.

Nos encontrábamos ambos, frente a frente, sobre la alfombra de pelo mostaza y a tres metros de la chimenea. Xena ya se había puesto a dormir sobre el sofá, al ver que nosotros no lo íbamos a usar.

Me quedé admirando a Kilian, sin tocarnos. Era tan perfecto, como un luchador greco romano, perfectamente fibrado, moldeado por los cuerpo a cuerpo y por buscar el límite de su propia resistencia con el parkour. Tenía una piel perfecta. Su tatuaje resaltaba en su antebrazo. Sus oblicuos eran impresionantes.

—Kilian... me dejas sin aire —dije como una experta en arte. Llevé mis manos a su pecho y poco a poco, pegamos nuestros torsos.

—No, todavía no —me aseguró él maniobrando con mi sujetador negro. Me lo quitó y después cubrió mis pechos con sus manos—. Pero te quedarás sin aire pronto —sonrió como me gustaba tanto que lo hiciera. Como un animal al que le encantaba marear la perdiz.

Nos tumbamos en la alfombra. Y ahí me di cuenta de que algo había cambiado. Yo también quería pelear, también quería jugar, me apetecía tocar como él me tocaba.

De repente mis manos salieron disparadas a su entrepierna y toqué toda la dureza que el tenía. Kilian se colocó encima de mí y se apoyó sobre las manos.

—¿Quieres tocarme, cachorrita? —preguntó pasándose el piercing entre los dientes.

—Sí —contesté.

—Entonces, ten —me cogió la mano y me la metió dentro de sus calzoncillos.

Ahí pude notar el tacto de su vello y de su miembro caliente e hinchado entre mis manos. Rodeó mis dedos con los suyos y me enseñó a masajearlo. Arriba y abajo. Él movía las caderas y yo me calentaba al saber que le estaba dando placer. Era tan erótico.

—Quítame los calzoncillos —me pidió.

Yo le obedecí. Se los deslicé por sus musculosos y largos muslos y se los quité por los pies. Y de repente, se tumbó encima de mí y me quitó las braguitas casi sin darme cuenta.

—¿Puedo tocarte yo a ti? —me preguntó besándome en la punta de la nariz.

—Sí —contesté. Solo sabía decir sí, así de locuaz era cuando nos desnudábamos.

Kilian empezó besándome en los labios y rozando su lengua contra la mía. Inclinando la cabeza para profundizar mejor en nuestras bocas. Después descendió por mi cuello, y llenó de besos mi clavícula, mi esternón. Tomó mis pechos con la boca, y los lamió, los besó, les hizo de todo lo que me enloquecía.

Y bajó al sur, por mis costillas, mi ombligo, los caderas. Se tomó su tiempo para prepararme. Yo ya quería sentido adentro, pero en vez de eso, hizo algo totalmente diferente. Me besó ahí.

Metió la lengua justo en el centro de mi cuerpo y yo me quedé sin aire. Alcé mis brazos por encima de mi cabeza y me arqueé presa de aquella dulce agonía. No dejó de torturarme hasta que llegué al orgasmo. Y no tardé nada en conseguirlo.

Qué sensación más increíble. Cuánto placer. Y cuánto amor y cuidado. Nada que ver con nuestro encuentro anterior.

Todavía estaba recuperando el aliento cuando sentí que se colocaba entre mis piernas y encajaba sus caderas en ellas. Ya se había puesto un preservativo y estaba erecto como un mástil.

—Lara.

—¿Qué? —dije yo rodeando su cabeza rapada con mis manos.

—Me encanta comerte.

Si enrojecí o no, no lo sabría decir, porque me sentía ardiendo.

—¿Pero sabes qué me gusta más?

Yo negué con la cabeza.

—Meterme dentro de ti.

Dicho esto, dejó caer su boca sobre la mía, y entró en mi interior. Los dos gemimos. Rodeé su cintura con mis piernas y él se encargó de marcar el ritmo que quería. Un ritmo potente, profundo e intenso. Kilian ya no me trataba como si me fuera a romper o como si tuviera miedo de asustarme. Me lo daba todo. Y yo lo acepté.

Y descubrí que hacer el amor era tocar las estrellas al mismo tiempo sin dejar de mirarse a los ojos.

Estaba apoyada en la espalda de Kilian. Nos cubríamos con una pesada manta granate que dejaba siempre en el sofá. Perseguía las marcas rosadas que las cicatrices habían dejado en su espalda. Pensar en ello hacía que me entraran ganas de llorar. ¿Cómo se habían atrevido a hacerle eso?

—Thomas se recuperó mucho antes por la píldora, ¿verdad? Acelera la reconstrucción celular.

—Sí —afirmó Kilian totalmente relajado—. Pero no la acelera. Lo que hace es estimular al cerebro para que realice la auto curación. La píldora es un cóctel con cosas muy buenas. El problema es que, lo que te va dando por un lado, te lo va quitando por otro.

—¿Cómo fue? ¿Cómo te hicieron esto? —repasé la línea más larga, que cruzaba su espalda de lado a lado.

Él suspiró. No le gustaba mucho hablar de ello, pero aun así, lo hizo.

—Nos pusieron cara a cara, colgados de unas cadenas. A Thomas y a mí —explicó adormilado—. Nos azotaron por meter a una *goyin* en nuestros líos de hermanos cuando después ellos mismos han caído igual en tu embrujo —se medio mofó.

Besé su hombro y apoyé mi mejilla en él.

—Ojalá eso no hubiera pasado.

Se encogió de hombros y me miró.

—Ya ha pasado. Las marcas desaparecerán. Nuestro verdugo se aseguró de que el látigo tan solo hiciera cortes superficiales.

—Claro, habrá que darle las gracias, después de todo —espeté con sarcasmo.

—¿Conoces las identidades de los miembros de la Cúpula, Kilian?

Él contempló mi rostro como si se embebiera de él.

—Conozco a alguien que sí las conoce. No sé si se atreverá a darlas, pero iremos a verle en cuanto amanezca —me explicó.

—Después de hacer esa visita tengo que contactar con dos personas —expliqué calmadamente—. El padre de Amy me sugirió que si confirmaba la información que tenía debía dársela a alguien en concreto. Y después, me dijo que si la Cúpula me daba su invitación, debía contactar con otra persona. Cuando he llegado esta noche a mi habitación, he recibido un sobre con una invitación a la Isla Deer. En esa carta me decían que el Magog me acompañaría. ¿Sabías algo de eso?

Kilian frunció el ceño.

—Primera noticia que tengo. No sé por qué cuentan conmigo si yo no sé nada de eso. La Cúpula no se anda por las ramas, ¿eh?

—Eso parece —dije preocupada.

—Sea como sea ni tú ni yo vamos a ir a la Isla Deer. Nadie nos puede obligar. En cuanto pongamos la denuncia y todo se sepa, creo que la fraternidad va a desaparecer durante un largo tiempo. Nos libraremos de estas tonterías —me aseguró.

—Eso espero. ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo vas a hacer igual —se rió.

—¿Por qué la demonología? ¿Por qué hay tanto ocultismo y esoterismo en los Bones? —quise saber—. No lo comprendo.

—Soy consciente de que la hay y de que los maeses están al tanto de todos los incunables sobre magia que invaden la Tumba. Ellos saben cómo funcionan, y se dice que lo usan en reuniones clandestinas. Pero puede que sean solo leyendas urbanas. A veces, el humo y la oscuridad insufla más respeto que la transparencia. Pero, a parte de los rituales absurdos para nuestro bautismo con nuestros nombres de pila como Magog, Hechicero y demás, yo no he visto nada extraño. Ni rituales ni sacrificios ni nada de eso —me explicó con normalidad.

—¿Cómo os adjudican los nombres?

—Se supone que el nombre nos elige a nosotros.

—¿Cómo el sombrero seleccionador de Harry Potter?

Kilian retiró la cara para mirarme a los ojos con sorpresa.

—Sí que eres friki sí...

—Eso es cultura popular —contesté.

—Más o menos —se echó a reír—. Pero sin ir a Gryffindor... No sé cómo explicártelo, Lara. Utilizan una tabla tipo Ouija. En medio ponen una brújula. Van llamando uno a uno a los caballeros. Alrededor de la tabla hay quince nombres con un imán cada uno. El nombre que señale la flecha, es el que te han adjudicado. Van quitando los nombres a medida que se van dando, hasta que todos los nicks son entregados. Así funciona.

—¿Y en vuestras reuniones qué hacéis?

—Nuestras reuniones en la Tumba servían para debatir el día a día de la fraternidad y nuestras acciones dentro de Yale. Nada más. Pero no vi nada que me inquietase, ni de brujería ni de hechicería ni de convocatoria de espíritus... Aunque puede ser que como nunca me interesaron esos temas, tampoco los advertí demasiado... ¿Quién sabe? —se preguntó meditando sobre ello con la mejilla pegada a su antebrazo—. Sea como sea, ya no vamos a preocuparnos de esas cosas. Dudo que la Tumba permanezca abierta después de todo lo que va a desencadenar tu investigación.

—Pero que tú no lo hayas presenciado no quiere decir que no lo hagan, ¿verdad?

—Supongo.

Seguí haciendo dibujos invisibles sobre su espalda, hasta que se dio la vuelta y me atrajo entre sus brazos cubriéndonos a los dos con la manta roja.

Ahí, en el silencio de la noche, con el crepitar del fuego de la chimenea, pensé en que podía acostumbrarme a dormir así todos los días.

Y deseé que después de la tormenta que íbamos a desencadenar, llegase la calma para poder disfrutar de las noches juntos, sin miedo a represalias de ningún tipo.

Quería disfrutar de Yale como cualquier alumna. Pero como nunca supe ser indiferente a las injusticias, ahora eso me pasaba factura.

Veía cómo se las gastaban las fraternidades a las que les hacían alguna jugarreta, y la verdad era que no me gustaba nada.

La ley del Tali3n no era justa y casi siempre se devolvía la afrenta recibida multiplicada por dos.

—Durmamos un poco —me dijo apoyando sus labios en mi frente—. Mañana será un día largo, cachorrita.

Lo sería. Un día largo y duro.

De encuentros y llamadas que esperaba que fueran todo lo relevantes que me había dicho que serían el señor Christopher Steakhouse.

A la mañana siguiente

Bella's Café

New Haven, Whalley Avenue

No dormimos demasiado. Nos despertamos temprano a las ocho, porque a las nueve habíamos quedado en una cafetería con esa persona que tanto reclamaba Kilian.

Llegados a ese punto, yo no sabía si hacía bien o no en permitir que otro supiera lo que nosotros sabíamos, pero amar a una persona era confiar plenamente en ella, y yo confiaba en mi *kelpie*, y en su seguridad a la hora de afirmar que esa persona nunca lo traicionaría. Además, por la cuenta que le traía, era imprescindible que él conociera la dimensión del percal de los Bones.

Me vestí como a mí me solía gustar y más cómoda me sentía. Me puse unos tejanos negros de cintura baja que levantaban el trasero y que se ajustaban a los tobillos, un jersey gris no demasiado grueso y mi cazadora. Me calcé mis converse tipo bota muy alta que se parecían a las Panama Jack y tenían una suela un poco más gruesa, y cogí mi bolso cruzado para guardar el sobre en el que constaba toda la red de los Huesos.

Avisé a Amy y a Thaïs conforme estaba bien y les informé de las últimas novedades. Obviamente, sin dar demasiados detalles, también puse que pasé la noche con Kilian y que ya lo sabía todo. Que nos iba a ayudar en todo lo que necesitáramos. Ellas me contestaron que tuviera muchísimo cuidado y que solo yo sabía si podía confiar en Kilian o no.

Lo tenía clarísimo. Sí podía.

Por otro lado, también me dijeron que los padres de Taka volvían a Connecticut a su hotel para continuar su ruta por Estados Unidos. Y que, a pesar de lo sucedido con los lobos y de no comprender esas rivalidades enfermizas entre las fraternidades, estaban muy contentos de ver que su hijo, asocial, sentaba cabeza con una chica y tenía tan buenos amigos que le acompañaban a las duras y a las maduras.

Kilian y yo cogimos mi Mini, para no levantar demasiadas suspicacias con el Porsche y nos dirigimos a West New Haven, donde se encontraba aquella cafetería que parecía un restaurante de montaña bastante sencillo, pero de muy agradable atmósfera, aunque lo frecuntaran, al parecer, Ángeles del Infierno, a tenor de las Harley que habían aparcadas en el exterior, y en el que Kilian aseguraba que se servía comida casera de primera calidad.

Entramos y nos sentamos en una de las mesas de maderas, la más retirada de todas, para preservar nuestra intimidad.

Pedimos un desayuno. A mí me apetecía dulce, así que opté por un zumo de naranja, unas tortitas americanas y un café con leche. Kilian se pidió la tortilla de verduras con tostadas y un café.

Miró su reloj para controlar la hora y después desvió su atención hacia mí.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó.

Asentí con firmeza.

—Confío en ti, pero no sé si esta persona es de fiar.

—Con que confíes en mí ya me vale. Nos ha costado llegar a este punto. Lo entenderás todo cuando venga —entrelazó sus dedos con los míos y me dio un beso en el dorso—. Guapa.

Bah. Me deshacía sin más. Kilian era cariñoso, atento y mucho más. Tenía todos los atributos que me gustaban en un chico. Y lo que más me gustaba eran sus imperfecciones. Porque era terrenal y al mismo tiempo divino.

Sin embargo, toda aquella ensoñación de nuestro micro mundo se desvaneció cuando vi la figura que estaba de pie, a nuestro lado, esperando una invitación para sentarse.

No me lo podía creer. Me envaré, aunque intenté que no se me notara demasiado.

—Hola, chicos —nos saludó él.

—Hola, papá —contestó Kilian. Manejó la situación y sin soltarme la mano me dijo añadió—: Lara, mi padre debe saber lo que pasa.

—Tu padre es un Bones.

—Yo también lo soy —repuso él—. Pero el título no nos vuelve locos.

—¿Y cómo nos puede ayudar él? —pregunté nerviosa y escéptica.

—Porque no sólo soy un Bones, Lara —dijo Richard tomando la palabra—. Soy miembro de la Cúpula. El Sabio.



Dieciocho

Un momento, por favor. ¿Cómo? ¿El padre de Kilian y Thomas era un maese de la Cúpula? ¿Acaso Kilian me había metido en la boca del lobo? ¿Me estaba vendiendo?

—No puede ser —susurré—. ¿Usted está en la Cúpula? ¿Qué es esto, Kilian? —le pregunté.

—Lara, no te precipites —me advirtió Richard—. Entiendo tus dudas.

—¿Las entiende? Luce está en coma porque alguien descubrió lo que investigaba. Y ustedes quitaron el vídeo de las redes —le acusé.

—No, Lara —me corrigió él—. Yo no. Vi ese vídeo como todos los demás, y lo cierto fue que no voté para que lo retiraran. Pedí que se investigara el caso. Pero por el bien de la fraternidad, y de los conflictos que esos podrían crear en todas las familias que conforman la inmensa red Bones, se decidió que no seguiríamos adelante con eso.

—Claro. Luce en coma y su agresor sigue suelto —murmuré rabiosa—. ¿Qué cree que me pasará a mí?

—Yo no voy a decir nada en absoluto —sentenció Richard. No sé por qué, por el desconcierto y la rudeza que mostraba, que hizo que le creyera—. He podido ser el Sabio de los Bones, pero por muy sabio que fuera, desconocía por completo las actividades del resto de maeses. Si lo que me ha dicho mi hijo por teléfono es cierto, es mi deber hacer una votación general y urgente para desconvocar la fraternidad y que la mayoría de miembros activos de la logia, socios compromisarios, se salven de la quema.

Tragué saliva compulsivamente y miré a uno y a otro.

Eran sangre de la misma sangre. Bones.

El Sabio era el padre de Kilian y de Thomas.

Mi cabeza estaba cortocircuitando.

—¿Puedo sentarme, Lara? —Richard adoptó un perfil bajo. Me pidió permiso incluso para tomar asiento.

Kilian apretó un par de veces los dedos de mis manos, me animó a que lo aceptara en nuestra mesa y me rogó con esos iris de oro que creyera en él. Que todo iba a salir bien.

Dejé ir el aire entre mis dientes y al final accedí a la petición, señalándole el banco que teníamos vacío enfrente de nosotros, en nuestra misma mesa.

—Por favor —le pedí.

Richard ni siquiera se quitó el abrigo Burberrys marrón que tan elegante le hacía. Parecía más nervioso que nosotros. Se mordía el interior del labio y esperaba con paciencia a que nosotros tomáramos la palabra.

—Le he contado por encima lo que has descubierto —me informó Kilian—. Mi padre tiene acciones en los Bones, en la cadena de empresas de todos los socios. Una de esas empresas es el imperio farmacéutico de

Josh Klue. Si la Luz se comercializa de manera ilegal, teniendo todos los efectos secundarios que tiene... Deben cubrirse las espaldas por si llega una posible quiebra económica en las arcas grupales y personales.

—Lara, para que me entiendas —intervino Richard—. No sé quién eres y cómo has conseguido esa información que tienes entre manos, pero sí sé que la Luz era un proyecto interino de los Huesos. Que en principio iba a ser un medicamento potenciador con el que solo podríamos experimentar los Bones. En ningún caso se iba a vender fuera de la Tumba ni de nuestro círculo. Ya os lo expliqué en la comida. Pero, ni mucho menos, me imaginaba que Josh había cerrado contratos con el ejército para su distribución y su uso. Ahora bien, después de ver los efectos de esa píldora en mi hijo, debería ser terminantemente prohibido que se vendiera.

—Lo sé, señor —contesté—. He leído todo lo que pone en el informe. Sé lo que lleva la píldora. Y conozco sus efectos. Su hijo me obligó a tomar una. Y créame que no funciona igual en las mismas cabezas, aunque sí sé que es igual de peligrosa. Si la toma es continuada, provoca adicción. Como le pasó a Thomas. Y con el tiempo, las capacidades del consumidor se multiplican, tal y como del mismo modo crece exponencialmente la posibilidad de que la cavidad craneal deje de estar capacitada para soportar la presión de un cerebro sobre hormonado y en constante crecimiento.

Me estudió valorando mis palabras.

—Necesito que me enseñes lo que tienes —me pidió realmente angustiado.

Tomé el sobre, no sin recelo, pero accedí a enseñárselo.

Él se puso las gafas de leer de cerca, que no le quitó ni un ápice de atractivo y empezó a leer el informe, página a página. Kilian y yo nos tomábamos el desayuno. Aunque a mí, el hambre me desapareció en cuanto vi a su padre. Pero probé las tortitas con el sirope y, al menos, me bebí el zumo.

Yo no creía que Richard fuera un ogro. Pero sí pensaba que un hombre que anteponía su fraternidad a su familia, era un hombre sin principios.

Cuanto más leía Richard, más nervioso se ponía. Palidecía a cada folio. Al cabo de un largo rato, dejó los folios tal y como se los había encontrado y los guardó en el sobre con un absoluto silencio hasta que dijo:

—Supongo que no es la única copia que tienes. Una chica como tú no iría con solo un lingote de oro entre las manos.

—Supone bien —repliqué—. Tengo más lingotes.

Kilian esperó un veredicto, y al ver que no decía nada le urgió a hablar.

—¿Y bien? ¿Papá? —preguntó con ansiedad.

Richard alzó la mirada y clavó sus ojos en los de Kilian. Así, tan juntos, mirándose de frente, veía similitudes y diferencias. Pero no cabía duda de que eran padre e hijo.

—En cuanto salga de aquí empiezo a hacer llamadas. Hay que disolver la fraternidad para que nadie más salga perjudicado de todo esto —decretó.

—¿Usted no sabía nada? —pregunté sin poder aguantarme—. Es un maese de la Cúpula. Solo son cinco. ¿Y usted no sabía nada? ¿En serio?

Richard negó con la cabeza.

—No. Y me acabo de dar cuenta de que soy el único de los maeses que no sabía lo que pasaba. He leído los mails. He visto a quiénes ha puesto en copia en esos correos, conozco esas cuentas privadas. Yo no salgo en ninguno de esas conversaciones ni tampoco me han puesto en copia. Salen el resto de maeses y algunos Bones que también son socios capitalistas de las empresas que aquí se nombran y que han financiado el proyecto de la Luz, junto con Klue.

Kilian respiró más aliviado, y aquello lo notó su padre.

—¿Crees que de saberlo habría permitido que siguiera adelante, Kilian? ¿Tan poca moral crees que tengo?

—Bueno —Kilian se encogió de hombros—. ¿Por qué no? No me hiciste caso cuando dije que nadie debería tomar esos estimulantes. Y permitiste que Thomas siguiera con ello.

—Yo no sabía que Thomas había robado una caja de píldoras de la Tumba, Kilian. Pensaba que las tomaba en las reuniones de los Bones, como los demás.

—¿En las reuniones? —pregunté.

—Sí. Creían que la píldora te abría la percepción de lo que te rodeaba además de convertirte en un mejor orador —me explicó—. Era una especie de remedio experimental.

—Droga, querrá decir —le corregí.

—Sí. Como sea. Por eso la ingerían antes de las reuniones.

Sería antes de entrar en la Tumba, pensé. Porque el dron de Taka no reflejaba esa toma en ningún momento.

—Fred, Aaron, Thomas y el resto de los once Bones la han tomado fuera de la Tumba. Ellos también han conseguido provisiones por su lado —aseguró Kilian.

—¿Y mientras ellos la tomaban, tú qué hacías? —le pregunté.

—Nada. No hacía nada. Me alejaba. Ya les advertí una vez, al principio, pero al ver la necesidad que sentían de seguir tomándola, me di cuenta de que había perdido la batalla. Es responsabilidad de cada uno cuidarse a sí mismo. Yo intenté cuidar de Thomas, pero hubo un momento en el que ya no me dejó.

Richard sacudió la cabeza con disgusto e hizo un gesto de dolor.

—¿Por qué le han apartado de esto, Richard? —quise saber—. ¿Por qué no le han informado sobre lo que iban a hacer?

—Porque soy el Bones que pone todo en tela de juicio y, el primero que no cree fervientemente en lo que la vieja guardia sí cree. La Cúpula está formada por cinco maeses. Cuatro de ellos están iniciados en las creencias de la Vieja Guardia. Es la primera vez después de muchos años que la Cúpula está conformada en su totalidad por maeses con inclinaciones más esotéricas. Ellos lo hacen todo porque, según ellos, así se lo dicen los... dioses —miró hacia arriba incrédulo—. De los cinco maeses: Odín, Comandante, Ejecutor,

Escriba y Sabio, yo soy el único que no está en la misma vibración. No he tenido su formación —explicó—. Nunca he sido apasionado de esos credos. Pero ser un Bones me ha abierto camino a niveles profesionales y le ha dado un futuro prometedor a mi familia —jugó con sus pulgares, concentrado en sus palabras—. Y si para seguir siéndolo debía callar y otorgar, eso hice. A ellos les mueve otras cosas más místicas y oscuras. Yo nunca me interesé en ellas.

—Como su hijo —añadí.

—Sí. Como Kilian. Las conocía, sabía rezar a los dioses que tocaba rezar, y reconocía marcas de ocultismo. Pero lo que me movía era el factor Bones más empresarial. El que haría que los Alden saliéramos beneficiados. No obstante, cuando entraron mis hijos y los nombraron caballeros, les fueron adjudicados nombres de relevancia dentro de la orden. El Magog y el Hechicero. Y me vi en la responsabilidad de que ellos también llevaran el nombre Alden con orgullo de cara a la orden para que pudieran disfrutar de sus privilegios. Pero me equivoqué al ser tan estricto. Lo siento, Kilian —le dijo sinceramente—. Lo siento de verdad.

Kilian miró hacia otro lado, un tanto incómodo.

—El fanatismo de la vieja guardia por poco destruye a mi familia con su falsa Luz... Y ha hecho que mi hijo mayor pierda confianza y credibilidad en mí. Por eso voy a actuar como pertenece. Creo que os debo esto, Kilian. A Betty, a Thomas —le dijo estirando la mano y posándola sobre su muñeca—. Sobre todo a ti.

—¿Qué me debes?

—Voy a poner las cartas encima de la mesa y detonar la verdad. Soy maese desde que mis hijos entraron en Yale. Pero también soy padre, Kilian. Y quiero dejarte claro que voy a hacer lo que me corresponde.

—¿Cuándo? —exigió saber Kilian.

—Hoy mismo. Cuando salga de aquí. Llamaré a mis Bones de confianza, haremos una votación de urgencia con la mayoría y desharemos la fraternidad. La Cúpula ha abusado de su poder. No han sido responsables. Cuando entrasteis en Yale, me nombraron miembro de la Cúpula. Yo hice la promesa de ser responsable con el poder que se nos otorgaba. Ellos no.

—¿Cuántos eran entonces en la Cúpula? —pregunté intrigada.

—Entonces eran cuatro. La Cúpula debe estar conformada por 5 miembros. Como ya tenía acciones que compartía con otros Bones y con Klue, además de que ejercía como decano de derecho, decidieron por votación que sería yo el elegido. Los demás llevan más tiempo que yo. Algunos como Odín, el Comandante y el Ejecutor, llevan más tiempo. De hecho, han sido reelegidos dos veces en las dos últimas décadas.

—¿Repiten ser maeses de la Cúpula?

—Sí —me confirmó.

—¿Y el Escriba? —inquirí.

—Él hace dos años que está en la Cúpula. En sustitución de un ex maese que por no poder estar físicamente en Connecticut cedió su lugar a otro.

—No puede revelar sus identidades, ¿verdad?

—No. Es un juramento de los Bones.

—No le voy a insistir —miré de reojo a Kilian—. Sé que son muy herméticos los Alden... Pero la Cúpula no han respetado el código con usted. No le han hecho partícipe de lo que estaba pasando.

—Lara —se inclinó hacia adelante—. Que los demás hagan las cosas mal, no quiere decir que todos lo hagamos. Además, con toda la información que tienes ahí, no tardará mucho en que sus identidades salgan a la Luz. Quiénes son individualmente ya no importa. Lo que importa es lo que han hecho como entidad, a nivel grupal. Y ya los has cazado. Ya has ganado. Y créeme, que se deshaga la fraternidad les hará mucho más daño que que se sepa quiénes son. Se va a cerrar el grifo para muchas cosas a partir de ahora...

No me dejó muy conforme. Pero lo acepté, porque sabía que él también iba a actuar para no volver a decepcionar a sus hijos ni a su mujer. Y ellos necesitaban al padre y al marido, no al Bones.

—¿Qué vas a hacer ahora con lo que tienes? —me preguntó Richard—. Es dinamita pura.

—Vamos —le corrigió Kilian inmediatamente.

Richard se sorprendió.

—No puedes convertirte en objetivo, Kilian.

—Pues ya lo soy —contestó—. Iré donde ella vaya —sentenció inflexible.

—Pero...

—Lara ha recibido la invitación de la Cúpula para este fin de semana en la Isla Deer. Y en su invitación —explicaba Kilian sin perder la calma— me nombraban a mí como su acompañante.

Richard frunció el ceño y su rostro demudó en uno de terror.

—No puede ser... No pueden hablar en serio... No me han informado sobre ello. Y no pueden tomar decisiones de ningún tipo si mi hijo está de por medio —dijo exacerbado.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Le extraña?

—No debe extrañarte —asumió Kilian—. Han hecho cosas peores. Como azotarnos delante de tus narices —yo palidecí. Caí en la cuenta de que su padre debió estar presente cuando les castigaron. ¿Cómo tuvo estómago para aguantarlo? ¿Por qué no salió a defenderles? Odiaba los principios de esos Huesos—. Como sabes, me tatuaron la tercera llama por ser el imán de Lara. El que la atrajo al mundo Bones. Se creen que yo puedo hacer que ella vaya donde yo diga solo porque soy el Magog. Y estoy harto de ese título.

—Escúchame bien —Richard nos señaló ambos con el dedo—. Va a explotar todo. Así que aléjate. No vais a ir a ningún lado con ellos —dijo Richard muy nervioso.

—Claro que no, papá —replicó él—. Lara y yo no queremos tener nada más que ver con la fraternidad. Así que date prisa en disolverla y en hacer lo que tengas que hacer.

Richard apoyó la cabeza en sus manos.

—No quiero que os quedéis aquí. Kilian, después de hacer lo que tengáis que hacer hoy, tú y Lara, con vuestros amigos, si queréis, os vais a la casa de Rhode Island o a la de Chicago. Donde queráis. Pero no os vais a quedar en Connecticut. Quiero que estéis fuera hasta que pase la tormenta. ¿Queda claro?

Kilian y yo advertimos su nerviosismo y su preocupación. Nos miramos, pero no contestamos.

—¡Chicos! —golpeó la mesa con la mano abierta para que le prestáramos atención—. ¿Queda claro? Esto ya no es ningún juego de investigación, Lara. Ni tampoco es ninguna vendetta personal contra los Bones —miró a Kilian.

—Nunca me lo tomé como un juego, Richard —le aclaré yo—. Hace tiempo que no duermo bien por culpa de los Bones. Soy la primera interesada en que todo se sepa y todo acabe.

—Bien. ¿Eres consciente de la que vas a formar? —me susurró observándome a medias entre la sorpresa y el reconocimiento.

—Sí.

—¿Y no os da miedo? —esta vez nos estudió a los dos.

—No, papá. No tengo ningún miedo a proteger la salud mental de las personas —aseguró Kilian en relación a la Luz.

—De acuerdo. Me enorgullece saber que vais a ser responsables de vuestros actos.

—¿Como Bones? —le echó en cara Kilian con tono venenoso.

—No —respondió Richard reflejando una porción del amor que sentía por él y que nunca le expresaba—. Me enorgullece como padre. Y me siento orgulloso de ti, hijo. Por haberte negado a tomar Luz, por habernos llamado la atención a pesar de que eso mismo se volvería en tu contra. Escúchame —alargó la mano y lo tomó de la nuca con intensidad y decisión—. Sé que no soy el mejor padre. Pero no me culpes por haber querido lo mejor para mi mujer y mis hijos. Sé que no he sido el más cariñoso, pero que no te diga que te quiero —espetó mirándolo a los ojos—, no quiere decir que no lo haga. ¿Te queda claro? Tú y Thomas sois mi vida.

Sentí cómo Kilian se quitaba parte de la coraza y cómo era eso justamente lo que esperaba oír, lo que anhelaba oír.

—¿Vale, Kilian?

—Sí —contestó finalmente.

—Y te diré otra cosa —añadió sin soltarle, echándole unas gotitas de emoción al momento—. Me gusta tu novia —lo dijo muy serio y después me guiñó un ojo asomando una sonrisa—. Ahora acabaos el desayuno y empezad a moveros. Yo haré lo mismo. Y tened siempre los móviles a mano. Os llamaré durante el día.

En ese momento comprendí que Richard era un hombre disciplinado y muy serio, pero tras esa fachada inexorable se escondía un padre y un marido que sí sentía amor hacia su mujer y hacia sus hijos, y que se preocupaba por ellos como cualquier hombre de honor y con corazón.

Era un día para movernos con rapidez. Después del desayuno con Richard no perdí el tiempo y utilicé el primer número de teléfono que me facilitó Christopher Steakhouse. Llamé desde el móvil prepago que me regaló Kilian, y dije las palabras mágicas:

—Tengo información sobre los Bones.

Se hizo el silencio durante unos cinco segundos, y antes de que volviera a hablar, la voz al otro lado me contestó:

—¿Cuándo podemos vernos? Ahora estoy en Connecticut. Y esta tarde tomo un avión urgente a Washington.

Era una voz de hombre. Profunda y con un exquisito acento.

Qué casualidad que estuviera en Connecticut. Yo también.

—También estoy en Connecticut —contesté.

—¿Puedo saber quién eres?

—No.

—Lara —me dijo Kilian en voz baja en el interior del coche—. Dile que os veáis en los cines de Hartford. En la película de Moonlight. Vas a estar en la última fila.

Le transmití el mensaje de Kilian, y acordamos vernos en la sesión de las cuatro. En la sala 1.

Cuando llegó la hora, Kilian entró conmigo en la sala y se puso en la fila diez, más o menos. Era domingo, así que había gente en el cine.

Yo me movilité hasta la última fila, que estaba vacía, pues la sala era muy grande, y esperé a que esa persona se reuniera conmigo.

Mientras la película se empezaba a emitir, Kilian controlaba si alguien se me acercaba o no, hasta que diez minutos después, se sentó a mi lado un hombre trajeado, con corbata y un abrigo largo pulcramente doblado sobre su brazo.

Tenía el pelo negro engominado y una estructura ósea muy bonita. Me recordaba a alguien... Se sentó a mi lado y miró fijamente la pantalla como si la película le apasionara.

—¿Eres tú la que me has llamado para decirme que tienes información de los Bones?

—Sí —susurré.

—Pues aquí estoy.

—Ya veo.

—¿Por qué me la quieres dar? —intentó averiguar.

—Porque me han recomendado que usted sabría tratar el tema y que le haría ilusión plantearlo.

Sonrió y se pasó el índice por la mejilla, como un tic.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Se dice el pecado pero no el pecador.

—¿Qué es lo que tienes? No vengo aquí a perder el tiempo. Mi hijo está en el hospital y hoy es el último día que podía estar con él antes de irme a Washington.

Lo volví a mirar, pues algo en mí se activó al oír aquello. Venía de Washington y su hijo estaba en el hospital. Era moreno y de porte aristocrático.

Y a él le debía dar esa información para que le diera buen uso.

Solo había oído sobre alguien que dirigía el Washington Post junto a su mujer. Los padres de Dorian Moore.

—Perdone que le pregunte. ¿Es usted el señor Moore?

—¿No sabías quién era? —dijo asombrado.

—No, la verdad. Al decir que viene de Washington y que su hijo está en el hospital... ¿Su hijo... Dorian?

—¿Le conoces?

—Sí —contesté.

—¿Sabes lo que le ha pasado?

—¿A qué se refiere?

—Dicen que lo trajeron hace una semana al hospital privado de Connecticut después de sufrir un accidente de coche. Dorian no recuerda nada de eso, pues se dio un gran golpe en la cabeza, pero... Las fracturas y las heridas que tiene no son de un accidente.

—Porque no lo son —revelé.

Esta vez capté toda su atención.

—Habla.

—Dorian participó en una prueba con las demás fraternidades de Élite de Yale.

—La Misión. La conozco —contestó—. Conozco a la hermandad de mi hijo y sé qué hacen.

—En esa Misión un Bones le dio una paliza.

—¿Cómo dices?

Noté cómo su elegante energía barría toda la sala con irascibilidad.

—El Bones estaba bajo el influjo de una droga muy potente que la Cúpula tiene entre manos. Por eso estoy aquí. La llaman Luz y es altamente peligrosa, pero los Bones han puesto en marcha toda su maquinaria para empezar a comercializarla, y uno de sus principales compradores va a ser el ejército.

—¿Quién demonios eres tú? —estaba desorientado, absorbiendo los datos y su entorno lo más rápido que sabía.

—No va a necesitar mi nombre para dar su noticia —abrí mi bolsa y le di el sobre—. Aquí tiene toda la documentación necesaria para que la Tumba vuele por los aires, señor Moore. Está todo contrastado. Mail, direcciones, albaranes, composiciones químicas, facturas, contratos, entregas, empresas inversoras, organizaciones estatales interesadas en la compra...

—Asombroso. ¿Y cuánto pides por esto? —tomó el sobre entre sus manos y lo miró como si fuera oro.

—Nada. Solo que mañana salga en las planas de todos los periódicos estatales. Sobre todo en el suyo.

—¿No pides dinero? —se quedó perplejo.

—No —contesté—. Es suficiente con que se haga justicia.

—Increíble...

Me levanté y Kilian miró hacia atrás al ver movimiento. Me controlaba en todo momento.

—Otra cosa, señor Moore —le dije antes de irme. La oscuridad del cine hacía que no nos viéramos bien los rostros.

—¿Qué?

—Siento que su hijo esté ingresado en el hospital. Pero tenga claro que Dorian tampoco es un santo. En su hermandad de la Llave utilizan droga afrodisíaca para acostarse con las chicas y montar todo tipo de orgías depravadas. Debería saberlo.

—¿Cómo dices?

—Que su hijo Llave puede que haya sufrido la vendetta de un tío cuya novia sufrió el acoso de Dorian. ¿Lo entiende ahora?

—¿Fue eso lo que pasó? —estaba preocupado al oír mis suposiciones.

—Pudo ser la suma de muchas cosas. Drogas de por medio, fraternidades, y una vendetta personal —me encogí de hombros—. Él debería contarle la verdad.

—Comprendo —con esas palabras asumió que su hijo estaba descontrolado en la universidad y que tenía que empezar a ser responsable de sus actos. El señor Moore alzó el sobre y me dijo—: Pongo a mi equipo en marcha para que preparen la maquinaria. Estaremos todo el día contrastando esta información. Si es cierto, mañana estará en primera plana de los mejores periódicos del estado. No tengas ninguna duda.

—No tengo ninguna duda de que mañana lo estará —asumí con naturalidad—. Tiene un reportaje de investigación brutal en sus manos. Además, sé que no le caen bien los Bones. Por eso mi contacto me dio su teléfono. Porque estaba seguro que usted haría lo adecuado, porque no solo les odia, además, no les teme.

—A los Bones no hay que temerles. Hay que enfrentarles.

—Eso mismo pienso yo —aduje.

—¿Y la autoría?

—Adjúdíquesela. Nos da igual. Lo único que queremos es que se sepa la verdad.

Una vez dicho esto, me salí de la fila para escaparme del cine.

Me fui de allí tan metida en mi papel enigmático que ni me despedí del señor Moore.

Kilian no tardó ni veinte segundos en seguirme.

Sabíamos que Moore no tardaría más de cinco minutos en salir del cine para empezar a ojear lo que había en el sobre.

Para entonces, Kilian y yo nos metíamos en el coche con nuestro siguiente objetivo en mente.



Diecinueve

Ancient Burying Ground

Aparcados en los alrededores, los dos saboreamos un frapuccino del Starbucks, con los nervios a flor de piel por lo que estábamos haciendo. Kilian permanecía como un témpano de hielo, manteniendo la calma y la seguridad que me faltaba. Era el clavo al que me agarraba en aquella locura.

Lo miraba de reojo absorbiendo la deliciosa bebida mientras escuchábamos la música del Bluetooth de mi coche.

Entonces, sonaba *Helium* de Shia.

—¿Seguro que te ha dicho aquí? —me preguntó él.

Miré mi reloj y asentí.

—Sí. Todavía quedan veinte minutos para la hora. No te angusties.

Había llamado al segundo teléfono. Por fin había gastado la segunda llamada, y la voz que me contestó fue la de una mujer que en cuanto oyó la palabra «recipiente» musitó un «Oh, Dios mío. Está pasando». Dicho esto, me dijo de vernos a las siete de la tarde, hora del Crepúsculo en el cementerio antiguo de Hartford.

Aquel lugar sereno y lleno de respeto estaba cubierto por enormes árboles que le ofrecían sombra y refugio.

Había aprendido a ver el romanticismo de los campos santos y la verdad era que la muerte también tenía música y poesía.

No sabía a quién debía esperar ni qué, pero al menos me gustaba el modo en que esperaba, al lado de Kilian.

—¿No has reconocido la voz de esa mujer? —me preguntó.

—Por teléfono no.

—¿Estás nerviosa? —sorbió su frapuccino de café.

—Sí —asentí.

Él me tomó de la mano y la dejó sobre su muslo.

—Tranquila. Yo voy a estar contigo en todo momento. Si la muerte nos lleva, que nos lleve a los dos.

—No digas eso, por favor —le pedí.

Él puso aquella cara de estar gastándome una broma, y me relajé. Tenía ese efecto en mí. En cada una de mis células.

—Tu padre te ha dicho que te quiere —le recordé—. Ha sido bonito.

Él se intentó hacer el duro, aunque sabía lo mucho que le habían emocionado esas palabras.

—Tu padre no es tan duro como crees.

—Puede que no lo sea —no le quiso dar importancia.

—Se veía preocupado por ti.

—Sí.

—Bueno —al ver que no quería hablar de aquello, porque le desorientaba, decidí hablar de su madre—. Me encantó tu familia, Kilian. Tú madre es increíble. Betty tiene una carácter descomunal.

—Sí. Sí lo es —sonrió como un hijo que sentía adoración—. Nunca la vi así. Siempre guardó las formas, aunque yo sabía que no se le escapaba ni un solo detalle. Creo que le va a poner las pilas a mi padre muy rapidito.

—Seguro que sí. Y Thomas, cuando se sienta fuerte y empiece a recuperarse, debe hablar con Sherry, ¿no crees?

Kilian apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y suspiró.

—Lo de Thomas me dejó totalmente perdido. No lo imaginé. Pensé que era todo por un asunto de competitividad. No creí que... —meditó con incredulidad.

—Las cosas nunca son lo que parecen, ¿verdad?

Inclinó la cabeza a un lado y me miró.

—No. Nunca lo son —parecía que intentaba memorizar cada uno de mis rasgos. Como si más tarde quisiera pintarme—. ¿Te das cuenta, Lara?

—¿De qué?

—¿Te das cuentas de cómo has cambiado mi vida? —me preguntó de golpe, con una intensidad en los ojos fuera de lo común.

Fue algo tan precipitado que dejé de sorber de golpe.

—¿A bien o a mal?

—A bien —me dijo—. Yo... tengo algo para ti —se llevó la mano al interior de la cazadora negra Philippe Plein con la calavera en relieve en la espalda y sacó un paquetito envuelto en papel de regalo rojo, con un lazo dorado—. Debí dártelo en tu cumpleaños. Pero entonces no estaba de humor.

—¿No me digas? No lo había notado —repuse con sarcasmo.

Kilian osciló los ojos hacia arriba y me entregó el regalo.

—¿Lo has llevado todo este tiempo ahí?

—Sí. Quería encontrar un buen momento para dártelo. Los muertos no se levantarán de sus tumbas para molestarnos.

—Bueno. Hay de todo —murmuré—. Pero Kilian... —susurré sin palabras—. No hacía falta que...

—Hago lo que quiero, Lara —sentenció—. Ahora ábrelo.

Retiré el papel y abrí la cajita que tenía una corona preciosa y dorada con el nombre de Nina Queen. En su interior había una preciosa pulsera con varios abalorios ya puestos. Una mano de fátima, una lupa, una calavera y un corazón. Los charms tenían todo tipo de detalles. Desde piedras preciosas y brillantes a colores de todo tipo, en los que preponderaban los dorados y negros.

—La mano para que te proteja —me explicó—. La lupa porque vas a ser una criminóloga impresionante. Y la calavera y el corazón, porque tienes en tu poder el corazón de un Huesos.

Sus palabras me llegaron al alma. No sabía ni qué decir, nunca había recibido un regalo así. ¿Tenía su corazón? ¿De verdad?

—Tú lo tienes, Lara —me repitió como si me hubiera leído la mente—. No lo dudes.

—Cuidaré de él —le prometí con los ojos perdidos el uno en el interior del otro.

—Y yo de ti —me contestó.

Tocada y hundida. Le entregué la pulsera y estiré mi muñeca hacia él.

—Pónmela —le pedí.

Me la colocó en la muñeca derecha. Y cuando la cerró y se oyó el clic, me dio un beso en el dorso de la mano, como si fuera una princesa.

—Felicidades, mi cachorrita.

Me mordí el labio inferior, lo tomé del rostro y le di un beso de tornillo que nos dejó a los dos jadeantes y sin aire. Porque era así como me apetecía besarle. Con todo mi cuerpo y toda mi alma.

—¿Qué crees que va a pasar ahora? ¿A quién me voy a encontrar ahí adentro? —susurré acariciándome la mejilla.

—Sea quien sea, Lara, vamos a ir juntos.

Le abracé fuerte y él a mí.

Se acercaba el momento de salir de coche y asistir al lugar exacto en el que había quedado con la desconocida.

Al acabar el día, ya nada volvería a ser igual.

A todos nos llega la muerte en algún momento. Y aquel lugar, repleto de piedras talladas en el suelo, con recordatorios, esquelas y fechas, hablaba abiertamente de ello.

Paseaba entre las tumbas con Kilian a mi lado, que me cogía la mano como el puerto seguro al que me agarraba en aquella marea de emociones que sentía en mi interior.

La desconocida me dijo que me esperaba en la tumba más antigua de todas. La de Timothy Stanly, que databa en el 1648.

Kilian se quedó rezagado pero mantuvo una distancia prudencial conmigo.

Al fondo del caminito de césped, entre lápidas, vi la silueta de una mujer, que tenía la cabeza cubierta por un pañuelo negro que no dejaba ver nada de su pelo.

Vestía con una parca larga marrón, y parecía esbelta. Llevaba pantalones negros y unas botas de tacón tipo amazona de piel oscura.

Cogí aire a cada paso. Había visto muchas películas en las que una mujer de ese tipo, se giraba con un arma con silenciador, y mataba al protagonista.

Esperaba que ese no fuera mi caso.

El olor a humedad y a atardecer me embriagó. Cuando llegué, me detuve a medio metro de su espalda. Ella leía la lápida con las manos ocultas en los bolsillos de su parca.

Parecía concentrada.

Eran las siete en punto.

—¿Señora?

La mujer se envaró pero no se dio la vuelta.

—Hábleme del Recipiente —repetí las palabras que me dijo Christopher.

Entonces, la mujer se dio la vuelta lentamente, y cuando me vio, a ambas se nos cayó el mundo al suelo y nos quedamos paralizadas.

Ella abrió sus ojos azules con consternación.

—Dios mío, Lara. No es posible... —murmuró—. No puedes ser tú —me miró de arriba abajo.

Yo fruncí el ceño y sentí que el corazón se me paralizaba.

—¿Trinity? ¿De qué va todo esto?

Esperaba con mucha paciencia una respuesta. Pero en vez de eso, ella sacó la mano de uno de sus bolsillos y vi que sostenía una carta totalmente sellada. Esta vez, a diferencia de lo que vi en la biblioteca, la mano le

temblaba notablemente. Ese sobre parecía no haber sido abierto jamás.

—No puedo decirte mucho por ahora. Antes tienes que leer esto —me entregó la carta.

—¿Qué? ¿Qué significa...? ¿De quién es?

—No estoy segura... —dijo confundida, intentando cuadrar su tetrís en la cabeza—. He guardado esta carta desde hace veinte años —me aseguró igual de impresionada que yo—. La persona que me la entregó, me dijo que la guardara, porque llegaría un día en que alguien me llamaría para hablarme del Recipiente. Cuando eso sucediera, yo tenía que entregarle a esa persona esta carta.

—¿Quién te la entregó, Trinity? —exigí saber presa de sacudidas nerviosas.

Trinity se humedeció los labios y dio un paso hacia mí.

—Mi compañera. Mi amiga. Mary O'Shea.

Me sentí fría. Fría y desubicada. ¿Podía ser que...?

—¿Qué tiene que ver ella contigo? —continuó.

Cerré los ojos y, de repente, caí de rodillas delante de ella, porque no me sostenían. Me quedé débil. Como si me hubieran arrancado la vida de repente.

—Mary Eugene O'Shea O'Malley-Miller —repetí lentamente. Se me cortó la respiración. Cubrí mi boca con mis manos, y sentí a Kilian acercándose a mí a toda prisa. Era el nombre completo de mi madre—. Mary Eugene O'Shea O'Malley-Miller. Mi madre —certifiqué acongojada.

Trinity se llevó la mano al pecho.

—No puede ser... Yo solo la recuerdo como Mary O'Shea.

¿Se quedó solo con dos apellidos cuando continuó con sus estudios en Barcelona? ¿Los cambió? ¿Qué hizo? Mi padre la conoció como Eugene Miller. ¿Por qué en Yale poseía otro nombre? ¿Por qué decidió cambiárselo? Esa era la pregunta que me rondaba por la cabeza. Pero estaba segura que era mi madre, porque el apellido O'Shea era irlandés y nada común. Y porque la nuca me hormigueaba como nunca, como si su espíritu me rondara para decirme que sí, que era ella.

—Mi padre conoció a mi madre como Eugene Miller —dije. Mis lágrimas humedecían el sobre—. Pero su nombre completo era Mary Eugene O'Shea O'Malley-Miller. Nos reíamos de ello por lo largo que era. Su familia tenía la manía de conservar los apellidos, a diferencia de otras de Irlanda e Inglaterra. Es... es ella. Hay muy pocas O'Shea en el mundo —dije pasando los dedos por el papel envejecido de la carta. La había guardado durante veinte años esperando por una persona que buscara información sobre un «recipiente».

—No sé qué decirte, Lara —me dijo—. Ella era mi mejor amiga. Y me dejó esta carta para... para ti, parece ser —estaba tan sorprendida como yo—. ¿La vas a abrir? —me urgió nerviosa.

Miré hacia atrás. Kilian tampoco comprendía nada, pues lo había oído todo, pero él también tenía algo que decirme, por increíble que pareciese.

—¿Kilian Alden? —se preguntó Trinity extrañada. Entrecerró los ojos. No entendía nada—. ¿Qué haces aquí?

Todo se precipitaba a una velocidad de vértigo.

Como en las mejores películas.

Como en los mejores thrillers.

—Lara —él posó su mano en mi hombro y, sin más, me enseñó la pantalla de su móvil.

En ella había escrito:

De: Padres de Luce

Querido Kilian, nos alegra decirte que Luce, por fin, ha despertado. Ya ha abierto los ojos.

En la Tumba A la misma hora

Ellos siempre creyeron ser hombres de palabra. Creyeron hacer lo correcto.

Dentro de su mundo, eran seres con privilegios, pero para ello debían prestar sus servicios a la sociedad Bones.

Ahora, la sociedad Bones les había traicionado.

Habían jugado con sus inversiones, les habían dado la espalda y les mantuvieron engañados y desinformados sobre la Luz. Como siempre sucedía, solo unos pocos movían los hilos. Y ellos no eran hombres a los que les gustara que nadie les pasara por encima.

Los veinte maeses que residían en Connecticut y que estaban al corriente de todo lo que sucedía gracias a la información de Richard Alden, se habían unido para cerrar la Tumba.

Para enterrarla para siempre.

Todos formaron un círculo en la sala central. Poseían una antorcha en las manos.

En el centro del círculo, cada uno había depositado su anillo Bones. Veinte alianzas con calaveras que para ellos, ya no tenían ningún sentido.

Uno de los maeses roció toda la sala y los subterráneos con líquido inflamable.

Iban a acabar con todo, y a demostrar a las arcas superiores, que la fraternidad de Huesos y Cenizas se disolvía si no había coalición y no se actuaba en base a unas normas morales que la presente Cúpula, con Josh Klue a la cabeza, había violado.

Richard fue el primero en lanzar su antorcha contra la librería de la Tumba. El fuego prendió a gran velocidad.

Uno a uno, los maeses rebeldes que habían decidido acabar con la fraternidad, fueron haciendo lo mismo y siguiendo los pasos de Richard.

Ser Bones no debía significar ser corrupto y malintencionado. Ser Bones no tenía por qué ser irresponsable con el poder que se otorgaba ni abusivo con él.

Aquella, fue su manera de decir basta. De cortar con todo.

Los veinte maeses salieron ilesos de la Tumba, a través de sus pasadizos secretos, con una idea en mente: que los cuatro maeses de la Cúpula se hicieran cargo de lo que acababa de pasar. Si ellos querían representar aquella rama casi fascista de los Huesos, que lo hicieran. Si querían guiarse por dioses, entonces que dejaran de contar con los demás maeses que se consideraban todavía humanos.

Ahora era momento de dejar *la Tumba en Llamas*.

Continuará...

Créditos

Primera edición: Mayo 2017

Diseño de la colección: Valen Bailon
Corrección morfosintáctica y estilística:
Editorial Vanir

De la imagen de la cubierta y la contracubierta:
Shutterstock

Del diseño de la cubierta: © Lorena Cabo Montero, 2017
Del texto: Lena Valenti, 2017

www.editorialvanir.com

De esta edición: Editorial Vanir, 2017

Editorial Vanir
www.editorialvanir.com
valenbailon@editorialvanir.com
Barcelona

Edición digital: **Vorpal. Servicios de Edición Digital**

ISBN: 978-84-946265-3-1

Depósito legal: DL B 2557-2017
Impreso y encuadernado por: Novagràfik SL

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.